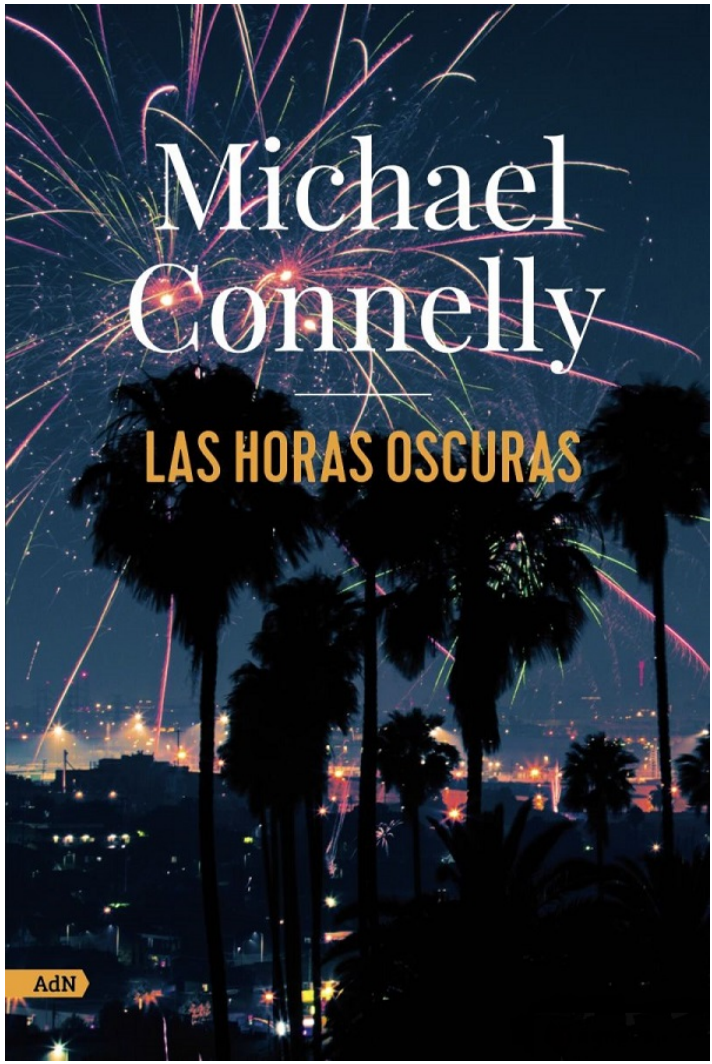
Michael
Connelly
LAS HORAS OSCURAS
AdN

Michael
Connelly

# LAS HORAS OSCURAS

Traducido del inglés por
Javier Guerrero Gimeno

AdN Alianza de Novelas

A Robert Pepin,
traductor al francés, editor y amigo desde el principio.
*Merci beaucoup, mon ami.*

# Primera parte

# Los Hombres de Medianoche

# 1

Estaba previsto que lloviera con ganas y eso habría amortiguado la lluvia de plomo anual. Sin embargo, el pronóstico no se cumplió. El cielo estaba muy negro, pero despejado. Y Renée Ballard se preparó para la embestida, situándose en el lado norte de la jurisdicción, al abrigo del paso elevado de Cahuenga. Habría preferido estar sola, pero iba con una compañera, y una compañera reacia, además. La detective Lisa Moore, de la Unidad de Agresiones Sexuales de la División de Hollywood, era una veterana del turno de día que lo único que quería era estar en casa con su novio. Pero en Nochevieja todos tenían que estar de servicio. Alerta táctica: todos los miembros del departamento uniformados y cumpliendo turnos de doce horas. Ballard y Moore llevaban trabajando desde las seis de la tarde y todo se había mantenido tranquilo. Pero estaban a punto de dar las doce del último día del año e iba a haber problemas. Además, los Hombres de Medianoche andaban sueltos, en algún lado. Ballard y su reticente compañera debían estar preparadas para actuar con rapidez cuando se recibiera el aviso.

—¿Tenemos que quedarnos aquí? —preguntó Moore—. No sé, mira esta gente. ¿Cómo pueden vivir así?

Ballard examinó los cobijos improvisados hechos de lonas viejas y restos de material de construcción que se alineaban a ambos lados por debajo de la autovía. Vio un par de hornillos de gas encendidos y gente que deambulaba alrededor de sus exiguos refugios. El campamento estaba tan poblado que hasta había chabolas pegadas a los retretes portátiles que el ayuntamiento había puesto en las aceras para preservar cierta apariencia de dignidad y saneamiento en la zona. Al norte del paso elevado se extendía un área residencial de apartamentos que daban a la ladera conocida como el Dell. Después de

numerosas denuncias sobre personas que defecaban en las calles y los patios del barrio, el ayuntamiento acudió con los retretes portátiles. Un «esfuerzo humanitario», lo llamaron.

—Lo preguntas como si creyeras que a todos les encanta vivir debajo de un puente —dijo Ballard—. Como si tuvieran muchas opciones. ¿Adónde van a ir? El gobierno les pone retretes. Se lleva su mierda, y poco más.

—Lo que tú digas —respondió Moore—. Es una plaga, todos los putos pasos elevados de la ciudad están igual. Es tercermundista. La gente va a empezar a largarse de Los Ángeles por esto.

—La gente ya se está yendo —dijo Ballard—. Pero nosotras nos quedamos. He pasado las últimas cuatro Nocheviejas aquí y es el sitio más seguro cuando empiezan los tiros.

Después de eso se quedaron un rato en silencio. Ballard también había pensado en marcharse, tal vez para regresar a Hawái. Y no era por el problema intratable de los sintecho que atenazaba Los Ángeles. Era por todo. La ciudad, el trabajo, la vida… Había sido un mal año con la pandemia, el malestar social y la violencia. El departamento de policía había sido vilipendiado. Y ella con él. La gente a la que Ballard pensaba que defendía y protegía le había escupido, en sentido figurado y literal. Había sido una dura lección y la había imbuido de una sensación de futilidad que le había calado hasta los huesos. Necesitaba un descanso. Tal vez ir a buscar a su madre a las montañas de Maui y tratar de reconectar con ella después de tantos años.

Apartó una mano del volante y se acercó la manga a la nariz. Era la primera vez que vestía el uniforme después de las protestas. Todavía notaba el olor a gas lacrimógeno. Había llevado el uniforme a la tintorería dos veces, pero el olor había quedado impregnado de manera permanente, como un recordatorio implacable de lo que había sido el último año.

La pandemia y las protestas lo habían cambiado todo. El departamento pasó de proactivo a reactivo. Y el cambio, de alguna manera, había dejado a Ballard a la deriva. Se había encontrado más de una vez pensando en dejarlo. Hasta que llegaron los Hombres de Medianoche. Ellos le habían dado un

objetivo.

Moore miró su reloj. Ballard se fijó y echó un vistazo al del salpicadero. Iba retrasado una hora, pero al sumarla vio que faltaban dos minutos para la medianoche.

—Oh, ya estamos —dijo Moore—. Mira ese tío.

Moore estaba mirando por la ventanilla a un hombre que se acercaba al coche. Estaban a quince grados, pero iba sin camisa y se aguantaba los pantalones manchados de tierra con una mano. Tampoco llevaba mascarilla. Moore tenía la ventanilla entreabierta, pero en ese momento pulsó el botón y la subió.

El sintecho dio un golpecito en la ventanilla. Lo oyeron a través del cristal.

—Eh, agentes, tengo un problema.

Estaban en el coche sin identificar de Ballard, pero ella había puesto las luces estroboscópicas al aparcar en la mediana, debajo del paso elevado. Además, las dos iban de uniforme.

—Señor, no puedo hablar con usted si no lleva mascarilla —dijo Moore en voz alta—. Póngase una.

—Pero me han robado —dijo el hombre—. Ese hijoputa se ha llevado mis cosas mientras dormía.

—Señor, no puedo ayudarle hasta que se ponga mascarilla —insistió Moore.

—No tengo una puta mascarilla —soltó el hombre.

—Entonces, lo siento, señor —dijo ella—. Sin mascarilla no respondo.

El hombre llamó a la ventanilla golpeando con el puño el cristal delante de la cara de Moore. Ella se echó atrás, pese a que no había sido un puñetazo que pretendiera romper el cristal.

—Señor, aléjese del coche —ordenó Moore.

—Que os den.

—Señor, si tengo que salir, va a ir al calabozo —dijo Moore —. Si no tiene coronavirus ahora, lo va a pillar allí. ¿Es eso lo que quiere?

El hombre empezó a alejarse.

—Que os den —repitió—. Puta policía.

—Como si no lo hubiera oído nunca —dijo Moore.

Miró su reloj otra vez, y Ballard se fijó de nuevo en el salpicadero. Era el último minuto de 2020, y Moore y la mayoría de la gente de la ciudad y del mundo estaban deseando que el año terminara de una vez.

—Joder, ¿no podemos ir a otro sitio? —se quejó Moore.

—Demasiado tarde —dijo Ballard—. Te he dicho que estamos más seguras aquí.

—No de esta gente.

# 2

Era como una bolsa de palomitas en un microondas. Unos pocos estallidos durante la cuenta final del año y luego una andanada en la que la frecuencia de los disparos hacía imposible separarlos en descargas individuales. Una sinfonía de tiros. Durante al menos cinco minutos, hubo una descarga ininterrumpida cuando los que festejaban el Año Nuevo dispararon al aire siguiendo una tradición de décadas en Los Ángeles.

No importaba que todo lo que sube tiene que bajar. Cada año empezaba con riesgo en Los Ángeles.

A los disparos, por supuesto, se unían fuegos artificiales y petardos legales, creando un sonido muy característico de la ciudad y tan consistente a lo largo de los años como el cambio del calendario. En la reunión de brigada, las apuestas de pasa o falta sobre llamadas relacionadas con la lluvia de plomo se habían fijado en dieciocho. La gran mayoría de las víctimas serían parabrisas de vehículos, aunque el año anterior a Ballard la habían llamado por un caso en el cual una bala atravesó una claraboya e impactó en el hombro de una estríper que estaba bailando en el escenario. La bala ni siquiera le atravesó la piel, pero un trozo afilado del cristal de la claraboya le hizo una raya nueva en el pelo a un cliente sentado cerca de ella. El cliente decidió no denunciar, porque eso habría revelado que no estaba en el sitio donde le había dicho a su familia que estaría.

Fuera cual fuese el número de llamadas, las patrullas se encargarían de la mayor parte, a menos que se requiriera un detective. Ballard y Moore estaban básicamente esperando una única llamada: los Hombres de Medianoche. Era una realidad dolorosa, pero en ocasiones necesitabas que los depredadores actuaran otra vez con la esperanza de que un error o un nuevo

indicio condujera a una solución.

Los Hombres de Medianoche era el alias no oficial que Ballard había puesto a dos violadores que habían agredido a dos mujeres en un lapso de cinco semanas. Ambas agresiones se habían producido en noches festivas: Acción de Gracias y Nochebuena. Los casos se relacionaban por el *modus operandi*, no por el ADN, porque los Hombres de Medianoche eran muy cuidadosos para no dejar rastros de ADN. Cada agresión se había iniciado poco después de la medianoche y se había prolongado hasta cuatro horas, durante las cuales los depredadores agredieron por turnos a las mujeres en su propia cama y terminaron la tortura cortando un buen mechón de pelo a cada víctima con el mismo cuchillo que habían mantenido pegado a su garganta durante la aterradora experiencia. Las agresiones incluyeron otras humillaciones que ayudaban a vincular los casos más allá de la rareza de dos violadores actuando en equipo.

Ballard, que era la detective del tercer turno, había sido quien había respondido en ambos casos. Luego se los había entregado a los detectives del turno de día de la Unidad de Agresiones Sexuales de la División de Hollywood. Lisa Moore era una de los tres componentes. Como Ballard estaba de turno cuando se produjeron las agresiones, la añadieron informalmente al equipo.

En el pasado, una pareja de violadores en serie habría atraído inmediatamente la atención de la Unidad de Delitos Sexuales que trabajaba en el Edificio de Administración de Policía del centro de la ciudad como parte de la selecta División de Robos y Homicidios. Sin embargo, los recortes municipales en la financiación de la policía habían provocado la disolución de la unidad, y desde entonces eran las brigadas de detectives de la división las que se ocupaban de los casos de agresión sexual. Era un ejemplo de que las protestas que exigían la desfinanciación del departamento de policía habían logrado su objetivo de manera indirecta. Los políticos del ayuntamiento habían rechazado la desfinanciación, pero el departamento de policía había consumido su presupuesto al ocuparse de las protestas que siguieron a la muerte de George

Floyd a manos de la policía en Mineápolis. Después de semanas de alerta táctica y costes asociados, el departamento se había quedado sin dinero, y el resultado fue una congelación de las contrataciones, la disolución de unidades y el fin de varios programas. En la práctica, se había retirado la financiación de varias áreas claves del departamento.

Lisa Moore era un ejemplo perfecto de que todo eso conducía a una degradación en el servicio a la comunidad. En lugar de que se ocupara una unidad especializada con muchos recursos, así como detectives que disponían de más formación y experiencia en investigaciones de casos en serie, la investigación de los Hombres de Medianoche había ido a parar al equipo de agresiones sexuales de la División de Hollywood, que tenía exceso de trabajo, falta de personal y la responsabilidad de investigar todas las violaciones, intentos de violación, agresiones, manoseos, exposiciones indecentes y acusaciones de pedofilia en un área geográfica amplia y densamente poblada. Y Moore, como muchos en el departamento después de las protestas, buscaba hacer lo menos posible entre ese momento y el día de su jubilación, por lejano que estuviera. Consideraba el caso de los Hombres de Medianoche una pérdida de tiempo que la privaba de su existencia habitual de ocho a cuatro, donde cumplía diligentemente con tareas burocráticas la primera mitad del día y después llevaba a cabo un mínimo de trabajo de investigación, y salía de la comisaría solo si no había manera de hacer el trabajo por medio del teléfono y el ordenador. Que le asignaran trabajar en el turno de noche con Ballard durante la Nochevieja le pareció un inconveniente y un gran insulto. Para Ballard, la otra cara de la moneda era una oportunidad para acercarse a detener a dos depredadores que andaban sueltos haciendo daño a mujeres.

—¿Qué sabes de la vacuna? —preguntó Moore.

Ballard negó con la cabeza.

—Probablemente lo mismo que tú —dijo—. El mes que viene, puede ser.

Moore negó con la cabeza.

—Capullos —dijo—. Joder, somos un servicio de

emergencias. Deberían ponérnosla al mismo tiempo que al departamento de bomberos. Y nos dejan con los trabajadores de supermercado.

—A los bomberos se los considera personal sanitario —dijo Ballard—. A nosotros no.

—Ya lo sé, pero es cuestión de principios. Nuestro sindicato es una mierda.

—No es el sindicato. Es el gobernador, el departamento de sanidad…, un montón de cosas.

—Putos políticos…

Ballard lo dejó estar. Era una queja que oía a menudo en las reuniones de turno y en coches de policía por toda la ciudad. Como muchos en el departamento, ella ya había contraído la covid-19. La había dejado fuera de combate durante tres semanas en noviembre y esperaba tener suficientes anticuerpos hasta la llegada de la vacuna.

Durante el silencio reflexivo que siguió, un coche patrulla se detuvo junto a ellas en el lado de Moore en uno de los carriles dirección sur.

—¿Los conoces? —preguntó esta antes de pulsar el botón para bajar la ventanilla.

—Por desgracia —dijo Ballard—. Súbete la mascarilla.

Era un equipo de P2, Smallwood y Vitello, que siempre tenían demasiada testosterona en sangre. También pensaban que eran «demasiado sanos» para contraer el virus y evitaban el mandato del departamento que exigía utilizar la mascarilla.

Moore se puso la suya y bajó la ventanilla.

—¿Cómo van las cosas, bombones? —dijo Smallwood con una amplia sonrisa.

Ballard se subió la mascarilla oficial de la policía. Era de color azul marino con un relieve plateado de las siglas del departamento a la altura de la mandíbula.

—Estás bloqueando el tráfico, Smallwood —dijo Ballard.

Moore la miró.

—¿En serio? —susurró—. ¿Se llama así?

Ballard asintió.

Vitello pulsó el interruptor para encender las luces estroboscópicas del techo del coche patrulla. La luz azul

destellante iluminó las pintadas de las paredes de hormigón que había encima de las tiendas y las chabolas a ambos lados del paso elevado. Las brigadas municipales de limpieza habían blanqueado varias versiones de «FUCK THE POLICE» y «FUCK TRUMP», pero los mensajes se distinguían a través de la penetrante luz azul.

—¿Y ahora sigo bloqueando el tráfico? —dijo Vitello.

—Eh, hay un tipo allí que quiere informar de un robo de pertenencias —respondió Ballard—. ¿Por qué no vais a tomar nota de la denuncia?

—A la mierda —dijo Smallwood.

—A mí me parece trabajo de detective —añadió Vitello.

La voz del centro de comunicaciones que surgió en la radio en ambos coches interrumpió la conversación, si podía llamarse así, pidiendo una unidad 6-William. El 6 era la designación de Hollywood y William significaba «detective».

—Es para ti, Ballard —dijo Smallwood.

Ballard sacó la radio de su cargador, en la consola central, y respondió.

—6-William-26. Adelante.

Desde centralita le informaron de que había un herido de bala en Gower.

—La Quebrada —comentó Vitello en voz alta—. ¿Las señoras necesitan refuerzos?

La División de Hollywood se extendía por siete zonas llamadas «áreas básicas de patrulla». Smallwood y Vitello tenían asignada la zona que abarcaba las colinas de Hollywood, donde la delincuencia era baja y la mayoría de los residentes eran blancos. Eso era una medida destinada a mantenerlos alejados de problemas y confrontaciones con minorías. Sin embargo, no siempre había funcionado. Ballard había oído que molestaban a adolescentes en coches aparcados en zona prohibida en Mulholland Drive, donde había vistas espectaculares de la ciudad por la noche.

—Creo que podremos ocuparnos —dijo Ballard en voz alta —. Podéis volver a Mulholland a vigilar a los chicos que tiran los condones por la ventanilla. Haced que sea un lugar seguro.

Ballard puso la marcha y pisó el acelerador antes de que ni

Smallwood ni Vitello pudieran siquiera pensar una respuesta.

—Pobre tipo —dijo Moore sin compasión—. Agente Smallwood.

—Sí —dijo Ballard—. Y trata de compensarlo cada noche en la patrulla.

Moore rio mientras aceleraban en dirección sur por Cahuenga.

# 3

La Quebrada de Gower era el nombre con el que la gente de Hollywood se refería al cruce de Sunset Boulevard y Gower Street, que casi un siglo antes había sido un punto de recogida de jornaleros del cine. Estos esperaban en la esquina para conseguir trabajo de extra en los wésterns que los estudios de cine rodaban cada semana. Muchos de los vaqueros de Hollywood esperaban en el cruce con la indumentaria completa (botas de montar, zahón, chaleco y sombrero), y por eso empezó a conocerse como la Quebrada de Gower. Se contaba que allí consiguió trabajo un joven actor llamado Marion Morrison, que luego sería más conocido como John Wayne.

La Quebrada se había convertido en un centro comercial cuya fachada descolorida simulaba una ciudad del Oeste y con retratos de los vaqueros de Hollywood (desde Wayne hasta Gene Autry) en la pared exterior de una tienda Rite Aid. Yendo al sur desde la Quebrada, una serie de estudios tan grandes como un gimnasio se alineaban en el lado este hasta llegar a la joya de la corona de Hollywood: Paramount Studios. El estudio histórico estaba rodeado por muros de más de tres metros y medio y verjas de hierro, como una prisión. Pero esas barreras se habían construido para impedir que la gente entrara, no que saliera.

El lado occidental de Gower era una contradicción. Allí se sucedían talleres de coches que compartían espacio con edificios de apartamentos viejos con barrotes en todas las ventanas y puertas. Todo ese lado estaba repleto de pintadas de una banda local llamada Las Palmas 13. En cambio, las paredes de los estudios del lado este se mantenían inmaculadas, como si los grafiteros supieran por intuición que era mejor no meterse con la industria que construyó la ciudad.

El aviso llevó a Ballard y a Moore a una fiesta callejera en el patio de un taller de coches. Había varias personas en la calle, la mayoría sin mascarilla. Casi todas estaban observando a los agentes de dos coches patrulla que en ese momento perimetraban una escena del crimen en el interior de un patio vallado y con el suelo asfaltado que estaba lleno de vehículos en diferentes estados de reparación y restauración.

—¿Tenemos que hacer esto? —dijo Moore.

—Yo sí —dijo Ballard.

Abrió la puerta y bajó del coche. Sabía que su respuesta avergonzaría a Moore y haría que la siguiera. Estaba convencida de que iba a necesitar que la ayudara.

Ballard pasó por debajo de la cinta amarilla extendida a lo largo de la entrada al taller y enseguida estableció que la víctima de un disparo de bala no estaba en la escena y ya la habían transportado. Vio al sargento Dave Byron y a otro agente tratando de reunir a un grupo de testigos potenciales en uno de los talleres abiertos. Otros dos uniformados acordonaban un perímetro interior en torno a la escena del crimen real, que estaba marcada por un charco de sangre y restos dejados por el personal de la ambulancia. Ballard se acercó directamente a Byron.

—Dave, ¿qué tienes para mí? —preguntó.

Byron la miró por encima del hombro. Llevaba mascarilla, pero Ballard se dio cuenta por su mirada de que estaba sonriendo.

—Un sándwich de mierda, eso es lo que tengo para ti, Ballard —dijo.

Le hizo una seña para que se apartara de los civiles para hablar en privado.

—Amigos, no os mováis de ahí —dijo Byron, indicando con las manos a los testigos que no se movieran, lo cual Ballard interpretó como que no entendían inglés.

Se unió a Ballard en la parte delantera del chasis oxidado de una furgoneta Volkswagen. Miró lo que había anotado en una libretita.

—Tu víctima parece que se llama Javier Raffa, el dueño del negocio —dijo—. Vive a una manzana de aquí.

Señaló con el pulgar por encima del hombro, hacia el barrio situado al oeste del taller.

—Por si sirve, tiene afiliación con Las Palmas —añadió Byron.

—Vale —dijo Ballard—. ¿Adónde lo transportan?

—Al Hollywood Pres. Estaba crítico.

—¿Qué te han dicho los testigos?

—No mucho. Te los he dejado a ti. Al parecer, Raffa abre la verja y saca un barril de cerveza cada Nochevieja. Es para el barrio, pero vienen muchos de Las Palmas. Después de la cuenta atrás, hubo algunos disparos al aire, y de repente Raffa estaba en el suelo. De momento, nadie ha dicho que viera que le disparaban. Y hay casquillos por todas partes. Buena suerte con eso.

Ballard apuntó con la barbilla hacia una cámara en el alero del tejado, por encima de la esquina del taller.

—¿Y las cámaras? —preguntó.

—Las exteriores son falsas —dijo Byron—. Las interiores son reales, pero no las he mirado. Me han dicho que no están en una posición que nos vaya a ayudar mucho.

—Está bien. ¿Has llegado antes que la ambulancia?

—Yo no, pero un 79 sí. Finley y Watts. Dijeron que era una herida en la cabeza. Están allí, puedes hablar con ellos.

—Lo haré si lo necesito.

Ballard fue a ver si alguno de los uniformados que estaban marcando el perímetro hablaba español. Ella sabía lo básico, pero no lo suficiente para llevar a cabo interrogatorios a testigos. Vio que uno de los agentes que ataba la cinta de la escena del crimen al retrovisor lateral de una camioneta vieja era Víctor Rodríguez.

—¿Te importa si me quedo a V-Rod para que interprete? —preguntó.

A Ballard le pareció que Byron ponía mala cara detrás de la mascarilla.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Los preliminares con los testigos y luego tal vez la familia —dijo ella—. Buscaré en otra unidad si alguien acaba en la comisaría.

—Muy bien, pero si surge algo más voy a necesitar sacarlo otra vez.

—Recibido. Me daré prisa.

Ballard se acercó a Rodríguez, que llevaba alrededor de un año en la división después de que lo trasladaran desde Rampart.

—Víctor, estás conmigo —dijo Ballard.

—¿Sí?

—Vamos a hablar con testigos.

—Genial.

Moore dio alcance a Ballard de camino al grupo de testigos.

—Pensaba que te quedabas en el coche —dijo Ballard.

—¿Qué necesitas? —preguntó Moore.

—Me vendría bien alguien en el Hollywood Pres para que vea cómo está la víctima. ¿Quieres llevarte el coche y te vas para allá?

—Mierda.

—O puedes interrogar a testigos y familiares mientras voy yo.

—Dame las llaves.

—Me lo imaginaba. Las llaves siguen en el coche. Cuéntame lo que descubres.

Ballard informó a Rodríguez en un susurro mientras se acercaban a los testigos.

—No los incites —dijo—. Solo queremos saber lo que vieron, lo que oyeron, cualquier cosa que recuerden antes de que vieran a Raffa en el suelo.

—Entendido.

Pasaron los siguientes cuarenta minutos hablando brevemente con los testigos reunidos, ninguno de los cuales había visto cómo disparaban a la víctima. En interrogatorios separados, cada uno describió una escena multitudinaria y caótica en el patio, durante la cual la mayoría de la gente estaba mirando arriba al filo de la medianoche cuando los fuegos artificiales y las balas acuchillaron el cielo. Aunque nadie admitió haber disparado, todos reconocieron que había gente del barrio que disparó al aire. Ninguno de los testigos reveló nada lo bastante importante como para llevarlo a la

comisaría para otro interrogatorio. Ballard copió las direcciones y los números de teléfono en su libreta y les advirtió que los llamaría algún investigador de homicidios para hacer un seguimiento.

Luego reunió a Finley y Watts en un corrillo para preguntarles por sus primeras impresiones del crimen. Le contaron que la víctima no respondía cuando llegaron y parecía haber recibido el impacto de una bala perdida. La herida estaba en lo alto de la cabeza. Dijeron que sobre todo se habían ocupado de controlar a la multitud, manteniendo a la gente alejada de la víctima y haciendo hueco para los de la ambulancia.

Cuando estaba terminando con ellos, Ballard recibió una llamada de Moore desde el Hollywood Presbyterian Medical Center.

—Toda la familia de la víctima está aquí y están a punto de enterarse de que no ha sobrevivido —dijo—. ¿Qué quieres que haga?

«Quiero que actúes como una detective formada», pensó Ballard, pero no lo dijo.

—Mantén a los familiares ahí —dijo en cambio—. Voy para allá.

—Lo intentaré —dijo Moore.

—No lo intentes, hazlo —dijo Ballard—. Llego en diez minutos. ¿Sabes si hablan inglés?

—No estoy segura.

—Vale. Averígualo y mándame un mensaje. Llevaré a alguien, por si acaso.

—¿Cómo están las cosas allí?

—Demasiado pronto para saberlo. Si fue un accidente, el que disparó no se quedó. Y si no lo fue, no tengo ni cámara ni testigos.

Ballard colgó y caminó hacia Rodríguez.

—Víctor, tienes que llevarme al Hollywood Pres —dijo.

—No hay problema.

Ballard informó a Byron de adónde iba y le pidió que mantuviera la integridad de la escena del crimen hasta que volviera.

Al cruzar el aparcamiento, siguiendo a Rodríguez a su coche, vio que las primeras gotas de lluvia mojaban el asfalto entre los casquillos de bala.

# 4

Rodríguez puso las luces en vez de la sirena para acelerar su trayecto al hospital. Ballard aprovechó esos minutos para llamar al teniente a su casa y ponerlo al día. Derek Robinson-Reynolds, el oficial al mando de los detectives de Hollywood, ya le había enviado un mensaje solicitando la actualización y contestó de inmediato.

—Ballard —contestó de inmediato—, esperaba haber tenido noticias tuyas antes.

—Lo siento, teniente. Teníamos varios testigos con los que hablar para formarnos una idea. También acabo de saber que nuestra víctima ha ingresado cadáver.

—Pues tendré que sacar al West Bureau. Sé que ya está toda la brigada a tope con un caso con dos víctimas de ayer.

Los homicidios se investigaban desde el West Bureau. Robinson-Reynolds estaba listo para ceder la investigación, pero sabía que no sería bien recibido por su homólogo en Homicidios del West Bureau.

—Señor, puede hacerlo, claro, pero todavía no he determinado de qué se trata. Había un montón de gente disparando a medianoche. No estoy segura de si fue accidental o intencionado. Voy al hospital a echarle un vistazo.

—Bueno, ¿ninguno de los testigos lo vio?

—Los testigos que se quedaron no. Solo vieron a la víctima en el suelo. Si alguien lo vio se largó antes de que las unidades llegaran a la escena.

Hubo una pausa en la que el teniente sopesó su siguiente movimiento.

Estaban a una manzana del hospital. Ballard habló antes de que Robinson-Reynolds respondiera.

—Deje que me encargue, teniente.

Él permaneció en silencio y ella le expuso su propuesta.

—El West Bureau está con los dos cadáveres. Todavía no sabemos qué es esto. Deje que me ocupe y ya veremos dónde estoy por la mañana. Lo llamaré entonces.

El teniente habló por fin:

—No lo sé, Ballard. No estoy seguro de que quiera que estés haciendo cabriolas por tu cuenta.

—No estoy sola. Estoy con Lisa Moore, ¿recuerda?

—Claro, claro. ¿Nada sobre eso esta noche?

Se estaba refiriendo a los Hombres de Medianoche.

—Hasta el momento no. Estamos llegando al Hollywood Pres. La familia de la víctima está aquí.

Eso empujó a Robinson-Reynolds a tomar una decisión.

—Está bien, contendré al West Bureau. Por ahora. Mantenme informado. No importa la hora, Ballard.

—Recibido.

—De acuerdo, pues.

Robinson-Reynolds colgó. Justo cuando Rodríguez estaba parando detrás del coche de Ballard, que Moore había dejado en una plaza reservada para ambulancias, le sonó un aviso de un mensaje.

—¿Era Guion? —preguntó Rodríguez—. ¿Qué ha dicho?

Usó el mote con el que la mayoría de la división se refería a Robinson-Reynolds cuando no estaba presente. Ballard miró el mensaje de texto. Era de Moore:

Aquí nadie me entiende.

—Nos ha dado luz verde —dijo Ballard.

—¿«Nos»? —inquirió Rodríguez.

—Probablemente te necesite también aquí.

—El sargento Byron me ha pedido que vuelva volando.

—El sargento Byron no está a cargo de la investigación. Yo estoy a cargo, y tú estás conmigo hasta que te diga lo contrario.

—Entendido…, siempre que se lo digas a él.

—Lo haré.

Ballard encontró a Moore en la sala de espera de urgencias, rodeada por un grupo de mujeres que lloraban y un adolescente. La familia de Raffa acababa de recibir la mala

noticia sobre su marido y padre. La esposa, tres hijas adultas y el hijo mostraban diversos grados de asombro, dolor y rabia.

—Vaya —dijo Rodríguez al acercarse.

A nadie le gusta interrumpir el tipo de trauma que provoca la muerte.

—He oído que quieres ser detective, V-Rod —dijo Ballard.

—Claro que sí —respondió Rodríguez.

—Muy bien, quiero que ayudes a la detective Moore a hablar con la familia. No te limites a interpretar. Haz preguntas. Enemigos conocidos, su relación con Las Palmas, quién más estaba en el taller esta noche… Consigue nombres.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Adónde…?

—Tengo que ver el cadáver. Luego vuelvo contigo.

—Entendido.

—Bien. Avisa a la detective Moore.

Ballard se separó de él y se acercó al mostrador. Enseguida la acompañaron al puesto de enfermeras que estaba en medio de la sala de urgencias. Alrededor había numerosos boxes de reconocimiento y tratamiento separados por cortinas. Preguntó a una enfermera si ya habían trasladado el cadáver de la víctima de los disparos y le dijeron que el hospital estaba esperando a que lo recogiera un equipo del forense. La enfermera le señaló una cortina verde pastel cerrada.

Ballard la corrió, entró en el box de reconocimiento con una cama individual y cerró la cortina. El cuerpo sin vida de Javier Raffa estaba boca arriba en la cama. Nadie se había preocupado de cubrirlo. Su camisa azul de trabajo con el nombre en un parche ovalado estaba abierta y en el pecho aún se veía una pomada, probablemente de las palas que habían utilizado para intentar reanimarlo. También había decoloraciones blanquecinas en la piel morena del pecho y el cuello. Tenía los ojos abiertos y una cosa de goma en la boca. Ballard sabía que se lo habían colocado antes de utilizar las palas.

Sacó unos guantes de látex negros de un compartimento de su cinturón de material y se los puso. Con ambas manos, giró suavemente la cabeza del cadáver para buscar el orificio de entrada. La víctima tenía el pelo largo y rizado, pero Ballard

encontró el punto de entrada en la parte superior trasera de la cabeza, bajo el pelo apelmazado por la sangre. A juzgar por la localización, la detective no creía que hubiera un orificio de salida. La bala seguía dentro, lo cual en términos forenses era una suerte.

Se inclinó más sobre la cama para examinar la herida de cerca. Supuso que la había ocasionado una bala de pequeño calibre y se dio cuenta de que parte del pelo que la rodeaba estaba chamuscado. Eso significaba que el arma se había disparado a una distancia de poco más de un palmo. Había motas de pólvora quemada en el cabello de Javier Raffa.

En ese momento, Ballard supo que no había sido un accidente. Había sido un asesinato. Alguien había aprovechado el momento en el que las miradas se dirigían al cielo de medianoche y sonaban disparos por todas partes para acercar un arma a la cabeza de Raffa y apretar el gatillo. Y en ese momento, Ballard supo que quería el caso, que encontraría la manera de mantener esa conclusión para sí misma hasta que estuviera demasiado implicada para que la dejaran al margen.

Sabía que podía ser la solución que necesitaba para salvarse.

# 5

Ballard cerró la cortina después de salir del box y se acercó al puesto de enfermeras para no quedarse molestando en medio del ajetreo de la sala de urgencias. Sacó el teléfono y marcó el número de la brigada de Bandas de la División de Hollywood. No contestó nadie. Después llamó a la línea interna de la sala de control. Respondió el sargento Kyle Dallas, y Ballard le preguntó quién estaba trabajando en el segundo turno en Bandas.

—Les toca a Janzen y Cordero —dijo él—. Y creo que también está el sargento Davenport.

—¿Fuera o dentro?

—Acabo de ver a Cordero en la sala de descanso, así que puede que hayan vuelto ahora que ha pasado la hora de las brujas.

—Vale, si los ves diles que se queden. Tengo que hablar con ellos. No tardaré.

—Entendido.

Ballard accedió a través de las puertas automáticas a la sala de espera y vio a Moore y a Rodríguez sentados en un rincón interrogando en grupo a la familia Raffa. A Renée le molestaba que Moore no hubiera llevado a cabo conversaciones individuales, y eso que Moore estaba acostumbrada a investigar agresiones sexuales, que normalmente implicaban interrogatorios en solitario a las víctimas. Moore estaba fuera de juego y Rodríguez no sabía más.

Ballard vio que el hijo estaba sentado fuera del corrillo y mirando a Moore por encima de los hombros de dos de sus hermanas. Era lo bastante joven para estar todavía en la escuela, lo cual significaba que podría hablar inglés. Moore debería haberlo sabido.

Se acercó y le dio un golpecito en el hombro.

—¿Hablas inglés? —susurró.

El chico asintió.

—Ven conmigo, por favor —dijo Ballard.

Lo condujo a otro rincón. La sala de espera estaba sorprendentemente despoblada. Sería llamativo cualquier noche de la semana, pero particularmente en Nochevieja, después de medianoche. Ballard señaló una silla para que el chico se sentara y luego apartó una segunda de la pared y la posicionó para hablar cara a cara.

Ambos tomaron asiento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ballard.

—Gabriel —dijo el chico.

—¿Eres hijo de Javier?

—Sí.

—Lo siento mucho. Vamos a descubrir lo que pasó y quién lo hizo. Soy la detective Ballard, puedes llamarme Renée.

Gabriel miró su uniforme.

—¿Detective? —preguntó.

—Teníamos que ir de uniforme hoy —dijo Ballard—. Todo el mundo a la calle y esas cosas. ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿A qué escuela vas?

—Hollywood.

—¿Y estabas en el patio del taller esta noche?

—Sí.

—¿Estabas con tu padre?

—Eh, no, estaba… en el Cadillac.

Cuando había estado en la escena del crimen, Ballard había visto un Cadillac viejo y oxidado aparcado en el solar. Tenía el maletero abierto y en el interior había un barril de cerveza sobre un lecho de hielo.

—¿Estabas con alguien en el Cadillac? —preguntó Ballard.

—Con mi novia —dijo Gabriel.

—¿Cómo se llama?

—No quiero que se meta en problemas.

—No se va a meter en problemas. Solo estamos tratando de averiguar quién estaba allí esta noche, nada más.

Ballard esperó.

—Lara Rosas —dijo Gabriel por fin.

—Gracias, Gabriel —dijo ella—. ¿Conoces a Lara de la escuela o del barrio?

—Eh, las dos cosas.

—¿Y se fue a casa?

—Sí, se marchó cuando vinimos aquí.

—¿Viste lo que le ocurrió a tu padre?

—No, solo lo vi después. Allí tirado.

Gabriel no estaba mostrando ninguna emoción y Ballard no vio marcas de lágrimas en su rostro. Sabía que eso no significaba nada. La gente procesa y expresa la conmoción y el dolor de maneras diferentes. Una conducta inusual o una falta evidente de emoción no tenía que considerarse sospechosa.

—¿Viste a alguien en la fiesta que te pareciera extraño o fuera de lugar? —preguntó Ballard.

—La verdad es que no —dijo Gabriel—. Había un tipo al lado del barril que parecía fuera de lugar. Pero era una fiesta callejera. Quién sabe.

—¿Le pidieron que se marchara?

—No, simplemente estaba ahí. Cogió su cerveza y creo que después se marchó. No lo volví a ver.

—¿Era del barrio?

—No lo creo. Nunca lo había visto antes.

—¿Qué te hace decir que estaba fuera de lugar?

—Bueno, era blanco, además parecía sucio, ¿sabe? Su ropa y sus cosas.

—¿Crees que era un sintecho?

—No lo sé, puede ser. Es lo que pensé.

—¿Y lo viste antes de los disparos?

—Sí. Seguro. Fue antes de que la gente empezara a mirar arriba.

—Has dicho que llevaba la ropa sucia. ¿Qué llevaba?

—Una sudadera gris con capucha y tejanos. Llevaba los pantalones sucios.

—¿Era suciedad o grasa?

—Como tierra, creo.

—¿Llevaba la capucha puesta? ¿Le viste el pelo?

—La llevaba puesta, pero daba la impresión de que tenía la

cabeza rapada.

—Está bien. Y los zapatos, ¿los recuerdas?

—No, no me fijé.

Ballard hizo una pausa y trató de memorizar los detalles de la descripción. No estaba anotando nada. Pensaba que era mejor mantener contacto visual con Gabriel y no arriesgarse a asustarlo sacando una libreta y un boli.

—¿Quién más te pareció fuera de lugar? —preguntó.

—Nadie más —dijo Gabriel.

—¿Y no estás seguro de si el tipo de la capucha se quedó después de coger su cerveza?

—No volví a verlo.

—Entonces, cuando lo viste por última vez, ¿fue mucho antes de medianoche y de que empezaran los disparos?

—No lo sé, media hora.

—¿Viste si tu padre o alguien le preguntó qué estaba haciendo allí o le pidió que se marchara?

—No, porque era como una fiesta de barrio. Todo el mundo era bienvenido.

—¿Viste más blancos en la fiesta?

—Unos cuantos, sí.

—Pero no eran sospechosos.

—No.

—Pero este tipo sí.

—Bueno, era una fiesta y él iba sucio. Y llevaba la capucha puesta.

—Tu padre llevaba una camisa de trabajo. ¿Era normal?

—Porque ponía el nombre. Quería que todos los vecinos supieran quién era. Siempre lo hacía.

Ballard asintió. Era el momento de plantear preguntas más difíciles y mantener a ese chico de su lado lo más posible.

—¿Has disparado algún arma esta noche, Gabriel? —preguntó.

—No, ni hablar —dijo él.

—Vale, está bien. ¿Tienes relación con Las Palmas 13?

—¿Qué me está preguntando? No soy ningún pandillero. Mi padre decía que ni hablar.

—No te pongas nervioso. Solo trato de hacerme una

composición de lugar. No estás asociado, eso está bien. Pero tu padre sí, ¿no?

—Dejó esa mierda hace mucho tiempo. No hacía nada ilegal.

—Está bien, es bueno saberlo. Pero he oído que había tipos de Las Palmas en el patio del taller durante la fiesta. ¿Es verdad?

—No lo sé, puede ser. Mi padre creció con esa gente. No se olvidó de ellos sin más. Pero cumplía con la ley, su negocio era limpio, hasta tenía un socio blanco. Así que no empiece con esa mierda de que estaba relacionado con bandas. Eso es mentira.

Ballard asintió.

—Es bueno saberlo, Gabriel. ¿Sabes si su socio estaba allí?

—No lo vi. ¿Hemos terminado?

—Todavía no, Gabriel. ¿Cómo se llama el socio?

—No lo sé. Es doctor en Malibú o algo así. Solo lo vi una vez que vino con la chapa abollada.

—¿La chapa abollada?

—De su Mercedes. Dio marcha atrás y abolló el chasis.

—Entendido. Vale, necesito otras dos cosas de ti, Gabriel.

—¿Qué?

—Necesito el número de teléfono de tu novia y que me acompañes un momento al coche.

—¿Por qué tengo que acompañarla? Quiero ver a mi padre.

—No te van a dejar verlo hasta más tarde, Gabriel. Quiero ayudarte. Quiero que sea la última vez que tengas que hablar de esto con la policía. Pero para eso tengo que examinarte las manos para estar segura de que dices la verdad.

—¿Qué?

—Has dicho que no has disparado ningún arma esta noche. Te voy a examinar las manos con algo que tengo en el coche para saberlo seguro. Después no sabrás nada de mí hasta que venga a contarte que hemos pillado a la persona que le hizo esto a tu padre.

Ballard esperó mientras Gabriel sopesaba sus opciones.

—Si no quieres hacerlo, asumiré que me has mentido. No querrás eso, ¿no?

—Muy bien, vamos a hacerlo.

Ballard se acercó antes al grupo para pedirle a Moore las llaves del coche. Esta dijo que estaban en el coche. Luego condujo a Gabriel a las plazas reservadas para ambulancias. Allí sacó una libreta del bolsillo de atrás. Después de apuntar el número de móvil de la novia de Gabriel, anotó su descripción del encapuchado. Luego abrió el maletero. Sacó un paquete de toallitas para hacer un test de residuos de pólvora, usó una para cada mano y luego las guardó en bolsas de plástico que entregaría al laboratorio.

—¿Ve?, no hay pólvora —dijo él.

—El laboratorio lo confirmará —dijo Ballard—. Pero yo ya te creo, Gabriel.

—Entonces, ¿qué hago ahora?

—Entras y estás con tu madre y tus hermanas. Van a necesitar que seas fuerte.

Gabriel asintió y se le contorsionó la cara. Fue como si decirle que fuera fuerte le hubiera quitado toda su fortaleza.

—¿Estás bien? —preguntó Ballard.

Le tocó el hombro.

—¿Va a pillar a ese tipo? —dijo el chico.

—Sí —dijo Ballard—. Vamos a pillarlo.

# 6

Ballard no volvió a comisaría hasta casi las tres. Subió por la escalera que salía del pasillo de atrás y entró en la sala que compartían las unidades de Bandas y de Antivicio. Era larga y rectangular y normalmente estaba vacía porque ambas unidades trabajaban en las calles. Pero en ese momento estaba llena. Los agentes de ambas brigadas, de uniforme, como Ballard, estaban sentados detrás de escritorios y mesas de trabajo que recorrían la sala. La mayoría no llevaba mascarilla. La gran concurrencia podía explicarse de diversas maneras. Primero, era difícil trabajar en Antivicio y en Bandas de uniforme completo, como dictaba la alerta táctica del departamento. Eso significaba que la alerta, que se suponía que tenía que poner el máximo número posible de agentes en la calle durante la celebración de Nochevieja, estaba teniendo el efecto opuesto. Podía deberse también a que, como ya había pasado la hora de las brujas, que en el departamento se consideraba que iba de medianoche a las dos de la mañana, todo el mundo había vuelto a casa para descansar. Sin embargo, Ballard sabía que el nuevo Departamento de Policía de Los Ángeles también podía ser eso: agentes despojados del mandato de ser una policía proactiva y esperando a ser reactivos, a pisar las calles solo cuando se les pidiera y se les requiriera, y aun entonces haciendo lo mínimo para no generar quejas ni controversias.

Para Ballard, gran parte del departamento había adoptado la actitud de un civil pillado en medio de un atraco a un banco. Cabeza baja, desviando la mirada y acatando la advertencia: si nadie se mueve, nadie resultará herido.

Localizó al sargento Rick Davenport al final de una de las mesas de trabajo y se dirigió hacia él. Él, sin mascarilla, levantó la mirada del móvil al verla venir y curvó la boca con

una sonrisa de reconocimiento. Tenía cuarenta y tantos años y llevaba más de una década trabajando con bandas en la división.

—Ballard —dijo—, he oído que esta noche le ha tocado al Chopo.

Ella se detuvo junto a la mesa.

—¿El Chopo? —preguntó.

—Así llamábamos a Javier en tiempos —dijo Davenport—. Cuando era pandillero y usaba la casa de su padre como desguace.

—¿Pero ya no?

—Supuestamente lo dejó cuando su mujer empezó a parir.

—Me ha sorprendido no verte en la escena esta noche. ¿Es por eso?

—Por eso y por otras cosas. Solo hacemos lo que la gente quiere.

—¿No estar en las calles?

—Está claro que, si no pueden dejar de financiarnos, querrán dejar de vernos. ¿No, Cordo?

Davenport buscó la confirmación de un policía de Bandas llamado Cordero.

—Eso es, sargento —dijo el aludido.

Ballard apartó la silla vacía a la derecha de Davenport y se sentó. Decidió ir al grano.

—Entonces, ¿qué puedes contarme de Javier? —preguntó—. ¿Crees que se enderezó? ¿Las Palmas permitiría eso?

—Se cuenta que hace unos doce o quince años compró su salida —dijo Davenport—. Y por lo que sabemos ha estado limpio y ha cumplido con la ley desde entonces.

—¿O era demasiado listo para vosotros?

Davenport rio.

—Siempre cabe esa posibilidad.

—Bueno, ¿todavía tienes el archivo? Tarjetas de acoso, lo que sea.

—Sí, tenemos un archivo. Seguramente tendrá un poco de polvo. Cordo, saca el expediente de Javier Raffa y dáselo a la detective Ballard.

Cordero se levantó y se acercó a la fila de archivadores de

cuatro cajones que recorría todo un lateral de la sala.

—Mira si es viejo lo de este hombre —dijo Davenport— que está en los archivos en papel.

—Entonces, ¿definitivamente inactivo? —insistió Ballard.

—Sí. Y lo habríamos sabido si hubiera estado activo. Seguimos a algunos de los supremos. Si se hubieran reunido, lo habríamos visto.

—¿En qué nivel estaba Raffa antes de dejarlo?

—No muy alto. Era soldado. Nunca presentamos cargos contra él, pero sabíamos que desguazaba coches robados para la banda.

—¿Cómo os enterasteis de que compró su salida?

Davenport negó con la cabeza, como si no lo recordara.

—Radio macuto —dijo—. No puedo decirte quién era el confidente de memoria, fue hace mucho tiempo. Pero eso fue lo que se contó, y por lo que yo sé era preciso.

—¿Cuánto cuesta algo así? —preguntó Ballard.

—No me acuerdo. Puede que esté en el expediente.

Cordero regresó de los archivos y le entregó la carpeta a Davenport en lugar de a Ballard. Él a su vez se la entregó a ella.

—Tú misma —dijo.

—¿Me la puedo llevar? —preguntó Ballard.

—Mientras la devuelvas…

—Recibido.

Ballard cogió la carpeta, se levantó y salió. Tenía la sensación de que muchos de los hombres la estaban mirando cuando abandonó la sala. No era popular allí después de un año de pedir y luego exigir información y ayuda en sus investigaciones a personas con tendencia a hacer lo menos posible.

Bajó por la escalera y entró en la sala de detectives, donde vio a Lisa Moore en su escritorio. Estaba escribiendo en su ordenador.

—Has vuelto —dijo Ballard.

—No gracias a ti —dijo Moore—. Me dejaste con esa gente y el niñato ese.

—¿Rodríguez? Probablemente lleva cinco años en el puesto.

Trabajó en Rampart antes de venir aquí.

—No importa, parece un crío.

—¿Conseguiste algo bueno de la mujer y las hijas?

—No, pero lo estoy escribiendo. ¿Adónde irá esto?

—Voy a quedármelo yo primero. Mándame a mí lo que tengas.

—¿No al West Bureau?

—Tienen a todos los equipos en un doble asesinato. Así que yo me encargo hasta que estén listos para asumirlo.

—¿Y a Guioncito le parece bien?

—He hablado con él. No hay problema.

—¿Qué tienes ahí? —Señaló la carpeta que llevaba Ballard.

—Un expediente antiguo de Bandas sobre Raffa —dijo ella —. Davenport me ha dicho que no ha estado activo en años, que compró su salida cuando formó una familia.

—Vaya, ¡qué dulce! —dijo Moore.

El sarcasmo se percibía con claridad en su voz. Ballard ya se había dado cuenta hacía mucho de que Moore había perdido su empatía. Trabajar a tiempo completo con delitos sexuales probablemente provocaba eso. Perder empatía hacia las víctimas era una medida de autoprotección, pero Ballard esperaba que nunca le ocurriera a ella. El trabajo policial te vaciaba con facilidad. Aun así, creía que perder la empatía era perder el alma.

—Envíame tus informes cuando estés lista para presentarlos —dijo Ballard.

—Lo haré —dijo Moore.

—Y nada sobre los Hombres de Medianoche, ¿no?

—Todavía no. Puede que se lo tomen con calma esta noche.

—Sigue siendo temprano. En Acción de Gracias no recibimos la llamada hasta la madrugada.

—Fantástico. Qué ganas de que llegue la madrugada.

Sarcasmo otra vez. Ballard no le hizo caso y eligió una mesa vacía cercana. Como trabajaba en la sesión nocturna, no disponía de un lugar asignado, pero podía usar una mesa de la sala cuando la necesitara. Miró los objetos de decoración del único estante del cubículo donde estaba sentada y enseguida se dio cuenta de que era el espacio de trabajo de un detective de

Delitos contra Personas del turno de día llamado Tom Newsome. A este le encantaba el béisbol, y en el estante tenía pequeños pedestales con varias pelotas de recuerdo firmadas por jugadores de los Dodgers del pasado y el presente. La joya de la colección estaba protegida en un pequeño cubo de plástico. No estaba firmada por ningún jugador, sino que llevaba la firma de un hombre que había comentado los partidos de los Dodgers por radio y televisión durante cincuenta años. Vin Scully era venerado como la voz de la ciudad porque trascendió el béisbol. Hasta Ballard sabía quién era, y pensó que Newsome se estaba arriesgando a que le robaran la pelota, incluso en una comisaría de policía.

Al abrir la carpeta, Ballard se encontró con una foto policial de un joven Javier Raffa. Había muerto a los treinta y ocho años y la foto era de una detención de 2003 por aceptar bienes robados. Leyó los detalles del informe de detención al que estaba unida la foto. Decía que lo habían parado cuando iba al volante de una camioneta Ford de 1977 con varias piezas de automóvil usadas en la caja. Una de esas piezas, un transeje, todavía tenía grabado el número de serie de fabricación y la pista llevó hasta un Mercedes Clase G cuyo robo se había denunciado el mes anterior en el valle de San Fernando.

Según los registros del archivo, el abogado de Raffa, un tal Roger Mills, negoció un acuerdo que al Javier de veintiún años le costó una condicional con servicio a la comunidad a cambio de declararse culpable. Después eliminaron el caso de los antecedentes de Raffa cuando este completó la condicional y ciento veinte horas de servicio a la comunidad sin incidente alguno. El expediente señalaba que dicho servicio incluía tapar con pintura grafitis de bandas en pasos elevados de autopistas de toda la ciudad.

Era la primera y única detención que constaba, aunque había varias tarjetas de interrogatorios de campo grapadas. Todas estaban fechadas antes de la detención y se remontaban a cuando Raffa tenía dieciséis años. La mayoría procedían de redadas básicas: cuando las patrullas interrumpían en fiestas o hacían la ronda en Hollywood Boulevard. Los agentes anotaban nombres, cómplices, tatuajes y otras descripciones

para alimentar los archivos de inteligencia y las bases de datos de Bandas. Como hijo del propietario de un taller, Raffa siempre llevaba coches clásicos y restaurados o deportivos que también se describían en lo que los abogados e incluso los policías llamaban tarjetas de acoso.

Desde las primeras tarjetas, Raffa tenía asociado el apodo el Chopo. Era un guiño a un jefe de los mayores cárteles, conocido como el Chapo. Una nota que captó la atención de Ballard y se repetía en las cuatro tarjetas escritas y presentadas entre 2000 y 2003 era la descripción de un tatuaje en el lado derecho del cuello: una bola de billar blanca con una franja naranja y el número 13, una referencia a su vinculación a Las Palmas 13 y su deferencia a la eMe, la banda carcelaria también conocida como «la mafia mexicana». El 13 era una referencia a la M, la decimotercera letra del alfabeto.

Ballard pensó en la decoloración que había visto en el cuello de Raffa. Se dio cuenta de que era una cicatriz que le había quedado al borrar con láser el tatuaje.

Había también una fotocopia de un informe de inteligencia que databa del 25 de octubre de 2006. Era una lista que enumeraba múltiples rumores no confirmados e información de un confidente identificado como LP3. Ballard supuso que el confidente era un miembro de Las Palmas. Examinó las distintas entradas y encontró una sobre Raffa:

- Javier Raffa (el Chopo), 14-2-1982; se dice que pagó a Humberto Viera 25000 dólares en efectivo como contribución para una separación sin ataduras de la banda.

Ballard nunca había oído de nadie que comprara su salida de una banda. Conocía de siempre la regla «Sangre por sangre, hasta que la muerte nos separe». Cogió el teléfono del escritorio. Newsome había pegado un directorio de teléfonos allí. Llamó a la extensión que figuraba al lado de las siglas de la División de Bandas y preguntó por el sargento Davenport. Mientras esperaba a que se pusiera, cogió una de las pelotas de béisbol de su pedestal y trató de discernir la firma garabateada. Sabía poco de béisbol o de jugadores de los Dodgers del pasado y el presente. Le pareció que la firma decía

«Mookie», pero pensó que se estaba equivocando.

Davenport se puso al teléfono.

—Soy Ballard. Tengo una pregunta.

—Adelante.

—¿Humberto Viera de Las Palmas sigue por aquí?

Él chascó la lengua.

—Depende de lo que entiendas con «por aquí» —dijo—. Lleva al menos ocho o diez años en Pelican Bay. Y no va a volver.

—¿Fue un caso tuyo? —preguntó Ballard.

—Formé parte, sí. Lo pillé en un par de 187 de unos tipos de los White Fence. Convencimos al conductor de la fuga de que hablara y se acabó Humberto. Adiós.

—Vale. ¿Alguien más con quien pueda hablar de cómo Javier Raffa compró su salida de la banda?

—Hum. No lo creo. Eso fue hace mucho, por lo que recuerdo. Quiero decir, siempre hay pandilleros por ahí, pero lo siguen siendo porque obedecen. Aunque la mayoría de los miembros de bandas no duran más de ocho o diez años. Nadie va a hablarte de Raffa.

—¿Y LP3?

Hubo una pausa antes de que Davenport respondiera. Y quedó claro que, cuando había asegurado que no recordaba el nombre del chivato, le había mentido.

—¿Qué crees que sacarás de ella?

—¿Así que es una mujer?

—No he dicho eso. ¿Qué crees que sacarás de él?

—No lo sé. Estoy buscando una razón por la que alguien le ha metido una bala en la cabeza a Raffa.

—Bueno, LP3 hace mucho que no está. Eso es un cabo suelto.

—¿Ahora sí estás seguro?

—Estoy seguro.

—Gracias, sargento. Nos vemos.

Ballard colgó el teléfono. Estaba claro para ella, por la pifia de Davenport, que LP3 era una mujer y posiblemente seguía en activo como confidente. De lo contrario, no habría sido tan torpe al tratar de cubrir su desliz. Ballard no sabía qué

significaba eso en relación con su caso, considerando que Raffa parecía haberse separado de la banda catorce años antes. Pero era bueno saber que, si el caso señalaba hacia Las Palmas, Bandas tenía alguien que proporcionaba ideas e información desde dentro.

—¿De qué iba eso? —preguntó Moore.

Estaba sentada al otro lado del pasillo.

—Bandas —dijo Ballard—. No quieren que hable con su soplón de Las Palmas.

—Imagino —dijo Moore.

Ballard no estaba segura de qué quería decir con eso, pero no respondió. Sabía que Moore estaba en la sesión nocturna puntualmente. Su implicación en el caso terminaría en cuanto saliera el sol y concluyera su turno y la alerta táctica y todos los agentes volvieran a su agenda habitual. Ella regresaría al turno de día, pero Ballard se quedaría sola trabajando en las horas oscuras.

Era justamente lo que quería.

# 7

Ballard empezó a compilar el expediente del caso Raffa. Comenzó por la tediosa labor de redactar el informe del incidente, que describía el asesinato y la identificación de la víctima, pero también registraba muchos detalles triviales, como la hora de la llamada de aviso, el nombre de los agentes que respondieron, la temperatura ambiente, la notificación al familiar más próximo y otros detalles que eran importantes en la documentación, pero no en la resolución del caso. Luego escribió los resúmenes de los interrogatorios con testigos que había llevado a cabo ella misma y los que le había pasado Lisa Moore, aunque los informes de esta eran breves y superficiales. El resumen del interrogatorio de la hija menor de Raffa solo tenía una línea: «La niña no sabe nada y no puede contribuir a la investigación».

Todo eso se colocaba en una carpeta de tres anillas. Por último, Ballard inició una cronología del caso que registraba todos sus movimientos en orden e incluyó una mención de su discusión con Davenport. Luego hizo copias de los documentos del archivo de Bandas y también los puso en la carpeta. Terminó este trabajo a las cinco de la mañana, y entonces se levantó y se acercó a Moore, que estaba mirando el correo electrónico en su teléfono. Su turno terminaba en una hora, pero eso a Ballard no le importaba.

—Voy a ir al centro a ver qué han recogido los de Criminalística —dijo Ballard—. ¿Vienes o te quedas?

—Creo que me quedo —dijo Moore—. Es imposible que vuelvas antes de las seis.

—Claro. Entonces, ¿te importa devolverle el archivo de Bandas a Davenport?

—Se lo llevaré, pero ¿por qué haces esto?

—¿Qué?

—Seguir con el caso. Es un homicidio. Vas a tener que entregarlo al West Bureau en cuanto se despierte la gente por allí.

—Puede ser. Pero quizá me dejen trabajar en él.

—Nos estás dando mala fama a los demás, Renée.

—¿De qué estás hablando?

—Quédate en tu sitio. Nadie se mueve, nadie sale herido.

Ballard se encogió de hombros.

—No dijiste eso cuando me metí en el caso de los Hombres de Medianoche —repuso.

—Eso son violaciones —dijo Moore—. Tú estás hablando de un caso de homicidio.

—No veo la diferencia. Hay una víctima y hay un caso.

—Bueno, míralo así: el West Bureau sí verá la diferencia. No les va a hacer gracia que trates de quitárselo.

—Ya veremos. Me voy. Avísame si nuestros dos cabrones vuelven a actuar.

—Lo haré. Lo mismo te digo.

Ballard volvió a su escritorio prestado, cerró el portátil y recogió sus cosas. Se subió la mascarilla antes de caminar por el pasillo de atrás hacia la salida. Había allí un banco de detenidos y quería ir protegida. Era imposible saber qué traían a la comisaría.

Al salir de allí, tomó la 101 hacia el centro, conduciendo a través de los tonos grises de antes del amanecer hacia las torres que siempre parecían iluminadas durante las horas oscuras. El tráfico se había reducido más o menos a la mitad durante la pandemia, pero la ciudad a esa hora estaba muerta y Ballard llegó a la conexión con la 10 en menos de quince minutos. Desde ahí solo había otros cinco minutos antes de la salida del campus de Cal State. El Centro de Ciencia Forense, el laboratorio de cinco plantas que compartían el Departamento de Policía de Los Ángeles y el Departamento del Sheriff del Condado, ocupaba el extremo sur del enorme campus.

El edificio parecía tan calmado como las calles. Ballard tomó el ascensor a la tercera planta, donde trabajaban los técnicos de la escena del crimen. Le abrieron la puerta y lo recibió un criminalista llamado Anthony Manzano, que había

estado en la escena del crimen de Javier Raffa.

—Ballard —dijo—, no sabía quién iba a venir.

—Por ahora, yo —dijo ella—. El West Bureau está con un doble crimen y todos están con eso.

—No hace falta que me lo digas. Todos menos yo están con eso. Vamos al fondo.

—Tiene que ser un caso peliagudo.

—Más bien un caso televisivo, y no quieren quedar mal.

Ballard había sentido curiosidad por el hecho de que no apareciera la prensa en el caso de la Quebrada de Gower. Había pensado que la teoría inicial de que alguien había muerto por una bala caída del cielo sería un caramelito para los medios, pero, hasta el momento, no habían consultado nada, que ella supiera.

Manzano la acompañó a través del laboratorio hasta su puesto de trabajo. Ballard vio allí a tres criminalistas más en otros espacios separados por mamparas que suponía que estaban trabajando en el caso del West Bureau.

—¿Qué caso es? —preguntó como si tal cosa.

—Una pareja de ancianos a los que robaron y asesinaron —dijo Manzano; después de una pausa, soltó la bomba—: Los quemaron vivos.

—Joder —exclamó Ballard.

Negó con la cabeza, pero inmediatamente pensó que sí, que los medios estarían obsesionados con el caso y el departamento pondría a mucha gente en él para dar la apariencia de que no escatimaba esfuerzos. Eso significaba que tenía opciones de conservar el caso Raffa si conseguía la aprobación del teniente Robinson-Reynolds.

Había una mesa de luz en el reservado de Manzano, y, extendida sobre ella, un papel cuadriculado grande en el que el criminalista había estado dibujando la escena del asesinato.

—Aquí está tu escena, y he estado marcando las ubicaciones de los casquillos que recogimos —explicó—. Parece el tiroteo de O. K. Corral.

—¿Te refieres a los disparos al cielo? —dijo Ballard.

—Sí, y es interesante. Hemos recuperado treinta y un casquillos y creo que corresponden a solo tres armas, incluida

el arma homicida.

—A ver.

Junto al papel cuadriculado, había un portapapeles con las notas y los dibujos de Manzano de la escena. También había una caja de cartón abierta que contenía los treinta y un casquillos de bala en bolsas de plástico individuales para pruebas.

—Treinta y un disparos y treinta y un casquillos en el suelo —comenzó él—. Tenemos tres calibres y marcas de munición distintos, así que no es complicado.

Manzano metió la mano en la caja, hurgó en ella y sacó uno de los casquillos embolsados.

—Hemos identificado diecisiete que pertenecen a balas PDX1 de nueve milímetros disparadas por una Winchester —dijo Manzano—. Tendrás que confirmarlo en Armas de Fuego, pero, sin ser experto, las marcas del percutor son parecidas, y eso indicaría que todas son de un arma de nueve milímetros que tendría dieciséis balas en el cargador y una en la recámara. Creo que se trata de una Glock diecisiete o similar —continuó —. Luego tenemos trece casquillos que eran de calibre cuarenta y fabricados por Federal. He mirado en nuestro catálogo de municiones y es probable que fueran de punta hueca, pero Armas de Fuego tendrá su opinión al respecto. Y, por supuesto, podrían haberlas disparado muchas armas diferentes. Doce en el cargador, una en la recámara.

—Muy bien —dijo Ballard—. Nos queda solo uno.

Manzano buscó en la caja y sacó la bolsa que contenía el último casquillo.

—Sí —dijo—, y es de una Remington del 22.

Ballard cogió la bolsa de pruebas y miró el casquillo de cobre. Estaba segura de que era la bala que había matado a Javier Raffa.

—Está muy bien, Anthony —dijo—. Ahora dime dónde lo encontraste.

Manzano señaló una X en el esquema de la escena del crimen que había marcado con el número 1. Al lado se veía la silueta rectangular de un coche. A la derecha de este había una figura de palo que Ballard sabía que correspondía a Javier

Raffa.

—Claro, evacuaron a la víctima antes de que llegáramos nosotros, pero el charco de sangre y los restos del personal de la ambulancia señalaban el lugar —dijo—. El casquillo estaba a casi tres metros de la sangre y bajo uno de los coches desguazados del patio del taller. El Chevrolet Impala, creo.

Ballard comprendió que habían tenido suerte. El casquillo se había quedado debajo del coche y eso complicó al asesino recuperarlo antes de que la gente se diera cuenta de que Raffa estaba en el suelo.

Levantó la bolsa de pruebas.

—¿Puedo llevarlo a Armas de Fuego? —preguntó.

—Escribiré un documento de cadena de custodia —dijo Manzano.

—¿Sabes si hay alguien? —preguntó ella.

—Debería —dijo él—. Están en despliegue máximo, como todos los demás.

Ballard sacó el móvil para mirar la hora. La alerta táctica terminaría en quince minutos. Era viernes 1 de enero, festivo. La Unidad de Análisis de Armas de Fuego podría cerrar.

—Vale, firmo ese documento y me paso antes de que se marchen —dijo.

La UAAF estaba al fondo del pasillo y Ballard llegó con diez minutos de margen. Al principio pensó que era demasiado tarde, porque no vio a nadie, pero luego oyó ronquidos.

—¿Hola?

—Lo siento —dijo alguien—. Salgo.

Un hombre con un polo negro con el logo de la UAAF salió de detrás de uno de los estantes de armas que ocupaban una pared de la unidad. Esta había recogido tantas variedades de armas a lo largo de los años que las exhibían en filas de estantes que se cerraban como un acordeón.

El hombre llevaba un plumero.

—Solo estaba haciendo un poco de limpieza —dijo—. No queremos que la pistola de Sirhan acumule polvo. Forma parte de la historia.

Ballard se limitó a mirarlo un momento.

—Soy Mitch Elder —se presentó el hombre—. ¿En qué

puedo ayudarte?

Ballard se identificó.

—¿Estás a punto de salir por el final de la alerta táctica? —preguntó.

—Supuestamente —dijo Elder—. Pero ¿qué tenemos?

Ballard sabía por experiencia que a los friquis de las armas les gustaban los retos.

—Hemos tenido un homicidio esta mañana. Disparo de bala. Tengo un casquillo y estaba buscando una marca del arma utilizada, tal vez me lo puedes buscar en la NIBIN.

Se refería a la Red de Información Balística Integrada Nacional, una base de datos que almacenaba las características de las balas y los casquillos encontrados en crímenes. En ambos casos quedaban marcas que podían relacionarse con armas específicas y compararse entre crímenes. Los casquillos eran preferibles a las balas, porque estas a menudo se fragmentaban o se aplastaban con el impacto, y eso dificultaba las comparaciones.

Ballard levantó la bolsa transparente que contenía el casquillo a modo de cebo. Elder clavó la mirada en la bolsita. No tardó mucho.

—Bueno, vamos a ver qué tienes —dijo.

Ella se la pasó y lo siguió a una mesa de trabajo. Elder se puso guantes, sacó el casquillo y lo estudió bajo una lupa con luz. Lo giró entre los dedos, examinando el borde en busca de marcas dejadas por el arma que lo había disparado.

—Buena marca de extractor —dijo por fin—. Creo que estás buscando una Walther… Bueno, veremos. Voy a tardar un rato en codificarlo. Si quieres ir a buscar algo para desayunar, estaré aquí cuando vuelvas.

—No, gracias —dijo Ballard—. Tengo que hacer una llamada.

—Entonces tal vez podamos desayunar juntos cuando terminemos.

—Eh… Creo que tendré que seguir con el caso. Pero gracias.

—Pues tú misma.

—Voy a buscar una mesa vacía.

Ballard se alejó, casi negando con la cabeza. Estaba

enfadada consigo misma por haber añadido el gracias al final de su rechazo.

Encontró una mesa de trabajo que estaba completamente vacía salvo por un teléfono. Sacó su móvil y llamó a Robinson-Reynolds. Claramente, lo despertó.

—Ballard, ¿qué pasa?

Parecía enfadado.

—Me pidió que le pusiera al día a la hora que fuera.

—Sí. ¿Qué tienes?

—Creo que nuestro disparo fue un homicidio, un asesinato, y quiero seguir con él.

—Ballard, sabes que tiene que ir a…

—Conozco el protocolo, pero el West Bureau está con un caso muy mediático y creo que agradecerán que le quiten esto de las manos; al menos hasta que tomen aire del doble que les ha caído.

—No eres detective de homicidios.

—Lo sé, pero lo fui. Puedo ocuparme de esto, teniente. Ya hemos interrogado a los testigos y hemos ido a Criminalística y ahora estoy en Armas de Fuego buscando el casquillo en la NIBIN.

—No deberías haber hecho nada de eso. Deberías haberlo entregado en cuanto supiste que no fue accidental.

—El West Bureau estaba ocupado; yo me he encargado. Podemos entregárselo ahora, pero no se van a poner enseguida, y puede que pasen horas o días hasta que se pongan.

—No depende de mí, Ballard. Es cosa suya, del teniente Fuentes.

—¿Puede llamarlo y ablandármelo un poco, teniente? Probablemente estará encantado de que se lo quitemos de las manos.

—¿«Quitemos»? No hables en plural, Ballard. Además, deberías estar fuera de servicio desde hace diez minutos. No tengo horas extra para ti.

—No lo hago por las extra. No quiero verdes.

Lo de «verdes» era una referencia al color de las tarjetas de 7 × 12 que había que rellenar para que luego un supervisor

autorizara las horas extra.

—¿Sin verdes? —preguntó Robinson-Reynolds.

—Sin verdes —prometió Ballard.

—¿Y los Hombres de Medianoche? ¿Y dónde está Moore? Deberíais estar trabajando juntas.

—Se ha quedado en comisaría para empezar a preparar el expediente del caso y escribir las declaraciones de los testigos. No ha surgido nada sobre los Hombres de Medianoche, pero seguiré trabajando en eso. No voy a dejarlo.

—Entonces tienes mucho que hacer.

—No se lo pediría si no pudiera manejarlo.

Hubo una pausa mientras Robinson-Reynolds tomaba una decisión.

—Está bien, llamaré a Fuentes. Te informaré.

—Gracias, teniente.

Él colgó primero y Ballard se acercó otra vez a la mesa de Elder. Se había ido. Miró alrededor y lo vio sentado ante un ordenador junto a la ventana que daba a la autovía 10. Eso significaba que estaba en la NIBIN. Se acercó.

—Ballard, hay algo aquí —le comunicó Elder.

—¿En serio? —dijo ella—. ¿Qué?

—Otro caso. La bala está relacionada con otro asesinato. De hace casi diez años, en el valle de San Fernando. Un tipo al que dispararon en un atraco. Los casquillos coinciden. Se usó la misma pistola. Una Walther P22.

—Guau.

Ballard sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Cuál es el número del caso? —preguntó.

Elder se lo leyó de la pantalla del ordenador. Ballard cogió un boli de una taza que estaba junto al ordenador y lo anotó en su libreta.

—¿Cuál es el nombre de la víctima? —preguntó.

—Lee, Albert, fecha de defunción: 2011.

Ballard lo anotó todo.

—¿Es un caso abierto? —preguntó.

—Sí, sin resolver —dijo Elder—. Un caso de Robos y Homicidios.

La División de Robos y Homicidios, la antigua unidad de

Ballard antes de que la enviaran sin contemplaciones a la sesión nocturna de Hollywood. Pero ella todavía no estaba allí ese año.

—¿Dice quién es el agente investigador? —preguntó.

—Lo dice, pero no está actualizado —contestó Elder—. Harry Bosch. Pero lo conozco y sé que se retiró hace tiempo.

Ballard se quedó paralizada un momento antes de conseguir hablar.

—Sí, ya lo sé —dijo entonces.

# 8

Ballard aparcó delante de la casa de Woodrow Wilson Drive. Bostezó y se dio cuenta de que haber pasado antes por su casa probablemente había sido un error. Quitarse el uniforme almidonado sentaba bien, pero luego adormecerse una hora en el sofá solo le había servido para incrementar su agotamiento y no para acabar con él.

Oyó música en la casa en cuanto abrió la puerta del coche. Un ritmo rápido, pero con más blues del habitual en Harry Bosch. Y había voces. Eso la hizo pensar que tal vez había alguien más dentro.

Llamó con fuerza a la puerta para que la oyeran por encima de la música. Esta se interrumpió de repente y abrieron la puerta. Era Bosch.

—Bueno, bueno —dijo—. La detective pródiga.

—¿Qué? —dijo Ballard—. ¿Qué quieres decir?

—No sé, hacía mucho que no sabía nada de ti. Pensaba que te habías olvidado de mí.

—Eh, fuiste tú el que se pasó al lado oscuro trabajando para ese abogado defensor. Pensaba que no tenías tiempo para mí.

—¿De veras?

—De veras. Bueno, ¿ya te has vacunado? ¿Te molesta recibir visitas? Yo tengo anticuerpos y puedo dejarme la mascarilla puesta.

Bosch retrocedió para que ella pasara.

—Puedes entrar y puedes quitarte la mascarilla. No me han vacunado aún, pero me arriesgaré. Y para que conste, no trabajé para Mickey Haller, trabajé para mí mismo.

Ballard entró en la casa, sin hacer caso del comentario sobre Haller y sin quitarse la mascarilla.

—Parecía que tenías una fiesta aquí.

—Puede que tuviera el volumen un poco alto.

La casa no había cambiado. La cocina estaba a la derecha del vestíbulo y Ballard siguió caminando hacia las vistas, pasando por el comedor y la sala de estar. Las puertas correderas de la terraza estaban abiertas, con vistas al paso de Cahuenga. Ballard las señaló.

—Para que todo el mundo en el cañón oiga tu ritmo —dijo —. Muy bonito.

—¿Se trata de eso? —preguntó Bosch—. ¿Una queja por el ruido?

Ella se volvió y lo miró.

—La verdad es que tengo una queja, pero sobre otra cosa.

—Qué buena manera de empezar el año, con el departamento de policía cabreado conmigo. Pues ya puedes pegarme el palo.

—No es el departamento. De momento, solo soy yo. Esta mañana he ido a Westchester, a la nueva biblioteca de homicidios que han abierto, donde guardan todos los expedientes de casos abiertos. Por fin los han centralizado en un único sitio. He pedido el expediente de uno de tus casos antiguos y me han dicho que no estaba, lo sacaste tú.

Bosch torció el gesto y negó con la cabeza.

—Lo leí en el periódico —dijo—. Patrocinado por la familia Ahmanson. Pero la gran inauguración fue mucho después de que me fuera del departamento. Nunca he puesto los pies en ese sitio, y mucho menos me he llevado un expediente.

Ballard asintió como si hubiera anticipado su respuesta y tuviera una pregunta.

—Trasladaron los archivos de las divisiones de una en una —dijo—. Si faltaba un expediente, trasladaban la tarjeta de retirada para que hubiera un espacio en el estante en el Ahmanson. La tarjeta de tu caso era de 2014, tres años después del asesinato y antes de que entregaras la placa.

Bosch no respondió al principio, como si estuviera comprobando los hechos mentalmente.

—¿El caso es de 2011? —preguntó por fin—. ¿Cuál era el nombre de la víctima?

—Albert Lee. Lo mataron con una Walther P22. Aparentemente, tú encontraste el casquillo. Pero es todo lo que

sé, porque te llevaste el maldito expediente. Lo necesito, Harry.

Bosch levantó la mano como si estuviera tratando de parar la acusación.

—No me llevé el expediente —dijo—. Cuando me fui, copié las cronologías de todos los casos que todavía tenía abiertos. De algunos lo copié todo. Pero nunca me llevé ningún expediente. Y con los archivos en las divisiones, cualquiera podría haberse llevado la carpeta y puesto mi nombre en la tarjeta de salida. No había ninguna seguridad. Supuestamente no la necesitábamos, porque lo consideraban seguro; al fin y cabo eran comisarías de policía.

Ballard cruzó los brazos sobre el pecho; todavía no estaba lista para ir al grano.

—¿Me estás diciendo que podrías tener la cronología, pero no tienes el expediente?

—Exacto. Guardaba las cronos por si acaso los resolvían y me llamaban a juicio a testificar sobre la investigación inicial. Quería refrescar la memoria, esas cosas. Recuerdo el caso Albert Lee. Ni siquiera era de esos que me darían ganas de robar el expediente.

Ballard cambió el peso del cuerpo y volvió a mirar la mesa del comedor. Vio una pila de quince centímetros de documentos en los que no se había fijado al entrar. La página de encima era claramente la primera de un informe de autopsia. Lo señaló.

—¿Y qué es eso? —preguntó—. Parece un expediente completo, por lo menos.

—Son partes de unos seis expedientes —dijo Bosch—. Pero no es el de Lee. Míralo si no me crees. ¿Por qué iba a mentirte, Renée?

—No lo sé, pero robar expedientes no tiene gracia.

—Estoy de acuerdo. Por eso nunca lo hice.

Ella se acercó a la mesa y extendió la pila con una mano para ver algunos de los documentos. Uno de ellos tenía adjunta lo que parecía una foto de vigilancia. Mostraba a un hombre que se metía en un coche en lo que era claramente el aparcamiento de un restaurante In-N-Out. No tenía marcas de fecha ni hora, así que se trataba de una vigilancia no oficial.

—¿De quién es esto? —preguntó.

—No es el caso Lee —insistió Bosch—. No tiene nada que ver.

—Es solo una pregunta. ¿Qué es?

—Finbar McShane.

Ballard asintió. Eso explicaba la pila. Algunos casos se extendían en varias carpetas, sobre todo los no resueltos.

—Lo imaginaba —dijo—. ¿No puedes dejarlo estar?

—¿Crees que debería? —preguntó Bosch—. Mató a una familia entera y se salió con la suya. ¿Debería dejarlo?

—Yo no he dicho eso. Sé que es tu ballena blanca, Harry. Ya lo hemos hablado.

—Está bien, entonces ya lo sabes.

Ballard quería llevar la conversación a su caso.

—Has dicho que el de Lee no era la clase de caso por el que copiarías todo un expediente —dijo—. ¿A qué te referías?

—No me enganchó —dijo Bosch.

—¿Por qué no?

—Bueno, como sabes, o como supongo que terminarás por saber, algunas personas son las arquitectas de sus propias desgracias. Y a otras las pilla el autobús. Solo están en el sitio y el momento equivocados sin haber hecho nada para ganarse ese destino. Son inocentes. —Bosch hizo un gesto hacia la pila de documentos extendidos sobre la mesa—. Y esos son los que sí te enganchan.

Ballard asintió y se quedó un momento en silencio, como para presentar sus respetos a todos esos inocentes.

—Te enganchara o no, ¿qué recuerdas de Lee? —preguntó —. Tengo una conexión balística con el asesinato de un hombre en Hollywood anoche.

Bosch alzó las cejas. Finalmente estaba intrigado.

—El último asesinato del año, ¿eh? —dijo.

—En realidad, el primero —repuso Ballard—. Cuando empezaron los tiros a medianoche, alguien le pegó uno en la cabeza a mi víctima.

—Camuflaje de audio. Inteligente. ¿Quién es la víctima?

—Harry, no eres tú el que hace las preguntas. Háblame primero de Lee, luego podemos hablar de mi caso. Tal vez.

—Entendido. ¿Quieres sentarte?

Hizo un gesto hacia la mesa en lugar de hacia la sala de estar, más cómoda. Se colocó detrás, dando la espalda a una pared de pilas desordenadas de libros, carpetas, CD y vinilos, y se sentó. Ballard tomó asiento enfrente.

Cuando Bosch habló, volvió a poner en una pila cuadrada los papeles que Ballard había extendido.

—Albert Lee, varón negro, creo que tenía treinta y cuatro cuando murió. O treinta y cinco. Tuvo una buena idea. Los raperos se estaban convirtiendo en estrellas de la noche a la mañana, editaban sus propios casetes, salían del gueto y todo eso. Pidió dinero prestado y abrió un estudio de grabación en North Hollywood. Era bonito, estaba fuera de los territorios de las bandas de South Central, y la gente iba, alquilaba el estudio y grababa sus raps. Era una gran idea.

—Hasta que dejó de serlo.

—Sí, hasta que dejó de serlo. He mencionado que pidió dinero prestado. Tenía que pagar una cuota cada mes más el alquiler y otros gastos. Además, alguna de esa gente que iba allí a grabar…

—Eran pandilleros.

—No, o sea, sí, lo eran, pero lo que iba a decir era que no tenían dinero para pagar el estudio, y Albert tenía un punto débil, los dejaba grabar si a cambio firmaban darle una parte de lo que ganaran cuando triunfaran, ¿sabes?

—Entiendo. Solo trataba de cobrar más adelante.

—Exactamente, y a algunos de esos les fue muy bien, pero luego cobrar era lento. Demandó a un par de ellos y todo se quedó paralizado en los tribunales.

—¿Se estaba quedando sin negocio?

—Podría haber pasado, pero encontró un inversor. ¿Sabes lo que es el factoraje?

—No.

—Es un negocio de préstamos de interés alto que es una especie de préstamo puente. Está garantizado por tus facturas pendientes de cobro. ¿Se entiende?

—La verdad es que no.

—Pongamos que a tu empresa le deben cien dólares, pero

no los va a cobrar en un par de meses. Un préstamo de factoraje te daría los cien para que pudieras mantener tu negocio en marcha, pero no está garantizado por propiedades ni bienes, porque la empresa no tiene nada de eso. Todo es alquilado. El único valor que tiene la empresa como garantía para un préstamo es lo que le deben: lo pendiente de cobro.

—Vale, lo entiendo.

—Eso es lo que hizo Albert Lee. Solo que esto son préstamos de interés alto: llegan hasta el límite de la usura, pero sin cruzar esa línea. Es legal y fue el camino que tomó Albert. Tomó tres préstamos diferentes por un total de cien mil, le fue mal y no pudo pagarlos porque sus demandas se retrasaban constantemente. Así que enseguida su prestamista se quedó el negocio. Deja a Albert a cargo y dirigiendo el local, le paga un salario y, esta es la cuestión, le hace contratar una póliza de seguro personal por si le ocurre algo.

—Uf, mierda. ¿Cuánto?

—Un millón.

—Así que se cargan a Albert y el prestamista cobra.

—Exactamente.

—Pero no pudiste presentar un caso.

—No lo conseguí.

Bosch hizo un gesto hacia la pila de documentos de la mesa.

—Como con este. Tengo una idea de quién lo hizo, pero no lo he conseguido tampoco. Aunque, a diferencia de esta familia, Albert fue por el mismo camino que su asesino. Para alguna gente, el lobo irrumpe en la casa. Los que son como Albert invitan al lobo a entrar.

—Así que no hay compasión para el tipo que invita al lobo a entrar. ¿Cómo encaja eso con lo de «todo el mundo cuenta o nadie cuenta»?

—El tipo que abre la puerta todavía cuenta. Pero los inocentes van primero. Cuando resuelva todos esos, podemos hablar de la siguiente tanda. Todo el mundo cuenta. Pero el día tiene las horas que tiene y el año tiene los días que tiene.

—Y por eso un tipo que mató a una familia entera va en lo alto de tu pila.

—Eso es.

Ballard asintió mientras digería la idea de Bosch de lo que hacía falta para engancharse con un caso o poder ponerlo al final de la cola.

—Entonces —dijo por fin—, en el caso Albert, ¿quién era el prestamista?

—Era un médico —dijo Bosch—. Un dentista, de hecho. Se llamaba John Williams James. Tenía la clínica en Marina del Rey y supongo que ganó tanto dinero haciendo empastes que empezó con el factoraje.

—Has dicho que se llamaba John William James, en pasado.

—Sí, eso va a ser un problema con tu caso. Está muerto. Lo mataron un par de años después que a Albert Lee. Estaba sentado en su Mercedes en el aparcamiento de delante de su clínica cuando alguien también le metió una bala del 22 en la cabeza.

—Mierda.

—Ahí se acaba tu pista, ¿eh?

—Puede ser. Pero todavía me gustaría que buscases la cronología del caso y todo lo que tengas.

—Claro. Está en el armario de la cochera o debajo de la casa.

—¿Debajo?

—Sí, construí un almacén debajo después de retirarme. Es bonito. Hasta tengo un banco para cuando bajo a hojear los casos.

—Que seguro que haces a menudo.

Bosch no respondió, y ella lo tomó por una confirmación.

—Por cierto —dijo Ballard—. ¿Cómo vas con todo lo de… el caso de la radiación? —Dudó si decir la palabra *leucemia*.

—Sobrevivo, evidentemente —dijo Bosch—. Me tomó las pastillas y parece controlado. Puede volver, pero por ahora no me quejo.

—Me alegro de oírlo —dijo Ballard—. Bueno, ¿te importa buscar la crono ahora?

—Claro, vuelvo en cuanto la tenga. Pero puede que tarde un rato. ¿Quieres que ponga la música otra vez?

—No importa, pero iba a preguntarte qué estaba sonando cuando he llegado. Tenía ritmo.

—*Compared to What*. Algunos dicen que es la primera canción protesta del jazz. «Nadie nos da versos ni razón. Tienes una duda y lo llaman traición.»

—Vale, vuelve a ponerlo. ¿Quién es?

Bosch se levantó y se acercó al equipo de música para darle al *play,* pero antes bajó un poco el volumen.

—Hay una versión de Eddie Harris & Les McCann, pero esta es de John Legend y The Roots.

Ballard se echó a reír. Bosch le dio al botón otra vez.

—¿Qué?

—Nada, que me sorprendes, Harry —dijo ella—. Creía que no escuchabas nada que se hubiera grabado este siglo.

—Eso duele, Ballard.

—Lo siento.

—Volveré enseguida.

# 9

Ballard estaba en el garaje de su bloque, sacando una bolsa del maletero, con los documentos de Bosch bajo el brazo, cuando se le acercó un hombre. Se tensó y examinó el garaje, pero no vio a nadie más. Su pistola estaba en la bolsa.

—Hola, vecina —dijo el tipo—. Solo quería presentarme. ¿Eres del 23?

Sabía que se refería al número de su apartamento. Solo llevaba unos meses en el edificio, y aunque solo tenía veinticinco apartamentos, todavía no había conocido a todos sus vecinos.

—Ah, sí, hola —dijo—. Soy Renée.

Chocaron los codos.

—Soy Nate, del 13, justo debajo —dijo—. ¡Feliz Año Nuevo!

—Feliz Año Nuevo —repitió Ballard.

—Mi pareja es Robert. Me dijo que te conoció cuando estabas de mudanza.

—Ah, sí, sí. Lo conocí. Me ayudó a meter una mesa en el ascensor.

—Y me dijo que eras policía.

—Sí, esa soy yo.

—Supongo que no es muy buena época para ser policía.

—Tiene sus momentos. No es todo bueno ni todo malo.

—Solo para que lo sepas, participé en las protestas de Black Lives Matter. No me lo tengas en cuenta.

—No lo haré. Y estoy de acuerdo en que todas las vidas importan.

Ballard se fijó en que el hombre llevaba casco y ropa de ciclista, incluidos esos culotes ajustados con almohadilla en el trasero con los que se te ve raro cuando no estás en la bici. Quería cambiar de tema sin ser maleducada con un vecino.

—¿Vas en bici? —preguntó.

Era una pregunta tonta, pero no se le ocurrió nada mejor.

—Siempre que puedo —dijo Nate—. Pero veo que tú tienes una afición distinta.

Señaló las tablas que Ballard tenía apoyadas contra la pared del garaje, delante de su Defender. Una era su tabla de surf a remo para días de mar calmada, y la otra, su Rusty Mini Tanker para surfear las olas de Sunset. El resto de sus tablas estaban en el almacén comunitario, pero tenía el trastero lleno y sabía que dejar en el garaje las tablas que más usaba era arriesgarse a que se las robaran. Esperaba que las cámaras instaladas en las salidas actuaran como elemento disuasorio.

—Sí, me gusta la playa —dijo, e inmediatamente le desagradó su respuesta.

—Bueno, me alegro de conocerte y bienvenida —dijo Nate —. También debería decirte que soy el actual presidente de la comunidad de propietarios. Ya sé que te lo alquilan los dueños, lo aprobamos, pero si necesitas algo relacionado con la comunidad llama a mi puerta, en la planta baja.

—Ah, vale, lo haré.

—Y espero verte en alguna de las fiestas del patio.

—No me había enterado.

—El primer viernes de cada mes; hoy no, claro. Hay hora feliz. Cada uno se lleva su bebida, pero la gente comparte.

—Ah, bien. Tal vez te vea allí. Y me alegro de conocerte.

—¡Feliz Año Nuevo!

—Lo mismo digo.

Ballard todavía estaba acostumbrándose a tener vecinos y se sentía extraña cuando se los encontraba y tenía que saludar, sobre todo si surgía lo de que era policía. Había pasado la mayor parte de los últimos cuatro años alternando entre una tienda en la playa de Venice y usar la casa de su abuela en Ventura para dormir. Pero por el coronavirus cerraron todas las playas, mientras que la creciente población de sintecho en Venice convirtió la zona en un sitio donde no quería estar. Había alquilado el apartamento, que estaba a solo diez minutos de la comisaría. Pero eso significaba que tenía vecinos arriba, abajo, a la izquierda y a la derecha.

Nate se dirigió al ascensor, mientras que ella optó por la

escalera para no tener que subir con él y continuar con la charla. A Ballard le sonó el teléfono y logró sacarlo del bolsillo sin que se le cayeran los papeles de Bosch. Vio en la pantalla que quien llamaba era Lisa Moore.

—Joder —dijo Lisa a modo de saludo.

—¿Qué pasa, Lisa? —preguntó Ballard.

—Tenemos un caso y estoy a cinco minutos del Miramar con Kevin.

Ballard interpretó que eso significaba que los Hombres de Medianoche se habían cobrado otra víctima y Moore estaba ya casi en el resort de Santa Bárbara con su novio, un sargento de la División de Olympic.

—¿Cuál es el caso? —preguntó.

—La víctima no ha llamado hasta hace una hora —dijo Moore—. Pensaba que nos habíamos librado.

—¿Quieres decir que la violaron anoche, pero acaba de denunciarlo?

—Exacto. Se quedó sentada en una bañera durante horas. Mira, la llevaron al CTV… ¿Hay alguna posibilidad de que puedas ocuparte, Renée? Quiero decir, seguramente tardaré más de dos horas en volver con el tráfico que hay aquí y todo.

—Lisa, estamos de guardia todo el fin de semana.

—Lo sé, lo sé, pero pensaba que después de hablar contigo me habría librado. Daremos la vuelta. No está bien pedírtelo.

Ballard se volvió y se dirigió a su coche. Era mucho pedir por parte de Moore, y no solo porque técnicamente era su caso. Ballard sabía que cualquier visita al CTV, el centro de tratamiento de violaciones, le dejaría una marca. Nunca salían historias agradables de allí. Abrió la puerta de su Defender y volvió a dejar la bolsa.

—Yo me ocupo —dijo—, pero en algún momento Guioncito querrá información y podría llamarte. La de Agresiones Sexuales eres tú, no yo.

—Ya sé, ya sé —dijo Moore—. Estaba pensando en llamarlo ahora y decirle que una de nosotras lo pondrá al corriente después de hablar con la víctima. Si lo llamas después, eso debería cubrirme. Y si me necesitas mañana, volveré.

—Vale. Pero no quiero jugarme el cuello por cubrirte.

—No va a pasar. Eres la mejor. Te llamo después para ver qué tal.

—Vale.

Colgaron. Ballard estaba enfadada y no era por la falta de ética laboral de Moore. Después de un año de pandemia y de sentimiento antipolicial, a veces el compromiso con el trabajo brillaba por su ausencia. La enfermedad de la desidia había infectado a todo el departamento. Lo que la molestaba era la disrupción de su plan de pasar la tarde en casa, pedir comida a Little Dom's y zambullirse en el registro cronológico del asesinato de Albert Lee para buscar conexiones con el de Javier Raffa. Ahora que le había caído un nuevo caso de los Hombres de Medianoche, seguro que lo primero que haría el teniente Robinson-Reynolds sería entregar la investigación del caso Raffa a Homicidios del West Bureau.

—Mierda —soltó al arrancar el Defender.

El CTV era un anexo del centro médico de la Universidad de California en Los Ángeles, en Santa Mónica. Ballard había estado allí por muchos casos, incluida la vez que ella misma fue examinada para encontrar pruebas de violación. Conocía a la mayoría de las mujeres que trabajaban allí (eran todas mujeres) por el nombre. Entró por la puerta camuflada y encontró a dos uniformados del turno de día, McGee y Black (los dos hombres), de pie en la sala de espera.

—Eh, chicos, me encargo yo a partir de aquí —dijo Ballard —. ¿Cómo se recibió el aviso?

—Llamó ella —dijo Black—, la víctima.

—Se lo pensó todo el día y entonces decidió que la habían violado —dijo McGee—. Los indicios que hubiera se fueron por el desagüe de la bañera.

Ballard lo miró un momento, tratando de interpretar el sentimiento que había detrás de una declaración tan estúpida.

—Bueno, ya veremos —dijo por fin—. Solo para que lo sepas, supongo que no tenía ninguna duda de que la habían violado, ¿vale, McGee? Sus dudas probablemente eran respecto a si debía denunciarlo a un departamento y a unos agentes a los que les importa una mierda y a los que la violación no les parece un gran crimen.

Las mejillas de McGee empezaron a ponerse coloradas por rabia, vergüenza o ambas cosas.

—No te irrites, McGee —prosiguió Ballard—. No he dicho que estuviera hablando de ti, ¿no?

—Ya, claro —dijo él.

—Da igual —continuó Ballard—. ¿Te dijo si eran dos sospechosos?

—Sí —dijo Black—. Empezó uno y luego se la dejó al otro.

—¿A qué hora fue? —preguntó Ballard.

—A medianoche —contestó—. Dijo que no aguantó hasta Año Nuevo. Llegó a casa alrededor de las nueve y media, preparó algo de cena y luego se duchó y se fue a la cama.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Ballard.

—Vive en el Dell —dijo Black, y sacó una tarjeta de interrogatorio de campo de un bolsillo trasero y se la pasó a Ballard.

—Mierda —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó McGee.

—Estaba sentada debajo del paso de Cahuenga a medianoche. Justo cuando esos tipos estaban detrás de mí.

El Dell era un barrio de la colina, pocas manzanas al norte del paso elevado donde Ballard y Moore habían esperado a que concluyera el festival de disparos de Año Nuevo. Al mirar la tarjeta de información de campo, vio que la víctima, Cynthia Carpenter, vivía en Deep Dell Terrace, casi arriba del todo de la colina, junto a la presa de Mulholland.

Levantó la tarjeta como para preguntar si era todo lo que tenían.

—Vais a hacer el informe del incidente hoy, ¿verdad? —preguntó.

—En cuanto salgamos de aquí —dijo Black.

Ballard asintió. Necesitaba ese informe como punto de partida para la investigación.

—Bueno, yo me encargo a partir de ahora —dijo—. Podéis volver al 6 y escribirlo.

—Y tú te puedes ir al infierno, Ballard —dijo McGee.

No se movió. Black lo cogió del brazo y tiró de él hacia la puerta.

—Vámonos, tío —dijo—, déjalo.

Ballard esperó para ver si McGee quería jugar. Hubo un momento de silencio tenso y luego se volvió y siguió a su compañero al aparcamiento.

Ballard respiró hondo y se volvió hacia al mostrador de admisiones. La enfermera que estaba allí, Sandra, le sonrió después de haber oído la conversación.

—Bien dicho, Renée —dijo—. Tu víctima está en la sala 3 con Marta. Le diré que estás en el pasillo.

—Gracias.

Ballard pasó por detrás del mostrador y recorrió un corto pasillo con puertas que daban a cuatro salas de reconocimiento. En ocasiones había visto las cuatro salas ocupadas por víctimas de agresión sexual.

El pasillo era color azul pastel y se había añadido un mural de flores, que crecían desde el zócalo en un intento de hacer las cosas más agradables en un lugar donde se documentaban horrores. En la pared entre las salas 1 y 3 había un tablón de anuncios con varias ofertas de terapia por estrés postraumático y clases de defensa personal. Ballard estaba estudiando una tarjeta pegada al tablero que era de Henrik Bastin, un agente retirado del Departamento de Policía de Los Ángeles que ofrecía formación en armas de fuego. Se sorprendió deseando que ese lugar le consiguiera mucho trabajo.

Se abrió la puerta de la sala 3 y la doctora Martha Fallon salió y la cerró. Sonrió a pesar de las circunstancias.

—Hola, Renée —dijo.

—Martha —la saludó Ballard—. No tienes vacaciones, ¿eh?

—Supongo que, cuando la violación se las coja, nosotras también. Perdona, ha sonado trillado y no era mi intención.

—¿Cómo está Cynthia?

—Prefiere Cindy. Está, eh, bueno, en el lado oscuro de la luna.

Ballard había oído a Fallon usar esa expresión antes. El lado oscuro de la luna era donde habitaba la gente que había pasado por lo que Cindy Carpenter acababa de pasar, donde unas pocas horas oscuras cambiaban todas las horas que vendrían después. El lugar que solo entendían las personas que

habían pasado por él.

La vida nunca volvía a ser igual.

—Puede que sepas que se bañó —dijo Fallon—. No hemos conseguido nada, aunque tampoco importa.

Ballard interpretó la última parte como una referencia al retraso en los test de violación que esperaban a ser abiertos por la Unidad de Criminalística para buscar marcadores de ADN y analizar otros indicios. Solo ese hecho parecía mostrar dónde el departamento y la mitad de la sociedad, por no hablar del agente McGee, situaban la agresión sexual en el espectro de los delitos graves. Cada pocos años se producía un escándalo político y se encontraba dinero para procesar el retraso de los casos de violación. Pero luego remitía el furor y empezaban a amontonarse otra vez. Era un ciclo que nunca terminaba.

El informe de Fallon no sorprendió a Ballard. No se había encontrado ADN tampoco en los otros dos casos de los Hombres de Medianoche. Los violadores desconocidos planeaban y ejecutaban sus crímenes con esmero. Los casos estaban conectados simplemente por el *modus operandi* y la peculiaridad de ser una pareja de violadores. Era tan raro que tenía sus propias siglas: ASVM, agresión sexual de violadores múltiples.

—¿Has terminado? —preguntó Ballard—. ¿Puedo hablar con ella?

—Sí, le he dicho que estabas aquí —dijo Fallon.

—¿Cómo está?

Ballard sabía que la víctima no estaba bien. Su pregunta se refería al nivel de trauma psicológico en el rango que Fallon conocía de tratar a miles de supervivientes de violaciones a lo largo de los años, donde las violaciones por parte de desconocidos eran lo más difícil de abordar.

—No está bien —dijo Fallon—. Pero tienes suerte, porque ahora mismo está cabreada y es un buen momento para hablar. Cuando tenga más tiempo para pensar será más difícil. Se meterá en su caparazón.

—Sí —dijo Ballard—. Voy a entrar.

—Le daré algo de ropa para cuando vuelva a casa —dijo Fallon—. Supongo que tendrás que embolsar la ropa con la que

ha llegado.

Las dos mujeres tomaron direcciones opuestas. Ballard fue a la puerta de la sala 3, pero se quedó fuera un momento y leyó lo que había anotado el agente Black en la tarjeta de interrogatorio de campo que había rellenado mientras transportaban a Cindy Carpenter al CTV.

Tenía veintinueve años, estaba divorciada y era la encargada de la cafetería Native Bean de Hillhurst Avenue. Ballard de repente se dio cuenta de que podría reconocer a la víctima, porque la cafetería estaba en su barrio, en Los Feliz, y, aunque se había mudado solo unos meses antes, Native Bean se había convertido en su lugar para comprar café para llevar y de vez en cuando algún *muffin* de arándanos por las mañanas después de trabajar, sobre todo cuando no quería irse a dormir sin antes lanzarse al océano.

Ballard llamó con suavidad a la puerta y entró. Cindy Carpenter estaba sentada tras una mesa de reconocimiento y todavía iba en bata. Su ropa, aunque se había vestido después de bañarse, se había recogido como prueba y estaba en una bolsa de papel marrón sobre el mostrador de la sala de reconocimiento. La doctora Fallon la había cerrado. Formaba parte del protocolo. Había una segunda bolsa en la que los agentes Black y McGee habían tenido la claridad mental de poner el camisón que llevaba Carpenter cuando la agredieron, así como las sábanas, la manta y las fundas de almohada de su cama. Era el procedimiento estándar, pero a menudo los agentes de patrulla lo pasaban por alto. Ballard tuvo que valorar, aunque a regañadientes, a McGee y Black por eso. En el mostrador también había una receta escrita por Fallon para una pastilla del día después, así como una tarjeta con instrucciones para acceder a los resultados de los test de VIH y enfermedades de transmisión sexual que se llevarían a cabo después del examen en el CTV.

Ballard reconoció a Carpenter. Era alta y delgada y llevaba el cabello rubio hasta los hombros. La había visto muchas veces a través de la ventanilla de pedidos del Native Bean. Ella le había tomado nota en algunas de esas ocasiones, aunque estaba claro que Carpenter hacía algo más que preparar los

cafés y estaba a cargo del negocio. Ballard había estado esperando el día en que el local reabriera después de la pandemia para entrar y sentarse a una mesa. Siempre trabajaba bien en las cafeterías. Había sido una de las cosas que más había echado de menos el año anterior.

Nada de lo que decía la tarjeta ni de lo que Fallon le había contado en el pasillo la había preparado para el estado físico de Carpenter. Tenía hematomas hemorrágicos en torno a los ojos por haber sido asfixiada y laceraciones en el labio inferior y la oreja izquierda por haber sido mordida. También se apreciaba una abrasión en una ceja que Ballard sabía por casos anteriores que probablemente se habría producido al arrancarle con fuerza un antifaz con el que le habían tapado los ojos. Y, por último, su cabello rubio en capas estaba desigual porque los agresores se lo habían cortado: una indignidad que Ballard sabía que se habría producido al final, el siniestro golpe de gracia del asalto. Los violadores se habían llevado el cabello.

—Cindy, me llamo Renée —dijo, tratando de sonar informal —. Soy detective de la División de Hollywood del departamento de policía. Voy a investigar este caso y tengo que hacerle unas preguntas, si no le importa.

Al quedarse sola en la habitación, Carpenter había estado llorando. Sostenía un pañuelo de papel en una mano y su móvil en la otra. Ballard quería saber a quién había estado llamando o escribiendo, pero eso llegaría después.

—Casi no llamo —dijo Carpenter—, pero luego pensé: «¿Y si vuelven?». Quería que alguien lo supiera.

Ballard asintió para mostrar que lo comprendía.

—Bueno, me alegro de que llamara —contestó—. Porque voy a necesitar su ayuda para atrapar a esos hombres.

—Pero no puedo ayudarles —dijo Carpenter—. Ni siquiera les vi la cara. Llevaban pasamontañas.

—Bueno, empecemos por ahí. ¿Les vio las manos? ¿Otras partes del cuerpo? ¿Eran blancos, negros, hispanos…?

—Los dos eran blancos. Les vi las muñecas y otras partes del cuerpo.

—Muy bien. Háble me de los pasamontañas.

—Eran de esquí. Uno era verde y otro azul.

Eso coincidía con las otras dos agresiones. La conexión entre los tres casos ya era más que teoría. Estaba confirmada.

—Muy bien, eso es útil —dijo Ballard—. ¿Cuándo vio los pasamontañas?

—Al final —dijo Carpenter—, cuando me arrancaron la venda de los ojos.

Esa era la parte inusual de las tres agresiones. Los Hombres de Medianoche llevaban antifaces de cinta adhesiva ya preparados para sus víctimas, y se los quitaban al final de las agresiones. Indicaba que no querían dejarlos como prueba. Pero, más importante, era una señal de que no les tapaban los ojos a las mujeres para impedir que los vieran. Ellos llevaban pasamontañas para proteger su identidad. Significaba que querían ocultar algo más a sus víctimas.

—¿Vio algo más de ellos? ¿O solo los pasamontañas?

—Uno de ellos se estaba poniendo la camisa. Llevaba un apósito en el brazo.

—¿Cuál de los dos, el de verde o el de azul?

—El de verde.

—¿Qué clase de apósito? ¿Qué aspecto tenía?

—Era de los más grandes que venden. Cuadrado. Aquí. —Se señaló el interior del antebrazo.

—¿Cree que era para tapar un tatuaje?

—No lo sé. Solo lo vi medio segundo.

—Muy bien, Cindy, sé que es difícil, pero quiero repasar lo que le hicieron y también tendré que sacar mis propias fotos de sus heridas. Pero primero quiero preguntarle si le dijeron algo, cualquier cosa, que pudiera significar que la conocían de antes de anoche.

—¿Quiere decir que no fue aleatorio? No, no los conocía de nada.

—No, me refiero a si cree que la vieron en algún sitio, como en la cafetería o donde va a comprar o en cualquier otro lugar, y decidieron ir a por usted. ¿O fue al revés? Escogieron su barrio y la eligieron después.

Carpenter negó con la cabeza.

—No tengo ni idea —respondió—. No dijeron nada de eso,

solo me amenazaron y dijeron chorradas como que me creía muy guay y poderosa. Me…

Se detuvo y sacó el pañuelo de papel para frenar las lágrimas. Ballard se estiró para tocarle el brazo.

—Siento hacerla pasar por esto —dijo.

—Es como que tengo que revivirlo —repuso Carpenter.

—Lo sé, pero nos ayudaría a pillar a esos dos… hombres. Y a impedir que hagan daño a otras mujeres.

Ballard esperó unos momentos a que se recuperara. Luego empezó de nuevo.

—Hablemos de anoche, antes de que ocurriera nada —dijo —. ¿Salió o se quedó en casa a esperar el Año Nuevo?

—Bueno, trabajé hasta las nueve, cuando cerramos la tienda —dijo Carpenter.

—¿Se refiere a Native Bean?

—Sí, lo llamamos el Bean. Una de mis chicas tiene covid y los horarios son un caos. Tuve que trabajar en el último turno del año.

—Me gusta su cafetería. Me mudé a Finley hace unos meses y he estado comprando café allí. Sus *muffins* de arándanos son fantásticos. Bueno, ¿así que cerró a las nueve y luego se fue a casa? ¿O paró en algún sitio?

Ballard entendía que debía preguntarle si paró en el supermercado Gelson's de Franklin. Estaba de camino a su casa y otra de las víctimas había comprado allí la noche de su violación.

—Fui directamente a casa —dijo Carpenter—. Hice la cena, restos de comida que había pedido.

—¿Y vive sola? —preguntó Ballard.

—Sí, desde que me divorcié.

—¿Qué hizo después de cenar?

—Solo me duché y me fui a acostar. Tenía que abrir esta mañana.

—Abre usted la mayoría de las mañanas, ¿no? Es entonces cuando la veo.

—Sí, soy yo. Abrimos a las siete.

—¿Normalmente se ducha por las mañanas antes de ir a trabajar?

—En realidad, no, prefiero dormir un poco más, así que… ¿Por qué es importante?

—Porque en este momento no sabemos realmente lo que es importante.

La decepción de Ballard de no obtener la conexión con Gelson's desapareció cuando Carpenter mencionó la ducha. Las dos víctimas anteriores se habían duchado antes de acostarse la noche en que fueron agredidas. Dos víctimas podría ser coincidencia. Pero tres de tres se convertía en un patrón. Sintió que su instinto se despertaba. Creía que tenía algo con lo que trabajar.

# 10

Cindy Carpenter rechazó más atención médica para sus heridas físicas. Le dijo a Ballard que solo quería irse a casa. Fue un largo trayecto de vuelta desde el CTV al Dell, y Ballard lo utilizó para repasar otra vez lo ocurrido. Carpenter ya estaba agotada, pero colaboró contando lo que los violadores la obligaron a hacer, lo que había oído y lo que había logrado ver cuando el antifaz empezó a soltarse. En el primer relato en el CTV y en el segundo en el coche, contó la misma historia, añadiendo o retirando unos pocos detalles aquí o allá, pero sin contradecirse en ningún punto de la narración. Ballard sabía que eso era bueno. Significaba que sería una buena testigo en términos de la investigación y el juicio, si alguna vez se presentaban cargos.

Ballard la felicitó y le contó por qué. Era importante mantener a Carpenter cooperando. A menudo las víctimas se volvían más reticentes cuando empezaban a poner en un plato de la balanza su recuperación psíquica y en el otro la confianza en el sistema.

Ballard intencionadamente no había grabado ninguna sesión. Una grabación tomada en las horas posteriores a la agresión podía ser oro en manos de una abogada defensora. La abogada (sí, los violadores listos solían contratar mujeres como representantes para que lo viera el jurado) podía tomar cualquier contradicción entre el testimonio en el tribunal y un primer relato para abrir un boquete en el caso lo bastante grande para que pasara un autobús llamado «duda razonable» con todo el jurado dentro. Ballard siempre tenía que pensar en los movimientos futuros mientras trataba de resolver el caso que la ocupaba.

Carpenter había proporcionado numerosos detalles que conectaban de manera incontrovertible su violación con los

dos casos anteriores. Los principales eran la hora de los ataques, los actos específicos de agresión sexual que habían soportado las mujeres y las medidas tomadas por los violadores para evitar dejar pruebas. Estas medidas consistían en llevar guantes y condones y, particularmente, una aspiradora de mano que los sospechosos pasaban por encima del cuerpo de la víctima y distintos lugares de la casa antes de salir.

Un par de detalles nuevos aparecieron en el relato de Cindy en el coche. Uno de ellos era que Verde, como habían empezado a llamar al sospechoso del pasamontañas de dicho color, tenía vello púbico pelirrojo, mientras que Azul tenía el vello púbico oscuro, casi negro. Suponiendo que su vello corporal coincidiera con el del cuero cabelludo, Ballard contaba con descripciones parciales de ambos autores. Las dos víctimas anteriores no habían visto nada, porque la cinta adhesiva no se había soltado. Aunque las tres víctimas habían dicho que sabían por el tacto de los violadores que llevaban guantes, Carpenter reveló durante el trayecto que había visto las manos cuando la cinta se había soltado, y los guantes que llevaban eran de látex negro y desechables. Ballard sabía que ese tipo de guantes se vendían en muchos sitios. No sería una prueba contundente de culpabilidad, pero era uno de los muchos detalles que podrían ser importantes si se identificaban sospechosos.

Había otro indicio que conectaba los tres casos aparte del *modus operandi*. Durante el interrogatorio en el trayecto en coche, Ballard se había concentrado en cómo hablaban los hombres y en las instrucciones que dieron a Carpenter. No le mencionó a ella ejemplos específicos, porque eso podría conducir a una falsa conexión. Tenía que preguntarle de manera más general para que tratara de recordar lo que se le había dicho, pero la joven estableció una conexión clave.

—Al final, antes de que se fueran, uno de ellos, creo que Azul, dijo: «No pasa nada, muñeca, cuando recuerdes este día sonreirás». Luego se rio y se largaron.

Ballard había estado esperando eso. La media disculpa al final. Las otras dos víctimas habían informado de lo mismo, hasta el coloquialismo anticuado de llamar a la víctima

«muñeca».

—¿Está segura de que dijo eso? ¿La llamó «muñeca»?

—Estoy segura. Nadie me había llamado así nunca. Me suena a los años ochenta.

Ballard opinaba lo mismo, pero eso iba contra la estimación de Carpenter, basada en lo que había visto de sus cuerpos a través de la cinta suelta, de que los agresores tendrían alrededor de treinta años.

Todavía quedaba aproximadamente una hora de luz cuando se detuvieron frente al pequeño bungaló en el que vivía Carpenter en Deep Dell Terrace. Ballard quería examinar la casa para ver si encontraba un punto de entrada y determinar si merecía la pena solicitar un examen forense completo de la propiedad. También quería recorrer el barrio a la luz del día y regresar después de la medianoche para juzgar las condiciones de iluminación y la vigilancia de otros residentes del barrio de la ladera.

Una vez dentro, le pidió a Carpenter que se sentara en el sofá del salón mientras ella echaba un rápido vistazo por la casa.

—¿Cree que volverán? —preguntó Carpenter con la tensión del miedo en su voz.

—No es eso —respondió Ballard con rapidez—. Quiero buscar cualquier cosa que se les pueda haber pasado a los chicos de la patrulla. Y quiero descubrir cómo entraron. ¿Está segura de que estaba todo cerrado?

—Todo. Soy obsesiva con lo de cerrar las puertas. Las reviso cada noche, hasta cuando sé que no he salido por ahí.

—Vale, solo deme unos minutos.

Ballard empezó a recorrer la casa sola, poniéndose unos guantes de látex que llevaba en el bolsillo. Había una puerta en la cocina que conducía directamente al garaje de una plaza. Tenía un cierre de pulsador en el pomo, pero no cerrojo de seguridad. En ese momento la puerta estaba solo encajada, no bloqueada.

—¿Esta puerta de la cocina da al garaje? —preguntó en voz alta.

—Sí —respondió Carpenter—. ¿Por qué?

—No está bloqueada. ¿La dejó así?

—No lo creo. Pero puede que se me pasara, porque los cubos de basura están en el garaje, y siempre está cerrado.

—¿Cerrado o cerrado con llave?

—Cerrado con llave. Desde el exterior no se puede abrir sin el mando a distancia.

—¿También hay una puerta exterior en el garaje? Además de la puerta basculante.

—No, solo la basculante.

Ballard decidió no abrir la puerta que daba al garaje, ni siquiera con guantes, hasta que la revisaran los de Criminalística. Podría haber sido el punto de entrada. También tenía que considerar que McGee o Black hubieran abierto la puerta al recibir el aviso. Podía preguntárselo, pero sabía que ninguno de los dos admitiría semejante fallo. Solo sabría con certeza si habían abierto la puerta si alguno de ellos había dejado huellas dactilares en el pomo.

Ballard decidió que examinaría el garaje al final, entrando desde el exterior. Salió a un pasillo que conducía a dos dormitorios y un cuarto de baño. Examinó primero el cuarto de baño y no vio ningún indicio de que hubieran entrado a través de la ventanita de encima de la bañera.

Pasó al dormitorio principal, donde se había producido la violación. Allí encontró una ventana que se había sellado con varias capas de pintura aplicadas a lo largo de los años. Miró la cama. Carpenter había dicho que no se había enterado de la intrusión hasta que se despertó con uno de los hombres encima de ella poniéndole cinta adhesiva en los ojos y la boca. El hombre después le ató las manos a los barrotes del cabecero metálico de la cama. Le ordenó que no se moviera ni hiciera ningún ruido y entonces ella lo oyó salir de la habitación y abrir la puerta de la calle a su compañero.

Ballard se puso de rodillas y miró debajo de la cama. Solo había unos cuantos libros. Los sacó y vio que todos estaban escritos por mujeres: Alafair Burke, Steph Cha, Ivy Pochoda… Volvió a deslizarlos bajo la cama y se levantó. Una vez más, recorrió la habitación con la mirada, pero nada le llamó la atención. Salió de nuevo al pasillo y miró en el segundo

dormitorio. Estaba limpio y ordenado: quedaba claro que era una habitación de invitados. La puerta del armario estaba entreabierta diez centímetros.

Ballard la abrió por completo sin tocar el pomo. La mitad del espacio estaba repleta de cajas de cartón apiladas, marcadas como suministros de Native Bean. La otra mitad estaba vacía, aparentemente para uso de los huéspedes. Volvió a arrodillarse para estudiar el suelo enmoquetado. No vio nada, pero había un claro patrón en el tejido que indicaba que se había pasado la aspiradora recientemente. Todavía de rodillas, se apoyó en los talones y llamó a Cindy para que viniera a la habitación.

Carpenter llegó enseguida.

—¿Qué pasa?

—Ha dicho que no tenía aspiradora de mano ni ninguna otra, ¿no?

—No tengo, ¿por qué?

—Han pasado la aspiradora en este armario. Creo que se escondió aquí.

Cindy miró la moqueta impecable.

—La pusimos porque el anterior propietario había almacenado botes de pintura y el suelo estaba salpicado. Está horrible debajo.

—¿«Pusimos»?

—Mi marido y yo. Compramos la casa, y yo me la quedé después del divorcio.

—La puerta… ¿la suele dejar abierta? Como para mantener el aire circulando o algo así.

—No, siempre está cerrada.

—¿Está segura de que la cerró la última vez que sacó cosas para la cafetería?

—Sí, estoy segura.

—Está bien. Mire, lo siento, sé que probablemente solo quiere que la deje en paz, pero quiero que vengan los de Criminalística y procesen el armario y tal vez el resto de la casa.

Carpenter parecía alicaída.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Los llamaré ahora mismo —dijo Ballard—. Pediré que terminen lo antes posible. Sé que es una invasión, pero queremos pillar a esos tipos y no quiero dejar nada sin revisar. Y me imagino que usted tampoco.

—Está bien, supongo. ¿Estará usted aquí?

—Si vienen ahora, me quedaré. Pero en unas horas empiezo otro turno. Tendré que presentarme en comisaría.

—Trate de que vengan ahora, por favor.

—Lo haré. Eh, ha mencionado a su marido. ¿Sigue en Los Ángeles? ¿Cómo es su relación con él?

—Está aquí y la relación es buena porque no nos vemos. Vive en Venice.

Pero había una tensión subyacente en el modo en que lo dijo.

—¿A qué se dedica? —preguntó Ballard.

—Se dedica a la industria tecnológica —dijo Carpenter—. Trabaja para empresas emergentes y esas cosas. Busca inversores.

Ballard se levantó. Tuvo que dar un paso para mantener el equilibrio. Se dio cuenta de que la falta de sueño se estaba manifestando.

—¿Está bien? —preguntó Carpenter.

—Estoy bien… He dormido poco —dijo Ballard—. ¿Qué le pareció a su ex que usted se quedara la casa?

—Le pareció bien. ¿Por qué? Quiero decir, no le gustó, pero… ¿Qué pasa?

—Tengo que hacer un montón de preguntas, Cindy, nada más. No es gran cosa. ¿Le estaba mandando un mensaje a él?

—¿Qué?

—Cuando he entrado en la sala de reconocimiento hoy, parecía que estaba enviando un mensaje o llamando.

—No, estaba escribiendo a Lacey, de la cafetería, para decirle que tenía que controlar las cosas hasta que volviera.

—¿Le contó lo que le ocurrió?

—No, le mentí. Le dije que había estado implicada en un accidente. —Hizo un gesto hacia las heridas de la cara—. Tengo que pensar en cómo explicar esto.

Eso le dio que pensar a Ballard, porque sabía que lo que

Carpenter contara a la gente entonces sería un inconveniente para el caso si llegaba a juicio. Por disparatado que pareciera, una defensa de que el sexo fue consentido podría ganar apoyo en la mente de un jurado si había testimonio de una supuesta víctima que nunca había mencionado haber sido agredida. Aunque era una posibilidad remota, Ballard sabía que en algún momento debería instruir a Carpenter sobre ello. Pero ese no era el momento.

—Entonces, ¿le va a contar esto a su ex? —preguntó—. Lo que ocurrió.

—No lo sé, probablemente no. No es asunto suyo. De todos modos, no quiero pensar en eso ahora mismo.

—Entiendo. Voy a llamar a Criminalística, a ver si pueden venir. Tendrá que quedarse en la sala de estar, si no le importa. Quiero que se ocupen de su dormitorio.

—¿Puedo ir a buscar mi libro? Está debajo de la cama.

—Sí, vale. Pero trate de no tocar nada más.

Carpenter salió del dormitorio y Ballard sacó su teléfono. Antes de llamar a un equipo de criminalística, se agachó y tomó una foto de la moqueta del armario, con la esperanza de que el patrón del aspirado fuera discernible en la imagen. Luego llamó a Criminalística y recibió un tiempo estimado de llegada de una hora.

En el salón, Ballard le dijo a Carpenter que los técnicos estarían pronto en la casa. Luego preguntó si había un mando a distancia para abrir la puerta del garaje. Explicó que no quería tocar el pomo de la puerta de la cocina. Hasta una mano con guante podría destruir una huella.

—Uso el garaje como almacén y aparco delante, en el sendero —dijo Carpenter—. Así que tengo un mando en mi coche y hay un botón en la pared justo en el interior del garaje, al lado de la puerta de la cocina.

—Vale —dijo Ballard—. ¿Podemos ir al coche y usar el mando?

Salieron y Carpenter abrió el vehículo con un mando a distancia. Las luces de posición parpadearon, pero Ballard no oyó el característico chasquido de los cierres.

—¿Su coche estaba cerrado? —preguntó—. No…

—Sí, lo cerré anoche —dijo Carpenter.

—No he oído los cierres.

—Bueno, siempre lo cierro.

Ballard estaba enfadada consigo misma por no haber comprobado primero si el coche estaba cerrado. Ahora nunca podría estar segura.

—Voy a entrar por la puerta del pasajero —dijo—. No quiero tocar el tirador de la puerta del conductor. ¿Dónde está el mando del garaje?

—En la visera —dijo Carpenter—. En el lado del conductor.

Ballard abrió la puerta y se inclinó dentro del coche. Había sacado su propio juego de llaves del bolsillo y usó el extremo de la llave de su apartamento para pulsar el botón del mando del garaje. Luego salió del coche y observó que la puerta del garaje se abría con un chirrido de sus muelles.

—¿Siempre hace ese ruido? —preguntó.

—Sí, tengo que pedir que la engrasen —dijo Carpenter—. De esas cosas se ocupaba mi marido.

—¿Lo oye desde dentro cuando se abre?

—Sí, cuando mi marido todavía vivía aquí.

—¿Cree que la habría despertado en su dormitorio?

—Sí. Sacude toda la casa como un terremoto. ¿Cree que fue así como…?

—Todavía no lo sé, Cindy.

Se quedaron de pie en el umbral del garaje abierto. Carpenter tenía razón. No había espacio para un coche. La única plaza estaba llena de cajas, bicicletas y otras pertenencias, incluidos tres contenedores para basura, reciclaje y hierbajos y hojas. Daba la impresión de que Carpenter guardaba más suministros de Native Bean también en el garaje. Había pilas de vasos y tapas en mangas de plástico transparente, así como cajas grandes de distintos edulcorantes. Ballard fue a la puerta que conducía a la cocina. Se fijó en el botón que accionaba la puerta del garaje en la pared de la izquierda de la jamba.

—Así que no sabemos con seguridad si esta puerta estaba cerrada —dijo.

—No, pero casi siempre lo está —dijo Carpenter—. Y, como

he dicho, seguro que el garaje estaba cerrado.

Ballard se limitó a asentir. No le explicó su teoría presente: que uno de los violadores entró en la casa antes incluso de que ella volviera del trabajo y se escondió en el armario de la habitación de invitados hasta que ella se duchó y se fue a acostar. Luego actuó para incapacitarla, le tapó con cinta la boca y los ojos y dejó entrar al otro violador.

Un banco de trabajo a la derecha de la puerta de la cocina estaba lleno de cosas que Ballard supuso que habían salido de la cafetería. Había una caja de herramientas abierta con útiles apilados sin ningún orden en la bandeja superior. Vio un destornillador suelto en el banco, como si lo hubieran sacado de la caja y dejado allí. Se preguntó si los violadores traían sus propias herramientas para entrar o confiaban en encontrar algo en el garaje de una casa donde vivía una mujer sola.

—¿Este destornillador es suyo? —preguntó.

Carpenter se acercó a mirarlo. Estiró una mano para cogerlo.

—No, no lo toque —advirtió Ballard.

—Lo siento. Podría ser. No lo sé. Todas esas cosas, las herramientas, las dejó Reggie.

—Su ex.

—Sí. ¿Cree que lo usaron para entrar? Entonces, ¿cómo entraron en el garaje?

Había una nota de pánico en su voz.

—No sé la respuesta a ninguna de las preguntas —dijo Ballard—. Veremos qué encuentran los de Criminalística.

Miró su teléfono y dijo que deberían llegar en cuarenta y cinco minutos. Cuando estaba mirando la pantalla, recibió una llamada. Era Harry Bosch.

—Tengo que cogerlo —le dijo a Cindy—. ¿Por qué no vuelve a la sala de estar por ahora?

Ballard salió a la calle y contestó el teléfono. Pero entonces se volvió con rapidez para impedir que Carpenter tocara el pomo de la puerta de la cocina.

—Cindy, no —dijo en voz alta—. Lo siento, ¿puede salir por aquí y entrar por la puerta de la calle?

Carpenter obedeció y Ballard volvió a la llamada.

—Hola, Harry.

—Renée, parece que estás ocupada. Solo llamaba para ver qué hay de nuevo. ¿Has encontrado algo que sirva en la cronología?

Ballard tardó un momento en recordar de qué caso y de qué cronología estaba hablando.

—Eh, no —dijo—. Me he despistado, me han llamado con otro caso.

—¿Otro asesinato?

—No, unos violadores en serie que estamos buscando.

—¿En plural? ¿ASVM?

—Sí, es raro —dijo—. Es una pareja. Anoche tuvimos una tercera víctima, pero llamó después de que yo estuviera en tu casa.

Hubo un silencio.

—Harry, ¿estás ahí?

—Sí, solo estaba pensando. Una pareja. Es muy raro. Las ASVM son normalmente violaciones masivas. No dos tipos con la misma psicopatía.

—Sí, llevo aquí toda la tarde con eso. Los llamamos los Hombres de Medianoche.

—Cuando encuentras dos tipos como esos…, bueno, que piensan de la misma forma… —Bosch se quedó en silencio.

—Sí, ¿qué pasa con eso? —preguntó Ballard.

—Es solo que uno y uno no son dos —dijo él—. Se retroalimentan. Uno y uno son tres… Escalan, se ponen más violentos. Finalmente, la violación no les basta. Matan. Tienes que pillarlos ya, Renée.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé?

—Lo siento. Sé que estás en ello. De todos modos, tengo aquí un libro que deberías leer.

—¿Qué libro?

—Es sobre el Estrangulador de la Colina, de hace tiempo. Bob Grogan… era una leyenda en Robos y Homicidios. Pero en ese caso resultó que eran dos estranguladores, no uno. Grogan los pilló y hay un libro sobre eso. Lo tengo aquí, en alguna parte. Se titula *Tal para cual*.

—Bueno, si lo encuentras, me lo dices. Puedo pasarme a

buscarlo. Tal vez me ayude a entender a estos dos asquerosos.

—Entonces, si vas a ocuparte del caso de violación, ¿qué tal si yo trabajo un poco en lo otro? Los disparos de anoche.

—Tengo la sensación de que me lo van a quitar. Ahora tenemos tres casos de violación relacionados. Me mantendrán en eso y pasarán el homicidio al West Bureau.

—Bueno, hasta entonces podría estar trabajando. Pero necesitaría ver lo que tienes.

Ballard se tomó una pausa para pensar. Llevar a alguien de fuera del departamento a un caso activo, incluso alguien con la experiencia de Harry Bosch, podría causarle problemas. Especialmente después de que el año anterior él hubiera trabajado con el abogado defensor Mickey Haller en un caso de asesinato muy publicitado. Nadie en la cadena de mando lo aprobaría. No lo aprobaría nadie en todo el departamento.

Tendría que ser extraoficial.

—¿Qué opinas? —la apremió Bosch.

—Creo que si encuentras ese libro podríamos hacer un cambio —dijo Ballard—. Pero esto es peligroso para mí en lo que al departamento se refiere.

—Lo sé. Piénsatelo. Nos vemos… o no.

# 11

Mientras esperaba a que llegaran los de Criminalística, Ballard dio un paseo por el barrio y empezó a pensar en qué hacía ese asalto diferente de los dos anteriores. No le cabía duda de que se enfrentaba a los mismos culpables. Había demasiadas similitudes. Pero también había cosas sobre esa última violación que eran únicas.

Ballard empezó a enumerarlas mentalmente mientras caminaba. La diferencia principal era la localización geográfica. Los primeros dos casos habían ocurrido en barrios cuadriculados y llanos, que concedían a los violadores múltiples rutas de escape si algo iba mal. No ocurría lo mismo con Deep Dell Terrace. Era una calle sin salida. También era una carretera de montaña, estrecha y con curvas en un barrio que en última instancia no tenía más que dos o tres alternativas para subir o bajar. No había ninguna ruta allí que condujera al otro lado las montañas. Eso suponía una diferencia importante. Era más arriesgado elegir a una víctima allí. Si la situación se complicaba para los violadores y se recibía una llamada de auxilio, una respuesta policial habría podido bloquear con facilidad las vías de escape. Al mismo tiempo que mentalmente marcaba esa diferencia de patrón, Ballard también reconoció que los patrones evolucionaban. El éxito de las dos primeras violaciones podría haber envalentonado a los culpables, llevándolos a terrenos de caza nuevos y más arriesgados.

El segundo aspecto que resultaba notablemente diferente de los primeros dos casos era la topografía. Ballard, así como Lisa Moore, se habían basado en la teoría de que los asaltos se habían planeado cuidadosamente. Una vez que una víctima se convertía en objetivo, los violadores observaban sus rutinas y se preparaban para la irrupción y el asalto. Eso seguramente

suponía entrar en el barrio desde el exterior. Las víctimas anteriores vivían a unas pocas manzanas de las principales arterias este-oeste: Melrose en el primer caso y Sunset Boulevard en el segundo. Se planteó la hipótesis de que los violadores llegaran a pie y luego se movieran con sigilo, inspeccionando a la víctima, su casa y las rutinas de la zona. Por consiguiente, un barrio llano y cuadriculado permitía acceder a la presa y escapar después del crimen con más facilidad. Pero cuando Ballard recorrió Deep Dell Terrace, le quedó inmediatamente claro que esa clase de estrategia de preparación y salida sería difícil ahí, por no decir imposible. El acceso a la parte de atrás de la casa de Cindy Carpenter quedaba sumamente restringido por la empinada ladera. Las casas de la calle de arriba estaban construidas en voladizo sobre una pendiente casi vertical. No había forma de moverse entre las casas ni por detrás de ellas. Esas viviendas ni siquiera necesitaban vallas ni verjas; la topografía natural les proporcionaba seguridad.

Todo ello le decía a Ballard que habían estado yendo por una dirección equivocada. Habían estado buscando un par de merodeadores, *voyeurs*, que entraban en el barrio junto a una calle comercial concurrida, se movían entre casas y por detrás de ellas y descubrían a su presa al mirar por las ventanas, posiblemente para actuar de inmediato o regresar más tarde. Eso quedó respaldado cuando los interrogatorios de las víctimas y la limitada interrelación de sus hábitos y movimientos en los días anteriores no dieron lugar a ningún vínculo entre las dos mujeres. Se movían en círculos diferentes sin ningún solapamiento.

Según todos los indicios, en el tercer caso cambiaba todo eso. A la víctima la habían elegido como presa en algún otro lugar y la habían seguido hasta su casa. Eso cambiaba las cosas respecto a la investigación, y Ballard se reprendió en silencio por el tiempo perdido mirando hacia otro lado.

La detective recibió una alerta de mensaje electrónico en su teléfono y al abrirlo vio que el agente Black le había enviado una copia del informe del incidente. Lo abrió y examinó las dos páginas en su pequeña pantalla. Ninguno de los detalles era

información nueva. Estaba cerrando la aplicación cuando le sorprendió un vehículo silencioso que pasó a su lado. Se volvió y vio que era uno de los BMW eléctricos que usaban los equipos de criminalística.

El departamento había comprado una flota para que los usaran los detectives, pero la autonomía de poco más de cien kilómetros por cada carga de batería limitaba su utilidad cuando necesitaban ir más lejos en pleno desarrollo de un caso. La autonomía publicitada también se reducía considerablemente en la conducción por autovías, y era difícil llevar a cabo una investigación en Los Ángeles sin conducir por autovías. Abundaban las historias de detectives que se habían quedado en la estacada por una batería agotada, hasta que retiraron los coches y los dejaron aparcados en la azotea de un garaje municipal durante más de un año antes de redistribuirlos de nuevo, en esta ocasión a unidades como Criminalística y Audiovisual, que llevaban a cabo viajes con un solo destino a escenas del crimen antes de regresar a puerto.

Ballard empezó a caminar otra vez hacia la casa de Cindy Carpenter y se encontró al técnico de criminalística cuando este salía del BMW. El hombre abrió el portón trasero.

—Ballard, División de Hollywood —dijo—. He llamado yo.

—Soy Reno —dijo el hombre—. Siento haberte asustado. Estos trastos son muy silenciosos. Hay gente que me pasa por delante sin mirar.

—Bueno, tal vez si fueras un poco más despacio no pasaría.

—¿Sabes qué velocidad pillan estos bichos? Apenas tocas el pedal y te pones a setenta. Bueno, ¿qué necesitas?

Reno cerró el portón trasero y se quedó quieto sosteniendo en una mano un maletín grande de material tan pesado que le inclinaba los hombros. Era un hombre de complexión ligera, vestido con un mono azul oscuro con las siglas de la División de Investigaciones Científicas bordadas en letras blancas sobre un bolsillo del pecho.

—Tuvimos un caso de violación con dos sospechosos anoche —explicó Ballard—. No he encontrado punto de entrada, pero creo que fue por el garaje. Quiero que empecéis por ahí. Hay un destornillador en un banco de trabajo; tal vez tengamos

suerte con eso. Después, hay un armario en la habitación de invitados al que quiero que echéis un vistazo.

—Está bien —dijo Reno—. ¿La víctima está en el hospital?

—No, rechazó más tratamiento médico. Está dentro.

—Oh.

—Sabe que veníais y que me voy a quedar con vosotros, pero también quiero que miréis el coche.

Señaló el Toyota aparcado en la calle detrás del coche de Reno.

—¿Estaba en el garaje? —preguntó Reno.

—No, pero dejó el mando dentro y estoy pensando que estuvieron en el coche, luego en el garaje y luego en la casa. Solo hay un pomo en la puerta que da a la cocina.

—¿El coche no estaba cerrado?

—No estoy segura. Posiblemente. El mando está en la visera.

—Entendido.

—Daos prisa, ¿vale? Ha tenido un día muy malo.

—Eso parece. Seré rápido.

—Y yo iré a buscar la llave para abrir el coche.

Mientras Reno estaba organizando su material, Ballard entró en la casa y pidió a Cindy la llave de su coche. Le explicó por qué y ella pareció tomarlo como otra violación: su casa, su cuerpo y ahora incluso su coche habían sido invadidos por esos hombres mezquinos. Se echó a llorar.

Ballard se dio cuenta de que la mujer estaba cayendo en un estado de extrema fragilidad. Preguntó si había algún amigo o familiar a quien pudiera llamar para pedirle que se quedara con ella. Carpenter dijo que no.

—Vi en el informe del incidente que citó a su exmarido como el familiar más próximo —dijo Ballard—. ¿Vendría?

—Uf, Dios mío, no —exclamó Carpenter—. Y por favor no lo llame. Solo lo puse porque no podía pensar con claridad. Y es el único en Los Ángeles. Toda mi familia está en La Jolla.

—Vale, siento haberlo preguntado. Es solo que la veo bastante frágil.

—¿Le extraña?

Ballard se dio cuenta de que había metido la pata.

—Lo siento —dijo—. Ha sido una estupidez. ¿Qué pasa con Lacey, la de la cafetería?

—Me parece que no lo entiende. No quiero que la gente lo sepa. ¿Por qué cree que me lo pensé tanto tiempo antes de llamarles? Estoy bien, ¿vale? Haga lo que tenga que hacer y déjeme en paz.

No había réplica posible a eso. Ballard se disculpó y le llevó la llave a Reno, que estaba aplicando polvo plateado en el tirador de la puerta del conductor, buscando huellas dactilares.

—¿Hay algo? —preguntó.

—Solo rastros —dijo Reno.

—¿Como si hubieran pasado un paño?

—Tal vez sí, tal vez no.

Eso era inútil. Ballard dejó la llave del Toyota en el techo del coche.

—Voy a visitar a algunos vecinos. Volveré antes de que termines. Si no, que Comunicaciones me llame. No llevo radio.

—¿Y ella sabe que voy a entrar?

—Sí, pero llama antes.

—Entendido.

—Se llama Cindy.

—Entendido también.

Ballard se ciñó a las casas del lado este de la vivienda de Carpenter, pensando que era más probable que los residentes de ese lado hubieran visto algo inusual, porque el lado oeste no tenía salida. Cualquiera que saliera de la casa de Carpenter a pie o en coche tendría que ir al este.

Hacer una batida por un barrio después de una violación era una tarea delicada. Lo último que necesitaba una víctima era que todo el mundo en su calle supiera lo que había ocurrido. Algunas víctimas rechazaban con firmeza ser estigmatizadas, pero otras terminaban sintiendo vergüenza y perdían seguridad después de un ataque así. Por otro lado, si había peligro en el barrio, los residentes tenían que saberlo.

Además, Ballard estaba coartada por la ley. Según la legislación de California, las víctimas de agresión sexual tenían derecho a plena confidencialidad a menos que eligieran renunciar a ello. Ballard ni siquiera había sacado a colación el

tema con Cindy Carpenter, así que por el momento estaba obligada por ley a no revelar que era víctima de una violación a nadie ajeno a las fuerzas policiales.

Se subió la mascarilla del todo, con la placa en alto, cuando en la casa de al lado de la de Carpenter una mujer abrió la puerta; tendría sesenta y tantos años y mostraba uno de los signos de haber estado confinada nueve meses. Tenía una gruesa franja gris en la raíz de su cabello moreno que indicaba la última vez que había ido a teñirse.

—Policía, señora. Soy la detective Ballard y lamento molestarla, pero estoy hablando con todos los vecinos de la zona. Se cometió un crimen en esta calle anoche y estoy preguntando si alguien vio u oyó alguna cosa inusual durante la noche.

—¿Qué clase de crimen?

—Un allanamiento.

—Ay, Dios mío, ¿en qué casa?

Que preguntara en qué casa en lugar de en casa de quién indicó a Ballard que esa mujer podría no conocer a sus vecinos personalmente. Eso no importaría si hubiera oído o visto algo. Pero sí significaba que era poco probable que empezaran a extenderse rumores entre los vecinos cuando se marchara. Eso estaba bien. Ballard no quería que los vecinos supieran que iba a ir antes de que llamara a sus puertas.

—Al lado —dijo Ballard—. ¿Oyó o notó algo inusual anoche?

—No —dijo la mujer—. No que recuerde. ¿Alguien resultó herido?

—Señora, no puedo discutir los detalles con usted. Estoy segura de que lo comprende. ¿Vive sola?

—Con mi marido. Nuestros hijos son mayores. ¿La chica de al lado? ¿La que vive sola?

Señaló en la dirección de la casa de Cindy Carpenter. Pero llamarla «la chica» en lugar de por su nombre era otra indicación de que esa mujer conocía poco o nada a sus vecinos.

—¿Su marido está en casa? —preguntó Ballard, sin hacer caso de las preguntas—. ¿Puedo hablar con él?

—No, se ha ido a jugar al golf —dijo la mujer—. Al Wilshire

Country Club. Volverá pronto.

Ella sacó una tarjeta de visita y se la dio a la mujer, solicitándole que le pidiera a su marido que llamara si recordaba haber oído o visto algo inusual la noche anterior. A continuación, anotó el nombre de la señora para los registros.

—¿Estamos a salvo? —preguntó la mujer.

—No creo que vuelvan —dijo Ballard.

—¿Eran más de uno?

—Creemos que fueron dos hombres.

—Ay, Dios mío.

—¿Por casualidad vio a dos tipos en la calle anoche?

—No, no vi nada. Pero ahora estoy asustada.

—Creo que está a salvo, señora. Como he dicho, no creemos que vayan a volver.

—¿La violaron?

—Señora, no puedo hablar del caso.

—Ay, Dios mío, la violaron.

—Señora, escúcheme. He dicho que fue un allanamiento. Si empieza a extender rumores, va a causar mucho daño a su vecina de al lado. ¿Es lo que quiere?

—No, claro que no.

—Bien. Entonces, por favor, no lo haga. Dígale a su marido que me llame si oyó o vio algo inusual anoche.

—Lo llamo ahora mismo. Debería estar de camino a casa.

—Gracias por su tiempo.

Ballard salió de nuevo a la calle y fue a la siguiente casa. Y así sucesivamente. En la hora que siguió, llamó a siete puertas y tuvo conversaciones en cinco domicilios. Nadie aportó ninguna información útil. Dos de las casas tenían cámara de seguridad en la puerta, pero al ver los vídeos de la noche anterior no apareció nada útil.

Volvió a la casa de Cindy Carpenter justo cuando Reno estaba cargando la parte de atrás de su coche eléctrico.

—Bueno, ¿qué has encontrado? —preguntó Ballard.

—Nada de nada —dijo Reno—. Estos tipos son buenos.

—Mierda.

—Lo siento.

—¿Y el destornillador del garaje?

—Limpiado. Lo que significaba que probablemente tuvieras razón. Lo usaron para abrir la puerta y luego le pasaron un paño. La cuestión es que la puerta del garaje es ruidosa. Los muelles chirrían, el motor cruje. Si entraron de ese modo, ¿cómo es que no la despertaron?

Ballard estaba a punto de explicar a Reno que pensaba que al menos uno de los intrusos ya estaba en la casa cuando Carpenter volvió del trabajo. Pero de repente se dio cuenta de la falacia de esa teoría. Si abrieron el garaje con el control remoto del coche, entonces el coche tendría que haber estado en la casa, lo que significaba que Carpenter ya había vuelto del trabajo.

—Buena pregunta —dijo Ballard.

Quería deshacerse de él para trabajar en esas nuevas ideas.

—Gracias por venir, Reno —dijo—. Voy a volver a entrar.

—Hasta otra —respondió el otro.

Ballard volvió a la puerta de la calle, llamó y luego entró. Carpenter estaba sentada en el sofá.

—Él se va y yo la dejaré tranquila enseguida —dijo Ballard —. ¿Está segura de que no hay nadie a quien pueda llamar para que esté con usted?

—Estoy segura —dijo Carpenter—. No me va a pasar nada. Estoy recuperando las energías.

Ballard no estaba segura de qué energías iba a recuperar teniendo en cuenta el trauma que había experimentado. Carpenter pareció darse cuenta.

—Estoy pensando en mi padre —dijo—. No recuerdo a quién mencionaba, pero siempre citaba a un filósofo cuando me pelaba la rodilla o me pasaba algo. Decía: «Lo que no te mata te hace más fuerte». Algo así. Y es lo que siento ahora. Estoy viva, he sobrevivido, me haré más fuerte.

Ballard no respondió. Sacó otra tarjeta y la dejó en la mesita de al lado de la puerta.

—Bien —dijo—. Estos son mis números, por si me necesita o se acuerda de algo.

—Vale —dijo Carpenter.

—Vamos a pillar a esos tipos. Estoy segura.

—Eso espero.

—¿Puede hacer algo por mí? Y quizá hablemos mañana.

—Supongo.

—Voy a enviarle un cuestionario. Se trata de una encuesta Lambkin. Son básicamente preguntas sobre sus últimos movimientos e interacciones, tanto en persona como en las redes sociales. Hay un calendario para rastrear su paradero; tendrá que rellenarlo lo mejor que pueda. Creo que se remonta a sesenta días, pero queremos que se centre en las últimas dos o tres semanas. Todos los sitios que recuerde. Esos tipos la vieron en algún momento y en algún lugar. Pudo ser en la cafetería, pero también en otro sitio.

—Dios, espero que no fuera en la cafetería. Es terrible.

—No estoy diciendo eso. Pero tenemos que considerarlo todo. ¿Tiene impresora?

—Sí, está en un armario.

—Bueno, si puede imprimir la encuesta y rellenarla a mano sería mejor.

—¿Por qué se llama así?

—Es el nombre del tipo que la ideó. Era el experto en delitos sexuales del Departamento de Policía de Los Ángeles, hasta que se retiró. Se ha actualizado con aspectos sobre las redes sociales. ¿De acuerdo, pues?

—Mándemela.

—En cuanto pueda. Y puedo venir mañana para hacerla con usted si quiere. O la recojo cuando haya terminado.

—Tengo que abrir mañana y probablemente estaré allí todo el día. Pero me la llevaré y la rellenaré cuando pueda.

—¿Está segura de que quiere trabajar mañana?

—Sí. Me ayudará a pensar en otras cosas.

—Está bien. Y voy a quedarme en el barrio un rato más. Solo para que lo sepa, voy a estar aquí delante, en el coche.

—¿Le está contando a los vecinos lo que me ha pasado?

—No. De hecho, bajo la ley de California no estoy autorizada. Estoy diciendo que entraron en una casa del barrio. Nada más.

—Probablemente lo sabrán. Se lo imaginarán.

—Tal vez no. Pero queremos atrapar a esos monstruos, Cindy. Tengo que hacer mi trabajo, y quizá uno de sus vecinos

vio algo que sirva de ayuda.

—Sí, sí. ¿Alguien le ha dicho algo hasta ahora?

—Hasta el momento no, pero todavía me queda este lado de la calle. —Señaló al oeste.

—Buena suerte —dijo Carpenter.

Ballard le dio las gracias y se marchó. Caminó hasta la casa de al lado. Le abrió un hombre mayor que no proporcionó ninguna ayuda, revelando incluso que se quitaba los audífonos de noche para dormir mejor. Ballard cruzó entonces la calle y habló con otro hombre, que dijo que no vio nada, pero proporcionó información útil cuando le preguntó qué oyó.

—Puesto que está justo enfrente de la puerta del garaje, ¿alguna vez la oye cuando sube o baja? —preguntó Ballard.

—Todas las puñeteras veces —dijo el hombre—. A ver si les ponen aceite a esos muelles. Chirrían cada vez que se levanta la puerta.

—¿Y recuerda si la oyó anoche?

—Sí, la oí.

—¿Por casualidad recuerda a qué hora?

—Eh, no exactamente, pero era bastante tarde.

—¿Estaba en la cama?

—No, todavía no, pero estaba a punto de acostarme. Nunca miro nada de esos rollos de Año Nuevo. Me voy a dormir un año y me despierto al siguiente, sin más. Así me las gasto.

—O sea, antes de medianoche. ¿Recuerda qué estaba haciendo o viendo en la tele? Estoy tratando de acotar el margen de tiempo.

—Espere, lo tengo.

Sacó un teléfono móvil de su bolsillo y abrió la aplicación de mensajes de texto. Empezó a revisarlos.

—Tengo una exmujer en Phoenix —dijo—. No podíamos vivir juntos, pero como ahora vivimos lejos somos amigos. Tiene gracia cómo funcionan las cosas. La cuestión es que ella ve caer la bola en Nueva York, así que se acuesta temprano. Cuando le envié un mensaje de feliz año a la hora de Nueva York, oí el garaje.

Le enseñó la pantalla a Ballard.

—Aquí lo tiene.

Ella se inclinó a mirar. Vio un mensaje de texto enviado a alguien llamado Gladys a las 20:55 del día anterior.

—¿Y fue el momento en que oyó el garaje?

—Sí.

—¿Oyó que se abría y se cerraba o solo que se abría?

—Abrir y cerrar. No es tan ruidoso cuando se cierra, pero lo oí.

Ballard preguntó al vecino su nombre para los registros y le dio las gracias. No le contó que acababa de hacer que encajara una pieza del puzle. Estaba segura de que había oído a los Hombres de Medianoche entrar en la casa de Cindy Carpenter. Ella había trabajado hasta las nueve de la noche, y no había aparcado en el garaje.

A Ballard no se le ocurrió otra explicación. Uno de los violadores había entrado en el garaje, había usado el destornillador para abrir con facilidad la puerta de la cocina y luego había esperado en el armario de la habitación de invitados hasta que Cindy llegara a casa.

Pero al añadir una pieza al puzle sacó otra. Si Cindy Carpenter estaba todavía en el trabajo y su coche estaba con ella, entonces, ¿cómo abrieron el garaje los Hombres de Medianoche?

# 12

La casa de Harry Bosch estaba en un barrio situado justo al otro lado de la autovía. Ballard lo llamó en cuanto puso rumbo hacia allí.

—Estoy cerca —dijo—. ¿Has encontrado el libro?

—Sí —dijo—. ¿Ya vienes?

—Llego en cinco minutos. También necesito tu wifi.

—Vale.

Ballard colgó. Sabía que debía empezar a dirigirse a la División de Hollywood para asistir a la reunión de inicio de turno, pero quería seguir en movimiento. Decidió llamar a la sala de guardia para ver qué sargento estaría a cargo y pidió hablar con él. Era Rodney Spellman.

—¿En qué andas, Ballard? —le dijo a modo de saludo.

—Anoche tuvimos un tercer caso de los Hombres de Medianoche —le contó—. En el Dell.

—Me he enterado.

—Estoy con eso y no voy a llegar a la reunión de turno. Pero ¿puedes sacar el tema y preguntar por anoche? Sobre todo a los coches 15 y 31. Quiero saber si vieron algo, si pararon a alguien…, lo que sea.

—Puedo hacerlo, sí.

—Gracias, sargento, llamaré más tarde.

—Recibido.

Ballard colgó y cruzó la 101 en el puente Pilgrimage y pronto estuvo en Woodrow Wilson, subiendo hacia la casa de Bosch. Antes de llegar, recibió una llamada de Lisa Moore.

—¿Qué está pasando, hermana Ballard? —le preguntó.

Supuso que ya le estaba dando al vino, y su saludo sonó falso e irritante. Aun así, necesitaba hablar con alguien de lo que había descubierto.

—Sigo trabajando —dijo—. Pero creo que tenemos que

repensarlo. El tercer caso es diferente de los dos primeros y puede que estemos siguiendo una dirección equivocada.

—Buf —dijo Moore—. Esperaba oír que podía quedarme aquí hasta el domingo.

A Ballard se le acabó la paciencia.

—Joder, Lisa, ¿no te importa nada de esto? —dijo—. Vamos, que estos dos tipos andan sueltos y…

—Claro que me importa —contraatacó Moore—. Es mi trabajo. Pero ahora mismo me está jodiendo la vida. Está bien, vuelvo. Llegaré mañana a las nueve. Te veré en la comisaría.

Ballard inmediatamente se sintió mal por su arrebato. Ya estaba sentada en el coche delante de la casa de Bosch.

—No, no te molestes —dijo—. Me encargaré yo mañana.

—¿Estás segura? —preguntó Moore, demasiado deprisa y con esperanza, a juicio de Ballard.

—Sí, claro —dijo ella—. Pero te encargarás de mi turno sin hacer preguntas la próxima vez que lo necesite.

—Trato hecho.

—Dime una cosa. ¿Cómo hiciste la referencia cruzada de las dos primeras víctimas? ¿Interrogatorio o encuesta Lambkin?

—Ahora tiene ocho páginas con las actualizaciones. No iba a pedirles eso. Hablé con ellas, y Ronin también.

Ronin Clarke era un detective de la Unidad de Agresiones Sexuales. Él y Moore no eran compañeros en el sentido tradicional. Cada uno tenía su carga de casos, pero se ayudaban mutuamente cuando lo necesitaban.

—Creo que deberíamos darles la encuesta —dijo Ballard—. Las cosas han cambiado. Creo que nos equivocamos con cómo eligen a las víctimas.

Moore se quedó en silencio. Ballard lo tomó como un desacuerdo, pero Moore probablemente sentía que no podía protestar después de largarse de la ciudad y dejarla trabajando en el nuevo caso en solitario.

—Da igual, yo me ocuparé —dijo Ballard—. He de colgar. Me queda mucho por hacer y tengo turno esta noche.

—Hablamos mañana —dijo Moore servicial—. Y muchas gracias, Renée. Te lo devolveré. El día que me digas, me ocuparé de tu turno.

Ballard colgó y se puso la mascarilla. Salió con su maletín. La puerta de la casa de Bosch se abrió antes de que ella llegara.

—Te he visto sentada ahí —dijo él, pegándose a la puerta para que ella entrara.

—Estaba haciendo el imbécil —dijo Ballard.

—¿Con qué? —preguntó Bosch.

—Con mi compañera en lo de las violaciones. Le he dejado que se vaya de fin de semana con su novio mientras yo trabajo en dos casos. Qué estúpida soy.

—¿Adónde ha ido?

—A Santa Bárbara.

—¿Hay sitios abiertos allí?

—No creo que piensen salir mucho de la habitación.

—Vaya. Bueno, como te he dicho, estoy aquí y puedo ayudar. En lo que me necesites.

—Lo sé. Te lo agradezco, Harry. Es una cuestión de ética. Está completamente quemada. No le queda empatía. Debería pedir un traslado y dejar los delitos sexuales.

Bosch hizo un gesto hacia la mesa del comedor, donde ya tenía el portátil abierto. Se sentaron el uno frente a la otra. No había música. En la mesa había también un ejemplar de tapa dura con las páginas amarillentas. Era *Tal para cual*, de Darcy O'Brien.

—Trabajar en delitos sexuales te deja vacío —dijo Bosch—. ¿Qué ha pasado desde que hablamos?

—Está todo patas arriba —dijo Ballard—. Como te dije, son tres casos definitivamente relacionados, pero este tercero… es diferente de los dos primeros. Cambian cosas.

Ballard dejó el maletín en el suelo, al lado de su silla, y sacó el portátil.

—¿Quieres contármelo, ya que tu compañera no está? —preguntó Bosch.

—¿Qué eres? ¿El tío favorito que nunca tuve? —preguntó ella—. ¿Vas a darme un dólar para caramelos cuando me vaya?

—Eh…

—Lo siento, Harry, perdona. Estoy cabreada con Lisa. Estoy cabreada conmigo misma por dejarla largarse así.

—Vale. Lo entiendo.

—¿Todavía puedo usar tu wifi?

Ballard abrió el portátil y Bosch le explicó cómo conectarse a internet. Su contraseña del wifi era su antiguo número de placa: 2997. Ballard sacó una copia en blanco de la encuesta Lambkin y se la mandó a Cindy Carpenter después de encontrar su dirección de correo en el informe que le había enviado Black. Confió en que le hiciera caso.

—¿Sabes lo que le daría una lección a tu compañera? —dijo Bosch—. Pillar a esos cabrones antes de que vuelva.

—Eso es sumamente improbable. Estos tipos… son buenos. Y acaban de cambiar el juego.

—Cuéntame.

Ballard pasó los siguientes veinte minutos poniendo a Bosch al día, sin dejar de pensar en que debería estar poniendo al día a Lisa Moore con el mismo detalle. Cuando hubo terminado, Bosch compartía con ella conclusión y opinión. La investigación necesitaba un giro. Se habían equivocado con los Hombres de Medianoche y con cómo habían elegido a sus víctimas. No era el barrio lo que escogían primero. Eran las víctimas, a las que luego seguían a su barrio y a su hogar. Las tres mujeres habían entrado en el radar de los culpables en otro lugar.

Ballard ahora tenía que encontrar ese punto de cruce.

—Acabo de mandar a la última víctima el cuestionario Lambkin —dijo Ballard—. Espero tenerlo mañana o el domingo. Tengo que pedir a las primeras dos víctimas que lo rellenen, porque Lisa pensó que era pedirles demasiado en su momento. La primera violación fue en Acción de Gracias y dudo que la víctima tenga tan buena memoria ahora como si se lo hubiéramos preguntado entonces.

—Ahora me estoy enfadando yo con la Lisa esta —dijo Bosch—. Eso fue pereza. ¿Vas a mandárselos ahora a las otras dos?

—No, quiero hablar con ellas antes. Lo haré cuando salga de aquí. ¿Conociste a Lambkin cuando estuvo en el departamento?

—Sí, trabajamos en algunos casos. Sabía lo que hacía con este tipo de agresiones.

—¿Sigue en la ciudad?

—No, oí que se marchó del estado cuando se retiró, y nunca ha vuelto. Se fue a algún sitio del norte.

—Bueno, todavía usamos la encuesta de referencias cruzadas que lleva su nombre. Supongo que es una clase de legado. ¿Quieres ver lo que tengo sobre Javier Raffa?

—Si quieres compartirlo…

—¿Tienes impresora?

—Aquí abajo.

Bosch se estiró hasta uno de los estantes inferiores de la librería que tenía detrás de su silla. Sacó una impresora con forma de caja que parecía del siglo anterior.

—¿Estás de broma? —dijo Ballard.

—¿Qué…? —respondió Bosch—. No imprimo mucho, pero funciona.

—Sí, probablemente cinco páginas por minuto. Por suerte no tengo mucho que compartir. Dame el conector y enchúfala. ¿Tienes papel?

—Sí, tengo papel.

Bosch le pasó el conector. Mientras enchufaba la impresora y cargaba el papel, ella abrió el archivo del caso en la pantalla y empezó a enviar los documentos que había preparado en el último turno a la cola de impresión. No se equivocaba: era lenta.

—¿Lo ves?, te he dicho que funciona —dijo Bosch—. ¿Para qué quiero una impresora galáctica?

Parecía orgulloso de su terquedad tecnológica.

—Tal vez porque me gustaría ir a trabajar esta noche en algún momento —dijo Ballard—. Ni siquiera he mirado el material de tu caso.

Bosch no le hizo caso y sacó las dos primeras páginas (las únicas que había hasta ese momento) de la bandeja de la impresora. Ballard le había enviado primero el informe del incidente de dos páginas, seguido por la cronología de la investigación, declaraciones de testigos y el mapa de la escena del crimen. No estaba segura de qué podría hacer él con todo eso, pero la cronología era lo más importante, porque contenía resúmenes paso a paso de los movimientos que había hecho

ella a lo largo de la noche. Aunque no tenía esperanzas de mantener el caso mucho tiempo más, sabía que, si Bosch encontraba una línea de investigación que condujera del caso Raffa a su caso antiguo, el asesinato de Albert Lee, podría tener algo que intercambiar cuando los poderes fácticos fueran a quitarle el caso.

Esperó pacientemente a que las páginas se imprimieran, pero se estaba sintiendo ansiosa por no llegar a comisaría y dejarse ver, y eso por no hablar de la carga de trabajo que la esperaba con los casos de los Hombres de Medianoche.

—¿Quieres tomar algo? Puedo hacer café —dijo Bosch—. Esto tardará un rato.

—¿La cafetera va más rápido que esta impresora? —preguntó Ballard.

—Probablemente.

—Claro. Me vendrá bien un poco de cafeína.

Bosch se levantó de la mesa y fue a la cocina. Ballard miró la impresora decrépita y negó con la cabeza.

—Desde que has venido esta mañana no has dormido nada, ¿no? —dijo él desde la cocina.

La impresora no solo era lenta, sino también ruidosa.

—No —dijo ella también en voz alta.

—Entonces usaré el fuerte —dijo Bosch.

Ella se levantó y anduvo hacia la puerta corredera que daba a la terraza.

—¿Puedo ir a la terraza?

—Claro.

Ballard abrió la puerta y salió. Se quitó la mascarilla para respirar con libertad. En la barandilla vio escaso tráfico por la 101, y estaba claro que el aparcamiento de varias plantas de Universal City estaba vacío. El parque de atracciones había cerrado debido a la pandemia.

En cuanto oyó que la impresora se detenía, se puso otra vez la mascarilla y volvió a entrar. Después de asegurarse de que estaba todo impreso, desconectó su portátil y lo apagó. Se levantó y estaba a punto de decirle a Bosch que no necesitaba el café cuando él salió de la cocina con una taza humeante para ella.

—Solo, ¿no? —preguntó.

—Gracias —dijo Ballard, aceptando la taza.

Se bajó la mascarilla y se apartó de Bosch para sorber el café caliente. Estaba abrasador y fuerte. Imaginó la cafeína recorriendo su organismo mientras todavía lo estaba tragando.

—Está bueno —dijo—. Gracias.

—Te mantendrá en marcha —dijo Bosch.

El teléfono de Ballard empezó a sonar. Se lo quitó del cinturón y miró la pantalla. Era un número que empezaba por 323, alguien que no estaba en sus contactos.

—Creo que tengo que cogerlo —dijo.

—Claro.

Ballard respondió.

—Detective Ballard.

—Detective, soy Cindy Carpenter. He recibido la encuesta que me ha enviado y me pondré con ella. Pero acabo de recordar algo.

Ballard sabía que, a menudo, la víctima de un crimen no recordaba detalles de lo acontecido hasta horas y a veces días después de la experiencia. Era una parte natural del procesamiento del trauma, aunque en los tribunales los abogados defensores a menudo se ponían las botas acusando a las víctimas de fabricar convenientemente los recuerdos para que encajaran en las pruebas contra el acusado.

—¿Qué ha recordado? —preguntó Ballard.

—Debí de bloquearlo al principio —dijo Carpenter—. Pero creo que sacaron una foto.

—¿Qué?

—Me hicieron una foto…, bueno, cuando me estaban violando.

—¿Por qué cree eso, Cindy?

—Porque cuando, bueno, cuando me estaban obligando a hacer sexo oral, uno de ellos me agarró del pelo y me inclinó la cabeza hacia atrás unos segundos y la sostuvo. Era como si quisiera hacerme posar. Como un selfi asqueroso.

Ballard negó con la cabeza, aunque Carpenter no pudiera verla. Sentía que era probable que la mujer hubiera dado en el clavo con su suposición de lo que los violadores estaban

haciendo. Pensó que tal vez esa era la razón del enmascaramiento de las víctimas además de los pasamontañas. No querían que supieran que los ataques estaban siendo fotografiados o, posiblemente, grabados. Eso abría todo un nuevo abanico de preguntas respecto a por qué los violadores hacían eso, pero llevó a Ballard a pensar en su *modus operandi*.

Y se reafirmó en su resolución de atrapar a esos hombres tanto si recibía ayuda de Lisa Moore como si no.

—¿Está ahí, Renée? —dijo Carpenter—. ¿Puedo llamarla Renée?

—Lo siento, estoy aquí (y sí, por favor, llámeme Renée) —dijo Ballard—. Solo lo estaba apuntando. Creo que tiene razón y es un detalle importante. Nos ayuda mucho. Si encontramos esa foto en su teléfono o en su ordenador, caen. Es una prueba sólida, Cindy.

—Bueno, entonces supongo que está bien.

—Sé que es otra cosa dolorosa, pero me alegro de que la haya recordado. Escribiré un informe que quiero que revise y lo incluiré.

—Vale.

—Ahora, sobre la encuesta que acabo de enviarle. Hay una sección donde pide que haga una lista de las personas que conozca que podrían querer hacerle daño por la razón que sea. Es muy importante, Cindy. Piénselo bien. Tanto conocidos como gente a la que apenas conoce. Un cliente enfadado de la cafetería, alguien que crea que lo ofendió de alguna manera. Esa lista es importante.

—¿Quiere decir que tengo que hacerla lo primero?

—No necesariamente, pero quiero que piense en ello. Hay algo de venganza en esto. La foto, que le cortaran el pelo… Todo eso.

—Vale.

—Bien, entonces le llamaré mañana para ver cómo le va con los deberes.

Carpenter se quedó en silencio y Ballard sintió que su intento de inyectar humor con la referencia a los deberes había caído en saco roto. No era posible hacer gracia en esa situación.

—Eh, bueno, sé que tiene que trabajar temprano mañana —continuó la detective con torpeza—. Pero a ver qué puede hacer. Contactaré con usted por la tarde.

—De acuerdo, Renée –dijo Carpenter.

—Bien —dijo Ballard—. Y, Cindy, puede llamarme cuando quiera. Hasta luego.

Colgó y miró a Bosch.

—Era la víctima. Cree que le hicieron una foto durante el sexo oral.

A Bosch se le salieron los ojos de las órbitas mientras asimilaba y archivaba en su carpeta de actos malvados que hacen los hombres.

—Eso cambia bastante las cosas —dijo.

—Sí —secundó ella—, desde luego.

# 13

Después de dejar su maletín en una mesa de la sala de la brigada de detectives, Ballard se dirigió a la sala de guardia para dejarse ver y averiguar si había algo en marcha en la división que pudiera requerir un detective. El teniente de guardia era uno de los que llevaban toda la vida en el departamento. Se llamaba Dante Rivera y se estaba acercando a su billete dorado. Treinta y tres años de servicio significaban una pensión máxima del noventa por ciento de su salario final. A Rivera solo le quedaban cinco meses, y tenía un calendario con la cuenta atrás en la pared de la sala de guardia. Arrancaba una hoja cada día, no solo para mantener la cuenta, sino también para eliminar los comentarios procaces escritos en la fecha del día por algún listillo del turno de día.

Rivera había pasado la mayoría de sus años trabajando en diversos puestos de la División de Hollywood. Estaba considerado un veterano según los criterios del departamento, pero, como había ingresado joven, ni siquiera se acercaba a los sesenta años. Se llevaría su noventa por ciento, que complementaría con un trabajo de seguridad a tiempo parcial o una licencia de detective privado y pasaría sin apuros el resto de sus días. Pero sus años en el trabajo también lo habían envuelto en una coraza de inercia. Quería que todos los turnos de noche fueran como un mar en calma. No quería olas, no quería complicaciones ni problemas.

—Teniente —lo llamó Ballard—, ¿qué está pasando hoy en la gran ciudad malvada?

—Nada —dijo Rivera—. Todo en calma en el frente occidental.

Siempre usaba esa expresión, como si Hollywood estuviera en la frontera de la ciudad. Tal vez, hablando de la noche, no le faltara razón, porque los barrios ricos del oeste normalmente

quedaban en un seguro silencio. Hollywood era el frente occidental. La mayoría de las noches, Ballard odiaba cuando le decía que estaba todo tranquilo, porque ella estaba buscando un caso o algo en lo que participar. Pero no esa noche. Tenía trabajo que hacer.

—Estaré en la sala de detectives con mi radio —dijo—. Tengo que hacer seguimiento de los casos de ayer noche. ¿Ha visto a Spellman?

—¿El sargento Spellman? —preguntó Rivera—. En la puerta de al lado.

Ballard reparó en la corrección al salir al pasillo central. Fue al despacho de al lado, que informalmente se conocía como «el despacho del sargento», porque era el lugar donde los supervisores se aislaban de la tropa para hacer llamadas, escribir informes o decidir si denunciar a algún agente por infringir el procedimiento. Spellman estaba solo en el despacho y sentado tras una mesa larga, mirando un vídeo en su portátil. Inmediatamente lo cerró cuando entró ella.

—Ballard, ¿qué pasa?

—No lo sé. He venido a preguntar qué está ocurriendo y a ver si ha surgido algo sobre mi caso en el Dell en la reunión de turno.

Parecía que el sargento había estado mirando grabaciones de la cámara corporal de un agente acercándose a un coche aparcado. Formaba parte de su trabajo, así que el hecho de que hubiera cerrado el portátil tan rápido le hizo pensar a Ballard que lo que había en pantalla era una de las dos F: uso de la fuerza o gente follando; las dos podían ocurrir cuando se paraba a un coche, ya estuviera en marcha o estacionado.

—Ah, sí, olvidé comentártelo —dijo Spellman—. Las cosas se complicaron en la reunión de turno, porque entró Antivicio con una sesión de información, y luego tuve que sacar a gente a las calles. Pero pillé a Vitello y a Smallwood en la sala de equipo antes de que salieran. No tenían nada destacable de anoche. Además, los sacaron de su zona por un par de llamadas de refuerzo.

—Vale —dijo Ballard—. Gracias por preguntar.

Se volvió y salió del despacho. Era pequeño y sofocante y

olía a la colonia de Spellman.

Ballard tomó el camino largo hasta la sala de detectives para no tener que pasar otra vez por la sala de guardia. Pensó que Rivera no se acordaría de ella si no la veía. De vuelta al escritorio que había tomado prestado, sacó un cuaderno, abrió su ordenador portátil y consultó sus archivos sobre los casos de los Hombres de Medianoche. Encontró el número de móvil de la primera víctima, Roberta Klein, y llamó. Miró el reloj de la pared sobre las pantallas de televisión mientras esperaba una respuesta. Anotó en una página de su cuaderno que eran las 21:05 para disponer del dato cuando actualizara la cronología. La mujer contestó al sexto tono.

—Hola, Bobbi, soy la detective Ballard, de la División de Hollywood.

—¿Los han detenido?

—No, todavía no, pero estamos trabajando en el caso, hasta en festivos. Siento llamar tan tarde.

—Me ha asustado. He pensado: «¿Quién me llama ahora?».

—Lo siento. ¿Cómo está?

—No muy bien. Sin noticias suyas. No sé lo que está pasando. Tengo miedo. Sigo pensando que podrían volver, porque la policía no los atrapa.

Una vez más, Ballard se encontró molesta con Lisa Moore. Los casos de agresiones sexuales requerían mucho apoyo a las víctimas. Había que mantenerlas informadas, porque, cuanto más sabían lo que hacía la policía, más seguras se sentían. Cuanto más seguras se sintieran, más probable sería que cooperaran. En un caso de violación, cooperar podía significar enfrentarte a tu agresor en una rueda de reconocimiento o en el tribunal. Eso requería agallas y apoyo. Otra situación en la que Lisa había cometido un error. Era su caso. Ballard era solo la detective del turno de noche, no la primera responsable. Hasta ese momento, aparentemente.

—Bueno, le prometo que estamos a tiempo completo con este caso, y por eso llamo —dijo Ballard.

—He dejado mi trabajo —soltó Klein.

—¿Qué quiere decir?

—Lo he dejado. No quiero salir de casa hasta que los

detengan. Estoy demasiado asustada.

—¿Ha visto a alguno de los terapeutas de los que le hablé?

—Odio Zoom. Lo dejé. Es muy impersonal.

—Bueno, creo que debería reconsiderarlo, Bobbi. Podría ayudarle a superarlo. Sé que es difícil…

—Si no los han pillado, ¿por qué me llama?

Estaba claro que Klein no estaba interesada en oír que un terapeuta en una pantalla de ordenador podía ayudarla a superar las horas oscuras.

—Bobbi, voy a serle franca: porque sé que es una persona fuerte —dijo Ballard—. Tenemos que reenfocar la investigación y necesitamos su ayuda.

—¿Qué? —preguntó Klein—. ¿Por qué?

—Porque estábamos investigando este caso partiendo del barrio. Pensábamos que estos hombres elegían primero la zona y luego buscaban una víctima, porque acceder y salir era fácil y rápido.

—¿Y no es eso lo que ocurrió?

—Bueno, pensamos que tal vez el objetivo eran víctimas específicas.

—¿Qué quiere decir? —Su voz se puso un poco tensa cuando empezó a comprender.

—Podrían haberse cruzado en su camino en otro contexto, Bobbi. Y tenemos que…

—¿Quiere decir que me eligieron específicamente?

Se oyó un grito agudo que a Ballard le recordó las veces en las que le había pisado la cola a su perra sin darse cuenta.

—Bobbi, escúcheme —dijo con rapidez—. No hay razón para asustarse. La verdad es que no creemos que vayan a volver. Han pasado a otra cosa, Bobbi.

—¿Qué significa eso? —preguntó Klein—. ¿Hay otra víctima? ¿Es eso lo que está diciendo?

Ballard se dio cuenta de que la conversación se le había ido de las manos por completo. Tenía que enderezar el rumbo o terminar y pasar a la siguiente víctima y usar con ella todo lo que había aprendido de manejar tan mal la primera llamada.

—Bobbi, necesito que se calme para que hablemos, tengo que contarle lo que está ocurriendo —dijo Ballard—. ¿Puede

hacerlo por mí?

Hubo un largo silencio antes de que respondiera la mujer al otro lado del teléfono.

—Vale —dijo en un tono monocorde—. Estoy calmada. Cuénteme qué coño está pasando.

—Ha habido otra víctima, Bobbi —dijo Ballard—. Ha ocurrido esta mañana a primera hora. No puedo contarle los detalles, pero ha cambiado nuestra forma de pensar. Y por eso necesito su ayuda.

—¿Qué quiere que haga?

—Para empezar, necesito que me cuente si alguna vez ha ido a la cafetería Native Bean de Los Feliz.

Hubo una pausa mientras Klein consideraba la pregunta.

—No —dijo Klein—. Nunca he estado allí.

—Está en Hillhurst —dijo Ballard—. ¿Está segura?

—Estoy segura. ¿Por…?

—¿Conoce a alguien que trabaje allí?

—No, nunca voy por esa zona.

—Gracias, Bobbi. Ahora quiero…

—¿Violaron a alguien allí?

—No puedo discutirlo con usted, Bobbi. Igual que su identidad está protegida, también lo está la de las otras víctimas. Bueno, tengo su dirección de correo. Voy a enviarle un documento. Es un cuestionario sobre su vida y sus movimientos que nos ayudará a averiguar dónde podría haberse cruzado inicialmente su camino con estos hombres.

—Ay, Dios mío, Dios mío.

—No hay motivo para el pánico, Bobbi. Habrá…

—¿No hay motivo para el pánico? ¿Está de broma? Esos hombres podrían volver aquí con facilidad y hacerme daño otra vez. En cualquier momento.

—Bobbi, eso no va a ocurrir. Es muy improbable. Pero iré a la sala de guardia en cuanto colguemos y pediré al teniente que incremente las patrullas en su calle. Me aseguraré de que lo haga. ¿Vale?

—Da igual. Eso no va a detenerlos.

—Y eso nos lleva a la encuesta que quiero que rellene. Eso sí nos ayudará a detenerlos. ¿Puede hacerlo esta noche y

mañana? Puede devolvérmela por correo o, si prefiere imprimirla y trabajar en papel, me pasaré en cuanto haya terminado. Solo llámeme.

—¿Y la detective Moore? ¿Dónde está?

Buena pregunta, pensó ella.

—Estamos trabajando juntas —dijo—. Yo me ocupo de la encuesta.

Ballard procedió a darle las mismas instrucciones que le había dado antes a Cindy Carpenter. Tener una ocupación que la distrajera de sus temores temporalmente pareció calmar a Klein, que por fin accedió a rellenar el cuestionario. Ballard, a su vez, prometió pasarse a recogerlo y a hacer una revisión de la seguridad de la casa. Cuando colgó, Bobbi Klein estaba hablando con calma y parecía lista para ponerse a trabajar.

Ballard estaba extenuada después de hablar con ella y sentía que el agotamiento le atenazaba los músculos. Decidió posponer la llamada telefónica a la segunda víctima. Se levantó y fue a la sala de descanso de la comisaría, donde se preparó un café en la Keurig. No era tan bueno ni tan fuerte como el que le había preparado Bosch. Luego fue a la sala de guardia y le dijo a Rivera que pidiera al coche de la zona de patrulla que incluía el barrio de Bobbi Klein que hiciera unas cuantas rondas extra por su calle. Rivera dijo que lo haría.

Cuando Ballard regresó al escritorio, decidió seguir con una idea que había estado gestando desde que había recibido la llamada de Cindy Carpenter sobre la posibilidad de que sus violadores le hubieran sacado una foto.

Se sentó frente al ordenador, se conectó y sacó el informe original del crimen y el anexo de la víctima. Encontró el nombre de Reggie Carpenter, el exmarido de Cindy, y lo buscó en la base de datos del Departamento de Tráfico. Había varias coincidencias, pero solo uno de los hombres tenía su dirección en Venice, donde Cindy había dicho que vivía su ex. A continuación, buscó el nombre y la fecha de nacimiento en la base de datos de delitos y descubrió que Reginald Carpenter había sido detenido por conducir bajo los efectos del alcohol y por una agresión siete años antes. Obtuvo la libertad condicional por ambas cosas y, al parecer, se había mantenido

limpio desde entonces.

Ballard llamó al número que figuraba en la hoja de información sobre la víctima que Cindy había proporcionado, el de su exmarido. Cuando contestaron, oyó varias voces (hombres y mujeres) de fondo antes de que una la saludara.

—Señor Carpenter, soy la detective Ballard, de la policía de Los Ángeles. ¿Lo pillo en mal momento?

—Espere… ¡Calla la boca! ¿Hola? ¿Quién es?

—He dicho que soy la detective Ballard, de la policía de Los Ángeles. ¿Tiene unos minutos?

—Eh, bueno, ¿de qué se trata?

Ballard decidió hacer una jugada para ver si conseguía información.

—Estoy investigando un crimen en su barrio: un allanamiento.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Anoche, poco después de medianoche, con lo que supongo que técnicamente es hoy. Lo llamo para ver si estaba en casa a esa hora y si vio alguna actividad sospechosa en su calle.

—Eh, no. No estaba aquí. No llegué a casa hasta muy tarde.

—¿Estaba cerca? Tal vez vio algo desde donde…

—No, no estaba cerca. Estaba en Palm Springs por Nochevieja y he vuelto hace un par de horas. ¿En qué casa ha sido?

—En el 115 de Deep Dell Terrace. Creemos que los culpables vigilaron el lugar antes de elegir cuándo…

—Deje que la pare ahí. Ya no vivo en Deep Dell. Su información está equivocada.

—¿En serio? Fallo mío. Entonces, ¿no ha estado en ese barrio?

—No, mi exmujer vive ahí, así que procuro mantenerme lejos. —Hubo risas de fondo, y eso envalentonó a Carpenter—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Ballard, detective Ballard.

—Bueno, no puedo ayudarla, detective Ballard. Lo que ocurre allí ya no me incumbe.

Lo dijo de una manera que atrajo más risas de la gente con

la que estaba. Ballard mantuvo un tono plano, le agradeció su tiempo y colgó. No sabía por qué había hecho la llamada. Estaba pensando en algo que había captado en la voz de Cindy Carpenter cuando hablaba de su exmarido, una nota de aprensión, tal vez incluso de miedo.

De vuelta al ordenador, Ballard abrió la base de datos del sistema judicial del condado y entró en el portal de la división de tribunales de familia. Buscó el divorcio de los Carpenter, pero, como esperaba, los registros estaban protegidos, salvo la primera página de la petición original de disolución del matrimonio. Eso no era inusual. Ballard sabía que la mayoría de los casos de divorcio eran confidenciales porque las partes solían lanzarse mutuamente acusaciones negativas, y la difusión pública de estas podía dañar la reputación, sobre todo si no se ofrecían pruebas.

Ballard consiguió extraer dos datos de la limitada información. Uno era que la demanda de divorcio la había iniciado Cindy, y el otro era el nombre, la dirección y el número de teléfono de su abogada. Ballard buscó en Google el nombre de la mujer, Evelyn Edwards, lo que la llevó a la página web de un bufete llamado Edwards & Edwards, especializado en derecho de familia. Según el sitio web, el bufete ofrecía sus servicios las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Ballard buscó la biografía de Edwards y vio la foto de una mujer afroamericana sonriente de unos treinta años. Decidió poner a prueba la afirmación del bufete de que estaba disponible todos los días veinticuatro horas.

Llamó al número que encontró en la solicitud de divorcio y le saltó un contestador automático que le pidió que dejara un mensaje y le aseguró que la señora Edwards le devolvería la llamada lo antes posible. Dejó un mensaje.

—Soy Renée Ballard, detective de la policía de Los Ángeles y necesito que Evelyn Edwards me devuelva la llamada esta noche. Estoy investigando un crimen violento relacionado con una de sus clientes. Por favor, llámeme.

Ballard colgó y permaneció inmóvil durante un buen rato, medio esperando que Edwards le devolviera la llamada de inmediato. Sin embargo, sabía que eso era poco probable.

Comenzó a pensar en los próximos movimientos y en la necesidad de iniciar un archivo de referencias cruzadas, en el que introduciría los datos que recibiría de las tres víctimas de los Hombres de Medianoche.

Abrió una carpeta nueva en su ordenador portátil, pero antes de que pudiera ponerle un nombre, sonó el teléfono. Era Evelyn Edwards.

—Siento interrumpir su noche de viernes.

—Detective, debo decir que ese no era el tipo de mensaje que me gustaría recibir ninguna noche. ¿Cuál de mis clientes ha sido víctima?

—Cindy Carpenter. Usted se encargó de su divorcio hace dos años.

—Sí, es mi cliente. ¿Qué ha pasado?

—Han entrado en su casa. Como tenemos una investigación abierta, no voy a entrar en detalles. Espero que lo entienda.

Hubo un momento en el que Edwards leyó entre líneas.

—¿Cynthia está bien? —preguntó.

—Está a salvo y está mejor —dijo Ballard.

—¿Fue Reginald?

—¿Por qué pregunta eso?

—Porque no entiendo por qué me llamaría si esto no tiene nada que ver con su divorcio y su exmarido.

—Puedo decirle que su exmarido no es sospechoso en este momento. Pero cualquier investigación exhaustiva incluye estudiar todas las posibilidades, así que eso es lo que estamos haciendo. He buscado los registros de divorcio y he visto que eran confidenciales. Esto es lo que me ha llevado a llamarla.

—Sí, los registros son confidenciales por una buena razón. Estaría violando una orden judicial, así como mis obligaciones para con el privilegio abogado-cliente y la confidencialidad si discutiera esos asuntos con usted.

—Pensaba que tal vez hubiera una solución para eso, que podría hablarme de la relación sin romper la confidencialidad, por así decirlo.

—¿No le ha preguntado a Cynthia?

—Lo he hecho hoy y se ha mostrado reacia a hablar de eso. No he querido presionarla. Ha tenido un día difícil.

—¿Qué no me está diciendo, detective?

Siempre era el abogado el que quería hacer preguntas en lugar de responderlas. Ballard no hizo caso.

—¿Puede decirme quién pidió al juez la confidencialidad de los registros?

Hubo una larga pausa mientras Edwards aparentemente repasaba el reglamento para determinar si podía responder.

—Puedo decirle que yo pedí que el juez protegiera el expediente —dijo finalmente—. Y esa petición tuvo que hacerse en audiencia pública.

Ballard entendió la indirecta.

—Sabe que no voy a poder encontrar una transcripción de esa audiencia un viernes por la noche —dijo—. Quizá ni siquiera el lunes. ¿Infringiría las normas que resumiera por qué pidió al juez en audiencia pública que protegiera el expediente?

—Sin consultar antes a mi cliente, solo le diré esto —respondió Edwards—: la causa del divorcio contenía alegaciones de cosas que el señor Carpenter le hizo a mi cliente para humillarla. Cosas terribles. Ella no quería que esas acusaciones figuraran en ningún registro público. El juez estuvo de acuerdo y el expediente se protegió; y eso es todo lo que puedo decirle.

—Reggie es un mal tipo, ¿eh?

Era un tiro a ciegas. Ballard pensó que tal vez obtendría una respuesta, pero Edwards no picó.

—¿Qué más puedo hacer por usted, detective Ballard? —preguntó en cambio.

—Le agradezco su tiempo, señora Edwards. Gracias por llamarme.

—De nada. Espero que encuentre al que cometió este crimen.

—Pienso hacerlo.

Colgó. Se recostó en su silla para considerar lo que había averiguado de Edwards y la llamada a Reginald Carpenter. Acababa de tirar de un hilo sin mucho más motivo que su intuición sobre la forma en que Cindy Carpenter hablaba de su ex. Pero ese caso era sobre dos violadores en serie que habían

atacado a tres mujeres diferentes. Que eso tuviera conexión con Reginald Carpenter, tanto si era un marido maltratador como si no, parecía inverosímil. Además, afirmó que había estado en Palm Springs. Ballard no creía que hubiera mencionado eso a una detective si no podía respaldarlo.

Sin embargo, la información obtenida en las dos llamadas se le quedó grabada y decidió que en algún momento tendría que hablar con Cindy Carpenter sobre su ex, a pesar de que obviamente era un tema que ella no quería tocar. Mientras tanto, decidió volver al nuevo foco del caso: encontrar el nexo entre las tres víctimas conocidas.

Llamó a la segunda víctima, Angela Ashburn, y la convenció de que rellenara el cuestionario que se le enviaría por correo electrónico. Ashburn no mostró el mismo miedo e inquietud que Bobbi Klein. Aunque se mostró reacia a recordar la agresión, finalmente accedió a trabajar en la encuesta Lambkin al día siguiente, ya que no trabajaba. Ballard le dio las gracias y le dijo que se reuniría con ella el sábado por la tarde.

Retomó el trabajo en su ordenador portátil; creó un archivo en el que recopilaría la información que recibiera de las víctimas. Acababa de empezar la tarea cuando oyó su nombre en clave en la radio, que había colocado sobre el escritorio. Supo que era el teniente Rivera por el ligero acento de su voz.

—Llamada a 6-William-26.

Esperó treinta segundos a que Rivera volviera a hablar por radio.

—Código 6, Adam-15, Cahuenga con Odin.

Eso significaba que los patrulleros necesitaban ayuda en una investigación y solicitaban un detective. No indicaba de qué se trataba la investigación o el crimen. A menudo a Ballard la requerían en escenas de las que no conocía los detalles de antemano. En realidad, nueve de cada diez veces no necesitaban un detective y la llamada era un intento de los agentes de patrulla de desprenderse de algunas de sus responsabilidades y tocarle las narices. En este caso, ella sabía que el coche Adam-15 era el de Vitello y Smallwood, y esperaba que fuera una de esas veces. Pero respondió afirmativamente a Rivera sin pedir información adicional.

—Recibido, 6-William-26.

Cerró el portátil, lo metió en el maletín y cogió la radio. Luego bajó por el pasillo trasero hasta la puerta de la comisaría.

# 14

Al salir del aparcamiento de la comisaría, Ballard se dirigió una manzana al este, pasó por el parque de bomberos y giró a la izquierda en Cahuenga. Era todo recto hasta el paso homónimo, donde vio unas luces intermitentes azules más adelante, en el cruce con Odin. Se detuvo detrás del coche patrulla, que tenía delante un cupé oscuro. Vitello y Smallwood estaban entre los dos vehículos con un hombre que tenía las muñecas esposadas a la espalda.

Ballard se bajó con su radio en la mano.

—Colegas —dijo—, ¿qué pasa?

Smallwood le indicó que lo siguiera hasta la parte delantera del cupé para hablar sin que el hombre esposado los oyera.

—Mira, Mallard, tenemos a uno de los cabrones que estás buscando —le dijo.

Ballard no hizo caso del juego de palabras con su apellido por parte de un agente cuyo propio apellido proporcionaba muchas más oportunidades de bromear en la división.

—¿Qué cabrones? —preguntó ella.

—La pareja —dijo Smallwood—. Los violadores que actuaron anoche. Este tipo es uno de ellos.

Ballard miró por encima del hombro de Smallwood al hombre esposado. Estaba con la cabeza baja, avergonzado.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó—. ¿Por qué lo habéis parado?

—Por conducir borracho —dijo Smallwood—. Pero fíjate en el suelo del asiento trasero. No lo hemos registrado por si necesitamos una orden judicial o algo así. No queríamos cagarla, ¿sabes?

—Déjame tu linterna. ¿Habéis hablado con este tipo?

—No, en absoluto. No queríamos cagarla.

—Sí, eso ya lo has dicho.

Smallwood le dio su linterna y ella caminó hasta un lateral del cupé y apuntó el haz de luz a través de las ventanas hacia el interior del coche. Exploró los asientos delanteros y la consola central antes de pasar a la parte trasera. En el espacio para los pies del lado del pasajero vio una caja de cartón abierta con rollos de cinta adhesiva azul y un cúter. Sintió que empezaba a subirle la adrenalina.

Se colocó detrás del coche e iluminó al hombre esposado, cegándolo y obligándolo a darse la vuelta. Rondaba los treinta años y tenía el pelo oscuro y rizado y marcas de acné en las mejillas.

—Señor, ¿de dónde venía usted cuando los agentes le dieron el alto?

—Estaba en Mulholland.

—¿Estaba bebiendo?

—Me tomé un par de cervezas al terminar el trabajo. Estaba aparcado en el mirador.

Ballard captó lo que parecía un ligero acento inglés.

Ninguna de las víctimas de los Hombres de Medianoche había informado de que alguno de los violadores tuviera acento. Aun así, sabía que podía ser una estratagema.

—¿Adónde iba cuando lo pararon?

—Hum, a casa.

—¿Dónde vive?

Vitello le entregó el carnet de conducir. Ella lo iluminó y lo leyó mientras el hombre daba la dirección correspondiente. Era Mitchell Carr, tenía treinta y cuatro años y vivía en Commonwealth, en Los Feliz. Ballard se dio cuenta de que quizás fuera vecino suyo. Le devolvió el carnet a Vitello.

—¿Lo has buscado? —preguntó.

—Está limpio excepto por varias infracciones de tráfico —informó Vitello.

—Solo había tomado dos cervezas —añadió Carr de forma servicial.

Ballard lo miró. Se fijó en algo enganchado a su cinturón y lo iluminó. Era una cinta métrica retráctil. La descarga de adrenalina empezó a remitir. Eso no le cuadraba.

—¿De dónde es? —le preguntó—. De origen.

—De Nueva Gales del Sur —dijo Carr—. Pero vine hace mucho tiempo.

Vitello se inclinó hacia ella confidencialmente.

—Australia —susurró.

Ballard levantó la mano e hizo un gesto para que se echara atrás, sin tocarlo.

—¿A qué se dedica, señor? —preguntó.

—Trabajo en diseño de interiores —dijo Carr.

—¿Es diseñador?

—Bueno, no, trabajo para un diseñador de interiores.

—¿Haciendo qué?

—Entregando e instalando muebles, colgando cuadros, tomando medidas…, ese tipo de cosas.

Ballard miró a Smallwood, que se había unido a ellos entre los coches. Le devolvió la linterna y se volvió hacia Carr.

—¿Para qué lleva el cúter y la cinta adhesiva en el coche? —preguntó.

—Estaba marcando las dimensiones de los muebles en una casa —dijo Carr—. Para que el propietario viera dónde iba a ir todo. Cómo encajaría.

—¿Eso fue en Mulholland?

—En realidad, estaba en una calle de ahí arriba que se llama Outpost. Justo al lado de Mulholland.

—¿Lleva una aspiradora de mano para su trabajo?

—¿Qué quiere decir?

—Una aspiradora sin cable, tipo Dustbuster.

—Ah. No, la verdad es que no. Superviso la instalación de los muebles y esos tipos suelen hacer la limpieza después.

—¿Le importa si miramos en su maletero, señor Carr?

—Adelante. ¿Qué cree que he hecho?

Ballard ignoró la pregunta e hizo una señal con la cabeza a Smallwood, quien se dirigió a la puerta del conductor abierta. Tardó unos segundos en localizar el desbloqueo del maletero, pero finalmente lo abrió. Ella se acercó a mirar y Vitello la siguió.

—Quédate con él —le indicó Ballard.

—De acuerdo.

Ballard revisó el maletero. Había más cajas abiertas que

contenían material para la profesión declarada de Carr: rollos de cinta adhesiva, más cúteres, latas de pintura pequeñas y limpiadores industriales. No había aspiradora de mano, monos de trabajo, pasamontañas ni antifaces prefabricados.

—Gracias, señor Carr —dijo. Luego se volvió hacia Smallwood y Vitello—. Y gracias a vosotros dos por hacerme perder el tiempo.

Pasó por delante de ellos y se dirigió a su coche, llevándose la radio a la boca y notificando al centro de comunicaciones que había terminado en la escena. Smallwood la siguió.

—Mallard —dijo—, ¿estás segura?

Al volver a su coche, Ballard no dijo nada. Al abrir la puerta, lo miró; seguía esperando una respuesta.

—¿Viste la altura que pone en su carnet? —preguntó.

—Eh, no —dijo Smallwood.

—Metro ochenta. Buscamos a tipos de metro sesenta y cinco, metro setenta y dos como máximo.

Entró en el coche, miró por el retrovisor lateral y salió, dejando a Smallwood plantado.

Como ya estaba fuera, decidió seguir con su plan de conducir hasta el Dell para comprobar las cosas en las horas oscuras. Circuló lentamente por la calle, pasando por la casa de Cindy Carpenter. Las luces del salón estaban encendidas tras las cortinas corridas. Ballard también vio en el lateral una luz en lo que sería el dormitorio de invitados. Pensó que probablemente Cindy se había trasladado a esa habitación para dormir, dejando atrás el cuarto donde había sido atacada. Se preguntó si dormiría con las luces encendidas a partir de ese momento.

Decidió caminar, así que condujo hasta el final del callejón y se detuvo junto al bordillo. El frío de la noche podría revitalizarla, y vería todas las sombras y lugares oscuros.

Lo primero que notó mientras caminaba fue que, aunque la calle parecía tranquila, el sonido de fondo de la cercana autopista 101 era perceptible. Antes había estado en la terraza trasera de Harry Bosch, que daba a esa misma vía, pero desde el otro lado, y el ruido del tráfico no había sido tan molesto como ahí. También se imaginó que los vecinos oirían el ruido

atenuado del Hollywood Bowl, que estaba situado justo al otro lado de la autovía. Probablemente era un sonido agradable de escuchar, y hacía ya casi un año que se echaba de menos por el cierre causado por la pandemia.

Las farolas estaban demasiado espaciadas para proporcionar una iluminación continua en la calle. Había zonas oscuras, y la casa de Carpenter quedaba en una de ellas, con más sombra porque la farola más cercana, en el extremo este de la propiedad, estaba apagada. Ballard sacó la linternita que siempre llevaba en el bolsillo de su chaqueta Van Heusen y la acercó al globo de cristal opaco del extremo del poste. Era una farola antigua, de las que gustaban a los residentes de los barrios ricos de las laderas, donde se preocupaban más por el diseño y la estética que por la necesidad de luz como elemento disuasorio de la delincuencia. Muchos de los barrios de las colinas y las comunidades ricas seguían iluminados por el tenue resplandor de esas farolas. En Los Ángeles, las decisiones sobre el estilo, la intensidad y el número de farolas se dejaban en manos de las asociaciones de propietarios de los barrios. En consecuencia, había decenas de diseños diferentes en toda la ciudad y la mayoría de las asociaciones se oponían a cualquier intento de modernizarlas.

La parte superior de cristal empañado de la farola parecía estar intacta. Ballard no podía determinar si había sido dañada o manipulada. Pasó el haz de su linterna hasta la base de piedra, donde había una placa de acero que daba acceso al cableado interno de la farola. Estaba a punto de agacharse para buscar signos de manipulación en la placa cuando se vio sorprendida por la voz de un hombre detrás de ella.

—Eso es una bellota.

Ballard se dio la vuelta y le iluminó los ojos a un anciano que llevaba un perrito en brazos. El perro parecía un chihuahua y tenía un aspecto tan viejo y decrépito como su dueño. El hombre trató de levantar una mano para protegerse de la luz, pero no podía alzarla lo suficiente sin que se le cayera el animal. Ella bajó la linterna y se subió la mascarilla.

—Lo siento —dijo—. Me ha asustado.

—Oh, no era mi intención —dijo el hombre—. Veo que está

admirando nuestra bellota.

—¿Se refiere a la farola?

—Sí, las llamamos bellotas por la forma de globo. Somos muy protectores con ellas.

—Bueno, a esta no le va muy bien.

—Se ha informado al DAP. He llamado personalmente.

—¿Vive en esta calle?

—Sí. Hace más de cincuenta años. Incluso conocí a Peter el Ermitaño en su día.

Ballard no tenía ni idea de a quién o a qué se refería.

—Soy agente de policía —dijo—. Detective. ¿Camina usted por esta calle a menudo por la noche?

—Todas las noches. Frederic está demasiado viejo para caminar, así que lo llevo en brazos. Sé que le gusta.

—¿Cuándo informó de que esta… bellota… estaba apagada?

—Ayer por la mañana. Quería que la arreglaran antes de la fiesta, pero no lo hicieron. Pero les dije: «Vosotros la habéis jorobado, volved aquí y arregladlo». No quería que lo pusieran a la cola. Sé cómo funciona el DAP.

—¿Y qué es el DAP? ¿Y quién jorobó qué?

—El Departamento de Alumbrado Público. Pero yo digo que significa Departamento de Apenas Podemos. Se supone que deben preservarlas, pero no les importa la historia. Ni la belleza. Quieren que toda la ciudad se vea igual. Con ese brillo naranja feo de esas grandes farolas de acero. Vapor de sodio. En mi opinión, por eso están aquí saboteándonos.

En ese momento, Ballard se interesó mucho por el anciano.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Jack. Jack Kersey. Presidente del comité de alumbrado de la calle, Asociación de Hollywood Dell.

—¿Cuándo se dio cuenta de que esta farola estaba apagada?

—El miércoles por la noche, en nuestro paseo de anteayer.

—¿Y cree que fue un sabotaje?

—Sé que lo fue. Los vi aquí arriba con su furgoneta. ¿Cuántos tipos del DAP se necesitan para cambiar una bombilla? Supongo que la respuesta es dos. Estuvieron aquí y esa noche no se encendió.

Ballard había estado apuntando su linterna al suelo. Ahora

enfocó la placa de acceso en la base de la farola.

—¿Estuvieron trabajando en la farola aquí? —preguntó.

—Eso es —dijo Kersey—. Cuando cogí a Frederic y llegué aquí, se estaban dando la vuelta para irse. Les hice señas, pero pasaron por delante de mí sin hacerme caso.

—¿Vio a alguno de ellos?

—La verdad es que no. El tipo que conducía era blanco. Pelirrojo, eso lo recuerdo.

—¿Y el otro tipo?

Negó con la cabeza.

—Solo miré al conductor, supongo.

—Hábleme de su furgoneta. ¿De qué color era?

—Blanca. Una furgoneta sin más.

—¿Tenía alguna marca del Departamento de Alumbrado Público, un escudo de la ciudad o algo así?

—Eh…, sí, lo vi. DAP, justo en la puerta, lo vi cuando pasaron por delante de mí.

—¿Quiere decir que vio las letras DAP?

—Sí, justo en la puerta.

—¿Y podría decir qué tipo de furgoneta era?

—La verdad es que no. Una de las que usan para trabajar.

—Por ejemplo, ¿tenía el frente plano, como las de estilo antiguo con los motores entre los asientos delanteros? ¿O más bien un morro inclinado, como en las más nuevas?

—Sí, el morro inclinado. Parecía nueva.

—¿Y las ventanas? ¿Tenía ventanas a los lados, o era lo que llaman una furgoneta de panel?

—De panel. Sabe mucho de furgonetas, detective.

—Ya ha surgido antes.

No se molestó en mencionar que había tenido varias furgonetas en su vida, cuando llevaba varias tablas de surf.

Ballard volvió a enfocar con su linterna la placa de la parte inferior de la farola. Vio que dos tornillos la mantenían en su sitio. Tenía un juego básico de herramientas en la bolsa del coche.

—Señor Kersey, ¿dónde vive? —preguntó.

—Justo al final —dijo él—. En el cruce.

Dio una dirección concreta y señaló cuatro casas más abajo,

hacia la residencia situada junto a la siguiente farola. Ballard se dio cuenta de que era una de las casas en las que nadie había respondido a su llamada a primera hora del día.

—¿Estaba fuera hoy temprano? —preguntó—. Llamé a su puerta.

—Fui a comprar, sí —dijo—. Luego estuve en casa. ¿Por qué llamó a la puerta? ¿De qué se trata?

—Anoche hubo un allanamiento en la calle. Estoy investigando. La luz podrían haberla apagado los autores.

—Ay, Dios. ¿De quién es la casa?

Ballard señaló la de Carpenter.

—Esa.

—Ahora que las cosas empezaban a calmarse…

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, allí vivía un tipo ruidoso que siempre gritaba y lanzaba cosas. Un exaltado, lo llamaría yo. Luego creo que ella lo echó, y la situación se calmó. Paz.

Ballard asintió. Se estaba dando cuenta de la suerte que había tenido de que Kersey hubiera sacado a su perro mientras ella estaba en la calle. Su información era importante.

—¿Por casualidad notó algo inusual en el barrio anoche? —preguntó.

—Anoche… No creo —dijo Kersey.

—¿Nada de nada después de las ocho, más o menos?

—No recuerdo nada. Lo siento, detective.

—No pasa nada, señor Kersey. Voy a sacar algunas herramientas de mi coche, que he aparcado en el callejón. Tengo que abrir esa placa. Vuelvo enseguida.

—Probablemente debería acostar a Frederic. Se cansa, ya sabe.

Ballard le pidió su número de teléfono por si se le ocurría alguna otra pregunta o quería enseñarle fotos de furgonetas.

—Gracias, señor Kersey —dijo ella—. Que pase una buena noche.

—Lo mismo le digo, detective —dijo Kersey—. Buenas noches y cuídese.

Se dio la vuelta y se dirigió calle abajo, murmurando palabras de consuelo al perro que llevaba en brazos.

Ballard caminó hasta su coche, entró y condujo hasta la farola apagada. Abrió el maletero y sacó el mini juego de herramientas que guardaba en la bolsa de material. Tras ponerse los guantes, volvió a la farola con un destornillador y retiró rápidamente la placa. Los tornillos estaban apretados, pero giraron con facilidad. No era lo que esperaba para algo que era prácticamente una antigüedad. Observó que en la placa había una etiqueta descolorida del fabricante: «PACIFIC UNION METAL DIVISION».

Una vez retirada la placa, dirigió el haz de luz a la abertura y vio una maraña de cables colgando de un tubo metálico que, según supuso, subía por el interior de la farola hasta la bombilla. Uno de los cables estaba cortado y su interior de cobre seguía brillando bajo el haz de la linterna. No estaba degradado ni oxidado en absoluto, lo que indicaba que había sido cortado recientemente.

Ballard no tenía ninguna duda. Los Hombres de Medianoche lo habían cortado para apagar la luz el miércoles antes de volver el jueves por la noche para entrar en la casa de Cindy Carpenter y violarla. Habían tenido tan mala suerte con Jack Kersey como buena suerte había tenido ella.

Él los había visto y sabía bastante de farolas. Su descripción básica de que el conductor de la furgoneta era pelirrojo coincidía con la descripción de Cindy de uno de sus atacantes.

Ballard se sintió mal por haber criticado a Smallwood y Vitello por haberla molestado con la parada de tráfico. Si no lo hubieran hecho, tal vez no habría recorrido el barrio en el momento oportuno y no se habría topado con Jack Kersey. Parecía que los astros se habían alineado a su favor de alguna manera, y ahora estaba un paso más cerca de los Hombres de Medianoche.

Volvió a atornillar la placa de acceso y regresó a su coche. Quería conducir hacia el sur y examinar las farolas de delante de la casa de las dos primeras víctimas.

# 15

Todas las farolas estaban encendidas en las calles donde se habían producido las dos primeras agresiones de los Hombres de Medianoche. Eso sí, Ballard tuvo un ejemplo inmejorable de la naturaleza ecléctica del programa de alumbrado público de la ciudad. Las dos calles tenían diferentes estilos de globos y farolas: con postes de hierro ornamentado y luces de doble globo en una calle, y simples «bellotas» en la otra. Ballard se enfadó consigo misma al darse cuenta de que, pese a ser una detective que trabajaba en el turno de noche, nunca había reparado en las diferencias en el alumbrado público de un barrio a otro. Le sirvió de recordatorio para ser siempre observadora y buscar los detalles que marcaban la diferencia.

Había parado el coche y estaba buscando la dirección del Departamento de Alumbrado Público cuando recibió otro aviso para la detective nocturna. Tenía que acudir a la escena de una muerte bajo el paso elevado de Gower Street. Tomó nota de la dirección de la oficina del DAP más cercana (había muchas) y se dirigió a Gower. Sabía que iba hacia una de las comunidades de indigentes más pobladas y deprimentes de Hollywood. Durante la pandemia, había pasado de tener unas pocas tiendas de campaña a ser una comunidad completa de tiendas, cobertizos y otras estructuras precarias (algunas construidas con un ingenio asombroso) que pertenecían a una comunidad de al menos cien personas sin hogar. En los últimos diez meses, Ballard había tenido que acudir en dos ocasiones por unas muertes en Gower Grim, que era el nombre que daban a la zona de indigentes los agentes de la división. Una de ellas se había atribuido a la covid-19; la otra, a una sobredosis de opioides.

Llegó por el lado de Hollywood Boulevard, desde donde el terreno se elevaba suavemente hacia Beachwood Canyon, la

comunidad de la ladera situada al este del Dell. Vio las luces intermitentes de dos coches patrulla, lo que le indicó que un sargento de patrulla estaba en la escena. Aparcó detrás de uno de los coches y vio a dos P2 y al sargento Spellman apiñados en el exterior de un pequeño cubículo cuyas paredes laterales estaban hechas con palés de transporte. En el muro de hormigón del paso elevado de la autopista alguien había pintado con aerosol el lema «Fuera mascarillas, fuera vacunas, fuera problemas».

Ballard se subió la mascarilla, bajó del coche y se unió al grupo de compañeros.

—Ballard —dijo Spellman—, necesito que confirmes esto. Es otra sobredosis. Parece fentanilo.

Ella estaba allí para determinar si había que llamar al equipo de Homicidios o si se trataba de una muerte accidental o «por infortunio», la expresión que le gustaba utilizar a la Oficina del Forense. Su decisión determinaría si se pondría en marcha toda la maquinaria de la investigación de homicidios, llamando a detectives y unidades forenses en plena noche.

Los P2 eran La Castro y Vernon, dos hombres jóvenes recién salidos de su año de prácticas y recién asignados a Hollywood desde la tranquila División de Devonshire, en el valle de San Fernando. Todavía no habían experimentado el ambiente abierto y hostil que volvería a Hollywood en cuanto terminara la pandemia.

Ballard se puso los guantes y sacó su minilinterna.

—Vamos a echar un vistazo —dijo.

Un trozo de lona azul que se utilizaba como puerta estaba subido sobre la parte superior de la choza improvisada. No había sitio suficiente para que entrara nadie más aparte de Ballard. El espacio era más pequeño que una celda de la antigua cárcel del condado. Había un colchón sucio en el suelo y, encima, el cadáver de un hombre completamente vestido, con el pelo despeinado y la barba descuidada. Ballard calculó que tendría veintitantos años, aunque, con el cuerpo envejecido por el consumo de drogas y la vida en la calle, aparentaba más de treinta. El hombre estaba boca arriba, con los ojos abiertos en un rictus y orientados hacia arriba. No

había techo. Siete u ocho metros por encima de ellos se hallaba el vientre de acero de la autovía. Retumbaba cada vez que pasaba un coche, e incluso a medianoche el tráfico era constante.

Ballard se puso en cuclillas y acercó la linterna a la víctima. Tenía los labios de un color morado azulado y la boca entreabierta. Ballard vio vómito seco y amarillento en la boca, en la barba y en el colchón, junto a la oreja derecha. Movió el haz de luz a lo largo del cuerpo y observó que los dedos de ambas manos estaban agarrotados, curvados hacia las palmas.

Un camión pesado pasó por encima e hizo que los palés temblaran. Ballard movió la linterna a su alrededor y vio que el hombre había aislado su casa con cajas de cartón desmontadas y clavadas en los palés. Una de las cajas era de un televisor de pantalla plana, cuya foto estaba colocada para que el hombre pudiera mirarla desde su colchón sucio.

Había basura encima y alrededor del colchón. Cajas volcadas, una mochila sucia vuelta del revés, un bote de mayonesa vacío que podría haber contenido monedas recogidas en las esquinas… Si había habido algo más, ya no estaba. Los compañeros de Gower Grim se habían asegurado de revisar las pertenencias del fallecido antes de avisar a la policía.

Con los indigentes resultaba difícil determinar la muerte por sobredosis *in situ*. No quedaban frascos de pastillas vacíos o semivacíos que ayudaran al investigador. Los adictos de los campamentos de indigentes no podían permitirse el lujo de tener un excedente de pastillas, y, si lo tenían, siempre había desaparecido cuando la policía llegaba a la escena. Las más de las veces, una existencia miserable determinaba que la pastilla que los mataba era la última que habían podido permitirse. La causa de la muerte de ese hombre se determinaría sin duda mediante la autopsia y las pruebas de toxicidad, pero Ballard tenía que decidir en ese momento si debía poner en marcha la maquinaria. No era una decisión que se pudiese tomar a la ligera. Lo más seguro siempre era llamar a Homicidios. Pero eso equivalía a dar la voz de alarma e iniciaría murmuraciones que resultarían en desconfianza hacia ella. En más de cuatro

años en el turno de noche, Ballard había llamado a Homicidios varias veces, pero nunca se había equivocado.

Se levantó y salió de nuevo a la calle. Vio llegar la furgoneta blanca del forense con la franja azul en el lateral.

—¿Y bien? —preguntó Spellman.

—*Niebla púrpura* —dijo Ballard.

—¿Qué significa eso?

—Jimi Hendrix se asfixió en su propio vómito después de tomar demasiadas pastillas. Y este tipo igual. ¿Alguien lo ha identificado?

Spellman se echó a reír.

—Esa es buena, Ballard —dijo—. Me la apunto.

Lamentó haber usado el título de una canción de Hendrix. Era insensible, y luego ese sargento de patrulla volvería a usarlo. Pasaría de unos a otros y añadiría más insensibilidad al departamento.

—¿Identificación? —insistió para encarrilar las cosas.

—No, no hemos encontrado nada —dijo La Castro—. Hemos preguntado por aquí, y la gente solo lo conocía por Jimmy.

—La hostia —exclamó Spellman—. *Niebla púrpura*, eso es.

Se volvió para bajarse la mascarilla y reír a gusto. Ballard vio que varios sintecho observaban desde las aberturas de sus tiendas y cobertizos. Sintió todos esos ojos hundidos fijos en ella, la creadora de la broma que había hecho reír al sargento.

Ballard permaneció en el lugar de los hechos durante la siguiente media hora mientras el investigador del forense realizaba el mismo examen que ella y llegaba a la misma conclusión. La muerte no se consideraría un homicidio. Mientras esperaba, utilizó su radio para llamar a la unidad que llevaba lector de huellas móvil. Si el muerto había dejado su huella al obtener un permiso de conducir de California o al ser fichado en un calabozo o una cárcel, aparecería su identidad. Los lectores eran caros y no se distribuían a todos los coches patrulla o de detectives.

Cuando llegaron con el dispositivo, Ballard lo llevó a la cabaña y colocó el pulgar derecho del muerto en la pantalla. El resultado fue negativo. No había coincidencias. El hombre no estaba en el sistema. Eso era inusual, casi inaudito, para un

drogadicto sin hogar. Ballard hizo otra lectura del pulgar y de nuevo el resultado fue negativo. Eso significaba que la oficina del forense tendría que investigar más a fondo para identificar al hombre y notificar al pariente más cercano. Si eso fallaba, su cadáver se mantendría en la cámara durante un año; luego se incineraría y las cenizas se enterrarían, con un número asignado, en el cementerio de Evergreen, en el este de Los Ángeles.

Después de que cargaran el cadáver en la furgoneta con la raya azul, Ballard regresó a la comisaría para terminar el papeleo antes del final de la guardia. Primero actualizó la cronología de la investigación de los Hombres de Medianoche y luego redactó los informes sobre la muerte del hombre no identificado. Se enteró por el investigador del forense en el lugar de los hechos de que sería identificado en los registros como Sin Nombre 21-3 hasta que se determinara su verdadera identidad. Ballard se dio cuenta de que, a solo veinticuatro horas del comienzo del año, ya había tres cadáveres sin identificar en la Gran Cripta de la oficina del forense. Toda esa gente anónima e ignorada en la ciudad lo seguía siendo incluso una vez muerta.

Cuando terminó, Ballard imprimió sus informes y dejó copias en el buzón para el teniente de detectives. Él no los vería hasta el lunes, cuando estaba previsto que volviera al trabajo. También envió por correo electrónico la cronología actualizada a Lisa Moore. No era necesario, pero quería que la investigadora de delitos sexuales viera hasta dónde había avanzado la investigación sin su ayuda.

Estuvo con el papeleo hasta el final de su turno, a las seis. Pero necesitaba matar el tiempo, una hora más, porque quería pasar por Native Bean cuando abriera a las siete. Estuvo revisando el correo electrónico y navegando. Empezó por poner «Peter el Ermitaño» en el buscador. Descubrió que había sido un habitante legendario del Dell. Había vivido en Ivar Avenue. Tenía el pelo largo y blanco y llevaba barba, y eso le permitió trabajar en películas de temática bíblica en las décadas de 1920 y 1930. También se le atribuía haber sido uno de los primeros en trabajar como imitador de personajes en

Hollywood Boulevard, posando con sus ropas bíblicas para los turistas a cambio de propinas. Fue un pilar del Dell hasta su fallecimiento en la década de 1960.

Después, Ballard abrió la página web de Wags and Walks para ver la oferta más reciente de perros en adopción. Seguía llorando la pérdida de Lola, que había sucumbido a un cáncer de huesos ocho meses antes. Cada vez con más frecuencia se encontraba consultando sitios de adopción, mirando fotos y pensando en traer un perro a casa. Lola era un cruce de pitbull y su aspecto había intimidado a más de uno en Venice Beach. Ballard nunca tuvo que preocuparse por sus pertenencias cuando sacaba su tabla de surf de remo y dejaba a Lola en su tienda.

En el nuevo apartamento al que se había mudado había un límite de peso para los animales aceptados, y Ballard buscaba más compañía que protección.

Se desplazó por las fotos y leyó algunas de las historias, todas ellas desde el punto de vista del perro. Finalmente llegó a Pinto, un cruce de chihuahua de ojos dorados y mirada sincera. Le había llamado la atención dos semanas atrás, cuando apareció por primera vez en el carrusel de fotos de perros que necesitaban un hogar. Todavía estaba en el refugio y seguía disponible.

Ballard miró el reloj de la pared. Era hora de ir a ver a Cindy Carpenter cuando abriera la cafetería. Volvió a mirar a Pinto. Era marrón y blanco y tenía el hocico más largo que un chihuahua de raza pura como Frederic, el perro de Jack Kersey. Hizo clic en un botón bajo su foto y apareció un formulario para mandar un correo electrónico. Escribió: «Quiero conocer a Pinto». Dudó, pero solo un par de segundos, y luego añadió su número de móvil y pulsó el botón de enviar.

Estaba muy cansada cuando cruzó el aparcamiento de la comisaría hacia su Defender. Pero tenía esperanzas respecto a Pinto.

Contó las horas transcurridas desde que había echado una cabezada: casi un día completo. Quería aprovechar las olas de Sunset y recuperarse con ayuda del Pacífico, pero sabía que era imprescindible dormir. Pasaría por Native Bean, vería cómo

estaba Cindy y luego iría a su apartamento a echarse por lo menos hasta el mediodía. Salió del aparcamiento de la comisaría y se dirigió a Sunset. Giró a la derecha y luego siguió todo recto hasta Hillhurst.

Llegó a Native Bean a las siete y vio a cuatro personas ya en la cola del mostrador. Aparcó al otro lado de la calle, se subió la mascarilla y salió.

Cuando le llegó el turno a Ballard, no la atendió Cindy. Pidió un descafeinado y la vio al fondo, preparando los cafés. La llamó y la saludó con la mano.

—¿Tiene un minuto?

—Eh, ahora no… Deje que prepare estos cafés. Hay una mesa en el lateral.

Como ella no había pedido ningún café especial, recibió su vaso enseguida. Se lo llevó al lateral del edificio, donde había cuatro mesas debidamente espaciadas a lo largo de la acera de la calle transversal. Se sentó junto a la puerta lateral de la cafetería y esperó. No quería el café que acababa de pedir, aunque fuera descafeinado. Quería poder dormir.

Carpenter salió con su propio vaso de café al cabo de unos cinco minutos.

—Lo siento, hay mucho trabajo.

Se sentó frente a Ballard. Los moratones de la cara se estaban extendiendo y se habían vuelto de un color púrpura intenso. Las laceraciones estaban empezando a convertirse en costras.

—No hay problema —dijo Ballard—. No la avisé de que iba a venir. Solo quería pasarme a ver cómo estaba.

—Estoy bien —dijo Carpenter—. Supongo, dadas las circunstancias.

—Sí, ha pasado por algo que nadie debería experimentar.

—¿Hay alguna noticia? ¿Ha…?

—No, todavía no. Quiero decir que no hay detenciones. Cuando los tengamos, se lo haré saber enseguida, de día o de noche.

—Gracias, supongo.

—¿Ha tenido tiempo de rellenar el cuestionario?

—Sí, pero no he terminado. Es muy largo. Me lo he traído y

me pondré con eso cuando pasen las prisas de la mañana.

Como si fuera una señal, la puerta de la tienda se abrió y se asomó la mujer que había tomado el pedido a Ballard en el mostrador.

—Tenemos pedidos —dijo.

—Vale —dijo Carpenter—. Ahora entro.

La empleada dejó que la puerta se cerrara de golpe.

—Lo siento —dijo Carpenter—. Tengo que entrar.

—Está bien —dijo Ballard—. Podemos hablar más tarde, cuando termine el cuestionario. Solo quería preguntarle si se le ocurrió algo más. Bueno, recordó lo de la foto, así que quería ver si había recordado más detalles.

Carpenter se levantó de la mesa.

—No, la verdad es que no —dijo—. Lo siento.

—Vale, no se preocupe. Otra cosa muy rápida. Uno de sus vecinos vio una furgoneta blanca en la calle antes de la agresión. Dos hombres que supuestamente estaban arreglando una farola. Pero no se enciende, eso lo sé. He estado allí y creo que eran ellos y que estaban cortado la luz para oscurecer más el exterior de su casa.

—Es espeluznante —dijo Carpenter—. ¿Está segura?

—Le consultaré al Departamento de Alumbrado Público si enviaron a alguien, pero lo dudo. Uno de los cables estaba cortado. De todos modos, solo quería preguntar. No conoce a nadie que tenga una furgoneta blanca, ¿verdad?

—Eh, no.

—Bien, la dejaré volver al trabajo.

Después de que Carpenter volviera a entrar, Ballard se levantó y tiró el café entero en una papelera. Era hora de ir a dormir.

# 16

El zumbido del teléfono móvil se infiltró en su mente y la sacó de un sueño donde había agua. Se subió el antifaz para dormir a la frente y lo cogió. Vio que era Bosch quien llamaba y que era exactamente mediodía.

—Harry.

—Mierda, estabas durmiendo. Llámame cuando estés despierta.

—Estoy despierta, estoy despierta. ¿Qué pasa?

—Creo que he encontrado el nexo.

La palabra *nexo* le hizo pensar en las víctimas de los Hombres de Medianoche. Ese era el caso en el que había estado trabajando hasta que el agotamiento la hizo caer en el profundo sueño del que Bosch acababa de despertarla. Retiró el edredón, pasó las piernas por el borde de la cama y se incorporó hasta quedar sentada.

—Un momento —dijo—. ¿Qué estás diciendo? ¿Has conectado a las tres mujeres? ¿Cómo…?

—No, a las mujeres no —dijo Bosch—. Los asesinatos. Javier Raffa y Albert Lee.

—Ah, sí, claro. Lo siento. Tengo que despertarme.

—¿A qué hora te has acostado?

—Sobre las ocho.

—No es suficiente. Vuelve a dormir, llámame más tarde.

—No, no voy a poder dormir ahora. Voy a estar pensando en el caso. Oye, ¿tienes hambre? Ayer no comí nada. Podría subir algo a tu casa.

—Sí, si estás segura.

—Estoy segura, ¿qué quieres?

—No lo sé. Cualquier cosa.

—Me ducho y salgo. Mándame un mensaje con lo que quieras del Birds. Está de camino. El menú está en línea.

—Ya sé lo que quiero. Un cuarto de pollo con frijoles y ensalada de col. Y salsa barbacoa normal.

—Mándame un mensaje igualmente para que no se me olvide.

Ballard colgó y luego se quedó un momento sentada en la cama, preguntándose si debería haber seguido el consejo de Bosch y tratar de volver a dormirse. Se dio la vuelta y miró la almohada. Después de cuatro años en el turno de noche, trabajando de ocho a seis cuatro días a la semana, había aprendido que engañar al sueño podía tener malas consecuencias.

Se levantó de la cama y se metió en el cuarto baño.

Una hora más tarde se detuvo frente a la casa de Bosch. Llevaba el portátil y la bolsa del Birds. El restaurante estaba a pocos minutos de su apartamento y se había convertido en el lugar al que acudía durante la pandemia para pedir comida para llevar. Además, hacían descuento a todos los que llevaban placa, aunque se suponía que los agentes del departamento de policía no debían aceptar esas ventajas.

Bosch le cogió la bolsa y la puso en la mesa del comedor, donde había despejado un espacio entre su portátil, la impresora y los papeles. Empezó a sacar los envases de comida.

—He elegido lo mismo que tú —dijo Ballard—. Más fácil. ¿Te parece bien que me quite la mascarilla para comer? Tengo anticuerpos. Se supone.

—Sí, claro. ¿Cuándo te contagiaste?

—En noviembre.

—¿Grave?

—Estuve mal unas semanas, pero desde luego tuve más suerte que otros. ¿Crees que el nuevo presidente va a darse prisa con la vacunación? No conozco a nadie en el departamento que se haya vacunado hasta ahora.

—Espero que sí.

—¿Y tú? Estás en el grupo de los que ya pueden vacunarse.

—Nunca salgo de aquí. Podría ser más peligroso para mí salir a vacunarme.

—Tienes que pedir una cita, Harry. No le des más vueltas.

—Hablas como mi hija.

—Bueno, tu hija tiene razón. ¿Cómo está Maddie?

—Bien. Le va bien en la academia y ahora tiene novio.

Bosch no dijo nada más, pero Ballard adivinó que eso significaba que no la veía muy a menudo. Le dio pena.

Los dos comieron directamente de los cartones en los que venía la comida. Bosch ya había sacado cubiertos, así que dejaron los de plástico en la bolsa.

—En los viejos tiempos hacían descuento a los policías —dijo él—. En el Birds.

—Todavía lo hacen —dijo Ballard—. Les gusta tener policías como clientes.

Le dio a Bosch un poco de tiempo para que saboreara su primer bocado de pollo asado bien untado en salsa barbacoa. Era el tipo de comida que te hacía llevarte una servilleta a la boca después de cada mordisco.

—Cuéntame lo de ese nexo que has encontrado —dijo.

—Lo único que tengo son los registros públicos que se pueden obtener en línea —dijo Bosch—. Registros corporativos presentados en la Administración del Estado. Vas a tener que profundizar con tu acceso para confirmarlo.

—Vale, ¿y qué tengo que confirmar?

—Creo que se repite el factoraje que ocurrió en el caso de Albert Lee. La propiedad del taller de chapa y pintura, incluido el local en el que está, fue transferida por Javier Raffa hace tres años a una sociedad propiedad de él y un socio.

—¿Quién es el socio?

—Un dentista llamado Dennis Hoyle. Con clínica en Sherman Oaks.

—Otro dentista. Dennis el Dentista. El del caso de Albert Lee estaba en Marina del Rey, ¿verdad?

—Sí, John William James.

—¿Alguna conexión entre Hoyle y James?

—Ese es el nexo.

Ballard se dio cuenta de que Bosch estaba orgulloso de lo que fuera que había encontrado, y de haberlo hecho sin siquiera salir de su casa. Pensó que ojalá ella conservara esa magia si seguía trabajando casos a su edad.

—Cuéntame —dijo.

—Muy bien. Hoyle y James son dentistas —empezó Bosch —, pero las clínicas son completamente diferentes. James está en Marina del Rey con esa gente: celebridades, solteros, actores, etcétera. El tuyo, Hoyle, está en el valle de San Fernando, con una clientela diferente, probablemente sea una consulta más familiar. Así que parece que nunca se encontrarían, ¿verdad?

—Supongo. Tal vez se conocían de alguna asociación profesional. No sé, Sacamuelas de Los Ángeles o algo por el estilo.

—Casi. La mayoría de estos tipos, los dentistas, cuando ponen una corona o un implante o lo que sea, no lo fabrican en casa. Hacen un molde del diente del paciente y lo envían a un laboratorio dental que hace coronas y prótesis.

—Lo enviaban al mismo laboratorio.

—Eran dueños del mismo laboratorio. Eran socios… hasta que alguien se cargó a James. Está todo en los registros corporativos del estado. Si alguien quiere dedicar tiempo a perseguirlo a través de un laberinto de sociedades de cartera, está ahí.

—Y tú se lo has dedicado.

—¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¿Perseguir a tu chico, Finbar McShane?

—Finbar es una ballena blanca. Tú misma lo dijiste. ¿Pero esto? Esto es real.

Bosch se limpió bien las manos con un puñado de servilletas de papel y cogió una pila de documentos que había al lado de la mesa. Ballard vio el sello del estado de California en la hoja superior.

—Así que has estado imprimiendo —dijo—. Te habrás pasado toda la mañana.

—Muy graciosa —dijo Bosch—. Estos son los archivos de registro de una empresa conjunta llamada Crown Labs Incorporated. Está en Burbank, cerca del aeropuerto. La propiedad corresponde a otras cuatro corporaciones, y las he rastreado hasta llegar a cuatro dentistas: James, Hoyle y dos tipos más, Jason Abbott y Carlos Esquivel.

—¿Cómo puede James seguir siendo el dueño si lleva siete

años muerto?

—Su empresa se llama JWJ Ventures. Los registros corporativos muestran que la vicepresidenta de esa empresa en el momento de su fundación era Jennifer James, que, me la voy a jugar, era su esposa. Siete meses después de su asesinato, los registros se modificaron y Jennifer es ahora la presidenta. Así que él está muerto, pero ella tiene su parte del laboratorio.

—Bien, entonces James, cuando estaba vivo, conocía a Hoyle y tenía negocios con él.

—Y ambos tenían relación con un negocio donde el dueño u operador principal acabó asesinado.

—Con la misma arma.

Bosch asintió.

—Con la misma arma —repitió él—. Muy arriesgado. Los casquillos conectan el caso más sólidamente que los registros de la empresa. Tiene que haber una razón.

—Bueno, las balas del 22 son difíciles de comparar —dijo Ballard—. Se aplastan, se astillan. Fue por los casquillos. Y en el asesinato de Raffa tuvimos suerte. El casquillo se metió debajo de un coche y no era fácil recuperarlo.

—Lo mismo pasó con Albert Lee: el casquillo tardó en encontrarse. Estamos hablando de coincidencias, y yo no me las trago.

—Entonces, tal vez tengamos otras muertes en las que no quedaron casquillos y simplemente tuvimos suerte con estos dos.

Ambos guardaron silencio por un momento mientras consideraban esa posibilidad. Ballard pensó, pero no lo dijo, que tenía que haber otra razón por la que el asesino se quedara con el arma. Eso desmentía la planificación y la previsión de los golpes. Sabía que era algo a lo que habría que dar respuesta en el curso de la investigación.

—Así que… —dijo ella, pasando a otra cosa—. Supongamos que la conexión de Hoyle con Javier Raffa surgió de un acuerdo de factoraje. Estos dentistas tenían que contar con alguien que preparara estas cosas. Alguien que supiera que estos hombres, Albert Lee y Javier Raffa, necesitaban dinero.

—Exactamente. El prestamista.

—Y tenemos que encontrarlo.

—Tienes que volver a hablar con la familia Raffa y averiguar cuándo tuvo una crisis financiera y a quién acudió al respecto.

—Bueno, sé una cosa. Tuvo que comprar su salida de la banda. Nuestra información es que pagó a Las Palmas veinticinco mil dólares en efectivo para salirse.

—¿De dónde saca un tipo como ese semejante cantidad de dinero sin robar un banco?

—Podría haber refinanciado el taller o el terreno.

—¿Qué? ¿Y decirle al banco que necesitaba el dinero para comprar su salida de una banda callejera? Buena suerte con eso.

Ballard no respondió mientras lo pensaba.

—¿Y los otros dos dentistas? —dijo finalmente—. Abbott y Esquivel.

Bosch dio un golpecito en la pila de documentos que había impreso.

—Los tengo aquí —dijo—. Uno de ellos tiene una clínica en Glendale y el otro está en Westwood.

—Qué raro —dijo Ballard—. Acabo de recordar que el hijo de Raffa dijo la otra noche que el socio de su padre era un blanco de Malibú.

—Tal vez Hoyle vive allí y se desplaza a Sherman Oaks. Malibú lo pone más cerca de James, en Marina del Rey. Tendrás que buscar los domicilios en la base de datos de Tráfico.

—Lo haré. ¿Cuándo se fundó Crown Labs?

—En 2004.

—Así que lo de estos tipos viene de lejos.

—Ah, sí. James tenía treinta y nueve años cuando le marcaron la entrada hace siete años.

Ballard terminó el bol de ensalada de col que venía con su pollo. Luego se limpió la boca con una servilleta por última vez y cerró el envase de comida para llevar.

—No puedo hacer gran cosa para revisar formalmente todas las conexiones con el estado hasta el lunes —dijo—. Y eso solo si sigo con el caso.

—Eso también —repuso Bosch.

—Esté o no en el caso, lo que me apetece hacer hoy es acechar algunos de estos lugares. El laboratorio, la casa de Hoyle, tal vez su oficina… Ver lo bien que está viviendo. Buscaré a los otros dos en Tráfico y los pondré en el mapa. Pero ahora mismo no hay ninguna conexión real con ellos. Por eso voy a ir acechar. Quiero ver a qué me enfrento. Luego iré a hablar con la familia de Raffa.

*Acechar* era pura jerga de la policía de Los Ángeles, una palabra menos formal para *vigilar*. Implicaba echar un vistazo a un potencial sospechoso, tomarle la medida. El origen del uso del término estaba en discusión, pero Ballard no tuvo que traducírselo.

—Voy contigo —dijo.

—¿Estás seguro? —preguntó Ballard.

—Seguro —dijo Bosch—. Voy a coger una mascarilla.

# 17

La patrulla de los acechadores comenzó en el laboratorio dental cercano al aeropuerto. Era un gran edificio de una sola planta en San Fernando Road, en una zona industrial que daba a la autovía 5. Contaba con un aparcamiento vallado en el lateral y en la puerta había un letrero pequeño que identificaba la empresa y un logotipo: un diente animado con ojos y una sonrisa brillante.

—Es más grande de lo que me imaginaba —dijo Ballard.

—Las cuatro entidades son las propietarias, pero lo más probable es que aquí hagan trabajos para dentistas de toda la ciudad —dijo Bosch.

—Da la impresión de que un lugar como este les haría ganar suficiente dinero como para no tener que involucrarse en tramas de factoraje y asesinatos.

—Algunas personas nunca tienen suficiente dinero. Y, además, tal vez estamos completamente equivocados y son completamente legales.

—No es lo que parece.

—¿Quieres intentar entrar?

—Está cerrado. No hay coches en el aparcamiento. Además, no queremos que sepan antes de tiempo que estamos husmeando.

—Bien pensado. Pero conduce hasta el final, a ver qué vemos.

Ballard circuló junto al perímetro de la valla hasta que vieron un tercer lado del edificio. Ahí había una salida de emergencia, junto a un contenedor de basura.

—Bien —dijo—. ¿Y ahora qué?

Bosch había traído sus papeles y había trazado el orden en el que debían llevar a cabo el acecho. La siguiente parada fue en Glendale. Pasaron junto a un centro comercial en Brand

Boulevard, donde Carlos Esquivel tenía una clínica familiar de odontología. Estaba en el segundo nivel y se accedía a ella por una escalera mecánica exterior, que, como era puente, estaba inactiva.

—Parece que tiene una buena clínica —dijo Ballard.

—Vamos a dar una vuelta por detrás —dijo Bosch—. A ver qué aspecto tiene el aparcamiento.

Ella siguió sus instrucciones y encontró un callejón que discurría por detrás del centro comercial y donde había estacionamiento reservado para los empleados del edificio. Vieron el nombre de Esquivel en una de esas plazas. Justo al lado había otra plaza reservada para un doctor, un tal Mark Pellegrino.

—Parece que tiene un socio —dijo Bosch.

La siguiente parada fue en el domicilio de Esquivel, en las colinas de Glendale: una casa contemporánea de varios millones de dólares con muros blancos, líneas duras, marcos de ventana negros y una verja en la entrada.

—No está mal —dijo Bosch.

—Le está yendo bien —comentó Ballard—. Supongo que perforar dientes es como perforar una mina de oro.

—Pero ¿te imaginas esa vida? Nadie se alegra de verte.

—Eres el tipo que mete los dedos y sus instrumentos de metal en bocas ajenas.

—Qué asco.

—No es tan diferente de ser policía. Hoy en día, la gente tampoco quiere vernos.

Y así siguieron. Después atravesaron el valle para echar un vistazo a la clínica y la casa de Dennis Hoyle. Los registros de Tráfico mostraban que había vivido previamente en Malibú, pero su residencia actual se encontraba en las colinas de Coldwater Canyon. Era una propiedad cerrada con vistas a todo el valle de San Fernando. A continuación, bajaron por el paso de Sepúlveda hasta la localidad de Westwood, donde Jason Abbott ejercía la odontología, y luego hasta el otro lado de la autovía, a Brentwood, donde vivía.

Se dirigieron al sur para la última ruta: los lugares donde trabajó, vivió y murió John William James. Pero antes de

llegar allí Ballard dio un giro inesperado en Venice. Bosch pensó que se estaba equivocando.

—No es aquí —dijo.

—Ya lo sé —contestó ella—. Solo voy a desviarme un poco. Una de mis víctimas de los Hombres de Medianoche, la última, tiene un ex que vive aquí. Y he pensado que, ya que estamos en plan patrulla de acechadores, podría dar una vuelta y echar un vistazo.

—Claro. ¿Crees que es uno de los Hombres de Medianoche?

—No, no es eso. Pero hay algo. Se divorciaron hace dos años, pero parece que ella le tiene miedo. Anoche lo llamé con un pretexto para ver cuál era su reacción y me pareció un imbécil. Se mueve en el ámbito de la inversión tecnológica.

—Son todos imbéciles. ¿Qué dirección estamos buscando?

—El número 5 de Spinnaker.

Estaban en una calle estrecha a una manzana de la playa. Las casas eran todas modernas, de varias plantas y caras. Al parecer, a Reginald Carpenter le iba mejor económicamente que a su exmujer. Encontraron su dirección a dos casas de la playa. Era de tres plantas y se asentaba sobre un garaje para tres coches. En ambos laterales había casas muy parecidas, y el espacio justo para guardar los cubos de basura.

—Espero que tenga ascensor —dijo Bosch.

Había una puerta a la derecha del garaje con un cartel: «PROHIBIDA LA PUBLICIDAD». Ballard se inclinó hacia su ventanilla para mirar la fachada de la casa. Alcanzó a ver la punta de una tabla de surf inclinada sobre la barandilla de un balcón.

—Me pregunto si conoceré a este tipo de cuando venía por aquí —dijo.

Bosch no respondió. Ballard dio la vuelta con el coche y se dirigió de nuevo a Pacific Avenue.

Dicha avenida discurría junto a la laguna de Ballona, que separaba Venice de Marina del Rey. La tomaron hasta Via Marina y empezaron a pasar junto a casas aún más caras que las de la sobrevalorada Venice. Pasaron junto al complejo de apartamentos en el que había vivido James y luego salieron a Lincoln Boulevard, donde se encontraba su clínica dental, en un centro comercial que daba al vasto complejo de muelles y

barcos que formaban el puerto deportivo de la zona. Ahí, la búsqueda dio sus frutos. La clínica dental de la familia James seguía funcionando siete años después de su asesinato sin resolver. El nombre que figuraba en la puerta era el de Jennifer James, doctora de cirugía dental.

—Bueno, eso explica algunas cosas —dijo Ballard.

—Ella heredó la sociedad y la clínica de su marido —dijo Bosch—. A no ser que fuera una consulta conjunta desde el principio.

—Me pregunto qué sabía o sabe ella del factoraje.

—Y de los asesinatos, incluido el de su propio marido.

Bosch señaló una plaza de aparcamiento vacía en la esquina del aparcamiento.

—Justo ahí es donde estaba aparcado —dijo—. El asesino supuestamente vino desde Marina, cruzó el aparcamiento y le disparó a través de la ventana. Dos tiros en la cabeza. Muy limpio y rápido.

—Supongo que no dejó ningún casquillo —dijo Ballard.

—Ninguno.

—Eso habría sido demasiado fácil. ¿Y las balas?

Bosch negó con la cabeza.

—No era mi caso —dijo—. Pero, por lo que recuerdo, no llevaron a ninguna parte. Se aplastaron al tocar el hueso.

Ballard salió del estacionamiento a Lincoln Boulevard y se dirigió al norte hacia la autovía 10.

—Entonces, ¿qué más sabes de esa investigación? —preguntó.

Bosch explicó que el caso del asesinato de John William James lo manejó Homicidios de la División del Pacífico, donde se determinó que no había suficientes razones ni pruebas para conectarlo con el asesinato de Albert Lee.

—Intenté llegar a eso —dijo Bosch—, pero no me escucharon. Lo llevó un tipo llamado Larkin, de Pacífico. Creo que le quedaba poco tiempo; pasaron unos tres meses hasta que entregó la placa, y no estaba buscando un gran caso de conspiración. Para entonces yo llevaba dos años con Lee y no pude hacer la conexión que forzara el caso. Lo último que escuché fue que lo consideraron un atraco. James llevaba un

Rolex de diez mil dólares que le había regalado su mujer y había desaparecido.

—Su mujer, que heredó la propiedad del laboratorio, así como su consulta —dijo Ballard—. ¿Cuándo se lo regaló ella?

—Eso no lo sé. Pero, que yo sepa, el caso nunca se resolvió. Es un caso abierto y el expediente estará en el centro Ahmanson.

—¿Quieres que dé media vuelta?

—Todo depende de lo que tengas que hacer hoy.

—Tengo mi turno esta noche y necesito llamar a las víctimas del caso de los Hombres de Medianoche. Todas están en proceso de rellenar las encuestas.

—Otro nexo que encontrar.

—Esperemos que sí. También quiero llegar a la mujer de Raffa para preguntarle por su préstamo de veinticinco mil dólares.

Ballard vio una oportunidad e hizo un giro de ciento ochenta grados en Lincoln. Se dirigió al sur hacia Westchester, la zona de la ciudad cercana al aeropuerto de Los Ángeles.

—¡Qué gusto! —dijo—. Vamos a comernos el tráfico de dos aeropuertos en el mismo día.

—Este tráfico es un chollo —dijo Bosch—. Espera a que se acabe la pandemia y la gente empiece a salir y viajar. Buena suerte entonces.

El Ahmanson estaba en Manchester Boulevard y formaba parte de la red de centros de formación de la policía de Los Ángeles para nuevos reclutas. Hacía tiempo que la academia, situada en las colinas que rodeaban el estadio de los Dodgers, se había quedado pequeña, y el departamento contaba con instalaciones auxiliares ahí y en el valle de San Fernando. El archivo de homicidios de toda la ciudad también se conservaba ahí. Se había inaugurado pocos años antes, cuando el exceso de casos sin resolver (seis mil desde 1960) había sobrecargado el espacio de los archivos en las divisiones del departamento. Los expedientes de casos de homicidio se conservaban en estanterías en una sala tan grande como una biblioteca de barrio, y había un proyecto en marcha para digitalizarlos, de modo que siempre hubiera espacio para más.

—¿Llevas tu placa de agente retirado o alguna identificación? —preguntó Ballard—. Por si te lo piden.

—Tengo mi carnet en la cartera —dijo Bosch—. No pensaba mostrar la placa a nadie.

—Probablemente no la necesites. Los fines de semana y los días festivos solo tienen un par de reclutas de guardia para mantener el local abierto. Seguro que se sienten demasiado intimidados por gente como tú como para pedirte una identificación.

—Vaya, es bueno saber que aún tengo lo que hay que tener.

—¿Por qué no traes tus papeles para ver la fecha del expediente que queremos sacar?

Después de aparcar, subieron los escalones de la entrada y accedieron a un gran vestíbulo con grandes fotografías de presuntos benefactores de la policía de Los Ángeles alineadas en las paredes. En una encarnación anterior, el centro había sido la sede corporativa de una empresa petrolera. Ballard imaginó que las paredes habían estado forradas con fotos de presuntos benefactores de la producción petrolera.

La biblioteca de homicidios estaba en la primera planta, al final del gran vestíbulo. Sus puertas dobles no tenían ningún cartel identificativo, probablemente porque se pensó que no era lo mejor anunciar que la ciudad tenía toda una biblioteca llena de expedientes de casos de homicidio sin resolver.

Había un cadete solitario detrás del mostrador, sentado en una silla giratoria y jugando a un juego en su teléfono. Se puso en alerta total cuando entraron Ballard y Bosch, probablemente sus únicos visitantes del día. Era el mismo chico que estuvo de guardia el día anterior, cuando Ballard entró a por el expediente de Albert Lee. Aun así, ella enseñó su placa mientras Bosch dejaba sus papeles sobre el mostrador y empezaba a esparcirlos.

El recluta llevaba un uniforme de formación con su nombre en el bolsillo derecho, sobre un parche pegado con velcro, por lo que se podía arrancar fácilmente en caso de que el recluta saliera de la academia. Se llamaba Farley.

—Ballard, División de Hollywood. Estuve aquí ayer. Necesitamos sacar otro expediente. Este es de un caso de 2013.

Miró el papel en el que Bosch estaba concentrado. Era su copia de la cronología del caso de Albert Lee, y estaba pasando el dedo por la página de entradas de 2013. Encontró la que detallaba sus consultas a Homicidios de la División del Pacífico sobre el asesinato de John William James. Dijo el número del caso y Farley lo anotó obedientemente.

—Vale, déjeme ir a mirar —dijo.

Abandonó el mostrador y desapareció entre la maraña de estanterías forradas con carpetas de plástico, cada una de las cuales catalogaba una vida arrebatada demasiado pronto y aún sin haberse hecho justicia.

Farley parecía estar tardando en localizar el expediente. Estaban archivados cronológicamente, así que debería de ser una tarea fácil localizar los estantes de 2013 y encontrar la carpeta de John William James.

Ballard tamborileó impacientemente con los dedos sobre el mostrador.

—¿Qué demonios le ha pasado? —preguntó Bosch.

Ella dejó de tamborilear al caer en la cuenta de algo.

—No está aquí —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bosch.

—Acabo de entenderlo. El expediente de Albert Lee ha desaparecido, así que ¿por qué iban a dejar este?

—¿Quiénes?

Antes de que pudiera dar una respuesta, Farley regresó sin ninguna carpeta. Solo llevaba una tarjeta de papel rayado como la que Ballard había visto al venir a buscar el expediente de Albert Lee.

—Se lo han llevado —dijo Farley.

—Cero de dos —dijo Ballard—. ¿Quién lo ha sacado?

El chico leyó un nombre de la tarjeta de salida.

—Ted Larkin, Unidad de Homicidios, División del Pacífico. Pero dice que lo sacó hace cinco años. Eso fue antes de que existiera esto. Como el otro que pidió.

Ballard dio un manotazo en el mostrador. Supuso que lo habían sacado después de que Larkin se retirara. Alguien se había hecho pasar por los detectives a cargo de los dos casos para entrar en dos comisarías diferentes y robar los

expedientes, dejando atrás lo que se vería como tarjetas de salida plausibles.

—Vamos —dijo Ballard. Se apartó del mostrador y se dirigió a la puerta. Bosch la siguió—. Gracias, Farley —dijo por encima del hombro.

Avanzó por el amplio pasillo hacia la entrada principal mientras Bosch se esforzaba por seguir su ritmo.

—Espera un momento, espera un momento —le dijo—. ¿Adónde vas corriendo? No hay nada que…

—Quiero salir de aquí —dijo Ballard—. Para que podamos hablar fuera.

—Entonces tendrás que ir a mi ritmo. Así que ve más despacio.

—Vale, pero es que estoy muy cabreada.

Ballard aminoró la marcha y él le dio alcance.

—Esto es una mierda —soltó ella—. Alguien está robando expedientes en nuestro propio departamento.

La urgencia de su voz llamó la atención de dos cadetes que pasaban por el pasillo.

—Espera —dijo Bosch—. Has dicho que habláramos fuera.

—Vale.

Ballard se mordió la lengua hasta después de cruzar las puertas y bajar por la escalera.

—Tienen a alguien dentro —dijo cuando ya estaban atravesando el estacionamiento en dirección a su coche.

—Sí, ahora lo sabemos —dijo Bosch—, pero ¿a quién te refieres? ¿A los dentistas? ¿O hay un intermediario?

—Esa es la cuestión —respondió ella.

Se subieron al Defender, y Ballard salió acelerando del aparcamiento como si hubiera recibido un código 3. Circularon en silencio durante un buen rato, hasta que entró en la rampa de entrada de la autovía 10.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bosch.

—Vamos a hacer una última parada —dijo ella—. Luego tengo que volver a trabajar en mi otro caso. Les dije a las víctimas que las llamaría.

—Eso está bien. ¿Qué parada vamos a hacer?

—El estadio de los Dodgers.

—¿La academia? ¿Por qué?

—La academia no. El estadio. Voy a hacer que te vacunen, Harry. Estás en un grupo de riesgo, y tengo la sensación de que si no te ayudo nunca vas a hacerlo.

—Mira, llévame a casa. Lo haré cuando me venga bien, no quiero hacerte perder tiempo.

—No, vamos. Hazlo ahora. Confía en la ciencia, Harry.

—Confío, pero hay un montón de gente que se lo merece antes que yo. Además, necesitas una cita.

Ballard se sacó la placa del cinturón y la levantó.

—Aquí tienes tu cita —dijo.

# 18

Después de que terminara la reunión de turno sin que la involucraran en nada nuevo, Ballard le dijo al comandante de guardia que iba a subir al Dell para hablar otra vez con la última víctima de los Hombres de Medianoche. Él le dijo que no se olvidara de llevar la radio.

Podría haber tratado con Cindy Carpenter por teléfono, pero las visitas cara a cara con las víctimas siempre eran preferibles. No solo les tranquilizaba ver a un detective en persona, sino que había más posibilidades de que recordaran detalles nuevos del crimen. El cerebro se protege a sí mismo cambiando al modo soporte vital básico en un momento de trauma físico. Solo cuando se recupera la seguridad vuelven todos los detalles del trauma. El hecho de que Carpenter recordara haber sido filmada o fotografiada era un ejemplo de ello. Ballard esperaba que esa visita afianzara el vínculo entre detective y víctima.

Pero Carpenter, que aún llevaba su polo de trabajo con el logotipo de Native Bean, respondió a la puerta con un escueto «¿Qué?».

—Hola, ¿todo bien? —preguntó Ballard.

—Todo bien. ¿Por qué sigue viniendo?

—Bueno, ya sabe por qué. Y esperaba que tuviera el cuestionario terminado.

—No he terminado.

Hizo un movimiento para cerrar la puerta, pero Ballard estiró el brazo para detenerla.

—¿Pasa algo, Cindy? ¿Ha ocurrido algo?

Rápidamente, el objetivo de su visita cambió. De repente, solo quería entrar.

—Bueno, para empezar, ha llamado a mi exmarido, y le pedí que no lo hiciera —le acusó Carpenter—. Ahora tengo que ocuparme de él.

—No me dijo que no lo llamara —repuso Ballard—. Me dijo que no quería hablar de él, pero también dio su nombre y número como su contacto más cercano al primer agente que vino. Y eso…

—Ya le dije que no sé por qué lo hice. Estaba confundida y aterrorizada. No se me ocurrió nadie más.

—Lo entiendo, Cindy. Lo entiendo. Pero tengo una investigación en marcha y tengo que seguirla hasta donde me lleve. Puso el nombre de su ex en el informe del incidente, pero luego no quiere hablar de él. Eso me llamó la atención. Así que, sí, lo llamé. No le dije que la habían violado. De hecho, me las arreglé para evitarlo. Supongo que él la llamó. ¿Qué dijo?

Carpenter sacudió la cabeza como si le molestara la suavidad con la que Ballard estaba manejando la confrontación.

—¿Puedo entrar? —preguntó Ballard.

—¿Por qué no? —dijo la otra.

Se apartó de la puerta. Ballard entró y trató de calmar aún más la situación.

—Cindy, espero que entienda que mi único propósito ahora mismo es encontrar a los hombres que la atacaron y encerrarlos para siempre. Haga lo que haga en la investigación, en ningún caso pretendo causarle más daño ni disgustos. Eso es lo último que quiero. Así que ¿por qué no nos sentamos y empezamos con lo que ocurrió después de que yo hablara con Reginald?

—Está bien.

Carpenter ocupó el lugar en el sofá donde Ballard la había visto por última vez el día anterior. Renée se sentó en un sillón frente a una mesa de centro baja.

—¿La llamó? —preguntó Ballard.

—Sí, me llamó —dijo Carpenter—. Me preguntó qué había pasado y acabé contándoselo.

—¿Y fue comprensivo?

—Actuaba como si lo fuera, pero siempre hacía ver que se preocupaba por mí. Ese era el problema: siempre actuaba. Pero…

—Pero ¿qué?

—Por eso me cabrea que lo llamara. Ahora me va a echar esto en cara.

Ballard esperó a que ella dijera más, pero no lo hizo.

—No entiendo, Cindy. ¿Qué es lo que va a echarle en cara?

—Yo lo dejé, ¿vale? Yo fui la que quiso dejarlo.

—Entiendo.

—Y él me lo dijo, me dijo que me arrepentiría. Y ahora, gracias a usted, sabe lo que me pasó y, como he dicho, fingió ser comprensivo, pero me di cuenta de que no lo era. Era como si me estuviera diciendo: «Te lo dije», aunque sin decirlo.

Carpenter volvió la cara y miró por la ventana hacia la calle. Ballard guardó silencio mientras pensaba en la historia de ese matrimonio. Finalmente, dio con una pregunta.

—Cindy, ¿recuerda si cuando le preguntó qué había pasado, tuvo la sensación de que él ya lo sabía?

—Por supuesto que lo sabía. Usted se lo contó.

—No le dije que la habían agredido sexualmente. Le dije que fue un robo. ¿Ya sabía que la habían violado?

—No lo sé.

—Intente recordar, ¿qué dijo exactamente?

—Dijo: «He oído que unos tipos entraron pero que estás bien». Cosas así.

Ballard se tomó una pausa. Quería acertar con la siguiente pregunta.

—Cindy, piense en esa llamada. ¿Dijo que «unos tipos» entraron? ¿Utilizó el plural?

—No lo sé. No lo recuerdo. Puede que yo le dijera que fueron dos tipos, porque le conté lo que pasó. El caso es que ahora lo sabe y me gustaría que no lo supiera.

Ballard sabía que no había mencionado que había múltiples sospechosos cuando habló con Reginald por teléfono. Pero Cindy Carpenter no recordaba con seguridad quién había introducido ese hecho en su conversación. Alimentó las sospechas de Ballard, porque el relato que hizo la mujer de la conversación reveló más cosas sobre su matrimonio. Describió a su exmarido como mezquino, egoísta y vengativo.

Aun así, de nuevo tuvo que preguntarse por qué seguía

volviendo a Reginald. Presumiblemente tenía una coartada. Y no había ninguna conexión conocida entre él o Cindy y las otras dos víctimas de los Hombres de Medianoche.

—¿Dijo Reginald por casualidad dónde estuvo en Año Nuevo? —preguntó.

—Dijo que acababa de regresar de un viaje de golf en el desierto cuando lo llamó —explicó Carpenter—. No dijo exactamente adónde fue y no le pregunté. Era lo último en lo que estaba pensando. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que parecía preocupado cuando lo llamé.

—Por favor, deje de llamarlo.

—Ya lo he hecho.

Con lo de «el desierto» se refería a Palm Springs. Por mucho que a Ballard le desagradara Reginald Carpenter, parecía poco probable que estuviera involucrado en los ataques de los Hombres de Medianoche. Decidió dejar de lado al exmarido y continuar buscando un nexo entre las tres víctimas.

—¿Qué parte del cuestionario ha completado? —preguntó.

—Casi he terminado —dijo Carpenter—. Lo tengo aquí.

Sacó un fajo de papeles doblados de la mesa auxiliar y trató de lanzárselos a Ballard a través de la mesa de centro. Falló y el fajo acabó en el otro extremo del sofá.

—Uy, lo siento —dijo Carpenter.

Ballard se levantó y recogió los papeles.

—El calendario que hay ahí es de los últimos sesenta días —dijo Carpenter—. Apenas recuerdo dónde estuve hace una semana. Así que está definitivamente incompleto. Pero tengo el resto hecho.

—Gracias —dijo Ballard—. Sé que para usted habrá sido un quebradero de cabeza tener que hacer esto, pero es realmente valioso para la investigación.

Hojeó las páginas y leyó algunas de las respuestas que Carpenter había proporcionado en la sección del calendario. Entre ellas figuraban restaurantes y centros comerciales. En la semana anterior a Navidad y en ese mismo día ponía «La Jolla».

—¿La Jolla? —preguntó Ballard.

—Mis padres viven allí —dijo Carpenter—. Siempre voy en

Navidad.

La detective terminó de examinarlo.

—¿Pasó todo el mes sin echar gasolina? —preguntó—. ¿Y para ir a La Jolla?

—No sabía que quería ese tipo de cosas —dijo Carpenter.

—Lo queremos todo, Cindy. Todo lo que recuerdes.

—Pongo gasolina en la Shell de Franklin con Gower. Está de camino al trabajo.

¿Ve? Eso es exactamente lo que queremos. Saber por dónde se mueve en su día a día. ¿Cuándo fue la última vez que puso gasolina?

—Cuando volvía de casa de mis padres el día después de Navidad. En algún lugar del condado de Orange, en la 5.

—De acuerdo, creo que eso no nos importa, porque es puntual. ¿Qué hay de las disputas? ¿Alguna en el trabajo o en otro lugar?

—La verdad es que no. Quiero decir, los clientes se quejan todo el tiempo, pero les damos otro café y ya está.

—Entonces, ¿nunca se les ha ido de las manos nada, sobre todo recientemente?

—No que se me ocurra.

—Aquí ha puesto «Massage Envy», ¿es el que está en Hillhurst?

—Sí, mis empleados me dieron un bono regalo para Navidad y lo usé un día que salí temprano del trabajo. No pasó nada.

—¿Un masajista o una masajista?

—Una mujer.

—Muy bien. Probablemente tendré más preguntas después de mirármelo bien.

Lo que no dijo fue que podría tener preguntas después de cruzar las respuestas de Carpenter con las de las otras dos víctimas.

—Entonces, ¿ha descubierto algo sobre los tipos del alumbrado público? —preguntó Cindy.

—No, todavía no —dijo Ballard.

—¿Cree que fueron ellos?

—Es posible. El cuestionario es importante porque

necesitamos averiguar dónde se cruzó con sus atacantes. Queremos tratar de entender quién se fijaría en usted, y por qué.

Carpenter se dio en el muslo con la mano, como si estuviera harta.

—¿Por qué es culpa mía? —dijo enfadada—. ¿Por qué es por algo que hice yo?

—No estoy diciendo eso —repuso Ballard con rapidez—. No estoy diciendo eso en absoluto.

Notó que su teléfono vibraba. Miró la pantalla y vio que era la línea interna de la comisaría de Hollywood. Era el comandante de guardia y se dio cuenta de que se había dejado la radio en el cargador de su coche oficial. Guardó el móvil sin responder a la llamada.

—Pues desde luego que lo parece —dijo Carpenter.

—Pues lo siento —dijo Ballard—. Déjeme dejarlo claro: usted no hizo nada para merecer ni atraer esto. Lo que le ha ocurrido no ha sido culpa suya en absoluto. Estamos hablando de los atacantes. Estoy tratando de saber dónde y bajo qué circunstancias estos individuos enfermos y retorcidos decidieron elegirla. Eso es todo, y no quiero que piense que lo veo de otra manera.

Carpenter volvió a apartar la cara. Murmuró una respuesta.

—Vale —dijo.

—Sé que a veces la investigación no es más que un recordatorio continuo de lo que le hicieron pasar —dijo Ballard—. Pero es un mal necesario, porque queremos atrapar a esos desgraciados y encerrarlos.

—Lo sé. Y siento haberme puesto borde.

—No lo ha hecho, Cindy. Y no tiene nada que lamentar. En absoluto.

Ballard se levantó y dobló el cuestionario Lambkin por la mitad.

—¿Se va? —preguntó Carpenter.

Después de ponerle mala cara y de rechazar repetidamente sus preguntas, de repente, parecía molesta porque Ballard se marchaba.

—Parece que tengo otro caso —explicó la detective—.

Tengo que irme. Pero puedo venir más tarde si quiere.

—Vale.

—¿Trabaja mañana?

—No, estoy libre.

—De acuerdo, me pondré en contacto con usted si tengo algo de lo que informar.

Ballard salió de la casa y se dirigió a su coche, mirando su teléfono por si tenía algún mensaje de la oficina de vigilancia. No había ninguno. Cuando llegó al vehículo, volvió a mirar la farola situada en la esquina de la propiedad de Cindy Carpenter. Todavía estaba apagada.

# 19

Antes de que coger su vehículo oficial, el teléfono de Ballard volvió a sonar. Esta vez era el teniente de detectives. Eso significaba que el comandante de guardia había telefoneado a Robinson-Reynolds a su casa y lo había despertado para quejarse de que ella no respondía a las llamadas de radio o de móvil.

—Teniente —dijo—, estaba a punto de llamar al comandante de guardia.

—¿Qué demonios pasa, Ballard? —inquirió Robinson-Reynolds.

—Estaba con mi víctima de violación. Estaba muy sensible y no era un buen momento para atender la llamada. Además, la radio que me llevé al salir de comisaría estaba muerta. Se está cargando en mi coche.

—Bueno, te necesitan en una escena.

—Estoy en camino. ¿Qué es? ¿Dónde está?

—No lo sé, algún tipo de asalto en Thai Town. Pídele los detalles al comandante de guardia.

—Lo llamaré ahora mismo.

—No me gusta recibir quejas de mi gente, Ballard. Ya lo sabes.

—Lo sé, teniente. No volverá…

Robinson-Reynolds colgó.

—… a pasar.

Ballard había tenido la esperanza de mantenerlo en la línea para ponerlo al tanto de los casos en los que estaba trabajando, pero tendría que esperar hasta el lunes. Podían pasar muchas cosas hasta entonces.

Era bueno que a ella le gustara trabajar sola, porque el departamento tenía congelados los ascensos y las contrataciones hasta que el mundo se librara de la pandemia.

Pero lo que dificultaba el trabajo en solitario era no tener un compañero con el que repartir las responsabilidades. Ballard tenía que abarcarlo todo y seguir luchando por mantener los casos que quería conservar. Una vez en el coche, llamó al teniente de guardia por radio. Eligió esa opción porque la conversación saldría en las ondas. Una llamada al móvil le habría dado carta blanca para echarle la bronca por no responder las primeras veces.

Como era puente y la gente con más antigüedad se había tomado unos días, había otro comandante de guardia, el tercero en tres noches. El teniente Sandro Puig mantuvo un tono modulado cuando le pidió a Ballard que acudiera a una dirección de Hobart Avenue para investigar un allanamiento de morada y un asalto. Ella preguntó si había algún agente tailandés de guardia y él respondió que en la 6-A 79 (la designación de la unidad de patrulla asignada a la zona de Thai Town) había una agente que podría hacer de intérprete.

Ballard tardó cinco minutos en bajar del Dell y luego otros cinco en llegar a la dirección, que correspondía a un edificio de apartamentos de dos plantas de los años cincuenta con aparcamiento debajo. Daba la impresión de que nadie había pintado la casa en el presente siglo. Aparcó detrás de un coche patrulla. Todavía no vio ninguna ambulancia, aunque el aviso se había catalogado como un asalto.

Las entradas a los apartamentos se encontraban en un pasillo exterior. Cuando subió las escaleras hacia el número 22, un hombre sin camisa y con un ojo ensangrentado apareció de repente en el rellano superior, vio a Ballard subiendo y bajó las escaleras hacia ella.

En ese mismo momento, oyó la voz estridente de una mujer que gritaba:

—¡Eh, para!

La memoria muscular se impuso. Ballard dio un paso a un costado en medio de la escalera de hormigón y levantó los brazos y las manos para enfrentarse al hombre que cargaba contra ella desde arriba. El hombre la golpeó con todo su peso. Era pequeño, pero el impacto fue firme y ella salió impulsada hacia atrás y hacia abajo. Aterrizó de culo en el rellano inferior

con el peso del tipo cayendo encima de ella. Tras el impacto, este empezó a rodar para separarse de Ballard. Ella trató de sujetarlo, pero no pudo agarrarlo porque iba sin camisa y estaba resbaladizo por el sudor. Un instante después de la colisión, ya se había levantado y se había ido. Ballard vio a una agente que bajaba los escalones hacia ella. La agente llegó al rellano, saltó sobre el cuerpo tendido de Ballard y continuó la persecución, gritando algo que sonaba como «Yood, yood, yood».

Ballard se dio cuenta de que se había golpeado la cabeza con el cemento. Quería levantarse y unirse a la persecución, pero todo empezó a darle vueltas. Se colocó de lado, luego boca abajo y finalmente se incorporó sobre las manos y las rodillas.

—Ballard, ¿estás bien?

Giró la cabeza hacia las escaleras y vio que bajaba otro agente. Pronto sintió una mano en el brazo mientras alguien intentaba ayudarla a levantarse.

—Espera —dijo—. Dame un segundo.

Hizo una pausa y luego miró al segundo agente. Era Víctor Rodríguez, su intérprete de la noche del asesinato de Raffa.

—V-Rod —dijo Ballard—. ¿Quién coño era ese?

—Joder, era nuestra víctima —dijo Rodríguez—. De repente, se ha levantado de un salto y se ha largado.

—Vete con tu compañera. Yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Vete.

Rodríguez se apresuró a salir y Ballard se puso de pie, agarrándose a la barandilla de la escalera. Sintió vértigo y se aferró más fuerte en busca de un punto de apoyo. Por fin se despejó un poco y se soltó tímidamente. Tras dar unos pasos para verificar que todo iba bien, metió la mano por debajo de la chaqueta hasta la parte baja de la espalda para comprobar si tenía sangre u otros daños, pero no encontró nada. Se tocó la nuca. No había sangre, pero notó un chichón en el punto de impacto.

—Mierda.

Pronto oyó un helicóptero surcando el cielo y supo que los

agentes de patrulla habían solicitado apoyo aéreo para encontrar al hombre que huía.

Pero en vano. Rodríguez no tardó en volver con la otra agente, Chara Paithoon. Ambos estaban resoplando por la infructuosa persecución a pie.

—Se ha escapado —anunció él.

—¿Estás bien, Renée? —preguntó ella.

—Me he golpeado la cabeza —dijo Ballard.

Paithoon era una de los pocos agentes de origen tailandés del departamento de policía. Era bajita y de complexión firme y llevaba el pelo corto con los laterales afeitados. Ballard sabía que muchas mujeres policía adoptaban peinados pragmáticos para ahuyentar la atención no deseada de los agentes varones.

—¿Me dejas ver? —dijo Paithoon—. Deja que te revise los ojos.

Encendió una linterna. La sostuvo de manera que el borde exterior del haz de luz tocaba ligeramente la cara de Ballard. Se acercó y le miró los ojos.

—Tienes algo de dilatación —dijo—. Deberías pedir que te lo miren los de la ambulancia.

—Sí, ¿dónde están? —preguntó Ballard—. Pensaba que esto era un asalto.

Paithoon dio un paso atrás y guardó su linterna.

—Los llamamos, pero supongo que están ocupados —explicó Rodríguez.

—Bueno, ¿qué ha pasado aquí exactamente? —dijo Ballard.

—Ha llamado un vecino para decir que había una pelea en el 22 —explicó Rodríguez—. Cuando hemos llegado, los sospechosos se habían ido. Chara estaba hablando con el tipo y de repente la empuja hacia mí y echa a correr. El resto ya lo sabes.

—¿Sin papeles? —preguntó Ballard.

—No hemos llegado a eso —dijo Paithoon—. Pero no era tailandés. El vecino que avisó era tailandés, pero este tipo era camboyano. Creo que era un asunto de los ABZ y tenía miedo de que lo arrestáramos, así que se largó.

Ballard sabía que los ABZ eran los Asian Boyz, una banda que se aprovechaba de los inmigrantes, legales o no, del

sudeste asiático.

Dos sanitarios entraron en el patio central del edificio de apartamentos y Paithoon los saludó.

—Nuestra víctima se ha largado, pero tienen que echar un vistazo a la detective Ballard —dijo—. Se ha caído y se ha golpeado la cabeza.

Los sanitarios accedieron, pero querían hacerlo en la ambulancia. Paithoon y Rodríguez se quedaron para hacerse cargo de lo que estaba resultando ser una denuncia de agresión sin víctima.

Ballard se sentó bajo una luz en la parte posterior abatible de la ambulancia mientras un auxiliar médico verificaba sus constantes vitales, así como la dilatación de sus pupilas y la presencia de hematomas e hinchazón en el cuero cabelludo. El parche con el nombre en su uniforme decía «SINGLE».

—¿Es tu apellido o tu estado civil? —bromeó Ballard.

—Es mi apellido, pero me lo preguntan mucho —dijo Single.

—No me extraña.

—Bueno, creo que tienes una ligera conmoción cerebral. Tienes un poco dilatadas las pupilas y la presión sanguínea un poco alta.

Le presionó la piel de alrededor de los ojos con los dedos enguantados. Ella vio la concentración en su expresión mientras trabajaba. Llevaba mascarilla, pero tenía unos bonitos ojos marrones y el pelo castaño y era quizá unos años más joven que ella. Una de las pupilas tenía una manchita ligeramente descentrada a las cinco en punto.

—Coloboma —dijo Single.

—¿Qué? —preguntó Ballard.

—Me estás mirando el ojo. La mancha en la pupila está causada por un defecto de nacimiento en el iris que se llama coloboma. Algunos lo llaman pupila con forma de cerradura.

—Oh. ¿Afecta…?

—No, no me afecta la vista, pero tengo que llevar gafas oscuras cuando hay sol. Así que la mayor parte del tiempo.

—Bueno, eso está bien. Que no te afecte la vista.

—Gracias. Entonces, estás del otro lado de la pared,

¿verdad?

—¿Qué?

—¿División de Hollywood?

—Ah, sí, Hollywood. ¿Estás en el parque de bomberos, pues?

—Sí. Puede que te vea en el aparcamiento algún día.

—Claro.

—Pero lo que creo que tienes que hacer ahora es fichar e irte a casa a descansar.

—No puedo. No hay ningún otro detective de guardia esta noche.

—Sí, bueno, no vas a ser una gran detective si se te hincha el cerebro y te da un ictus.

—¿En serio?

—Te has dado un buen golpe en la cabeza. Las heridas de golpe y contragolpe, hematomas cerebrales e hinchazón, pueden desarrollarse con el tiempo. No estoy diciendo que te vaya a pasar, porque la dilatación es leve, pero desde luego tienes que tomártelo con calma. Puedes dormir, pero alguien tiene que despertarte y controlarte cada dos horas más o menos. Vigila eso. ¿Tienes a alguien en casa que pueda echarte un ojo durante la noche?

—Vivo sola.

—Entonces dame un número y te llamaré cada par de horas.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Con una lesión como esta no se juega. Llama a tu supervisor y dile que te vas a casa. Si quiere hablar conmigo, le explicaré lo que te acabo de decir.

—Vale, vale, lo haré.

—Dame un número para llamar.

Ballard le dio una tarjeta en la que constaba su nombre y su número de móvil. Seguía siendo escéptica sobre que Single la llamara para saber cómo estaba. Pero esperaba que lo hiciera. Le gustaban su aspecto y sus modales. Y la cerradura que tenía en el ojo.

—Entonces, ¿estoy bien para conducir? —preguntó—. Tengo coche oficial y debo entregarlo, y luego buscar el mío.

—Puedo devolver yo tu coche, porque vamos a volver a la

estación. ¿Dónde vives?

—En Los Feliz.

—Bueno, puedes pedirte un Uber o que uno de los chicos de la patrulla te lleve a casa.

—Claro. Me encargo de eso.

—Bien. Y llamaré para ver cómo estás en un par de horas.

# 20

Parecía que cada vez que Ballard pillaba el sueño, la despertaba su teléfono móvil, y era Single, el técnico de emergencias médicas, cumpliendo su promesa de verificar cómo estaba. Ese ciclo continuó durante toda la noche hasta el domingo por la mañana, cuando finalmente le dijo que ya podía dormir sin interrupción.

—¿Quieres decir que ahora que ha salido el sol puedo disfrutar de una noche de sueño? —preguntó.

—Pensaba que era tu horario normal —dijo Single—. ¿No trabajas en el turno de noche?

—Solo me estaba metiendo contigo. Gracias por llamarme para ver cómo estaba. Significa mucho.

—De nada. En tu próxima conmoción, llámame.

Ballard colgó con una sonrisa en la cara a pesar del dolor de cabeza que notaba detrás de los ojos. Se levantó, se tambaleó al ponerse de pie y fue al cuarto de baño. Después de echarse agua fría en la cara, se miró detenidamente en el espejo. Vio sombras azuladas bajo los ojos, pero la dilatación de las pupilas parecía haber remitido en comparación con cuando llegó a casa la noche anterior. Entonces pensó en la cerradura de la pupila del sanitario Single y volvió a sonreír.

Eran las ocho de la mañana y todavía estaba cansada después del ciclo de sueño repetidamente interrumpido. Se quedó en chándal y volvió a meterse en la cama, pensando en dormitar un rato más. Sabía que había mucho que hacer, pero necesitaba estar descansada y preparada para su siguiente turno de esa noche. Cerró los ojos y pronto se olvidó de todo.

En su sueño, Ballard respiraba bajo el agua. No era necesario que saliera a la superficie a tomar aire. No le ardían los pulmones. Miró a través del azul hacia el sol, cuyos rayos penetraban en el agua y le daban calidez y bienestar. Giró

sobre su espalda y se movió lánguidamente con la corriente, mirando hacia arriba y dándose cuenta de que el sol tenía forma de bellota y de que en realidad no era el sol.

El zumbido del teléfono pareció despertarla nada más cerrar los ojos, pero al cogerlo vio que eran las 15:50 y que llevaba casi ocho horas dormida. La llamada era de Bosch.

—¿Has recibido mis mensajes?

—No. ¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Has llamado?

—No, he mandado un mensaje. Hay una misa en memoria de Javier Raffa hoy.

—Mierda, ¿cuándo? ¿Dónde?

—Empieza en diez minutos en St. Anne's, en Occidental.

Ballard sabía que no estaba lejos de su casa. Puso a Bosch en altavoz para revisar los mensajes de texto y los correos electrónicos que tenía. Había tres de Bosch y uno de su teniente. Uno de los correos era de Bobbi Klein, la primera víctima de los Hombres de Medianoche. Los otros no eran importantes.

—No sé cómo he podido dormir durante toda… Anoche tuve una conmoción cerebral.

—¿Qué pasó?

—Luego te lo cuento. ¿Estás en la misa?

—Estoy aquí, pero no he entrado. Creo que me voy a quedar fuera. Tengo un buen sitio y estoy viendo llegar a la gente. Me parece que Hoyle está aquí. Al menos hay un blanco que creo que es él.

—Bien, voy en camino. Gracias por despertarme.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien.

Ballard se vistió con rapidez y se dirigió al garaje. Su coche estaba allí porque había hecho caso omiso de las órdenes de Single y había conducido ella misma a casa la noche anterior después de comunicarle al teniente de guardia que se iba.

Tomó Hillhurst y continuó recto hasta Beverly para luego doblar en Occidental Boulevard. Encontró un sitio para aparcar en la calle a media manzana y llamó a Bosch.

—Estoy aquí. ¿Sigues en el mismo sitio?

—Aquí estoy.

—Bien, voy a entrar. Voy a ver si podemos hablar con la viuda después.

—Me parece bien.

—¿Ha llegado alguien más digno de mención?

—Hay un montón de pandilleros, tatuados hasta las orejas. ¿Quieres que entre contigo?

—No, no hace falta. ¿Crees que vale la pena seguir a Hoyle, si es que era él a quien viste?

—No lo sé. ¿Adónde va a ir un domingo por la noche? Probablemente esté aquí por las apariencias. Podría levantar sospechas si no viniera, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí. Pero espera a que la viuda de Raffa se entere de lo que está pasando.

—¿Se lo vas a decir ahí dentro?

—No, voy a esperar. Bueno, me voy.

Ballard colgó y salió de su coche. Caminó por la calle y siguió a unos cuantos rezagados que llegaban tarde. Se apresuró a darles alcance para utilizarlos como cobertura. La misa se celebraba en una capilla al lado de la iglesia principal. Eso hizo que se amontonara la gente para entrar, y ella se quedó en el pasillo exterior con los rezagados. Había altavoces en el techo, así que escuchó los testimonios y los recuerdos llorosos de amigos y compañeros de trabajo, así como un himno cantado por los feligreses. Este y la mayoría de los testimonios eran en español. Ballard entendió lo suficiente para saber que mucha gente se lamentaba de que, pese a que Javier Raffa había dejado la vida violenta para formar una familia y regentar un negocio, al final la violencia lo había encontrado de todos modos y se lo había arrebatado todo.

La ceremonia concluyó al cabo de cuarenta y cinco minutos, y los familiares más cercanos salieron primero de la capilla y formaron una fila frente a la puerta. Ella se quedó mirando desde uno de los arcos que bordeaban el pasillo que recorría el lateral de la iglesia.

Pronto vio que el socio silencioso de Javier Raffa, el doctor Dennis Hoyle, salía de la capilla y se acercaba a los familiares. Ballard lo reconoció por las fotos de estudio que aparecían en su página web de odontología familiar. Era todo ángulos,

delgado y con los hombros y los codos afilados. Tenía el pelo canoso y perilla entrecana.

Ella se dio cuenta de que ese podía ser el mejor momento para hablar con él, cuando menos esperaba ser interrogado por la policía. Rápidamente envió un mensaje de texto a Bosch con su plan y luego observó cuando le tocó el turno a Hoyle de pasar por la fila de familiares. Estaba claro que no conocía a nadie, ni siquiera a la viuda. No abrazó a ninguno de ellos y le dio las condolencias a la mujer agarrándola con las dos manos. Se inclinó hacia delante para decirle algo o posiblemente identificarse, pero la lectura que hizo Ballard de la expresión facial y el lenguaje corporal de la viuda fue que no tenía ni idea de quién era.

El hijo de Javier Raffa, Gabriel, estaba al final de la fila. Hoyle se limitó a asentir una vez y a darle al joven una palmada en el hombro, y luego se alejó con una expresión de puro alivio en el rostro. Ballard se valió de su brazo para sujetarse la chaqueta y mantenerla cerrada sobre la placa que llevaba en el cinturón. Dejó que Hoyle pasara de largo y luego se volvió para seguirlo.

Mientras él se dirigía a la calle, ella vio a Bosch de pie en la acera. Llevaba traje, por si tenía que entrar en la iglesia. Pero también serviría para lo que iban a hacer.

Ballard siguió a Hoyle y aceleró el paso para darle alcance. Su compañero se colocó en medio de la acera, frenando a Hoyle mientras decidía qué camino tomar.

—¿Doctor Hoyle? —dijo Ballard.

Él se volvió, sorprendido de que alguien en esa parte de la ciudad lo conociera por su nombre.

—¿Sí? —dijo.

Ella se abrió la chaqueta para mostrar la placa y la pistola enfundada en la cadera.

—Soy la detective Ballard, de la policía de Los Ángeles. Él es mi colega Harry Bosch.

Señaló a este, que ya estaba detrás del tipo. El dentista se volvió para mirarlo y luego miró otra vez a Ballard.

—¿Sí? —dijo.

—Estoy investigando el asesinato de Javier Raffa —comenzó

Ballard—. Me gustaría hacerle algunas preguntas, si tiene tiempo.

—¿A mí? —dijo Hoyle—. ¿Yo qué tengo que ver?

—Bueno, para empezar, era su socio, ¿no?

—Bueno, sí, pero no sé nada de lo que pasó. Quiero decir, ni siquiera estaba allí.

—No importa. Tenemos que ser minuciosos y hablar con cualquiera que lo conociera. Si era su socio, lo conocería bastante bien.

—Era una inversión de negocios, eso es todo.

—Bien, es bueno saberlo. ¿Dónde ha aparcado? Tal vez deberíamos alejarnos de la iglesia y hablar.

—Hum, por aquí, pero…

—Lo acompañamos.

Hoyle conducía un Mercedes de cuatro puertas y por casualidad había aparcado justo detrás del viejo Jeep de Bosch. Ni él ni Ballard lo mencionaron, porque posiblemente se cargaría la farsa de que Bosch era detective de la policía de Los Ángeles. Cuando llegaron al coche de Hoyle, este sacó el mando a distancia de su bolsillo y desbloqueó las puertas. Luego se dirigió a Ballard y a Bosch.

—Miren, ahora mismo no es un buen momento para hablar —dijo—. Acabo de ir al funeral de mi amigo y estoy un poco emocionado. Solo quiero ir a casa. ¿Podemos…?

—¿Cómo lo supo? —lo interrumpió Ballard.

—¿Cómo supe que estaba muerto? —dijo Hoyle—. Estaba en el periódico, en internet.

Ballard se detuvo un momento, por si Hoyle soltaba algo más. No lo hizo.

—No, me refiero a cómo supo que estaba buscando un socio —dijo—. Un inversor. Alguien que le pagara la salida de la banda.

Por un segundo, el tipo puso los ojos como platos, sorprendido de que ella lo supiera.

—He… Bueno, tengo asesores para este tipo de cosas —dijo Hoyle.

—¿En serio? —continuó Ballard—. ¿Quiénes son? Me gustaría hablar con ellos.

—Ya le he dicho que ahora no es un buen momento. ¿Puedo irme?

Ella levantó las manos como para indicar que no se lo impedía.

—¿Así que puedo irme? —repitió él.

—Sería mejor para usted, doctor Hoyle, que lo aclaráramos ahora —dijo Ballard.

—¿Aclarar qué? Acaba de decir que puedo irme.

—No, he dicho que sería mejor para usted que hablara con nosotros ahora, aquí mismo. No creo que quiera que pasemos por su clínica, ¿verdad?

Hoyle abrió de golpe la puerta de su coche, pero enseguida la cerró. Exasperado, la abrió de nuevo y la sostuvo.

—¡No he hecho nada malo y me están acosando!

Se metió en el vehículo y cerró la puerta de golpe. Encendió el motor y arrancó, pasando junto a Ballard y Bosch.

—Si cree que esto es acoso, aún no ha visto nada —dijo ella.

Harry se puso a su lado y vieron cómo el Mercedes se dirigía hacia el norte por Occidental.

—¿He entrado demasiado fuerte? —preguntó Ballard.

—Él cree que sí —dijo Bosch.

—Que se joda.

—Probablemente esté llamando a sus socios ahora mismo. ¿Es lo que querías?

—Quería que supieran que estoy aquí.

# 21

Ballard y Bosch volvieron a la iglesia para ver si la familia había terminado con las condolencias de los asistentes. No había nadie en la puerta de la capilla. Miró dentro y vio a la viuda y a las hijas, pero no al hijo.

—Tengo que encontrar a Gabriel para que haga de intérprete si es necesario —dijo—. Quédate aquí, por si empiezan a salir.

—Los entretendré —dijo Bosch.

Ballard volvió al pasillo y miró a través de las puertas dobles que daban a la nave grande de la iglesia. Vio a Gabriel sentado en un banco solo. Entró y caminó en silencio por el pasillo central. El chaval estaba usando una navajita para escribir algo en el banco de madera. Decía «Dios es», y ella no pensó que después de los últimos tres días el chico fuera a escribir después la palabra *amor*.

—Gabriel —dijo—, para.

El chico se sobresaltó tanto que dejó caer la navaja y esta rebotó con estrépito en el suelo de mármol. Ballard vio que tenía la cara llena de lágrimas.

—Mira —le dijo—. Sé que lo que le ha ocurrido a tu familia es horrible. Si quieres hacer algo al respecto, ayúdame a hablar con tu madre. Ven.

Volvió al pasillo. El chico dudó, pero enseguida se agachó a recoger su navaja.

—Dámela —dijo ella—. No la necesitas, y solo te va a traer problemas. Vamos a hablar con tu madre.

Gabriel salió del banco y se la entregó. Caminó con la cabeza gacha hasta la capilla. Ballard plegó la navaja y se la guardó en un bolsillo.

—Lo que le hicieron a tu padre no estuvo bien —dijo—. Pero él salió de la vida de la calle y eso es lo que quería para

ti. No lo defraudes, Gabriel.

—No lo haré —dijo él.

—Me dijiste la otra noche que tu padre tenía un socio, un tipo blanco de Malibú. ¿Ha venido hoy al funeral?

—Creo que sí. Era el tipo blanco, ¿verdad?

—No lo sé, Gabriel. Te lo pregunto a ti. ¿Sabes cómo se llama?

—No, no lo recuerdo. Solo lo vi una vez, cuando vino al taller.

Bosch estaba esperando frente a la puerta de la capilla. Le hizo una seña con la cabeza para indicarle que el resto de la familia seguía dentro.

Ella y Gabriel entraron, y él los siguió, pero se quedó junto a la puerta. Ballard se presentó de nuevo a la familia y dijo que necesitaba hacer algunas preguntas. Explicó que Gabriel se había ofrecido a interpretar si era necesario. La madre se llamaba Josefina y accedió a hablar con ella. Daba la impresión de que las lágrimas de los últimos días habían dejado líneas permanentes en su rostro moreno. Tenía la mirada que Ballard había visto cientos de veces en mujeres a las que la violencia les había arrebatado a su hombre, esa que preguntaba: «¿Cómo voy a vivir? ¿Cómo voy a cuidar de mi familia?».

—En primer lugar, quiero asegurarle que estamos haciendo todo lo posible para averiguar quién le hizo esto a Javier —comenzó Ballard, hablando despacio—. Estamos siguiendo algunas pistas y esperamos que conduzcan a una detención. No puedo contarle todo lo que estamos haciendo, así que puede ser que algunas de mis preguntas le parezcan extrañas. Solo le pido que sea paciente y que sepa que la información que nos proporcione es importante. ¿Lo entiende o quiere que Gabriel se lo traduzca?

—Lo entiendo, sí —dijo Josefina.

—Bien. Gracias. Déjeme empezar con lo que le preguntamos la otra noche en el hospital. ¿Sabe de alguien que haya querido hacer daño a Javier?

—No. ¿Quién querría hacerlo? Era un buen hombre.

—¿Dijo algo recientemente sobre clientes o empleados

enfadados?

—No. Todos contentos. Era un sitio feliz.

—¿Javier había hecho testamento?

La cara de Josefina mostró confusión. Ballard miró a Gabriel, tratando de pensar en cómo explicarse.

—Últimas voluntades —dijo Bosch en voz alta desde el fondo de la capilla.

Ballard le devolvió la mirada y asintió, dándose cuenta de que él había tenido muchas conversaciones de ese tipo en sus años como detective de homicidios. Volvió a mirar a Josefina, que estaba hablando con su hijo en español.

—No lo sabe —dijo Gabriel.

—¿Tenía un abogado? —preguntó Ballard en español.

—Sí, sí, sí —respondió Josefina—. Darío Calvente era su abogado.

Ballard asintió.

—Gracias —dijo—. Vamos a llamarlo y es posible que él le pida permiso para hablar con nosotros.

Gabriel tradujo y Josefina asintió.

—¿Ha venido hoy el señor Calvente?

Josefina asintió de nuevo.

—¿Conocía al socio de su marido? —preguntó Ballard.

—No —dijo Josefina.

—¿Ha venido hoy? ¿El doctor Hoyle?

—No lo sé.

A Ballard le quedó claro que la mujer sabía poco de los negocios de Javier y que necesitaba hablar con el abogado para que le aclarara cuestiones como el testamento, los seguros y los registros relativos a la sociedad.

—Josefina, ¿sabía que Javier tuvo que pagar su salida de la banda de Las Palmas? —preguntó Ballard.

Ella asintió y pareció tomarse un momento para componer su respuesta, que Gabriel tradujo.

—No podíamos formar una familia si él hacía esas cosas con la banda —dijo.

—¿Cuánto tuvo que pagar? —preguntó Ballard.

—Veinticinco —dijo Josefina en español.

—¿Veinticinco mil dólares?

—Sí.

—Muy bien. ¿De dónde sacó ese dinero?

—Del dentista.

—Su socio.

—Sí.

—¿Cómo lo conoció? ¿Quién lo trajo?

Gabriel tradujo la pregunta, pero no hubo respuesta. Josefina negó con la cabeza. No lo sabía.

Ballard dijo que se pondría en contacto con ella cuando tuviera algo más de lo que informar sobre la investigación y pidió a Gabriel que se lo tradujera para asegurarse de que la entendía. Luego ella y Bosch salieron y se dirigieron a su coche.

—¿Vemos si podemos localizar a Darío Calvente, el abogado? —preguntó.

—Es domingo —dijo él—. Dudo que esté en su despacho.

—Podemos encontrarlo. Vamos en mi coche. Te traeré de vuelta después.

—Perfecto.

Ballard buscó el nombre del abogado en su teléfono y encontró su página web. Antes de llegar al coche, dejó un mensaje en la línea de su oficina. Al igual que el abogado de Cindy Carpenter, el sitio web de Calvente prometía atención veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

—Si no me devuelve la llamada pronto, buscaré en Tráfico la dirección de su casa —le dijo a Bosch.

Entraron en el Defender y casi inmediatamente Ballard recibió una llamada con un identificador bloqueado que supuso que era de Calvente.

—Detective Ballard.

—Ballard, ¿estás esquivando mis llamadas?

Reconoció la voz del teniente Robinson-Reynolds.

—No, teniente. Yo, eh, estaba en una iglesia, así que tenía el teléfono apagado.

—Sé que es domingo, Ballard, pero no pensé que fueras tan de misa.

—Era un funeral por mi víctima de homicidio. Necesitaba hablar con la familia y, bueno, ver quién aparecía.

—Ballard, no deberías estar trabajando. Deberías estar en el hospital.

—Estoy bien, teniente. Solo fue un golpe en la cabeza.

—Mira, el informe del turno de noche dice que un sanitario te dijo que te fueras a casa. No quiero que lo decida un sanitario, ¿de acuerdo? Quiero que vayas a urgencias y que te revisen antes de que sigas trabajando.

—Estoy tras una pista y le digo que…

—No es una sugerencia, detective. Es una orden. No vamos a arriesgar nada con una lesión en la cabeza. Vete a urgencias y hazte un chequeo. Luego llámame para informarme.

—Vale. Termino aquí y voy.

—Esta noche, detective. Quiero tener noticias tuyas esta noche.

—Claro, teniente.

Ballard colgó y le contó a Bosch la petición del teniente.

—Suena sensato —dijo él.

—¿También tú ahora? Estoy bien, y esto va a ser una gran pérdida de tiempo.

—Eres policía. Te harán pasar rápido.

—Bueno, no voy a hacerlo hasta que esté de servicio. No voy a perder mi tiempo libre. Y hablando de tiempo, no voy a esperar a que el abogado vuelva a llamar. ¿Veinticuatro horas? Y una mierda.

Llamó al centro de comunicaciones, se identificó y dio su número de serie; luego pidió una verificación de Tráfico sobre Darío Calvente. Tuvo suerte. Solo había uno con dirección en Los Ángeles. Dio las gracias a la operadora y colgó.

—¿Aún quieres a Silver Lake? —preguntó.

—Vamos allá —dijo Bosch.

Tardaron quince minutos en llegar. Calvente vivía en una casa de estilo español de los años treinta frente al embalse. Subieron una escalera de piedra que conducía al porche. Había un gran ventanal con vistas al lago, pero estaba cubierto con una pancarta que decía «BLACK LIVES MATTER».

Ballard llamó a la puerta y desenganchó la placa de su cinturón. Abrió un hombre de unos cuarenta años al que reconoció de la fila de las condolencias del funeral. Todavía

llevaba el traje, pero no la corbata. Tenía un grueso bigote y unos ojos marrones tan oscuros como los de Bosh.

—Señor Calvente, policía de Los Ángeles —dijo Ballard—. Siento molestarlo en su casa, pero le hemos dejado un mensaje en su despacho y no nos lo ha devuelto.

Calvente la señaló.

—La he visto hoy —dijo—. En el funeral por Javier.

—Así es —dijo ella—. Me llamo Renée Ballard y él es mi colega Harry Bosch. Josefina Raffa nos dijo que usted era el abogado de su marido y nos gustaría hacerle unas preguntas.

—No sé qué puedo decirles —dijo Calvente—. Hice algún trabajo para Javier, sí, pero fue a cambio de reparaciones en mi coche. Yo no diría que soy su abogado.

—¿Sabe si tenía otro?

—No, creo que no. Por eso me preguntó si podía ayudarle.

—¿Y cuándo fue eso?

—Eh, hace unos meses. Mi esposa tuvo un accidente y pedí que remolcaran el coche al taller de Javier. Cuando se enteró de que yo era abogado, me pidió que hiciera un trabajo.

—¿Cuál? ¿Puede contárnoslo?

—Había confidencialidad de por medio, pero era un contrato que él había firmado. Quería saber cómo disolver una sociedad.

—¿Era para su taller?

Calvente miró más allá de ellos y hacia el embalse. Inclinó la cabeza de un lado a otro como si estuviera sopesando si debía responder. Luego miró a Ballard y asintió con la cabeza una vez.

—¿Pudo ayudarle? —preguntó ella.

—El derecho contractual no es mi especialidad —explicó Calvente—. Le dije que no veía ninguna parte del contrato cuestionable. Y que debería pedir una segunda opinión a un abogado especializado en contratos. Le pregunté si quería una referencia y me dijo que no. Y por eso me hizo un descuento en la reparación de nuestro coche. Eso fue todo.

—¿Recuerda si el socio se llamaba Dennis Hoyle?

—Creo que ese era el nombre, pero no estoy seguro. Han pasado unos meses.

—¿Le dijo algo sobre por qué quería romper el contrato?

—Solo dijo que no era una buena situación, porque hacía tiempo que había pagado una deuda a ese hombre, pero tenía que seguir pagándole con los beneficios. Recuerdo que el contrato no tenía fecha de finalización. Era una sociedad completa para toda la vida del negocio.

—¿Cuál era la participación de Hoyle en el negocio?

—Creo que el veinticinco por ciento.

—Si esa revisión fue todo lo que hizo por él, ¿por qué fue hoy al funeral?

—Bueno…, quería expresar mis condolencias a la familia y decir que estaba disponible para cualquier cosa que necesitaran. En calidad de abogado, por supuesto.

—Por cierto, ¿cómo supo que había sido víctima de un homicidio?

—Vi el funeral programado en la iglesia cuando asistí esta mañana. No supe que era un homicidio hasta que estuve allí hoy. Fue algo terrible para la familia.

Ballard se volvió hacia Bosch para ver si tenía alguna pregunta que ella hubiera pasado por alto. Él negó con la cabeza y ella volvió a mirar al abogado.

—Gracias, señor Calvente —dijo ella—. Ha sido de gran ayuda.

—De nada —dijo él.

Bosch bajó los escalones hasta la calle lentamente. Ballard tuvo que esperarlo.

—Todo un picapleitos —susurró Bosch cuando llegó a la acera—. ¿Apenas conoce al tipo y va a su funeral?

—Sí. ¿Has visto la película *Veredicto final*, de Sidney Lumet?

—Creo que no. Ya no veo mucho cine.

—Es una vieja con Paul Newman. Estuve obsesionada con él. La cuestión es que es un abogado, un borracho, en realidad, y trata de hacer negocios yendo a los funerales y repartiendo tarjetas de visita.

Bosch volvió a mirar hacia la casa.

—Este tipo debe de ir a muchos funerales —dijo.

—Bueno, lo que nos ha contado es bueno —dijo Ballard—. Javier quería rescindir el contrato. Es un móvil.

—Sí. Pero Hoyle va a estar protegido por el contrato. Calvente dijo que era legal. Todavía tenemos que encontrar al prestamista y esperar que nos lleve al hombre con la Walther P22.

—Esta noche volveré a Inteligencia de Bandas. Tenían un chivato que les dijo hace años que Javier había comprado su salida de Las Palmas. Creo que era una mujer. Antes no me dieron su nombre, pero ahora voy a hacer que me lo den. Puede que ella sepa quién le tendió una trampa con Hoyle.

—Buen plan.

Quince minutos más tarde, Ballard acababa de dejar a Bosch en su coche y se dirigía a la sala de urgencias del Hollywood Presbyterian cuando recibió una llamada de Single.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—La verdad es que voy de camino a urgencias —dijo ella.

—Uf, no, ¿qué pasa?

—Nada, estoy bien. Mi jefe no me deja volver a trabajar esta noche a menos que me den el visto bueno en urgencias. Le he dicho que un auxiliar de ambulancia muy bueno me lo ha dado hoy, pero me hacen ir de todas formas.

—Qué lástima. Estaba a punto de invitarte a cenar en el parque de bomberos.

—Vaya, nunca he recibido una invitación así. ¿Qué vais a cenar?

—De todo. Sándwiches de queso, chili… Creo que alguien ha traído un par de tartas de manzana. Tenemos algo de ensalada, maíz en mazorca…

—Bueno, yo tomaría una ensalada y un sándwich de queso.

—Anda, parece que tenemos aquí una vegetariana.

—No, pero ya no como carne roja.

—No hay problema, pero pensé que ibas a urgencias.

—Prefiero pasarme a cenar, ya iré en horario de trabajo.

—Bueno, pues ven. La cena es en treinta y cinco minutos. A menos que nos llamen y tengamos que salir corriendo.

—Voy en camino. ¿Pero te dejan invitar a gente?

—A todos, pero solo un invitado por noche. Negocié con un tipo para conseguir esta noche, porque esperaba que te gustara el chili de los bomberos. Pero los sándwiches son igual de

buenos.

—Muy bien, genial. Nos vemos en un rato. Una última pregunta…

—Claro.

—¿Cómo te llamas?

—Ah, me llamo Garrett.

—Garrett. Genial. Te veo en breve, Garrett.

Después de colgar, Ballard creó una entrada con el nombre completo de Single en su lista de contactos. Esperaba que permaneciera allí durante un tiempo. Aparcó su coche detrás de la comisaría. Antes de ir al parque de bomberos, se metió en los vestuarios de la comisaría y se maquilló un poco. Iba simplemente a cenar sándwich de queso, pero quería causar buena impresión.

# 22

La cena fue divertida. Single presentó a Ballard a sus colegas y ellos la recibieron con aplausos. Y el sándwich de queso no estaba mal, pero la comida y la diversión se vieron interrumpidas cuando requirieron a Single y a su equipo de rescate por un accidente de tráfico en Highland Avenue con Hollywood Boulevard, uno de los cruces más transitados de la ciudad. Salieron corriendo hacia el lugar del siniestro y Ballard se guardó la otra mitad de su sándwich en una servilleta y se lo llevó al otro lado del muro que separaba el parque de bomberos de la comisaría. Terminó de comer allí mientras asistía al pase de lista del segundo turno. Este terminaba a las ocho, su hora habitual de inicio, y era un grupo pequeño, lo que hacía que las reuniones fueran menos concurridas y más informales. Nadie se opuso a que se terminara allí su sándwich.

Después, ella enfiló el pasillo del segundo piso hasta la sala de la brigada de Bandas para buscar al sargento Davenport. Estaba sentado donde lo había visto por última vez tres noches antes. Si no fuera porque llevaba otra ropa, habría pensado que no se había movido. Ballard sacó de su maletín el expediente que él le había dado y lo dejó caer sobre su escritorio. Señaló la carpeta.

—LP3 —dijo—. Tengo que hablar con ella. Esta vez de verdad.

Davenport levantó las piernas de la papelera puesta boca abajo donde las había apoyado y se sentó recto.

—Ballard, sabes que no puedo dar el nombre de un confidente sin más —dijo.

—Ya lo sé —dijo ella—. Tienes que pasar por el capitán. O podrías ir a ver a la confidente y yo podría acompañarte. Cualquiera de las dos opciones me parece bien, pero ahora se trata de un caso de asesinato premeditado que está relacionado

con otro caso de asesinato premeditado y tengo que averiguar lo que sabe. Así que ¿cómo quieres hacerlo?

—En primer lugar, ya te lo he dicho, no estoy diciendo que sea…

—Una mujer, sí, lo sé. Digamos que lo he adivinado. ¿Vas a colaborar en esta investigación o vas a entorpecerla?

—Si dejaras de cortarme y te limitaras a escuchar, te enterarías de que LP3 ya no está en activo; lleva años sin estarlo, y no le interesa que le recuerden los trapos sucios de su historia.

—Muy bien. Voy a llamar al capitán a casa.

Se volvió hacia la puerta.

—Ballard, vamos —dijo Davenport—. ¿Por qué siempre tienes que ser tan cab…?

Ballard se volvió hacia él.

—¿Qué? —dijo—. ¿Tan cabrona? Si querer resolver un homicidio es ser una cabrona, entonces, perfecto, lo soy. Pero todavía hay personas en este departamento que quieren cumplir con el lema de mover el culo y llamar a las puertas. Yo soy una de ellas.

A Davenport se le sonrosaron las sienes de rabia o de vergüenza. Como sargento segundo estaba un rango por encima del de Ballard, detective de segundo grado, pero, aunque iba con ropa de calle, Davenport no era detective, y esa diferencia contrarrestaba la ventaja de rango. Ballard podía decirle lo que quisiera sin consecuencias.

—Oye, mira —dijo Davenport—. Voy a tardar un tiempo en contactarla y convencerla. Hablaré con ella y te lo haré saber.

—Quiero verla esta noche —dijo Ballard—. Esto es un homicidio. Y, por cierto, acabas de revelar de nuevo que es una mujer.

—Ya estaba bastante claro, ¿no crees, Ballard?

—Tengo que ir corriendo al Hollywood Pres y quedarme un rato, y luego espero que me digas que tenemos una reunión preparada.

—Bueno, vete.

—Te llamaré cuando termine.

Sacó una radio y se fue en su vehículo oficial hasta el

hospital, donde usó su placa para colarse en la sala de urgencias. Un médico la examinó y le dio el visto bueno. De vuelta al coche, llamó al teniente Robinson-Reynolds a su casa y le dio la noticia.

—Eso está genial, Ballard —dijo—. Me alegro de que estés bien.

—Le dije que lo estaba —repuso ella.

—Sí, bueno, teníamos que hacerlo oficial —dijo—. Esos auxiliares son unos patanes. Si a mi madre la tiraran por la escalera, querría que la viera un médico, ¿me entiendes?

Ballard no sabía a qué parte objetar ni si valía la pena. Pero lo de que la habían tirado por las escaleras podría tener consecuencias posteriores en cómo Robinson-Reynolds la percibiría a ella y sus capacidades.

—No sé lo que le han contado, teniente, pero no me tiraron por la escalera —dijo—. Estaba subiendo cuando la supuesta víctima vino corriendo hacia mí. Lo agarré y ambos caímos.

—La semántica, Ballard —dijo Robinson-Reynolds—. Entonces, ¿estás lista para volver al trabajo?

—He estado trabajando. No he dejado de hacerlo.

—Vale, vale, fallo mío. Bueno, ¿por qué no me dices qué has estado haciendo, ya que no has dejado de trabajar? ¿En qué punto de los casos estamos?

Ella se tomó un momento para pensar.

—En el caso Raffa, el homicidio, estoy preparando una reunión con una confidente de la banda que espero que nos dé una pista sobre un prestamista con un motivo para matarlo.

—¿Cuál es el motivo? ¿Le debía dinero? Eso nunca es un buen móvil. ¿Por qué matar al tipo que te debe pasta? Entonces no puede pagarte.

—Ese no es el móvil. Ese prestamista en su día le consiguió veinticinco mil para que comprara su salida de Las Palmas. Eso le dio un socio silencioso. Ahora que Raffa ha muerto, el socio se queda con el negocio, la póliza de seguros, si la hay, y, lo más importante, el terreno en el que está el taller. Ahí es donde están el dinero y el móvil.

—Entendido, Ballard. Eso es bueno. Muy bueno. Pero sabes que todo esto probablemente irá al West Bureau cuando salgan

a tomar aire.

—Lo sé, teniente, pero ¿quiere que solo lo controle o que les entregue un caso listo para presentar? Quiero decir, eso lo perjudicaría, ¿no?

Robinson-Reynolds guardó silencio, pero no tardó en atar cabos.

—No, tienes razón —dijo—. No quiero que te quedes sentada. Quiero que trabajes en él hasta que tengamos que entregarlo. ¿Han hecho la autopsia?

—Todavía no —dijo Ballard—. Ahora mismo soy la investigadora principal, así que me llamarán cuando estén preparados. Probablemente mañana en algún momento.

—De acuerdo. Y para lo de la confidente, ¿vas a llevar refuerzos?

—Rick Davenport, de Bandas, lo está preparando. Estará allí.

—Bien, ¿qué pasa con los Hombres de Medianoche y el nuevo caso?

—Tenemos a las tres víctimas rellenando una encuesta Lambkin y mañana espero que todo el equipo de delitos sexuales empiece a cruzar referencias para ver adónde nos lleva eso. Ahora estamos estudiando la elección de las víctimas de forma diferente, basándonos en el nuevo caso.

Ballard estaba molesta consigo misma por seguir encubriendo a Lisa Moore.

—De acuerdo —dijo Robinson-Reynolds—. Me pondré con Neumayer mañana por la mañana.

Matthew Neumayer era el detective a cargo de la unidad de delitos sexuales de la división, compuesta por tres personas, y el supervisor inmediato de Lisa Moore.

—Entonces supongo que me pondré de nuevo con eso —dijo Ballard.

—Claro —dijo Robinson-Reynolds—. Llegaré temprano mañana, quizá te pille antes de que fiches.

Ella colgó e inmediatamente llamó a Davenport.

—Ballard —dijo este.

—¿Vamos a hacer eso esta noche o no?

—No seas incordio. Vamos a hacerlo. Voy a buscarla y la

traeré para que se reúna contigo. ¿A qué hora? Ella no quiere que te acerques a donde vive.

Ballard sintió una descarga de adrenalina. Iba a ver a LP3.

—¿Qué tal dentro de una hora?

—Dentro de una hora está bien.

—¿Dónde?

—En el aparcamiento de la playa del final de Sunset.

Ballard lo conocía bien por sus muchas mañanas surfeando allí después del trabajo. Pero estaba lejos.

—Estoy de servicio y eso me saca cuarenta minutos de la división. Si me llaman, estoy jodida.

—¿Quieres hablar con ella o no? Su vida está allí ahora y no va a volver a Hollywood.

Sintió que no tenía otra opción.

—De acuerdo, estaré allí en una hora.

—Y Ballard, nada de nombres. Ni siquiera le preguntes.

—Bien.

Sabía que podría conseguirlo más tarde si lo necesitaba por razones judiciales. Entonces los poderes fácticos se abalanzarían sobre Davenport y lo obligarían a entregarla. Por el momento, solo le interesaba saber si LP3 podía acercarla al hombre de la Walther P22.

Tras finalizar la llamada, condujo de vuelta a la comisaría e informó al teniente de guardia de que no estaría disponible, tampoco en la división, durante las siguientes dos horas. Era Rivera quien estaba de guardia en la última noche del puente y no pareció importarle mucho mientras ella llevara una radio por si, como dijo él, se desataba el infierno.

Después, Ballard fue a la sala de la brigada para imprimir una foto de Javier Raffa, poner pilas nuevas en su minigrabadora y coger una radio completamente cargada antes de volver a salir hacia el coche.

El tráfico en Sunset disminuyó rápidamente una vez que ella atravesó el Strip y entró en Beverly Hills. Incluso con todos los clubes y restaurantes cerrados desde hacía casi un año, la cantidad de gente que circulaba por allí ralentizaba las cosas. Sintió que la temperatura bajaba mientras conducía hacia el oeste. Era una noche clara y fresca. Sabía que tendría que

ponerse la chaqueta de plumas que guardaba en el maletero para las largas noches en escenas de crímenes. Haría frío por el viento del Pacífico en el aparcamiento donde se iba a encontrar con la confidente, y no sabía si iban a hablar al aire libre o en el coche.

Se decía que cualquiera que quisiera conocer la ciudad tenía que conducir por Sunset Boulevard desde su inicio hasta la playa. Era la ruta por la que un viajero llegaría a conocer todo lo que es Los Ángeles: su cultura y sus glorias, así como sus muchas fisuras y fallos. Comenzando en el centro de la ciudad, donde varias manzanas fueron rebautizadas con el nombre de Cesar E. Chávez Avenue treinta años atrás en honor al líder sindical y de los derechos civiles, la ruta llevaba a sus viajeros a través de Chinatown, Echo Park, Silver Lake y Los Feliz, antes de girar hacia el oeste y atravesar Hollywood, Beverly Hills, Brentwood y Palisades, para finalmente llegar al océano Pacífico. Por el camino, sus cuatro carriles atravesaban barrios pobres y barrios ricos, pasaban junto a campamentos de indigentes y mansiones, junto a instituciones icónicas del ocio y la educación, de la comida y la religión de culto. Era la calle de las cien ciudades y, sin embargo, era una sola ciudad.

Al pensar en ello, Ballard se acordó de Bosch. Sacó su teléfono y lo llamó, poniéndolo en altavoz.

—Voy a reunirme con LP3.

—¿Ahora? ¿Sola?

—No, mi contacto de Bandas, Davenport, estará allí. Él lo ha preparado. Va a buscarla para llevarla a la reunión.

—¿Dónde?

—En Sunset Beach. En el aparcamiento.

—Eso es un poco raro.

—A mí tampoco me hizo mucha gracia. Ella está alejada de la vida de las bandas y vive allí. No tenía elección, según Davenport.

—¿Y esto va a ser ahora?

—En unos cuarenta y cinco minutos. Voy para allá.

—Vale. Mira, si algo va mal, manda alguna señal. No me verás, pero estaré allí.

—¿Qué? Harry, nada va a salir mal. Davenport va a estar

ahí. Y esta confidente es una ama de casa ahora. Quédate y te llamo después. Además, te pusieron la vacuna ayer, así que deberías estar tranquilo hasta que estés seguro de que no hay efectos secundarios.

—Estoy bien, y estás olvidando algo. La única forma de que esos expedientes hayan desaparecido de dos divisiones diferentes es que alguien de dentro del departamento los haya cogido. No estoy tratando de acusar a Davenport, pero él estaba en Hollywood cuando yo estaba allí y no me caía bien. No digo que sea corrupto, pero era perezoso y le gustaba largar. Y no sabemos con quién ha estado hablando de esto.

Ballard no respondió al principio mientras pensaba en las preocupaciones de Bosch.

—Bueno, confirmo que es perezoso, pero pensé que eso era más bien algo reciente —dijo—. Su respuesta personal a la desfinanciación. Pero no creo que vaya a haber ningún problema. Le he contado lo que voy a hacer a mi teniente, y al teniente de guardia, porque me voy a alejar mucho de la división. No voy a impedir que vengas, Harry, incluso podemos reunirnos y hablar después. Pero creo que no va a pasar nada.

—Espero que tengas razón, pero allí estaré. Y debería ir saliendo.

Colgaron y Ballard pensó en las palabras de Bosch el resto del camino mientras seguía los carriles curvos de Sunset Boulevard.

# 23

Tras la última curva, Sunset descendía hasta la playa, y Ballard vio un amplio aparcamiento junto a un restaurante turístico cerrado. Solo había un coche estacionado y no tenía las líneas cuadradas de un coche de policía. Ballard había olvidado que Davenport probablemente conducía un vehículo de incógnito para su trabajo en Bandas. Mientras esperaba a que cambiara el semáforo, lo llamó.

—¿Ya has llegado?

—Estamos aquí esperando y llegas tarde.

—¿Qué coche conduces? Estoy a punto de aparcar.

—Es obvio, Ballard. Somos el único coche en el aparcamiento. Entra.

Colgó. Miró la luz roja brillante del semáforo. Reconoció que Bosch la había asustado. Comprobó la gasolinera de la esquina y el aparcamiento del supermercado de más allá y no vio el viejo Cherokee de Bosch. Era imposible que hubiera llegado desde su casa tan rápido.

El semáforo cambió a verde y ella cruzó al aparcamiento. La barrera junto a la máquina de pago estaba levantada a esa hora. Se dirigió hacia el coche estacionado en medio del aparcamiento en un ángulo que hacía que sus faros atravesaran la ventanilla del conductor. Al acercarse, reconoció a Davenport al volante. Luego hizo un giro y vio que su pasajera estaba en el asiento delantero. Se acercó para hablar por la ventanilla y puso la transmisión en modo P. Antes de apagar el motor, sacó su minigrabadora, la encendió y empezó a grabar. La introdujo en la rejilla de ventilación lateral del aire acondicionado, donde la confidente no la vería, pero captaría todo lo que se dijera. A continuación, levantó la radio y llamó al centro de comunicaciones para que quedara constancia de su última ubicación en caso de que algo saliera mal.

Bajó la ventanilla y apagó el motor.

La mujer que estaba sentada a un metro de distancia en el vehículo de Davenport era latina y tenía unos cuarenta años. Llevaba los ojos muy maquillados, tenía el pelo largo y castaño, y una blusa con el cuello alto que ella pensó que probablemente ocultaba tatuajes o las cicatrices de haberlos eliminado.

Davenport se inclinó hacia delante para ver a Ballard.

—¿Por qué tanto misterio, Ballard? ¿Y has informado de esto? ¿Me estás tomando el pelo?

—Robinson-Reynolds me lo ha pedido.

—Ni siquiera deberías haberle hablado de esto.

—He tenido que hacerlo. Me sacas cuarenta minutos de la división y tenía que decírselo a alguien. Me dijo que avisara a Comunicaciones cuando…

—Sí, bueno, es un idiota. Tienes veinte minutos, Ballard. Haz tus preguntas.

Ella miró a la mujer. Parecía estar molesta por los gritos de Davenport a su lado.

—Bien, ¿cómo te llamas? —preguntó Ballard.

—¡Nada de nombres! —gritó él—. Joder, Ballard, te lo he dicho. Nada de nombres.

—Vale, vale, ¿cómo quieres que te llame? —preguntó Ballard—. Quiero que esto sea una conversación y me gustaría saber a quién dirigirme.

—¿Qué tal Jane? —gritó Davenport.

—Vale, no importa —dijo—. Empecemos con tu relación con Las Palmas 13.

—Mi prometido, al menos el hombre que yo creía que era mi prometido, era uno de los líderes en la época en la que estuve con él —dijo la mujer—. Un supremo.

—¿Y tú eras confidente en ese momento?

—Sí.

—¿Por qué?

La mujer no tenía ni rastro de acento. Habló con naturalidad sobre la doble vida potencialmente mortal que había llevado.

—Empezó a joderme. Salía con otras chicas. Putas pandilleras. Y a mí nadie me hace eso.

—Así que no lo dejaste. Te convertiste en confidente.

—Eso es. Y también me pagaron. Mi información era buena.

Se volvió a mirar a Davenport como si quisiera obtener una confirmación. Él no dijo nada. Ballard tuvo que adivinar que el prometido del que hablaba era Humberto Viera, del que Davenport dijo que estaba en Pelican Bay y que nunca iba a volver. Estaba hablando con la encarnación viva de la advertencia de que el infierno no conoce mayor furia que la de una mujer despechada.

—Quince minutos —dijo el otro en plan servicial.

—Le dijiste a tu controlador de la policía de Los Ángeles hace unos catorce años que Javier Raffa compró su salida de Las Palmas —dijo Ballard—. Pagó veinticinco mil dólares a Humberto Viera. ¿Te acuerdas de eso?

—Sí me acuerdo —dijo la mujer.

—¿Cómo conociste esa información entonces?

—Vi el dinero. Lo vi entregarlo.

Que ella viera la transacción parecía confirmar aún más que Viera era su prometido y que su condena en Pelican Bay se debía en parte a su venganza.

—¿Cómo se produjo ese trato? —preguntó Ballard—. ¿Raffa simplemente hizo la oferta?

—Se negoció —dijo la confidente—. Raffa quería salir y sabía que solo había una manera: en una caja. Pero mi hombre era codicioso. Siempre pensaba en él antes que en la banda. Y antes que en mí. Le dijo a Raffa que podía pagar su salida. Fijó el precio y lo ayudó a conseguirlo.

—¿Desguazando coches?

—No, Raffa ya lo hacía. Ese era su trabajo. Lo llamaban el Chopo.

—Entonces, ¿de dónde sacó el dinero?

—Tuvo que conseguir un préstamo.

—¿De dónde sacas un préstamo para salir de una banda?

—Había un hombre. La gente lo conocía. Un banquero callejero —dijo la mujer en español—. Acudió a él.

—Un banquero callejero.

—Sí, a él le sacó el dinero. El tipo tenía contactos para conseguirlo. Gente que quería hacer un préstamo.

—¿Recuerdas su nombre o quién era?

—Oí que era policía.

Davenport abrió la puerta de golpe y se acercó por la parte delantera del coche hasta la ventanilla de Ballard.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella.

Él pasó el brazo por delante de Ballard, que se echó hacia atrás, y sacó la llave del coche.

—Eso es todo —dijo—. Se acabó.

—¿De qué estás hablando, Davenport? —dijo ella—. Esto es una investigación.

—Y yo no he firmado para meter a ningún policía en esto. No en mi puta cara.

—Dame mi llave.

Davenport ya estaba rodeando su coche de nuevo, acercándose a la puerta abierta.

—Te la devolveré después de llevarla a donde no puedas encontrarla.

—Davenport, dame la llave. Te voy a meter un puto 128 por esto si…

—Vete a la mierda, Ballard. Yo te voy a meter un 128. Veremos a quién creen. Estás a una denuncia de la puta puerta. —Volvió a meterse en el coche y cerró.

Ella se centró en la mujer.

—¿Quién era el policía? —preguntó Ballard.

—No contestes, ni se te ocurra —gritó Davenport. Miró a su izquierda, y la ventanilla del pasajero empezó a subir.

—¿Quién era? —volvió a preguntar Ballard.

Él arrancó el coche. La confidente se quedó mirándola mientras su ventanilla se cerraba. Cruzaron a toda velocidad el aparcamiento hacia la salida.

—¡Maldita sea! —gritó Ballard—. ¡Mierda!

Entonces su teléfono empezó a zumbar y vio el nombre de Bosch en la pantalla.

—¡Harry!

—¿Qué acaba de pasar?

—Te lo cuento luego. ¿Dónde están? ¿Los ves?

—¿Te refieres al otro coche? Sí, se ha saltado el semáforo y ha empezado a subir por la PCH hacia Malibú.

—¿Puedes seguirlo? Se ha llevado mi llave. Se la está llevando a casa y necesito saber quién es y dónde vive.

—Voy.

Ballard oyó el ruido del teléfono al caer en la consola central mientras Bosch encendía el motor y se ponía en marcha. Renée bajó del coche y examinó con la mirada las tiendas y los aparcamientos de la Pacific Coast Highway. Vio el Jeep Cherokee cuadrado salir del supermercado hacia la PCH y dirigirse hacia el semáforo de Sunset, en dirección a Malibú.

—Atrápalo, Harry —dijo en voz alta.

# 24

Davenport no volvió hasta pasados casi cuarenta minutos. Ballard estaba apoyada en el lateral de su coche con los brazos cruzados mientras lo observaba cruzar el aparcamiento hacia ella. Sacó el brazo por la ventanilla, con la llave del coche colgando de la mano. No se iba a quedar. Mantuvo la mirada fija en el parabrisas mientras hablaba.

—Tenía que hacerlo, Ballard.

Ella le quitó la llave de la mano.

—¿Por qué?

—Porque nos estamos hundiendo. Lo último que necesitamos es arrastrar a otro policía a otro escándalo. ¿No lo entiendes?

—No, Davenport, no lo entiendo. ¿Quién es el policía al que estás protegiendo?

Él se volvió hacia ella.

—No lo sé y no se lo he preguntado, porque no quiero saberlo. Es al departamento al que protejo, Ballard, no al policía. Por eso, si me denuncias y yo te denuncio, vas a perder. El departamento siempre es lo primero. Siempre gana. Piensa en eso.

Davenport pisó el acelerador y salió disparado. Ella no se inmutó ni se movió. Siguió el amplio giro que hacía el otro para volver a la salida, luego sacó el teléfono y llamó a Bosch.

—Harry, ¿la tienes?

—Está en una casa aquí en la PCH. Al pie del océano, justo después del semáforo de Topanga Canyon. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha devuelto la llave?

—La tengo. Dame la dirección y voy contigo.

Quince minutos más tarde, Ballard se detuvo a un lado de la Pacific Coast Highway detrás del Jeep de Bosch. Bajó de su coche, se acercó y se puso en el asiento del pasajero junto a él.

—Es esa con las ventanas de ojo de buey —dijo Bosch.

Señaló al otro lado de la calle. La autopista estaba bordeada de casas en voladizo sobre las rocas, la arena y el agua. Estaban apiñadas unas junto a otras como dientes en una boca, tan juntas que era imposible decir que estaban al pie del océano, salvo por el sonido de las olas que resonaban detrás de ellas. La casa que Bosch señalaba era de dos pisos, con una cochera individual. Era de madera gris con molduras blancas y dos ventanas redondas en el segundo nivel. Ballard sabía que lo mejor estaría en el otro lado. Habría grandes cristaleras con vistas al océano.

—Han llegado —explicó Bosch— y él la ha hecho pasar, se ha quedado dos o tres minutos y se ha ido. ¿Qué está pasando, Renée?

—Ella estaba a punto de nombrar al prestamista —dijo Ballard—. Lo llamó «banquero callejero» y dijo que era policía. Entonces Davenport intervino y acabó con todo. Se hizo el noble, como si estuviera tratando de proteger al departamento. Pero no me lo trago. Creo que estaba a punto de revelar algo que él sabía.

—¿Es corrupto?

—¿Dónde está el límite de la corrupción? Creo que al menos sabe algo que podría dañar al departamento. Su decisión es encubrirlo en lugar de limpiarlo. Si eso es corrupto, entonces sí, es corrupto. Pero, sea lo que sea, él no sabía que ella iba a soltarlo. Si no, no habría organizado la reunión.

—Tiene sentido. Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Quiero el nombre del banquero callejero.

—Pues vamos a buscarlo.

Era un domingo por la noche y Malibú ya se había vaciado porque se acababa el puente. Había poco tráfico y ninguna amenaza para Ballard y Bosch mientras cruzaban cuatro carriles de la PCH en la oscuridad. La puerta de la casa en la que aparentemente vivía la confidente estaba junto a la cochera, cerca del lado del conductor del Porsche Panamera que estaba aparcado allí. Ella golpeó con fuerza con el lateral del puño para que se oyera por encima del sonido de las olas rompiendo detrás de la casa.

La puerta se abrió antes de que tuviera que volver a llamar. Había un hombre de pie. Tenía más de sesenta años, era blanco e intentaba manifiestamente parecer más joven: pendientes, pulseras, pelo teñido, perilla, vaqueros azules deshilachados y una sudadera gris con capucha. Todo conjuntado con el Porsche.

—¿Sí? —preguntó.

Ballard le enseñó la placa.

—Venimos a ver a la mujer que han dejado hace media hora —dijo—. Puede que sea su esposa.

—No sé de qué está hablando —dijo él—. Es medianoche y esto no tiene…

Lo interrumpió la confidente, que se acercó a él caminando desde atrás para ver quién estaba en la puerta.

—Tú —dijo ella—. ¿Qué quieres?

—Ya sabes lo que quiero —dijo Ballard—. Quiero el nombre. —Dio un paso adelante y su porte intimidante hizo que el hombre retrocediera, aunque sin dejar de protestar.

—Espere un momento —dijo—. No puede simplemente…

—¿Es su esposa, señor? —preguntó Ballard.

—Así es —dijo.

—Bueno, retroceda a menos que quiera que esta conversación tenga lugar en una comisaría —dijo Ballard. Luego miró directamente a la confidente—. No querrás eso, ¿verdad? Volver a tu antiguo barrio. Nunca se sabe quién de Las Palmas podría estar en el banquillo de los detenidos cuando entremos en la comisaría por la puerta de atrás.

—Gene —dijo la confidente—, déjalos entrar. Cuanto antes me ocupe de ellos, antes se irán. Sal a la terraza.

—Chica lista —dijo Ballard.

—Hace frío fuera —se quejó Gene.

—Vete —ordenó la confidente—. No vamos a tardar mucho.

—Dios —protestó Gene—, dijiste que esta mierda se había acabado.

Se dirigió hacia unas puertas correderas que daban a la terraza. Más allá, las olas de un azul casi negro estaban bellamente iluminadas por los focos fijados debajo de la casa. La confidente no empezó a hablar hasta que Gene estuvo fuera

y cerró la corredera para amortiguar el sonido del océano.

—No me gusta esto —dijo—. Davenport me dijo que no hablara más contigo. ¿Y tú quién coño eres? —Esta última parte iba dirigida a Bosch.

—Está conmigo —dijo Ballard—. Eso es todo lo que necesitas saber. Y no me importa lo que te haya dicho Davenport o si le gusta esto. Vas a contarme lo del banquero o te vas a meter en un problema en el que el dinero de Gene no va a ayudarte.

—No he infringido ninguna ley —dijo la confidente.

—Hay leyes estatales y hay leyes de bandas —repuso Ballard—. ¿Crees que Humberto Viera, encerrado en Pelican Bay, piensa que eres inocente? ¿Crees que no quiere saber dónde has estado estos últimos diez años?

Ballard vio que la amenaza atravesaba la armadura de la confidente. Había atado cabos correctamente. Viera era el prometido mujeriego y estaba encerrado de por vida en una cárcel de máxima seguridad donde tenía tiempo para pensar en quién le había hecho daño.

—Siéntate ahí —dijo Bosch, señalando un sofá—. Ahora.

Él también había interpretado la situación. La confidente acababa de pasar de ser una expandillera dura a ser una mantenida, asustada de que su vida cuidadosamente ordenada con un hombre mayor y rico cambiara de repente.

Hizo lo que le dijeron y se dirigió al sofá. Ballard eligió una silla giratoria situada frente a la mesa de café de bambú y orientada hacia las puertas correderas. La giró para ver a la confidente. Bosch se acercó a la corredera y se quedó de pie, de espaldas a Gene, que intentaba mirar a través del cristal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ballard.

—No voy a dar mi nombre —dijo la confidente.

Tenía el resentimiento escrito en el rostro.

—Necesito llamarte de alguna manera —insistió Ballard.

—Entonces llámame Darla —dijo la mujer—. Siempre me ha gustado ese nombre.

—Bien, Darla, háblame del banquero callejero. ¿Quién era?

—Lo único que sé es que era policía y que se llamaba Bonner. Nada más. Nunca lo vi. No sé qué aspecto tiene. Por

favor, ahora vete.

—¿Qué tipo de policía?

—No lo sé.

—¿Policía de Los Ángeles? ¿Sheriff?

—He dicho que no lo sé.

—¿Cuál era su nombre de pila?

—Tampoco lo sé, o te lo habría dicho.

—¿Cómo sabes que era policía? ¿Y su apellido?

—Por Berto. Me habló del tipo.

—¿Dijo que era un banquero callejero?

—Dijo que era el tipo que podía conseguirle dinero a Raffa. Se lo dijo. Yo estaba allí.

—¿Dónde?

—Fuimos a la casa del padre de Raffa. Allí arreglaban los coches en la parte delantera y los desguazaban en la trasera. Raffa vino al coche y Berto se lo dijo. Le dio un número para que llamara. Y también le advirtió al Chopo que Bonner era policía. Dijo que debía tener cuidado al tratar con él porque era policía, gente seria.

—¿Qué significa eso de «gente seria»?

—Que mejor no cabrearlo. Esas mierdas tienen consecuencias.

—¿Eso significa que era un asesino?

—No lo sé. Significa que era serio.

—Bien. ¿Se mencionó a Bonner más veces?

—Sí, cuando Raffa le llevó el dinero a Humberto. Dijo que Bonner se lo consiguió a través de un doctor y tuvo que firmar papeles y todo eso.

—¿Qué tipo de doctor?

—No escuché esa parte o no hablaron de ello. Solo recuerdo que era doctor.

—¿Cómo es que nunca le dijiste esto a tu enlace en la policía de Los Ángeles, lo de que el banquero era policía?

—Porque no soy tonta.

—¿Qué significa eso?

—Para empezar, si ocurría algo, Berto sabría que fui yo, porque me habló de Bonner en primer lugar. Y lo otro es que no te chivas de un policía a otro policía. Eso es una estupidez.

Lo siguiente es que alguien te delate a ti. ¿Entiendes lo que digo?

—Lo entiendo. ¿Cómo crees que Berto conoció a Bonner?

—No lo sé. Simplemente se juntaron de alguna manera. Se conocían antes de que yo entrara en escena.

Ballard sabía que esa era una conexión clave que era preciso establecer.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó—. ¿Cuándo entraste en escena?

—Berto y yo empezamos cuando yo tenía diecisiete años —dijo Darla—. Eso fue en 2004. Y estuvimos juntos seis años.

Ballard sentía cierto respeto por Darla y su trayectoria. Salir de East Hollywood y acabar en la playa era una trayectoria improbable. Se dio cuenta de que Darla sentía cierto orgullo por ello, a pesar de las elecciones amorosas que utilizó para llegar allí.

—¿Sabes si hubo otras transacciones entre Berto y Bonner? —preguntó—. Quiero decir, además del trato con Raffa.

—Sí, tenían negocios —respondió Darla—. Cuando alguien necesitaba mucho dinero, hablaban y tal. Creo que había otros tratos.

Miró a Bosch para ver si tenía alguna pregunta que ella no hubiera cubierto. Él asintió con la cabeza.

—¿Cómo se comunicaban Berto y Bonner? —preguntó.

—Por teléfono, sobre todo —dijo Darla—. A veces se reunían.

—¿Dónde?

—No lo sé.

La mujer apartó la mirada cuando contestó. Era la primera vez en la conversación que Ballard había visto un indicio de falta de veracidad. Miró a Bosch y este asintió ligeramente. Él también lo había visto.

—¿Estás segura? —preguntó ella.

—Sí, estoy segura —dijo Darla—. ¿Crees que le preguntaba a Berto por sus asuntos todo el tiempo? Habría conseguido que me mataran.

Darla volvió a apartar la mirada mientras manifestaba su protesta. Ballard sabía que ocultaba algo. Pensó en cómo

soltarlo y consideró qué podría estar cohibiendo a Darla. Entonces dio con el posible motivo.

—Vamos, Darla, cuéntanoslo.

—Ya os lo he dicho. No lo sé.

—Viste a Bonner, ¿verdad?

—Ya os he dicho que no.

—Lo seguiste. Seguiste a Humberto. Lo seguiste porque pensaste que iba a ver a una chica, pero era Bonner. Los viste juntos.

Darla se echó hacia atrás en el sofá, como si estuviera sorprendida por la conclusión de Ballard.

—¿Dónde se encontraron? —insistió—. Es importante, Darla.

Esta levantó una mano en el aire como diciendo «¿Por qué no? Ya has conseguido todo lo demás».

—Fueron a ese lugar de Franklin donde el pollo es tan bueno.

Ballard miró a Bosch.

—¿Al Birds? —preguntó.

El restaurante que hacía descuento a los policías.

—Sí, eso es —dijo Darla—. Los vi y luego me di la vuelta y me fui.

—¿Qué aspecto tenía Bonner? —preguntó Ballard.

—No lo sé, blanco. Era un tipo blanco.

—¿De qué color tenía el pelo?

—Iba rapado. El cabrón se creía que era Vin Diesel.

Ballard pensó en la descripción que Gabriel Raffa había dado del hombre con capucha.

—¿Iba de uniforme? —preguntó.

Darla se rio.

—Sí, el supremo Berto Viera comiendo con un policía de uniforme.

—Vale, sin uniforme. ¿Qué más recuerdas, Darla?

—Eso es todo. Nada más.

—¿Seguro? ¿Esa fue la única vez que los viste?

—Sí.

Ballard asintió. Tenía suficiente por el momento. Y sabía dónde podía encontrar a Darla si lo necesitaba. Miró a Bosch y

él asintió; también había terminado. Para rematar el interrogatorio, Gene golpeó el cristal desde la terraza y abrió las manos.

Tenía frío y quería entrar.

Ballard le hizo un gesto para que pasara y luego miró a la mujer.

—Gracias…, Darla —dijo—. Has sido de gran ayuda.

—¿Me vas a pagar? —preguntó la otra—. Los chicos de Bandas siempre me pagaban.

—Si te pagamos, tenemos que abrirte una nueva carpeta de chivata. No creo que quieras eso.

Darla miró a Gene mientras abría las puertas de cristal, con el sonido retumbante de una ola de fondo.

—No, supongo que no —dijo.

Ballard dio las gracias a la feliz pareja y salió con Bosch.

No había tráfico y cruzaron la PCH fluidamente.

—Has hecho una buena deducción —dijo Bosch—. Me refiero a lo de seguirlo para comprobar si se estaba viendo con una chica.

—Gracias —dijo Ballard—. Se me ocurrió de repente.

Se pararon entre sus coches.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bosch.

—Voy a buscar a Bonner —dijo ella—. A ver adónde nos lleva eso. Su descripción coincide con la que el hijo de la víctima me dio de un tipo blanco en la fiesta de Año Nuevo. Un tipo calvo con capucha.

—Hay algo que no encaja en su historia.

—¿Qué?

—Si el banquero, Bonner, era policía, ¿por qué Humberto no lo usó para librarse de la cadena perpetua?

Ballard asintió. Era un buen argumento.

—Tal vez lo intentó y a nadie le interesó —dijo.

—O tal vez este Bonner es tan «serio» que tuvo miedo de hacerlo. Tal vez pensó que el hecho de que fuera policía significaba que podría seguirle la pista hasta la cárcel del condado.

—Demasiadas hipótesis.

—Siempre las hay.

—Ve contándome lo que consigues. Estaré por aquí si me necesitas.

—Gracias, Harry. También por venir esta noche. No estaríamos en este punto si no hubieras pensado que Davenport era corrupto de alguna manera.

—Entonces supongo que ambos hemos hecho buenas deducciones esta noche.

—Qué gran equipo. Choca esos cinco.

Ballard levantó la mano.

—Se supone que no debemos hacer eso durante la pandemia —dijo Bosch.

—Vamos, Harry —lo instó Ballard—. Puedes hacerlo.

Él levantó la mano y le dio una palmada sin entusiasmo.

—Tendremos que trabajar en eso —dijo Ballard.

# 25

Tras darle señales de vida al teniente Rivera en la sala de guardia, Ballard se dirigió a la sala de detectives para intentar identificar a Bonner. La lista de agentes activos del departamento era de fácil acceso a través de la intranet. Había dos Bonner en activo, pero uno de ellos era una mujer, Anne-Marie, y el otro, Horatio Jr., no trabajaba en el departamento en el momento en que Javier Raffa compró su salida de Las Palmas 13. En el mejor de los casos, esos dos podrían ser parientes del Bonner que ella buscaba. Pero preguntárselo no era una opción. Sus lealtades estarían con su padre o con su tío o con quien fuera. Alertarían al Bonner que ella buscaba antes de que llegara a él.

Cada división tenía lo que se llamaba un libro de pensiones. Era una carpeta que se actualizaba anualmente con la lista de policías retirados que recibían pensión, es decir, que aún estaban vivos. Los agentes muertos eran los más difíciles de rastrear. La lista del libro de pensiones incluía los datos de contacto del exagente, así como el número de placa, el número de serie, las fechas de inicio y fin de servicio y el último destino en la división antes de la jubilación. El libro se utilizaba para contactar con agentes retirados cuando una investigación se relacionaba con sus actividades mientras estuvieron en activo. Era especialmente útil en los casos abiertos.

La copia del libro de pensiones de la División de Hollywood se guardaba en el despacho del teniente de detectives, que en ese momento estaba cerrado con llave porque Robinson-Reynolds estaba libre ese domingo por la noche. Sin arredrarse, Ballard utilizó un juego de ganzúas que guardaba en su archivador para abrir la sencilla cerradura del pomo. La carpeta blanca que buscaba estaba en un estante con diversos

manuales del departamento, detrás del escritorio del teniente. Como se había colado sin autorización, se dio prisa e hizo de aquello una operación de entrada y salida. Abrió la carpeta sobre el escritorio del teniente y buscó rápidamente un Bonner en los listados alfabéticos.

Encontró dos: Horatio Bonner, que se había jubilado en 2002, por lo que no podía ser el que estaba buscando, pero que presumiblemente era el padre de al menos uno de los Bonner empleados actualmente por el departamento; y un tal Christopher Bonner, que se había jubilado siete años antes tras veinte de servicio. Su último destino había sido la brigada de detectives de Hollywood, con un rango de detective de primer grado. Eso le resultó curioso. Nunca había oído hablar de Christopher Bonner. Había llegado a la división dos años después de que él se retirara, pero, aun así, no recordaba haber visto ni oído hablar de un caso en el que apareciera su nombre. Además, a Bosch no le había sonado el nombre, y eso que parecía que trabajaron en la División de Hollywood al mismo tiempo, aunque no estaba segura del año en que Harry la dejó para irse al centro de la ciudad, a la Unidad de Casos Abiertos.

Después de dejar la carpeta abierta sobre el escritorio, sacó su teléfono y tomó una foto de la entrada de Christopher Bonner. Mientras lo hacía, se fijó en una notita amarilla que había a un lado de la zona de trabajo central del escritorio. Robinson-Reynolds había escrito «Ballard» en la hoja superior y nada más. Obviamente, era para recordarse que debía decirle o pedirle algo. O tal vez para hablar con otra persona sobre ella. A Ballard no se le ocurría de qué podría tratarse, ya que la última vez que Robinson-Reynolds había estado en su despacho fue durante el turno de día en Nochevieja. Desde entonces no había ocurrido nada en lo que ella estuviera involucrada, salvo la investigación en curso de las dos primeras violaciones de los Hombres de Medianoche.

Dejó de lado la pregunta por el momento, se guardó el teléfono en el bolsillo y devolvió el libro de pensiones a su lugar en la estantería. Dejó el despacho tal y como lo había encontrado y cerró la puerta tras de sí.

En su escritorio prestado, Ballard transfirió la información

sobre Bonner de su foto a la pantalla de su ordenador. El tipo vivía en Simi Valley, o al menos allí se enviaban los cheques de su pensión. Aquel sitio era un refugio de policías a las afueras de Los Ángeles, en el condado de Ventura. Estaba lo suficientemente cerca como para que hubiera vivido allí mientras trabajaba en Los Ángeles. Muchos policías lo hacían. Eso también lo situaba cerca del valle de San Fernando, donde el nexo de los cuatro dentistas giraba en torno a Crown Labs Incorporated.

Ballard se levantó y volvió a la sala de guardia. El teniente Rivera estaba en su escritorio, con una magdalena en la mano. Había una bandeja en un mostrador cercano. Cuando Ballard se acercó, Rivera la señaló sin soltar la magdalena.

—Agradecimiento ciudadano —dijo—. Sírvete tú misma.

—Hoy en día hay que hacer que las analicen primero en el laboratorio —dijo Ballard—. Senósidos, ¿sabe?

—¿Qué diablos es eso?

—Un laxante. El principio activo del Ex-Lax.

Rivera miró la magdalena recubierta de chocolate que tenía en la mano y probablemente en su mente visualizara gente que las había comido haciendo cola en el baño. Ya le había despegado el papel. Vacilante, la dejó sobre una servilleta en su escritorio.

—Muchas gracias, Ballard —dijo.

—Solo quiero cuidar de usted, teniente —dijo ella—. ¿Quiere que llame al laboratorio?

—¿Por qué estás aquí, Ballard? Todo está tranquilo en el frente occidental.

—Lo sé. Quería preguntarle por Christopher Bonner.

—¿Bonner? ¿Qué pasa con él?

—¿Lo conoce?

—Claro. Trabajó aquí.

—Parece que trabajó aquí como detective.

—Sí, tenía tu puesto.

—¿Qué?

—Trabajó en la sesión nocturna hasta el día en que entregó la placa.

Ballard se sorprendió por la coincidencia, pero eso le ayudó

a explicar por qué desconocía su nombre. Los detectives del turno de noche entregaban sus casos a los detectives del turno de día. Por lo tanto, en muchos casos no figuraban formalmente como responsables. Eso también podría explicar por qué a Bosch no le había sonado.

—Entonces, tuvo que conocerlo bastante bien —dijo ella.

—Sí, supongo —dijo Rivera—. Trabajó para mí, igual que tú.

Ballard no se molestó en corregirlo acerca de quién era su superior jerárquico.

—Ha dicho «el día en que entregó la placa» —dijo—. ¿Pasó algo con él que lo hiciera renunciar?

—No lo sé, Ballard —dijo Rivera—. Simplemente lo dejó. Quizá se hartó de toda la mierda que hay ahí fuera. No necesito decirte lo que se ve en el turno de noche.

—No, no hace falta.

—¿Por qué preguntas por Chris?

—Eh, su nombre surgió en el homicidio del jueves por la noche. Conocía a la familia desde hacía tiempo. Tenía curiosidad por él, eso es todo.

Ballard esperaba que su respuesta satisficiera a Rivera y no levantara sospechas. Como maniobra de distracción, se inclinó sobre la bandeja de magdalenas, sujetándose el pelo para que no cayera sobre el glaseado.

—¿Sabe? —dijo—. Creo que estas tienen buena pinta. ¿Le importa si cojo una?

—Haz lo que quieras —dijo Rivera.

Ella eligió una de vainilla con glaseado.

—Gracias —dijo—. Es difícil ocultar algo en la vainilla.

Se dirigió a la puerta.

—Estaré por aquí si me necesita —añadió.

—Te llamaré —dijo Rivera.

Cuando regresó a la oficina de detectives, tiró la magdalena en la papelera que estaba debajo del escritorio que le habían prestado. Luego sacó su teléfono y llamó a Bosch, esperando que no se hubiera ido a acostar ya.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó él.

—Creo que sí —dijo Ballard—. Y escucha esto: tenía mi

puesto aquí en Hollywood.

—¿Qué quieres decir? ¿Detective de la sesión nocturna?

—Eso es. Se retiró dos años antes de que yo llegara aquí, y creo que podríais haber coincidido.

—Debo de estar perdiendo facultades. No recuerdo ese nombre.

—Probablemente nunca te cruzaste con él. No lo ves, no lo recuerdas.

—¿Sigue por aquí?

—En Simi Valley.

—Bueno, eso lo pone en nuestro marco de referencia. Parece que es el prestamista. ¿También es el hombre de la P22?

—Todavía no hemos llegado tan lejos.

—¿Cómo vas a abordarlo?

—No puedo hacer mucho hasta mañana. Pero puedo revisar registros y ver si hay algo que conecte los puntos.

—Buena idea.

—Sí, así que deja que me encargue, tú duerme un poco, y te haré saber si consigo algo por la mañana después del turno. Para entonces probablemente también sabré si todavía tengo el caso.

—Buena caza.

Esa era la despedida de un detective de homicidios. Era una muestra de respeto, y Ballard pensó que no había nadie en todo el departamento a quien respetara más que a Harry Bosch.

Antes de ponerse a trabajar en la base de datos del departamento, sacó su teléfono, abrió el correo electrónico y se enteró de que una mujer llamada Daisy, de Wags and Walks, había respondido a su petición de conocer al cruce de chihuahua llamado Pinto. El mensaje decía que el perro aún estaba disponible para ser adoptado y que estaría encantado de conocerla.

Ella, sin saber qué le depararía el día siguiente, respondió solicitando verlo el martes. Como ese día lo tenía libre habitualmente, dijo en el correo electrónico que Daisy podía fijar la hora de la cita y que ella se organizaría. Añadió que estaba muy emocionada por conocer a Pinto.

Ballard dejó el teléfono a un lado y utilizó el ordenador de sobremesa para entrar en la base de datos del departamento. Empezó lanzando la red más grande: todos los casos con el nombre y el número de serie de Bonner en los informes.

El departamento estaba digitalizado desde mediados de la década de 1990, así que toda la carrera de Bonner estaba cubierta. El motor de búsqueda tardó más de un minuto y ofreció más de catorce mil resultados. Ballard pensó que eso era realmente poco teniendo en cuenta que el tipo había cumplido veinte años de servicio. Calculó que cuando ella llegara a sus veinte años, tendría más del doble de resultados en la base de datos.

Revisar tantos informes, incluso los fáciles de descartar, podía llevarle días. Ballard tenía que reducirlo a horas, al menos inicialmente. Abrió la cronología en su ordenador portátil y comprobó la fecha del informe de inteligencia que indicaba que Javier Raffa había comprado su salida de Las Palmas. Estaba fechado el 25 de octubre de 2006, lo cual significaba que Bonner ya estaba asociado de algún modo con Humberto Viera en ese momento. Volvió a buscar informes con el nombre de Bonner, reduciendo la red a tres años antes y después de la fecha del informe.

Esta vez la búsqueda le llevó menos tiempo y el ordenador arrojó 5403 resultados. A continuación, la redujo a 3544 buscando solo dos años antes y después de 2006.

Ballard miró el reloj y vio que eran casi las tres. Su turno terminaba a las seis, pero iba a esperar a que Robinson-Reynolds entrara a trabajar, lo que ocurriría entre las siete y las ocho, seguramente más cerca de lo segundo que de lo primero. Después pensaba reunirse con Matt Neumayer, el jefe del equipo de Agresiones Sexuales, tanto si Lisa Moore había vuelto de su fin de semana en Santa Bárbara como si no.

Decidió que, si tenía suerte y no había llamadas, y si no se quedaba ciega con el ordenador, revisaría todos los informes antes de la hora de sus reuniones de la mañana siguiente.

Se puso a trabajar siguiendo un protocolo rápido para revisar los informes. Solo echaba un vistazo a la primera hoja, que contenía el nombre de la víctima, el sospechoso (si lo

había) y el tipo de delito o aviso. Eso le permitiría descartar rápidamente informes triviales de delitos menores e interacciones con civiles. Si algo la intrigaba, abría el informe completo para seguir leyendo, buscando conexiones con Humberto Viera o con cualquier otra persona cuyo nombre hubiera aparecido hasta entonces en la investigación de Raffa.

Era domingo por la noche y había calma en las calles. No recibió llamadas que la interrumpieran. Ballard se levantó una vez cada hora para apartar la vista de la pantalla del ordenador y tomar un café o pasearse por los pasillos de la sala de detectives. En un momento dado, un agente de patrulla entró en busca de un escritorio para redactar un informe, y Ballard lo mandó al otro lado de la sala porque no llevaba mascarilla.

A las dos horas de la búsqueda, había llegado a la fecha del 25 de octubre de 2006 con los informes y no había encontrado nada. No había visto ninguno donde Bonner estuviera implicado en una detención, investigación o interacción con un miembro de Las Palmas 13. Eso en sí mismo era una revelación, porque a Ballard le resultaba difícil creer que uno pudiera pasarse dos años enteros como detective del turno de noche sin ninguna interacción del tipo que fuera con un pandillero de dicha banda. Eso le decía que el tío había evitado los casos de bandas o que había mirado abiertamente hacia otro lado cuando se trataba de esos delitos.

También que tenía que replantear su búsqueda. No le pareció que emplear su tiempo revisando los registros de los siguientes dos años fuera lo mejor. En cambio, volvió al motor de búsqueda y buscó los registros de 2000 a 2004, lo que produjo 3113 informes con el nombre de Bonner.

Esos informes comenzaban con él como oficial de patrulla en la División de Hollywood. A continuación, obtuvo un ascenso a detective a principios de 2002 y fue asignado al tercer turno, que se consideraba un puesto base para un detective en ese momento. Todavía lo era, pero no había sido el caso de Ballard, cuya asignación a las horas oscuras había llegado como castigo por ejercer presión en relación con uno de los muchos males del departamento: el acoso sexual. Había

salido perdedora de una escaramuza departamental con su jefe en la División de Robos y Homicidios y la desterraron al turno de noche en Hollywood.

Una hora más tarde, Ballard encontró la aguja en el pajar digital de informes: un informe fechado el 5 de octubre de 2004 en el que Bonner figuraba como detective del turno de noche que respondió a un aviso de un tiroteo en una vivienda ocupada. El incidente ocurrió a las 3:20 en una vivienda de Lemon Grove Avenue, cerca de Western Avenue. En el sumario se indicaba que los ocupantes de la vivienda estaban durmiendo cuando un hombre abrió fuego con un arma automática desde un coche. Nadie resultó herido y es posible que los ocupantes ni siquiera hubieran llamado a la policía, pero sí lo hicieron varios vecinos.

En el informe figuraban como habitantes de la casa Humberto Viera y su novia, Sofía Navarro. Ballard pensó que ya sabía el nombre verdadero de Darla.

Un informe de seguimiento redactado por Bonner, que en ese momento llevaba menos de un año como detective, describía a Viera y Navarro como personas poco cooperativas. El informe se refería a él como un miembro de alto rango de la banda callejera Las Palmas 13.

En el sumario también se decía que la información de Bandas indicaba que era sospechoso de haber participado en un intento de secuestro de un miembro de una banda rival llamado Julio Sanz. Según la información, Sanz era miembro de los White Fence, que operaban en Boyle Heights, pero que estaban invadiendo el territorio de Las Palmas. El secuestro fue un intento de hacer presión para negociar un acuerdo sobre la frontera territorial.

Ballard intentó otra forma de conseguir información de Bonner. La División de Hollywood siempre había contado con el apoyo de un grupo de ciudadanos locales llamado Blue Hollywood. El grupo suministraba material, pagaba la fiesta de Navidad y organizaba reuniones con los vecinos. También daba la bienvenida a los recién trasladados y las gracias a los que se retiraban, a menudo con una noticia y una foto en su página web.

Ballard entró en bluehollywood.net y puso el nombre de Bonner en la ventana de búsqueda. Fue recompensada con una mención y una foto en la columna mensual «Idas y venidas» publicada siete años antes. Era la foto formal que había estado en el organigrama de la división fuera de la oficina del capitán cuando Bonner había servido. Ballard la amplió y la estudió. El tipo tenía los ojos hundidos y la cabeza afeitada. La camisa del uniforme le apretaba el cuello. No salía sonriendo.

Se echó hacia atrás y se frotó los ojos. La luz del amanecer empezaba a entrar por las ventanas abatibles que recorrían la parte superior de las paredes de la sala de detectives.

Había conectado directamente a Bonner con Viera, lo que daba crédito y confirmación a lo que Darla/Sofía había revelado: Viera puso a Javier Raffa en contacto con Bonner cuando necesitó una gran suma de dinero. También había encontrado una imagen del agente que coincidía con la descripción que le habían dado tanto Darla como Gabriel Raffa.

La siguiente conexión que había que hacer era entre Bonner y los dentistas y su operación de factoraje. El dinero que él había conseguido para Raffa procedía de algún sitio, y muy probablemente no de su propia cuenta bancaria. Pero Ballard no tenía ni idea de dónde se habían cruzado el detective del turno de noche y los dentistas diurnos.

Imprimió todos los informes sobre el incidente del tiroteo. Y, mientras esperaba, puso el nombre de Julio Sanz en la ventana de búsqueda y descubrió que había sido asesinado en noviembre de 2004, solo cinco semanas después del tiroteo en la casa de Humberto Viera.

A pesar de que notaba la vista cansada y no podía mantener la concentración en la pantalla del ordenador, sacó los informes sobre ese asesinato. Sanz había sido abatido en el cementerio Evergreen, donde había ido a visitar la tumba de su padre en el aniversario de su muerte. Lo encontraron tirado en la tumba, con un disparo en la cabeza al estilo de una ejecución.

El caso nunca se resolvió.

Ballard volvió a apartarse de la pantalla y consideró este

último dato. Cinco semanas después de que ametrallaran la casa de Humberto Viera, y cinco semanas después de que Viera conociese al detective Christopher Bonner en ese caso, el hombre que se creía que estaba detrás del tiroteo fue asesinado en un cementerio del este de Los Ángeles.

No era ninguna coincidencia. Estaba empezando a ver las relaciones entre los elementos de su investigación. Todo se movía en una misma órbita, en torno al asesinato de Javier Raffa.

# 26

Ballard no sabía a qué hora llegaría Robinson-Reynolds después del puente. Decidió aprovechar el tiempo de espera para cambiar de tema y pasar del caso Raffa a la investigación de los Hombres de Medianoche.

Sabía que la mayoría de los departamentos de servicios de la ciudad empezaban a trabajar a las siete. Salió de la comisaría y se dirigió a East Hollywood, donde el Departamento de Alumbrado Público tenía un almacén en Santa Monica Boulevard con Virgil Avenue. Su ubicación estaba marcada por una procesión de los distintos tipos de farolas que había en Los Ángeles, todas ellas plantadas en la acera frente al depósito. En el museo del condado había una instalación artística de farolas de la ciudad a la que acudían turistas y aficionados al arte para hacerse selfis. Ahí, en cambio, estaba lo auténtico. Ballard entró en el depósito y aparcó delante de la oficina. Sabía que debía actuar con prudencia. No era descabellado pensar que uno o ambos Hombres de Medianoche trabajaran para el DAP. Eso podría explicar su familiaridad con los distintos barrios de Hollywood, y que supieran qué cable cortar para apagar la luz del exterior de la casa de Cindy Carpenter sin interrumpir la línea que alimentaba el resto de las farolas de la calle. Ballard había visto una maraña de cables detrás del panel de acceso, pero solo habían cortado uno.

Al bajar del coche, observó el depósito y luego las cocheras. Supuso que la mayoría de las furgonetas del DAP ya estaban sobre el terreno, pero había dos vehículos aparcados en los talleres. Eran blancos, pero no eran furgonetas, y cada uno llevaba un escudo de la ciudad en la puerta del lado del conductor con «DEPARTAMENTO DE ALUMBRADO PÚBLICO» impreso debajo. Jack Kersey no había mencionado lo del escudo en su

descripción de la furgoneta que había visto en Deep Dell Terrace.

Ballard entró en la oficina, mostró su placa y pidió hablar con un supervisor. La acompañaron a ver a un hombre llamado Carl Schaeffer, que tenía un cubículo desde donde veía las tarjetas de fichar y el reloj, y en la pared de detrás de su escritorio se exponían los turnos. Su título era el de supervisor de depósito. Cerró la puerta y observó bien al tipo. Tenía más de cincuenta años y estaba muy lejos del rango de edad que las víctimas habían estimado que tenían los Hombres de Medianoche.

—Necesito confirmar una información relacionada con la reparación del alumbrado público —dijo Ballard.

—Cubrimos desde Alvarado hasta Westwood y desde el norte de la 10 hasta Mulholland —dijo Schaeffer—. Si es ahí donde está buscando, entonces soy su hombre. ¿En qué puedo ayudar?

—Estoy buscando los registros de reparación de Deep Dell Terrace para…, vamos a remontarnos a los dos últimos meses.

—De acuerdo, eso lo sé sin mirar, porque vamos a enviar una camioneta allí hoy.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que tenemos una situación de manipulación. Un vecino propietario dice que dos de nuestros hombres cortaron la corriente de la farola, pero no teníamos ningún operario allí arriba. Parece que fue vandalismo.

—¿Cuándo fue eso?

—Ocurrió el 30 de diciembre, según el vecino.

—¿Puede cancelar el servicio de hoy?

—Eh, claro que puedo. ¿Por qué?

—Voy a pedir que procesen la farola y la placa de acceso para buscar huellas dactilares. Se ha cometido un crimen en la zona y es posible que los sospechosos cortaran la luz antes.

—¿Qué tipo de crimen? ¿Un asesinato?

—No.

Schaeffer esperó a que Ballard dijera algo más, pero no lo hizo. Él entendió el mensaje.

—Pero ¿cree que alguien cortó la luz para que nadie

pudiera verlos?

—Posiblemente. ¿Tiene algún registro de otras órdenes de trabajo para Deep Dell?

—No. Puedo mirarlo, pero no recuerdo nada reciente. Hay un tipo que vive allí que, cada vez que se apaga una luz, nos llama, y lo de Deep Dell Terrace ha sido la primera vez que he sabido de él en un año.

—¿Jack Kersey?

—Parece que también los llama a ustedes.

—Me encontré con él allí.

—Es un personaje. Nos lleva firmes, se lo aseguro.

—Me lo creo.

—¿Qué más puedo hacer por usted, detective?

—Quiero comprobar si ha habido órdenes de reparación recientes en otras dos calles.

No le dio las fechas ni las direcciones exactas de las dos primeras agresiones sexuales. Solo le preguntó si se había realizado alguna reparación en los últimos tres meses en el 600 de Lucerne Boulevard o en el 1300 de Vista Street. Schaeffer no pudo responder de memoria a esas preguntas. Introdujo las direcciones en su ordenador y luego envió dos páginas a su impresora.

—La respuesta es que sí —dijo—. Lo estoy imprimiendo para usted. Recibimos llamadas de ambas calles. La queja de Lucerne es del 2 de diciembre, y lo reparamos el 4. En Vista llegó el día 28, pero estábamos sin personal, porque todo el mundo quiere esa semana libre. Esas reparaciones también se harán hoy.

—Quiero que también la detenga —dijo Ballard.

—No hay problema.

—Gracias. Tengo un par de preguntas más. En la reparación de Lucerne, ¿obtuvo un informe de cuál era el problema?

—Sí, está en lo que le he impreso. Fue vandalismo: cables cortados en la base.

—¿Varios?

Schaeffer comprobó la pantalla del ordenador.

—Tuvimos que reemplazar todo el circuito —dijo—. La línea de alimentación y el bucle.

Esa era la calle donde se había producido la primera violación. Ballard consideró que los Hombres de Medianoche habían cortado dos cables allí porque no sabían cuál era el de corriente. Para el ataque de Deep Dell ya se lo habían aprendido.

—Entonces, ¿apagaron varias luces a la vez? —preguntó.

—Exactamente —dijo Schaeffer—. Y recibimos quejas de múltiples residentes.

Al aprender a cortar la luz de una sola farola, la más cercana a la casa de la víctima prevista, los Hombres de Medianoche estaban mejorando su *modus operandi*, y era menos probable que llamaran la atención inmediatamente sobre sus nefastas intenciones.

—Bien —dijo Ballard—. Me he dado cuenta de que la mayoría de sus camionetas están de servicio, pero hay dos aparcadas. ¿Utilizan furgonetas blancas para las llamadas de servicio?

—¿Furgonetas? No. Utilizamos camionetas con plataforma, porque cuando tenemos que sustituir una farola o un conjunto de luces completo llevamos lo que necesitamos en la camioneta de trabajo. No se puede meter una farola de cuatro metros en una furgoneta, y eso es lo que hacemos con más frecuencia: sustituir todo el conjunto. A la gente le gusta golpearlas con el coche. —Sonrió ante su propio intento de broma.

—Entendido —dijo Ballard—. ¿Y sus camionetas están claramente marcadas como vehículos municipales? ¿Con el escudo de la ciudad y el nombre del departamento?

—Siempre —dijo Schaeffer.

—¿No hay furgonetas?

—Ni una. ¿Quiere decirme qué está pasando? ¿Hay alguien haciendo gilipolleces y diciendo que trabaja con nosotros?

—Me gustaría contárselo, señor Schaeffer. Ha sido de gran ayuda, pero no puedo, y necesito que mantenga la confidencialidad. No hable de esto con nadie.

—¿Qué voy a contar? No sé qué está pasando.

Ballard buscó en su bolsillo una tarjeta con su número de teléfono.

—Una última cosa —dijo—. Necesito conocer cualquier

aviso sobre cortes de luz en el área de Hollywood durante las próximas dos semanas. No me importa si es fin de semana o no, necesito que me llame en cuanto llegue un aviso de que hay una farola apagada. No me interesan los accidentes de coche. Solo luces quemadas, que funcionen mal, saboteadas…, lo que sea. ¿Puede hacer eso?

—Por supuesto, no hay problema —dijo Schaeffer.

—Gracias, señor. Cuando todo esto acabe, le contaré más.

—Sea lo que sea, espero que atrapen a ese cabrón. Especialmente si es él quien está cortando nuestros cables.

Le entregó las hojas impresas con los detalles de los dos primeros cortes de luz. Ballard le dio las gracias de nuevo y se marchó. Mientras volvía a su coche, reconoció para sí misma que lo más probable era que la siguiente denuncia de una farola saboteada en Hollywood llegara demasiado tarde, cuando ya se hubiera producido la siguiente agresión sexual.

Desde el depósito, Ballard fue a las ubicaciones exactas de las farolas anotadas en los papeles. En ambos casos, la luz en la que se había cortado el cableado estaba muy cerca de la casa en la que se había producido la agresión sexual. No le cabía duda de que los Hombres de Medianoche habían manipulado las luces antes de los ataques para ocultar aún más sus actividades en la oscuridad. También se dio cuenta de que en ambos lugares las farolas eran diferentes de las bellotas de cristal del Dell.

Llamó a la División de Investigaciones Científicas y solicitó que un técnico de huellas fuera a procesar la placa de acceso de la farola de Vista, así como la de Deep Dell Terrace. Era una apuesta arriesgada, pero Ballard sabía que las apuestas arriesgadas nunca dan resultado si no se hacen. Una huella dactilar podía cambiar la trayectoria de la investigación en un instante. Dejó la dirección de Lucerne fuera de la solicitud, porque esa luz ya había sido reparada y cualquier huella dactilar que hubieran dejado los Hombres de Medianoche probablemente habría desaparecido.

Consultó su teléfono y vio que eran casi las ocho y que su teniente debería estar en su despacho cuando ella volviera.

Por el camino, recibió una llamada de un coordinador de

autopsias de la Oficina del Médico Forense del Condado. Con más de mil a la semana, el forense necesitaba un coordinador solo para establecer el calendario y notificar a los investigadores y a las familias de los fallecidos. Le informaron de que la autopsia de Javier Raffa estaba fijada para las once de la mañana con el doctor Steven Zvader.

Ella dijo que estaría allí.

El teniente Robinson-Reynolds estaba detrás de su escritorio cuando ella volvió a la oficina de detectives. Ballard llamó a la ventana junto a la puerta abierta y él le hizo una señal para que entrara.

—Ballard —dijo—, creía que ya te habías ido a casa. ¿Cómo va esa cabeza?

—Estoy bien —contestó—. Estaba con el asunto de los Hombres de Medianoche.

—Tienes que rellenar un LAS.

—Estoy bien, teniente.

—Mira, ¿quieres que te paguen por la noche del sábado cuando te fuiste a casa temprano? Rellena el formulario.

Ballard sabía que rellenar el formulario de lesión en acto de servicio le llevaría casi una hora y que su única finalidad era dejar constancia de las lesiones por si el agente emprendía más tarde acciones contra el departamento o solicitaba una jubilación anticipada debido a una lesión. El ayuntamiento no cubriría ni aceptaría ninguna solicitud económica ni de jubilación basada en lesiones no detalladas en el formulario LDS. No importaba que algunas se convirtieran en un problema mucho tiempo después de haberse producido inicialmente. Bosch era un ejemplo. Estuvo expuesto a material radiactivo en un caso. Diez años más tarde, cuando se manifestó en forma de leucemia, el ayuntamiento trató de mirar hacia otro lado, porque él nunca presentó el LAS. Por suerte, tenía buenos médicos y un buen abogado y se arregló.

—Muy bien —dijo Ballard—. Me ocuparé antes de irme. De todos modos, tengo que quedarme para la autopsia de Raffa.

—Bien —dijo Robinson-Reynolds—. Deberíamos hablar de eso. Siéntate, Ballard.

Ella se sentó en una de las sillas frente al teniente. Al

hacerlo, se fijó en una bolsita de cuero negro en la esquina del escritorio. Quedaba fuera del campo visual de él debido a un archivador vertical que el teniente tenía delante. Seguramente no se había fijado al entrar en el despacho, porque es probable que fuera leyendo el informe nocturno.

La bolsa contenía el juego de ganzúas de Ballard. Se la había dejado encima del escritorio después de entrar en el despacho la noche anterior para conseguir el libro de pensiones. Luego la había olvidado al salir. Si el teniente la encontraba, no podría rastrearla hasta ella, pero sabría que alguien había estado en su despacho durante el puente, y Renée sabía que las sospechas recaerían en ella. Estaba pensando en una forma de cogerla subrepticiamente cuando Robinson-Reynolds le dijo que estaba fuera del caso Raffa.

—Espere, ¿qué? —preguntó.

—He hablado con el West Bureau y están dispuestos a quitártelo de encima —dijo Robinson-Reynolds.

—No quiero que me lo quiten de encima. He estado trabajando en eso toda la noche y he identificado a un sospechoso. Quiero seguir.

—Eso está muy bien y estoy seguro de que te lo agradecerán. Pero no es tu trabajo. No eres detective de homicidios. Ya hemos hablado de esto antes, y, maldita sea, detesto que cada vez que no quieres dejar un caso intentes hacerlo pasar por una traición. No soy tu enemigo, Ballard. Hay un protocolo establecido y debemos seguirlo.

—La autopsia es dentro de dos horas. ¿Quién se encarga de eso?

—Asumo que tú. Pero luego llamas a este tipo y te pones de acuerdo para entregarlo todo.

Le pasó una nota adhesiva por el escritorio. Tenía su nombre en la parte superior (era la notita amarilla que había visto antes), pero ahora tenía otro nombre y un número escritos debajo del suyo: detective Ross Bettany. Ballard nunca había oído hablar de él, pero sería el encargado de quitarle el buen trabajo que había hecho y cerrar el caso.

—Háblame de este sospechoso —dijo Robinson-Reynolds.

Ballard sabía que, si mencionaba que había relacionado dos

asesinatos y que el probable sicario era un expolicía de Los Ángeles, ni siquiera conseguiría ocuparse de la autopsia. El teniente pasaría por encima de ella y del West Bureau e iría directamente a la División de Robos y Homicidios. Ellos cogerían el caso como un halcón atrapando un gorrión al vuelo. No quería que eso ocurriera. Si no podía ser la responsable, quería entregar el caso a Bettany de tal manera que aún conservara una parte de él. Así, Bettany y su compañero la necesitarían a ella y sus conocimientos para cerrarlo.

—Creemos que fue por dinero —dijo—. Como le conté ayer por teléfono, el taller de Raffa estaba en un terreno valioso. Tenía un socio silencioso y estaba tratando de romper su contrato. Creemos que el socio contrató a un sicario, el intermediario que los unió a ambos en primer lugar.

Ballard pensó que acababa de caminar por la cuerda floja sin red. Nada de lo que había dicho era falso. Solo que no había contado toda la historia.

—¿«Creemos»? —preguntó Robinson-Reynolds.

—¿Qué? —dijo Ballard.

—Has dicho «Creemos que fue por dinero». ¿Quiénes lo creen?

—Ah, lo siento, es solo una expresión. Quise decir «nosotros», el departamento en su conjunto. Creemos.

—¿Estás segura?

—Eh, sí. La última vez que lo comprobé, el departamento no había cubierto la plaza de mi compañero debido a la congelación.

El teniente asintió, como si todo eso fuera cierto.

—¿Conoces a un tipo llamado Harry Bosch? —preguntó él —. Retirado del departamento. Trabajó aquí en Hollywood durante muchos años, de hecho.

Ballard se dio cuenta de que acababa de caer en una trampa. Había entrado por una puerta y esta se había cerrado tras ella. La siguiente tenía que abrirse desde el otro lado. Y Robinson-Reynolds era la persona que estaba en ese lado.

—Sí, lo conozco —dijo con cuidado—. Nuestros caminos se han cruzado alguna vez. ¿Por qué?

Quería obtener todo lo que pudiera de Robinson-Reynolds antes de intentar caminar por la cuerda floja de nuevo.

—Porque tengo un informe de Bandas aquí en mi escritorio —dijo Robinson-Reynolds—. Tenían vigilado el funeral de tu víctima para ver qué tipos de Las Palmas se presentaban. En cambio, consiguieron fotos tuyas de pie con un señor mayor identificado como Harry Bosch y hablando con otro tipo que no parecía muy contento de que lo abordaran.

Su mente se aceleró a toda velocidad mientras trataba de componer una respuesta.

—Sí —dijo—. Ese era Bosch y ese era el socio silencioso del que hablaba. Dennis Hoyle.

Ballard dudaba de que Robinson-Reynolds fuera a picar con el cebo de Hoyle, pero eso le dio tiempo para pensar en la confrontación. Sabía una cosa: Davenport estaba detrás de eso. Él había enviado las fotos de vigilancia al teniente. Decidió buscar una manera de lidiar con él más tarde.

—¿Y Bosch? —dijo Robinson-Reynolds—. ¿Por qué estaba allí, contigo?

El teniente levantó una foto de vigilancia, y allí estaba Harry junto a ella mientras confrontaban a Hoyle en su coche. Ballard sabía que su única salida era sacar a relucir el primer asesinato. El caso de Bosch. Si le daba eso a Robinson-Reynolds, sobreviviría.

—Bueno, verá —comenzó—. Cogí…

—Déjame ver si puedo unir las piezas —dijo el teniente, cortándola—. Tienes la agenda llena. Te toca un asesinato en Nochevieja y el West Bureau está desbordado, así que tienes que ocuparte de eso durante todo el fin de semana. Luego los Hombres de Medianoche vuelven a actuar y se te suma eso. No tienes ayuda porque incluso Lisa Moore te ha abandonado para irse a Santa Bárbara…, sí, lo sé. Así que estás entre la espada y la pared y te acuerdas de Harry Bosch, el tipo retirado que desearía no estar retirado. Piensas: «Podría pedirle ayuda y consejo, pero ¿cómo llego a él?». Así que sacas tu bolsita negra de ganzúas y te cuelas en mi despacho para conseguir el libro de pensiones que tiene el número de Bosch. El único problema, además de que Bandas lo fotografió, es que olvidaste la bolsita

negra y pusiste el libro de pensiones en el lugar equivocado. ¿Cómo voy?

Ballard lo miró con asombro. La puerta de la trampa se estaba abriendo.

—Es un buen detective, teniente —dijo—. Es asombroso. Pero hay otra razón por la que llamé a Bosch.

—¿Y cuál es? —preguntó Robinson-Reynolds.

—Hace diez años investigó un homicidio aquí en Hollywood. Conecté el caso Raffa con su caso a través de pruebas balísticas. El suyo sigue abierto. Quería hablar con él sobre el tema y acordamos reunirnos en el funeral por Raffa.

Robinson-Reynolds se recostó en su silla mientras consideraba la respuesta.

—¿Y cuándo ibas a decírmelo? —preguntó.

—Hoy mismo. Ahora. Estaba esperando la oportunidad.

—Ballard… —El teniente decidió no decir lo que iba a decir —. Solo asegúrate de que Ross Bettany reciba todo lo que tienes del caso —dijo en cambio.

—Por supuesto —dijo ella.

—Y mira, no me importa lo que hiciste. Pero sí me importa cómo lo hiciste. Tienes suerte de que piense que Davenport, allá arriba en Bandas, es un cabeza hueca. No sé por qué está enfadado contigo. Suena a celos profesionales. Pero lo que sí me molesta es que entres en mi despacho. Eso no puede volver a pasar.

—No pasará, señor.

—Sé que no pasará. Porque voy a conseguir una de esas cámaras Ring y la voy a poner aquí para que me avisen cada vez que entre alguien.

Ballard asintió.

—Es una buena idea —dijo.

—Así que coge tu bolsita negra y ve a llamar al West Bureau y queda para entregar el caso —dijo Robinson-Reynolds—. Luego llama a Bosch y dile que sus servicios en la investigación ya no son necesarios. Que el West Bureau se encargará a partir de ahora.

—Sí, señor.

—Y luego quiero que te reúnas con el equipo de Agresiones

Sexuales para pensar en los próximos movimientos sobre los Hombres de Medianoche. Quiero estar informado antes de que te vayas.

—Sí, señor.

—Ya puedes irte, Ballard.

Ella se levantó, cogió las ganzúas de la esquina del escritorio y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el teniente.

—Por cierto, estoy libre las próximas tres noches —dijo—. ¿Ya ha puesto a alguien de guardia?

—Todavía no —dijo Robinson-Reynolds—. Ya lo resolveré.

—¿Cómo ha sabido lo de Lisa y Santa Bárbara?

—Porque he estado allí. Voy caminando por la playa, oigo una voz y al mirar ahí está Moore, en una cabaña frente al Miramar.

—¿Le dijo algo?

—No. Voy a traerla aquí como he hecho contigo. A ver si me cuenta un cuento o me dice la verdad. Y no la adviertas, Ballard.

—No lo haré.

—Si me dice la verdad, todo bien. Si me miente…, bueno, no puedo permitirlo.

—Lo entiendo.

Ballard salió del despacho y giró inmediatamente a la derecha, alejándose de la sala de la brigada y dirigiéndose al pasillo delantero de la comisaría. Se pasó por la sala de descanso para prepararse una taza de café. Sabía que iban a pasar varias horas antes de que pudiera dormir. Tampoco quería estar en la oficina de detectives cuando Lisa Moore se presentara y el teniente la llamara a su despacho. No necesitaba que la culpara por no haberla avisado.

Mientras el café goteaba, Ballard consideró la posibilidad de enviarle un mensaje diciéndole que no mintiera al teniente.

Pero no lo hizo. Que se las arreglara ella sola y se atuviera a las consecuencias.

# 27

Ballard entró en la sala de la brigada por el pasillo trasero y vio a Matt Neumayer y a Ronin Clarke en sus cubículos de la sección de Delitos contra Personas. El de Lisa Moore estaba vacío. Se acercó y dejó su café sobre una de las mamparas bajas que separaban los cubículos. Era un módulo de seis personas; una mitad la ocupaba la Unidad de Agresiones Sexuales, y la otra, la Unidad de Delitos contra Personas propiamente dicha, que se ocupaba de todas las agresiones que no tuvieran una motivación sexual.

—¿No ha venido Lisa? —preguntó Ballard.

—Está aquí —dijo Clarke—. El teniente la ha llamado para hacer un *powwow*.

Ballard miró hacia el despacho del teniente y a través del cristal vio a Lisa sentada frente al escritorio de Robinson-Reynolds.

—Oye, Ronin, no deberías usar palabras como esa —dijo Neumayer.

Ella lo miró. No parecía que hablara en serio.

—*¿Powwow?* —dijo Clarke—. Culpa mía, la añadiré a mi lista. Supongo que no estoy despierto del todo. —Se volvió entonces hacia ella—. Y tú, Ballard, ¿eres india? Parece que algo tienes. —Simuló enmarcar su cara en un círculo.

—¿Quieres decir nativa americana? —preguntó Ballard—. No, no lo soy.

—¿Entonces qué? —insistió Clarke.

Neumayer intervino antes de que aquel continuara embarrándose.

—Renée, siéntate —dijo—. Háblame del fin de semana.

Ella se sentó en el puesto de Moore y tuvo que subir un poco el asiento para poder ver por encima de las mamparas tanto a Neumayer como a Clarke, aunque iba a hablar sobre

todo con el primero.

—Sabéis lo del nuevo caso de los Hombres de Medianoche, ¿verdad? —preguntó.

—Lisa nos lo ha contado antes de que la llamaran —dijo Neumayer.

—Bueno, creo que tenemos que cambiar un poco el enfoque —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó Clarke.

—El nuevo caso fue en las colinas —explicó Ballard—. En el Dell. Y no es el tipo de barrio en el que entras para espiar por las ventanas y buscar una víctima. Ella era el objetivo y la siguieron allí. Al menos esa es mi opinión. Y eso cambia la forma en que debemos abordar la elección de las víctimas. En los dos primeros casos, pensamos que los sospechosos eligieron el barrio por el acceso y luego buscaron a sus víctimas. Eso no pasa con la tercera víctima. Así que algo las conecta, y, sea lo que sea, un lugar o un evento real o virtual, es lo que las puso en el radar de los sospechosos.

—Tiene sentido —dijo Neumayer—. ¿Alguna idea de cuál es ese… punto?

—¿El nexo? —dijo Ballard—. No, todavía no. Pero la víctima tres regenta una cafetería en Los Feliz. Eso significa que tiene muchas interacciones con extraños a diario. De todos modos, para eso me he quedado. Para hablarlo con Lisa y con vosotros.

—Bueno, aquí viene —dijo Neumayer—. Vamos todos a la sala de operativos. Está libre.

Moore se acercó al cubículo. O se había quemado con el sol durante el fin de semana o estaba colorada por la vergüenza o la ira.

Ballard empezó a levantarse de su silla.

—No, no te levantes, Renée —dijo la otra—. Quédatela. Te la has ganado.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella.

—Tienes mi puesto —dijo Moore—. Más vale que empieces hoy.

Moore había captado la atención de Clarke y Neumayer; este ya estaba reuniendo archivos para llevarlos a la sala de

operativos.

—No sé de qué estás hablando —dijo Ballard.

—Claro que sí —dijo Moore—. En el próximo despliegue estoy en la sesión nocturna y tú en Agresiones Sexuales. Y no te hagas la tonta. Me la has jugado.

—No se la he jugado a nadie —dijo ella—. No tenía ni idea de esto.

—Ni yo —dijo Clarke.

—Cállate, Clarke —dijo Moore—. Esto es entre yo y esta perra que te apuñala por la espalda.

Ballard trató de mantener la calma.

—Lisa, espera un minuto —dijo—. Volvamos al despacho del teniente y…

—Vete a la mierda, Ballard —soltó Moore—. Sabes que soy madre soltera. Tengo hijos, ¿cómo diablos voy a trabajar de noche? Y todo porque te cabreaste porque tenías cubrirme.

—Lisa, te cubrí —dijo ella—. No le dije al teniente nada de nada sobre ti ni sobre…

—El teniente ya lo sabía, Lisa —intervino Neumayer—. Sabía lo del Miramar.

Moore apartó su atención de Ballard y la dirigió a él.

—¿Qué?

—Lo sabía —explicó Neumayer—. ¿Estuviste en el Miramar de Santa Bárbara? Guioncito me dijo el jueves que iba a ir allí a pasar el fin de semana. Si es allí donde estabas cuando deberías haber estado trabajando con Ballard, entonces probablemente te vio. ¿Te ha preguntado qué tal el fin de semana?

Moore no contestó, pero no tenía que hacerlo. Su cara la delataba. Se estaba dando cuenta de que la trampa en la que acababa de caer en el despacho del teniente se la había tendido ella misma.

—Acabas de caer en la cuenta —dijo Clarke—. La has cagado, Moore.

—Cállate, Clarke —soltó ella.

—Bueno, ¿podemos dejar de lado esta pequeña riña por ahora? —dijo Neumayer—. Vamos todos a la sala de operativos. Tenemos que atrapar a un par de violadores.

Hubo una pausa antes de que Moore hiciera un barrido con la mano en dirección al pasillo que llevaba a la sala de operativos.

—Te seguimos —dijo.

Los hombres se levantaron y Neumayer efectivamente fue indicando el camino con una carpeta blanca bajo el brazo. Clarke enseguida le dio alcance, quizá intuyendo que la tensión entre las dos mujeres no era algo en lo que conviniera meterse.

Ballard lo siguió a una distancia de diez metros y Moore ocupó la cuarta posición en el desfile. Habló a la espalda de la primera mientras caminaban.

—Supongo que quieres una disculpa —dijo.

—No quiero nada de ti, Lisa —dijo Ballard.

De repente, se detuvo en seco y se volvió hacia Moore. Estaban de pie en el pasillo trasero, donde solo el limpiabotas podía oírlas.

—¿Sabes?, puede que te hayas jodido a ti misma, pero también me has jodido a mí —dijo Ballard—. Me gusta mi trabajo. Me gustan las horas oscuras y ahora voy al turno de día gracias a ti.

Se dio la vuelta y siguió caminando por el pasillo, pasando por el puesto del limpiabotas.

Una vez que los cuatro se instalaron en la sala de operativos, Neumayer le pidió que resumiera los acontecimientos del fin de semana, ya que era evidente que Moore había hecho novillos. Ballard les puso al día de forma concisa y les contó que había contactado con las tres víctimas.

—Tengo aquí la encuesta Lambkin de la tercera —dijo—. Las otras dos ya deberían estar terminadas. Solo hay que llamarlas hoy para recogerlas. Cuando las comparéis, fijaos en si tenemos alguna coincidencia triple. O incluso doble.

Clarke gruñó ante la idea del trabajo de oficina.

—Gracias, Ballard —dijo—. ¿Por qué no te quedas a ayudar?

—Porque voy a estar durmiendo, Clarke —repuso ella—. He trabajado toda la noche y he estado con este caso todo el fin de semana. Me voy en cuanto acabemos con esta reunión.

—Está bien, Renée —dijo Neumayer—. Nos encargaremos a

partir de aquí.

—Bien, porque se supone que tengo los próximos tres días libres —dijo Ballard.

—De acuerdo —dijo él—. ¿Por qué no nos das la encuesta de la víctima tres y nos encargamos a partir de ahí? Puedes irte a casa.

—También puede que hayamos tenido suerte —dijo ella—. Estos cabrones cortaron la luz de la farola más cercana a la casa de cada víctima. Querían que estuviera oscuro.

—Joder —dijo Clarke.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Neumayer.

—Un residente en el Dell me dijo que la farola de delante de la casa de la víctima se apagó la noche anterior al ataque. Esta mañana he ido al DAP para ver las órdenes de trabajo y…

—¿El DAP? —preguntó Moore.

—El Departamento de Alumbrado Público —explicó Ballard —. En Santa Monica Boulevard, cerca de Virgil. He verificado las órdenes de trabajo, y en la calle de las víctimas cortaron la luz antes de las agresiones. No se conocen las horas exactas, porque se encargan cuando alguien se queja. Pero los registros de quejas coinciden. Creo que estos tipos sabotearon las farolas para que la calle estuviera más oscura cuando volvieran a hacer sus mierdas perversas. He pedido a los forenses que busquen huellas en los postes y en las placas de acceso de las farolas, pero creo que es una posibilidad remota.

—Eso está bien, Renée —dijo Neumayer.

—Pero ¿qué nos aporta? —preguntó Clarke.

—Idiota, el puente de Martin Luther King es dentro de dos semanas —dijo Moore—. Tenemos que controlar el DAP, y tal vez nos adelantemos a ellos en su próximo golpe.

Ballard asintió.

—Exactamente —dijo—. Y ya está controlado. Recibiré una llamada cada vez que se informe de un apagón entre ahora y entonces.

Clarke parecía dolido por no haber hecho esa conexión evidente.

—Suena excelente —dijo Neumayer—. Tal vez estemos sacando ventaja a estos tipos. Pero todavía tenemos que seguir

con las encuestas. Ronin y Lisa, elegid una víctima. Id a por las encuestas y luego nos reunimos aquí y empezamos a cruzar referencias. Renée, buen trabajo. Ahora vete a casa y duerme un poco.

Ella asintió. No mencionó que tenía que asistir a una autopsia.

—Llamadme si encontráis algo —dijo.

—Ah, una cosa antes de que nos pongamos en marcha —dijo Neumayer—. Quería hablar de los medios. Hemos tenido suerte de que no se hayan enterado de esto. Pero ahora, con un tercer caso, va a salir a la luz. De una forma o de otra, siempre pasa. Ahora que tenemos esta pista de las farolas, todavía me inclino a tratar de mantener la investigación en secreto. Pero es peligroso.

Siempre era un dilema sin solución. Hacerlo público alertaba a los sospechosos y les permitía cambiar el *modus operandi* utilizado para rastrearlos. Si no se hacía público, el departamento se exponía a las críticas por no advertir a la población de la amenaza existente. De manera típicamente cínica, la decisión de hacerlo público se tomaría por motivos puramente políticos para el departamento y sin tener en cuenta a las víctimas que podrían haberse salvado del trauma.

—Hablaré de eso con el teniente —dijo Neumayer—. Pero si esto se filtra no vamos a quedar bien. Gritarán que deberíamos haber avisado a la ciudadanía.

—Tal vez deberíamos —dijo Ballard—. Estos dos ya se enfrentan a cadena perpetua por múltiples violaciones. En cuanto se den cuenta de eso, probablemente vayan a más. Empezarán a no dejar víctimas vivas.

—Y ese es el riesgo que corremos —coincidió Neumayer—. Dejadme que hable con el teniente, y puede que él quiera hablar con Relaciones con los Medios. Os haré saber lo que se decida.

Mientras regresaban a la sala de la brigada, Moore no dijo nada a Ballard. La relación amistosa y profesional que habían compartido parecía haber desaparecido por completo y de forma permanente.

Ella cruzó la sala y llamó a la puerta abierta de Robinson-

Reynolds. Él le hizo una señal para que entrara.

—Ballard, pensaba que te habías ido.

—Me he quedado para informar al equipo de Agresiones Sexuales. Y ahora tengo que ir a la autopsia.

—Entonces seguramente te habrás enterado del próximo despliegue. Estás fuera de la sesión nocturna, Ballard. Iba a decírtelo yo mismo.

—Sí, me he enterado. Y, teniente, tengo que preguntar, ¿por qué se me castiga por los pecados de Lisa?

—¿De qué estás hablando? No es ningún castigo.

—Me ha dicho que yo estoy fuera de la sesión nocturna y que le tocará a ella.

—Eso es exactamente así. Te vas a la mesa de Sexuales, donde estoy seguro de que vamos a ver grandes mejoras. Tú y Neumayer vais a formar un gran equipo. Clarke es un lastre, pero generalmente inofensivo.

—Esa es la cuestión. Me gusta la sesión nocturna. Castigando a Lisa, me castiga a mí. No era mi idea dejar las noches.

Robinson-Reynolds se tomó una pausa. Ballard vio que su mente se agitaba. Había partido de la base de que a ningún detective le gustaba trabajar en el turno de noche. Pero ese era su punto de vista, no el de Ballard.

—Ya veo dónde he metido la pata —dijo—. No quieres moverte.

Ella negó con la cabeza.

—El único traslado que querría es volver a Homicidios en el centro, y sabemos que eso no va a ocurrir. Así que me gustan las noches. Una buena variedad de casos, ningún compañero que me lastre, ojos que no ven corazón que no siente… Es perfecto para mí.

—De acuerdo, anularé la orden. Cuando salga el próximo despliegue, seguirás en la tercera guardia.

—¿Qué pasa con Lisa?

—No lo sé. Probablemente se quede donde está y le abra expediente de personal. Pero, Ballard, no le digas que lo he anulado. Quiero que lo piense durante una semana hasta que se publique el nuevo despliegue. Ese va a ser su castigo.

Ella negó con la cabeza.

—Teniente, tiene hijos y va a empezar a hacer gestiones para que la cubran por las noches. Creo que debería decírselo. Denúnciela, póngalo en su expediente, como ha dicho, pero no la deje colgada así.

—Esto tiene que ser una experiencia de aprendizaje, Ballard. Y no se lo digas. Ni una palabra. Es una orden.

—Entendido.

Ballard salió de la comisaría, abatida.

A veces le parecía que las mayores barricadas en el llamado sistema de justicia estaban en el interior, antes incluso de salir por la puerta.

# 28

La autopsia fue rutinaria, salvo que ver el cuerpo desnudo de Javier Raffa en la mesa de exploración le mostró a Ballard hasta dónde había llegado para escapar de la vida de las bandas y dar ejemplo a su hijo, Gabriel. Además de lo que ya había visto en el cuello, tenía cicatrices de láser por todo el pecho, el vientre y los brazos: un doloroso mapa de tatuajes eliminados. Supuso que había tardado años en deshacerse de toda la tinta. A Ballard le recordó a los monjes que se flagelaban con látigos y otros instrumentos para arrepentirse de sus pecados. Fueran cuales fuesen los de Javier Raffa, había pagado un doloroso precio.

Solo le quedaba un tatuaje en el cuerpo. Era un sol naciente sobre el agua en el omóplato izquierdo. No mostraba símbolos ni palabras de afiliación a la banda.

—Bueno, se quedó con uno —dijo el doctor Zvader, el médico forense encargado de la autopsia—. Un sol poniente.

Ballard se dio cuenta de que no se podía saber si era un sol naciente o poniente, aunque el significado podía ser distinto.

—Es curioso —dijo—. Yo pensaba que era un sol naciente.

—Estamos en California —razonó Zvader—. Tiene que estar bajando.

Ballard asintió. Probablemente tenía razón, pero la hizo sentir mal. Un sol poniente significaba el final del día. Un sol naciente era un comienzo. Una promesa. Se preguntó si Raffa sabía que le quedaba poco tiempo.

Se quedó en la sala de autopsias hasta que Zvader encontró la bala que había matado a Raffa incrustada en el cartílago de la nariz. Había atravesado el cerebro tras entrar por la parte superior del cráneo, lo había matado al instante y se había alojado detrás de la nariz.

—Creo que estaba mirando los fuegos artificiales cuando

murió —dijo el doctor.

—Es muy triste —dijo Ballard.

—Bueno, es mejor que saber que viene y tener miedo —replicó Zvader.

Ella asintió. Tal vez.

La bala estaba muy dañada, primero por el impacto en el cráneo y luego por el cartílago. Zvader guardó el proyectil en una bolsa y escribió su nombre y el número de caso del forense antes de entregárselo a Ballard.

Esta se dirigió a la Unidad de Balística para dejar el proyectil para su análisis comparativo en la NIBIN. La posibilidad de éxito era aún más remota que con los casquillos debido a los daños que había sufrido la bala. La base de datos era esencialmente para comparar casquillos. Tanto era así que la comparación de proyectiles llevaba mucho retraso, y Ballard sabía que no iba a quedarse a esperar a que un técnico realizara el análisis. Tendría suerte si le daban alguna noticia en una semana.

Por el camino, recibió una llamada de Carl Schaeffer, el supervisor de talleres del DAP.

—Tenemos una. Una nueva.

—¿Una farola apagada?

—Sí, acaban de llamar. En Outpost.

—En primer lugar, señor Schaeffer, gracias por acordarse de avisarme.

—No hay problema. Tengo su tarjeta aquí en el escritorio.

—¿Tiene ya algún detalle?

—No, la mujer solo me ha dicho que la luz del exterior de su casa está apagada. Iba a enviar una camioneta, pero pensé en consultarlo con usted primero.

—Gracias. No la envíe. Déjeme hacer una llamada para ver si puedo enviar antes el coche de huellas. Yo o uno de mis colegas lo llamaremos cuando se pueda reparar.

—De acuerdo, detective.

—Y Carl, no quiero que se olvide de llamarme cuando llegue un aviso de estos, pero no estoy segura de que quiera que mi tarjeta esté en su escritorio. Recuerde, quiero discreción, y me he dado cuenta de que tiene el reloj de fichar

en su oficina. Todo el mundo ficha ahí, ¿verdad?

—Claro, entendido. Ahora mismo va al cajón.

—Gracias, Carl. ¿Puede darme la dirección o ubicación exacta de la farola de la que hablamos y el nombre de la persona que avisó?

Schaeffer le dio la información. La farola en cuestión estaba en la parte baja de Outpost Drive, una sinuosa calle de montaña que iba hacia el norte desde Franklin Avenue hasta Mulholland Drive. Ballard consideró desestimar la llamada, porque aún faltaban once días para el siguiente puente, y en los casos anteriores la farola la habían manipulado apenas un día antes del ataque de los Hombres de Medianoche. Pero Outpost estaba justo al otro lado del paso de Cahuenga desde el Dell. Los dos primeros asaltos se habían producido, en general, en la misma zona, al menos en la misma zona de patrulla. El caso del Dell podría ser el comienzo de una segunda serie de casos.

También tenía que considerar que ya se hubiera producido un cuarto ataque durante ese puente y que aún no se hubiera denunciado. En definitiva, no podía descartar el chivatazo de Schaeffer.

Tras dejar la bala que mató a Javier Raffa en la Unidad de Balística, condujo hasta Outpost y localizó la farola en cuestión. Detuvo el coche junto a la acera para bajarse y examinarla. Era de tipo bellota, como las del Dell. No vio signos evidentes de manipulación en la placa de acceso situada en la parte inferior de la farola. La luz estaba situada justo enfrente de la casa de la que procedía la queja. La mujer que vivía allí y que había dado el aviso se llamaba Abigail Cena. La vivienda era lo que Ballard siempre llamaba «rancho español». Tenía una sola planta y se extendía a lo ancho, con un tejado de tejas rojas y una fachada de estuco blanco. Había arbustos y otro tipo de vegetación debajo de las ventanas. También había un garaje adosado que a Ballard le recordó la casa de Cindy Carpenter y la presunta vía de acceso de los hombres que la violaron.

Llamó primero a la Unidad de Criminalística para pedir que el coche de huellas saliera a procesar la placa de acceso de la

farola. A continuación, llamó a Matt Neumayer y le informó del aviso de Carl Schaeffer desde el taller del DAP.

—¿Qué te parece? —preguntó él—. ¿Están cambiando las cosas? Este *modus operandi* no encaja.

—No lo sé —dijo Ballard—. Pero también hay que tener en cuenta que, si son ellos, puede que ya haya ocurrido este fin de semana pasado. Que violaran a dos mujeres, y que ahora hayan avisado de la farola.

—Oh, mierda, tienes razón. Podría ser un caso no denunciado.

—Puedo volver y quedarme discretamente por el barrio esta noche, pero ahora tengo que descansar. Tengo el depósito en reserva. Estaba pensando que tu equipo podría investigar quién vive en el vecindario, tal vez determinar si esta Abigail Cena o si alguna otra mujer de las casas de al lado vive sola.

—Sí, lo haremos. Duerme un poco. Y no te preocupes por esta noche. Sé que estás fuera. Si queremos vigilar la casa, lo prepararemos. Quizá deba acostumbrar a Lisa a trabajar de noche.

Eso le indicó a Ballard que Robinson-Reynolds no le había comunicado a Neumayer que rescindía la reasignación de Moore a la sesión nocturna. Se sintió mal por mantenerlo en secreto ante un buen tipo como él, pero estaba obligada a cumplir la orden del teniente. Y no quería participar en sus juegos de poder.

—Recibido —dijo Ballard—. Envíame un correo si lo preparas. Me gustaría saber qué está pasando.

—Eso está hecho. Dulces sueños, Renée.

—Sí, ya veremos… Ah, espera, ¿recogieron Lisa y Ronin las otras encuestas Lambkin?

—Están ahora en ello. Fueron juntos en lugar de separarse.

—Entendido. Bueno, infórmame de eso también. Sería bueno que encontráramos un triple cruce con los tres casos.

—Nos facilitaría el trabajo.

—Recibido.

Ballard desconectó y decidió que tenía que dejar de usar «Recibido» como despedida. Se estaba quedando anticuado. Mientras se inclinaba hacia delante para girar la llave en el

contacto, vio movimiento a su izquierda y al volverse se fijó en que la puerta del garaje de la casa de Abigail Cena se levantaba.

Había un Mercedes Clase G plateado dentro y pronto vio que se encendían las luces de freno, seguidas de las de marcha atrás. El coche salió del garaje y luego el portón volvió a bajar. Ballard solo alcanzó a ver la silueta del conductor debido a las ventanillas tintadas, pero pensó que el perfil del pelo indicaba que se trataba de una mujer. El vehículo retrocedió hasta la calle y luego se dirigió al semáforo de Franklin, a dos manzanas de distancia.

Ballard estaba exhausta, pero su curiosidad de investigadora, una bendición y una maldición a la vez, se impuso. Dio un giro de ciento ochenta grados y siguió al Mercedes. Quería echar un vistazo a Abigail Cena, si es que era ella, y ver si se ajustaba al perfil establecido con las tres primeras víctimas de los Hombres de Medianoche.

Siguió al vehículo hacia el este por Franklin en dirección a Los Feliz. Pensó que al menos estaría cerca de su barrio cuando terminara ese pequeño ejercicio.

Recibió una llamada en su móvil desde un número desconocido. Respondió con un simple «Hola», ya que técnicamente estaba fuera de servicio.

—Detective Ballard, Ross Bettany, Homicidios del West Bureau. Tenemos que reunirnos para que pueda hacerme cargo del caso del pandillero y ver qué tienes.

Ballard hizo una pausa para componer una respuesta.

—Acabo de salir de la autopsia, y no es un pandillero.

—Me dijeron que el tipo era de Las Palmas.

—Lo era. Se salió de la banda hace mucho tiempo. Esto no fue por nada de eso.

—Bueno, mis dos últimos casos lo fueron, así que esto será un cambio bienvenido. ¿Cuándo podemos reunirnos? Mi compañera, Denise Kirkwood, está fuera hoy, se ha cogido un día más de puente, pero vuelve mañana. ¿Quizá podríamos ir a verte entonces?

Ballard se sintió aliviada. Necesitaba dormir un poco. Vio que el Mercedes se desviaba de Franklin hacia el aparcamiento

del supermercado Gelson's en Canyon Drive. Una pequeña carga de adrenalina se disparó en su cansancio, porque sabía, por la encuesta Lambkin de Cindy Carpenter, que ella compraba allí, al igual que una de las otras víctimas.

—Mañana estaría bien —dijo Ballard—. Me voy a casa a dormir por primera vez en unas veinticuatro horas. ¿A qué hora? ¿Dónde?

—Iremos a verte a Hollywood —dijo Bettany—. Luego podemos ver cómo están las cosas y continuar donde lo dejaste. ¿Qué tal a las nueve en la División de Hollywood? ¿Habrás dormido lo suficiente?

Hizo la última pregunta con buen humor, pero Ballard se quedó con lo de «donde lo dejaste». Esas palabras la molestaron, y una vez más dudó de si entregar el caso. Su buen trabajo. El buen trabajo de Bosch. Quería estar allí cuando conectaran a los cuatro dentistas y a Christopher Bonner. Si Bettany y Kirkwood lo lograban…

—¿Sigues ahí, Ballard? —preguntó Bettany.

—Sí, a las nueve en la comisaría está bien —dijo ella—. Si quieres hacer algo hoy, podrías redactar una orden para examinar los registros corporativos de la víctima. No he tenido tiempo de revisar el despacho del taller.

—Entendido. Probablemente esperaré hasta mañana. Denise se encarga de la redacción.

Ballard conocía esa rutina. El hombre asumía el papel de macho alfa y la mujer se ocupaba del orden y del papeleo.

—Entonces, en la División de Hollywood… ¿Dónde? —preguntó Bettany.

—Podemos reunirnos en la sala de operativos —dijo Ballard —. No se está utilizando.

—Eh, ¿y qué es un operativo? —dijo él.

La pregunta era retórica. Se refería a la sequía de trabajo policial proactivo que había en los últimos tiempos. Ella decidió no meterse en eso.

—Nos vemos entonces —dijo.

Guardó el móvil y observó que el Mercedes Clase G aparcaba en una plaza para discapacitados pintada de azul frente a la tienda. Ballard se detuvo en el pasillo del

aparcamiento para observar. Comprobó su retrovisor y vio que otro coche se metía en el carril detrás de ella, pero tenía espacio para esquivarla. Al cabo de unos segundos, se abrió la puerta del Mercedes y una mujer utilizó el escalón lateral del vehículo para bajar al suelo.

Parecía tener unos sesenta años, con el pelo blanco recogido en una coleta. Llevaba una mascarilla negra con grandes labios rojos impresos en la parte delantera. Era chillona, pero Ballard supuso que a la mujer le parecería graciosa. Esta caminó con sus bolsas de la compra reutilizables hacia la puerta automática de la tienda. No parecía tener ninguna discapacidad física.

La mujer estaba muy lejos del rango de edad de las tres víctimas conocidas. Ballard supuso que, si la luz de la calle frente a su casa la habían apagado los Hombres de Medianoche, su víctima prevista era otra mujer de Outpost. Decidió que preguntaría a Neumayer por el seguimiento allí después de haber dormido.

Desde Gelson's solo había diez minutos hasta su edificio. En cuanto entró en su apartamento, se fue directamente al dormitorio, colocó la pistola, la placa y las esposas en la mesilla de noche, dejó su ropa en el suelo, y se puso la ropa deportiva que había dejado sobre la cama la última vez que había dormido. Programó una alarma de seis horas en el teléfono y se metió bajo las sábanas de la cama deshecha, demasiado cansada incluso para lavarse los dientes.

Cogió unos tapones de espuma de la mesita de noche para que amortiguaran los sonidos diurnos normales de la ciudad y se colocó un antifaz para evitar la luz.

Y en diez minutos desapareció del mundo, sumergiéndose de bruces en un sueño profundo, en el que vio agua negra arremolinándose a su alrededor y labios rojos chillones flotando en el vacío.

Segunda parte

# Uso de la fuerza

# 29

Ballard sintió el peso en sus costillas y brazos antes que ninguna otra cosa. Abrió los ojos en la oscuridad y se dio cuenta de que se los habían vendado. No, era el antifaz para dormir. Una mano le cubrió la boca y le apretó la mandíbula. Lo primero en lo que pensó fue en los Hombres de Medianoche: «¿Cómo me han encontrado? ¿Me vieron en Outpost?». Su memoria se centró en el coche que había visto en su espejo retrovisor entrando en el carril detrás de ella en Gelson's.

Intentó resistirse, pero el peso que tenía encima era demasiado. Giró violentamente la cabeza hacia un lado para tratar de desembarazarse de la mano de la mandíbula y gritar, pero con la misma rapidez esa mano apretó con más fuerza, volvió a girarle la cabeza y le presionó la barbilla para abrirle la boca.

Oyó el inconfundible chasquido metálico de una pistola al amartillarse y eso desvió su idea de los Hombres de Medianoche. Ninguna de las víctimas había mencionado una pistola. Eran dos contra una: no la necesitaban.

Ballard se dio cuenta de que todo el peso recaía sobre la mitad superior de su cuerpo. Su agresor estaba a horcajadas sobre sus costillas, inmovilizándole los brazos contra la cama con las piernas. No podía mover la parte superior del cuerpo, pero las caderas y las piernas estaban libres. Ese era el fallo del ataque.

Con todo el impulso cargado de pánico y adrenalina que logró tomar, Ballard levantó las rodillas, plantó los pies en el colchón y empujó las caderas hacia arriba, logrando que su agresor se inclinara hacia la cabecera de la cama.

El movimiento fue inesperado y el agresor se estrelló contra la dura cabecera de madera con un golpe seco. El cañón de la

pistola le rozó la barbilla, pero el arma no se disparó. El brazo derecho de Renée quedó libre y empujó al agresor hacia su izquierda y lo tiró de la cama. Lo oyó caer al suelo. Se quitó el antifaz y vio a un hombre al que reconoció de inmediato.

Era Bonner.

Trataba de levantarse. Elevaba el brazo izquierdo hacia ella y empuñaba una pistola, la de Ballard. Ella echó el codo derecho hacia atrás para tomar impulso y le asestó un golpe en la garganta.

Bonner cayó al suelo, soltó el arma y se llevó ambas manos al cuello. Se le enrojeció el rostro y abrió los ojos de par en par al comprender que no podía tomar aire. Ballard se dio cuenta de que le había aplastado la garganta con el puñetazo. Se desenredó de la manta y la sábana y rodó hasta el suelo. Esta vez fue ella la que se sentó a horcajadas de él; arrastró la pistola por el suelo para dejarla a su espalda y cogió el teléfono para llamar al 911.

—Soy la detective Ballard, de la policía de Los Ángeles, necesito una ambulancia para el 4343 de Finley ahora mismo. Tengo un hombre aquí que no puede respirar.

A Bonner empezaron a darle arcadas y tenía la cara ya más morada que roja.

—Espere mientras la pido —dijo el operador de emergencias.

La llamada quedó en espera. Ballard se agachó y trató de ponerle la mano bajo la barbilla para ver si sentía dónde estaba la obstrucción. Él se la apartó instintivamente.

—Deja de luchar —dijo ella—. Estoy intentando ayudarte.

Como si respondiera a sus palabras, pero más probablemente debido a la falta de oxígeno en su cerebro, Bonner apartó las manos del cuello y las dejó caer al suelo. De su boca abierta salía un sonido seco y rasposo. Tenía los ojos abiertos, mirándola fijamente, y se estaba muriendo.

El operador volvió al teléfono.

—Bien, estamos en camino.

—¿Cuál es el tiempo estimado de llegada?

—Cuatro minutos.

—No va a aguantar. Está teniendo un paro ahora mismo.

—¿Puede desbloquearle la garganta?

—Está aplastada.

Ballard soltó abruptamente el número de su apartamento y el código de apertura de la puerta de entrada y colgó. Rápidamente, abrió su lista de contactos y llamó a Garrett Single. El sanitario contestó al instante.

—Renée, ¿cómo va el coco?

—Garrett, escúchame. Necesito que me guíes en una traqueotomía de urgencia.

—Espera, ¿qué estás…?

—Escucha, no hay tiempo. Tengo un hombre aquí que no puede respirar. Tiene la parte superior de la garganta obstruida. La ambulancia está en camino, pero no va a aguantar tanto tiempo. Enséñame a hacer una traqueotomía. Ya.

—Es una broma, ¿no?

—¡Maldita sea, no! Necesito que me digas qué hacer. ¡Ya!

—Vale, vale. Eh, ¿dónde está exactamente la obstrucción?

—En la parte superior de la garganta. Lleva más de un minuto sin aire. Está agonizando.

—¿Por encima o por debajo de la nuez?

—Por encima.

—Vale, bien. Ponle algo debajo del cuello para que quede arqueado, con la mandíbula apuntando hacia arriba.

Ballard puso el teléfono en altavoz y lo colocó en el suelo.

Metió la mano debajo de la cama y agarró a ciegas una zapatilla de correr. Levantó el cuello de Bonner con una mano y luego metió la zapatilla como una cuña.

—Bien, lo tengo. ¿Ahora qué?

—Vale, esto es importante: tienes que encontrar el punto.

—¿Qué punto?

—Pásale un dedo por la parte delantera del cuello. Tienes que buscar un punto entre las vértebras. La nuez es la vértebra grande. Sigue bajando y localiza la siguiente.

Ballard hizo lo que le indicó y encontró la segunda vértebra.

—La tengo, la tengo.

—Bien, ahora busca el punto blando entre las vértebras… ¿Tienes un cuchillo? Necesitas un bisturí o un cuchillo para

hacer una pequeña incisión.

Ella se estiró hacia la mesilla de noche y sacó el cajón por completo. Este cayó al suelo sobre la cabeza de Bonner. Rebuscó a tientas entre los trastos que había tirado allí después de mudarse, todas las cosas que tenía en mente ordenar más adelante. Encontró la pequeña navaja Blackie Collins que llevaba cuando iba de uniforme. Pulsó el cierre de seguridad y abrió la hoja.

—Bien, lo tengo. ¿Dónde corto?

—Vale, en el punto blando que has encontrado entre las vértebras. El tejido blando. Tienes que hacer una incisión ahí. Pero, primero, ¿estás segura de que no respira? No querrás hacer esto si…

—Está morado, Garrett. Solo dime qué hacer.

—Bien, una pequeña incisión de unos siete milímetros de ancho en el tejido blando entre el cartílago. Horizontal y no demasiado profunda. No hay que atravesar la tráquea. No mucho más de un centímetro.

Ballard colocó con cuidado la punta de la navaja y la introdujo en la piel. Inmediatamente salió sangre que corrió por ambos lados del cuello de Bonner hasta el suelo de madera. Pero no era mucha, y ella lo tomó como una señal de que el corazón se estaba parando.

—Vale, ya.

—Bien, tienes que poner el tubo para que el aire…

—Mierda, ¿qué tubo? No sabía…

Ballard se estiró y rebuscó con la mano libre por el cajón de los trastos mientras sostenía cuidadosamente el cuchillo en el cuello de Bonner. No vio nada que pudiera funcionar.

—¿Tienes una pajita de plástico o un bolígrafo o algo que puedas…?

—¡No! ¡No tengo una mierda! Dios…

Recordó algo y abrió de un tirón el cajón inferior de la mesita de noche. Después de haberse dislocado el hombro haciendo surf unos años antes, había comprado una férula de crioterapia que llevaba agua fría a través de un tubito de plástico a una protección de goma que se colocaba sobre el hombro para aliviar el dolor y la hinchazón. La sacó del cajón

y la dejó en el suelo.

—Bien, he encontrado algo. ¿Puedo sacarle el cuchillo del cuello para cortar el tubo?

—Hazlo.

—¿Qué longitud ha de tener el tubo?

—No se necesitan más de quince centímetros.

Ballard retiró la navaja y rápidamente cortó un trozo de quince centímetros del tubo con la hoja afilada.

—Bien, lo tengo. ¿Qué más?

—Introduce un extremo del tubo a través de la incisión y en la vía respiratoria. No entres mucho más de un par de centímetros. Solo empújalo.

Ella lo hizo y sintió que el tubo se abría paso hasta el interior de la tráquea.

—Bien, estoy dentro. ¿Simplemente empieza a respirar, o qué?

—No, tienes que hacer que empiece. Sopla por el tubo. Comprueba el pecho, asegúrate de que está subiendo. No muy fuerte. Sé suave.

Ballard se quitó de golpe de encima de Bonner y se colocó a su lado. Sopló con suavidad por el tubo y vio que el pecho del hombre se elevaba.

—Vale —dijo.

—Muy bien, mira el pecho —dijo Single—. Tienes que ver si respira por sí mismo.

—Ha bajado, nada más.

—Prueba otra vez, prueba otra vez.

Ella repitió el procedimiento, sin resultado.

—Nada. Lo intento de nuevo.

—Puede que tengas que soplar hasta que llegue la ayuda.

Ballard lo intentó de nuevo y luego se agachó para observar el perfil del pecho de Bonner. Vio que bajaba cuando el aire se escapaba por el tubo. Pero luego volvió a subir por sí solo.

—Creo que… está respirando. Sí, está respirando.

—Bien hecho, detective. ¿Qué color tiene?

Ella le miró la cara. El color morado estaba remitiendo. Estaba circulando sangre fresca.

—Está recuperando el color.

—Vale. Ahora quiero que me llames por FaceTime para echarle un vistazo. ¿Puedes?

Ella desconectó la llamada sin responder y luego lo llamó por FaceTime. Mientras esperaba a que se estableciera la conexión, se estiró hacia la mesita de noche para coger las esposas. Colocó una en la muñeca derecha de Bonner y fijó la otra en el marco metálico de la cama, a medio palmo de distancia.

Lo miró. Tenía los ojos entrecerrados y no mostraba signos de estar consciente, pero no cabía duda de que respiraba. El tubo que le había introducido en el cuello emitía un silbido grave.

Single respondió a la llamada y Ballard le vio la cara. Parecía que estaba en el exterior, porque vio el ladrillo amarillo del parque de bomberos detrás de él.

—Estás herida —dijo—. ¿Estás bien?

Por primera vez, recordó que el cañón de la pistola le había rascado la barbilla. Subió la mano para tocar la herida y notó la sangre.

—Estoy bien —dijo—. Míralo a él.

Giró la cámara para que Single viera a Bonner en el suelo. Oyó sirenas, pero no estaba segura de si eran allí o donde Single.

—¿Lo ves?

—Sí. Eh, se ve bien. En realidad, se ve perfecto. Está respirando y su color es bueno. ¿Tienes ayuda en camino?

—Sí, creo que los estoy oyendo.

—Sí, son ellos. Ya llegan. ¿Quién es este tipo? ¿Lo has esposado?

—Lo he hecho por si se despertaba. Estaba durmiendo y entró. Iba a matarme con mi propia pistola, creo que para hacer que pareciera un suicidio.

—Dios, ¿por qué?

—Es un sospechoso de asesinato. De alguna manera descubrió que yo estaba tras él y dónde vivo.

—¡Dios mío!

—Sí.

Ballard trató de pensar en cómo Bonner podría haber sabido

de ella y de la investigación. La respuesta fácil era Dennis Hoyle. Lo había asustado, así que le envió a Bonner. Eso le recordó que Bosch también había estado allí.

—Escucha, Garrett, tengo que hacer otra llamada —dijo—. Muchas gracias por ayudarme.

—No sé si debería haberlo hecho si este tipo estaba tratando de matarte —dijo.

Ballard sonrió.

—Puede que sea lo más dulce que me han dicho nunca. Te llamo más tarde.

—Aquí estaré. Y Renée, me alegro de que estés bien.

Después de colgar, Ballard llamó inmediatamente a Bosch. Él contestó sin ningún indicio de tensión en la voz.

—Harry, ¿estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque Bonner acaba de intentar eliminarme. Está en el suelo de mi apartamento.

—Dame la dirección. Voy para allá.

—No, está controlado. Pero ¿estás bien? Pensé que podría haber ido a por ti primero.

—Todo bien. ¿Seguro que estás a salvo?

—Sí. Casi lo mato. Pero tengo una ambulancia en camino. Tú mantente alejado, pero prepárate. Después de aclarar esto, quiero hacer una visita al doctor Hoyle.

—Quiero estar presente.

Ballard colgó. El sonido de las sirenas se apagó delante del edificio. Renée sabía que tenía que actuar con rapidez. Se agachó y comenzó a buscar en los bolsillos de los pantalones de Bonner. Encontró un teléfono que parecía un prepago barato en un bolsillo y una pequeña cartera de cuero con un juego de ganzúas (el medio de Bonner para entrar en su apartamento) en otro. No había ninguna llave de coche ni nada más.

Ballard volvió a guardar el juego de ganzúas en el bolsillo, pero enterró el teléfono bajo los trastos del cajón de la mesilla de noche. El tintineo de algunas joyas y otras pertenencias hizo que el hombre se agitara. Ella oyó que el aire salía con más fuerza por el tubo y Bonner abrió los ojos cuando Ballard se

apartaba del cajón. El expolicía hizo un movimiento para incorporarse, pero se detuvo rápidamente al sentir que algo iba mal. Intentó mover la mano derecha, pero estaba esposada al marco de la cama. Se llevó la izquierda a la garganta y encontró el tubo que sobresalía.

—Si te lo sacas, te mueres —dijo ella.

Bonner la miró.

—Te he aplastado la tráquea —añadió—. Estás respirando por ese tubo.

Sus ojos vagaron de un lado a otro mientras asimilaba dónde estaba y sus circunstancias. Sin mover la cabeza, bajó la mirada y vio las esposas. Luego miró a Ballard y ella percibió que algo registraba con las pupilas. Fue como si comprendiera dónde estaba y lo que le iba a ocurrir.

Con un movimiento rápido, Bonner levantó la mano y se arrancó el tubo de respiración. Lo lanzó por encima de la cama hasta el otro lado de la habitación. Se quedó mirando a Ballard mientras empezaba a ponerse rojo. Fue entonces cuando ella oyó que el equipo de rescate entraba por la puerta de su apartamento.

# 30

Ballard pasó horas siendo interrogada por la DIUF antes de saber con certeza que Bonner estaba muerto. Sus dos interrogadores se habían centrado en lo que había sucedido después de que «supuestamente» (en palabras de los investigadores, no suyas) él se hubiera sacado el tubo del cuello.

—¿Por qué iba a meterle el tubo en la garganta e intentar salvarle la vida para luego volver a sacárselo? —preguntó Ballard.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —respondió Sanderson.

El capitán Gerald «Sandy» Sanderson era el interrogador principal. También era el agente a cargo de la División de Investigación del Uso de la Fuerza, la DIUF, el hombre que durante años se había encargado de expulsar a malos policías implicados en tiroteos cuestionables, maniobras de asfixia u otros usos no autorizados de la fuerza. Bajo las presiones y la política actual del departamento en relación con la opinión pública, entre la tropa existía el convencimiento de que cualquier agente que se metiera en un lío de cualquier tipo estaba fuera. Los detalles del incidente no importaban. Sanderson estaba allí para limar cualquier aspereza del departamento y dejarlo todo suave. Eso significaba eliminar a cualquiera cuyas acciones pudieran considerarse controvertidas desde cualquier ángulo.

Ballard lo había presentido a los dos minutos de su interrogatorio, no a las dos horas. Era evidente que un sospechoso de asesinato la había seguido y había utilizado unas ganzúas para entrar en su casa mientras dormía. Ella se había defendido, y el hombre había muerto, por su propia mano o no, y la estaban machacando las mismas personas que

deberían apoyarla. El mundo se había vuelto loco, y por primera vez en mucho tiempo pensó que podría perder su trabajo. Y también por primera vez en mucho tiempo pensó que eso no sería tan malo.

El interrogatorio se estaba desarrollando en la sala de detectives de la División Noreste, que incluía Los Feliz. Era rutinario, pero aun así Ballard se sentía apartada de su división y de la gente con la que trabajaba. En un momento dado, cuando el segundo de Sanderson, el detective Duane Hammel, salió a buscar pilas nuevas para su grabadora, Ballard vio al teniente Robinson-Reynolds de pie en el exterior. Eso le dio un momento de alivio, porque él podría confirmar lo que sabía de su investigación. No le había hablado de Bonner, pero él era consciente, por su último informe, de que se estaba acercando a algo.

Ballard no había mirado la hora desde que el ataque de Bonner la había despertado. No sabía cuánto tiempo había dormido y, por tanto, no podía fijar la hora. Le habían quitado el teléfono. Era de día cuando la atacó y cuando la atendieron en la ambulancia por el corte en la barbilla. Pero después había estado en una sala de interrogatorios sin ventanas durante lo que ella calculaba que habían sido dos horas.

—Vamos a conectar los puntos una vez más —continuó Sanderson—. Dice que no conocía ni había tenido ninguna interacción previa con Christopher Bonner, ¿correcto?

—Sí, correcto —dijo Ballard—. La primera vez que me encontré con él, si quiere llamarlo así, fue cuando me desperté y lo vi encima de mí, intentando meterme la pistola en la boca.

—Entonces, ¿cómo es que sabía dónde vivía, aparentemente conocía su horario y sabía que estaría durmiendo a las tres de la tarde?

Ballard agradeció que Sanderson hubiera deslizado un marcador de tiempo en su pregunta, así extrapoló que serían las seis o las siete de la tarde. Pero lo más importante era que le preguntara por qué conocía Bonner su horario de sueño. Era imposible que Hoyle supiera cuál era su horario de trabajo a partir de su tarjeta de visita o de su breve interacción. Decidió no mencionarlo en su respuesta.

—Como he dicho repetidamente en este interrogatorio, intenté interrogar a Dennis Hoyle en el funeral de Javier Raffa. Estaba claramente asustado. En una investigación de homicidio, una de las primeras preguntas es quién se beneficia. La respuesta en este caso es Dennis Hoyle. Mi intento de hablar con él provocó que se metiera en su coche y se largara. No quiso hablar conmigo. Ahora tengo que asumir que llamó a Bonner y que este vino a por mí. Esos son los puntos y esa es la conexión.

—Habrá que seguir investigando —dijo Sanderson.

—Eso espero, porque no quiero que Hoyle se salga con la suya con esto ni con lo de Raffa.

—Entiendo, detective. Un momento, por favor.

Sanderson se recostó en su silla y se miró las piernas. Ballard sabía que tenía su teléfono en el muslo y que probablemente estaba recibiendo mensajes de sus otros investigadores de la DIUF. Ella, cuando trabajaba con compañero, seguía la misma práctica. Permitía obtener información y hacer preguntas en tiempo real.

Sanderson la miró después de leer el último mensaje.

—Detective, ¿por qué Harry Bosch la llama al móvil cada treinta minutos?

Ballard lo había mantenido completamente al margen de su relato durante el interrogatorio. Tenía que responder con cuidado para no pisar ninguna mina. Después de haber permanecido secuestrada durante más de dos horas, según sus cálculos, el equipo de Sanderson ya habría hablado con Bosch y Sanderson ya tendría la respuesta. Tenía que asegurarse de que sus relatos coincidían, aunque no sabía lo que Harry había dicho o diría.

—Bueno, como probablemente sabe, Harry está retirado de la policía de Los Ángeles —comenzó—. He tenido casos en el pasado que involucraban algunas de sus antiguas investigaciones, así es que lo conozco desde hace cuatro o cinco años, y ha asumido una especie de papel de mentor conmigo. Pero específicamente en este caso, le dije que relacioné el asesinato de Raffa con otro caso a través de la balística. Ese caso, cuya víctima era Albert Lee, lo investigó

Harry Bosch hace nueve años. Cuando establecí esa conexión, me puse en contacto con él para informarle del caso y obtener cualquier tipo de perspectiva posible sobre este asunto.

—¿Y lo hizo?

—Sí, fue su información la que me permitió seguir averiguando quién se beneficia. En el caso de Albert Lee, su negocio y su póliza de seguros fueron a parar a un dentista que le había prestado dinero para mantener su negocio a flote. Ese dentista era socio de Hoyle en otro negocio. Bosch me ayudó a establecer esas conexiones. Bonner se convirtió en sospechoso de los dos asesinatos. Pero creo que lo enviaron a por esas víctimas, de la misma manera que lo enviaron a por mí.

—Los dentistas.

—Recibido.

Ballard sacudió inmediatamente la cabeza. Tenía que parar eso.

—Entonces, cuando hablemos con Bosch, ¿contará la misma historia? —preguntó Sanderson.

—Si habla con ustedes —dijo Ballard—. No dejó el departamento en buenos términos. Así que buena suerte con eso.

—¿Y no hay nada romántico entre usted y Bosch?

—Si yo fuera un hombre y me hubiera acercado a un detective retirado por una conexión con mi caso, ¿me preguntaría si hay un romance entre nosotros?

—Lo tomo como un no.

—Puede tomarlo como quiera, pero no voy a responder preguntas de ese tipo. Y me alegro de que esto quede grabado.

Sanderson trató de mirarla fijamente, pero ella no parpadeó.

—¿Ahora puedo preguntarle algo? —dijo Ballard.

—Siempre puede preguntar —repuso Sanderson—. No puedo prometer que vaya a responder.

—¿Han encontrado el coche de Bonner?

—¿Por qué pregunta eso?

—Porque supongo que, si vino en coche, aparcó en mi barrio, y como no llevaba nada en los bolsillos más que unas ganzúas supongo que habrá un teléfono, una cartera, quizá notas y otras cosas, en su vehículo. Tal vez el arma con la que

mataron a mis dos víctimas. Yo en su caso estaría buscándolo ahora mismo.

—Puedo asegurarle que la investigación continúa fuera de esta sala, detective. No tiene que preocuparse por eso.

—Bien. ¿Y la prensa? ¿Ya está al tanto de esto?

—Detective, en esta sala, las preguntas las hago yo. Otra persona la llama repetidamente a su móvil y me gustaría preguntarle. Garrett Single, el sanitario que nos dijo que la guio en la traqueotomía de urgencia. La ha llamado más veces que Bosch. ¿Por qué?

—Bueno, no lo sabré hasta que pueda hablar con él y lo averigüe, pero supongo que quiere saber si estoy bien.

—Se preocupa por usted.

—Creo que sí.

Ballard se preparó para la pregunta sobre una relación romántica, pero Sanderson la sorprendió.

—Gracias, detective —dijo—. Por ahora creo que tenemos suficiente información suya. La pondremos en servicio de oficina hasta que completemos nuestra investigación. Mientras tanto, le ordeno que no se ponga en contacto con los medios de comunicación ni hable sobre este incidente. Si alguien de la prensa se pone en contacto con usted, debe remitirlo a…

—Un momento —dijo Ballard—. ¿Quién va a trabajar en el caso? No vamos a dejarlo mientras usted y su gente deciden si he hecho algo malo.

—Tengo entendido que el caso ya ha sido transferido a Homicidios del West Bureau. Ellos se encargarán a partir de ahora. Por su propio testimonio, estamos hablando de un suicidio. Estoy seguro de que lo cerrarán rápidamente y volverá al trabajo.

—No estoy hablando de que Bonner se haya suicidado. Estoy hablando del caso de Javier Raffa y del caso de Albert Lee.

—El West Bureau también se va a encargar de eso.

Solo entonces Ballard comprendió lo que estaba en juego. Christopher Bonner era expolicía de Los Ángeles y eso era un problema de imagen. No solo era un gran problema que un exagente de la policía fuera probablemente un asesino a sueldo

antes y después de dejar el trabajo, sino que se desconocía si todavía tenía conexiones en el departamento. Gracias a las preguntas de Sanderson, Ballard ya se había formado una idea de los vínculos que Bonner aún conservaba. Si a eso se le añadía la desaparición de los expedientes de asesinato, se trataba de un escándalo de alto octanaje a punto de estallar en los medios. Era mejor mantener todo compartimentado. Y relacionar los asesinatos de Albert Lee y Javier Raffa y resolverlos solo iría en contra del departamento.

—Sé lo que está haciendo —soltó Ballard.

—¿De verdad? —dijo Sanderson—. ¿Qué estoy haciendo, detective?

—Limar y barrer. Como siempre hace. Este departamento está muy jodido. Es como si ya no nos importaran las víctimas. Se trata de proteger y servir a la imagen en lugar de a los ciudadanos.

—¿Ha terminado, detective?

—Oh, sí, he terminado. ¿Dónde está mi teléfono? ¿Y mi pistola? Quiero recuperarlos.

Sanderson se volvió para mirar a Hammel, que había regresado y estaba de pie con la espalda pegada a la puerta.

—Su teniente tiene su teléfono —dijo Hammel.

Sanderson se volvió hacia Ballard.

—Pídaselo a él —dijo—. Su arma la están procesando. Se la devolverán cuando sea oportuno. Mientras tanto, puede pedir a su teniente un reemplazo temporal de la armería. Quizá no sea necesario, ya que por el momento está asignada al servicio de oficina.

Esperó un momento a que Ballard respondiera, pero no lo hizo.

—Entonces creo que hemos terminado aquí —dijo Sanderson.

Todos se pusieron de pie. Los hombres de la DIUF estaban más cerca de la puerta, y Ballard los dejó salir primero. Cuando salió en último lugar de la sala de interrogatorios, encontró a Robinson-Reynolds esperándola en un cubículo vacío. A través de las ventanas batientes, vio que afuera estaba completamente oscuro.

El teniente se levantó del escritorio en el que había estado apoyado con los brazos cruzados.

—Renée, ¿estás bien?

—Estoy bien.

—Te llevo a casa.

—¿Tiene mi teléfono?

—Sí. Me lo han dado.

Robinson-Reynolds buscó en el bolsillo de su traje y sacó el móvil de Ballard. Comprobó la pantalla para ver qué llamadas habían entrado. Cinco minutos antes, Bosch había vuelto a intentarlo.

Decidió no devolverle la llamada hasta que estuviera sola, pero, mientras su teniente la observaba, envió rápidamente un mensaje de texto diciéndole que estaba bien y que lo llamaría en media hora.

Diez minutos más tarde estaba en el asiento delantero del coche de Robinson-Reynolds, diciéndole que fuera a Commonwealth Avenue y se dirigiera al sur.

—Puede que quieras recoger algunas cosas y quedarte en otro sitio unos días —dijo él—. En casa de un amigo, o si quieres un hotel encontraré la manera de que el departamento se haga cargo.

—No, estaré bien —dijo Ballard.

—¿Estás segura? Tu habitación es probablemente un desastre, cortesía de los de Criminalística.

—Tengo un sofá muy grande.

—De acuerdo, Renée.

—Entonces, ¿qué pasa con el West Bureau?

—¿Con qué?

—Ross Bettany me llamó para hacerse cargo del caso. Se supone que debo reunirme con él mañana.

—Entonces reúnete con él. Igualmente se lo va a quedar.

—Quiero saber si van a trabajar en él. Bonner estuvo en el departamento. Noté con Sanderson que esto no iba a ninguna parte, porque resolverlo significa hacerlo público: oficial veterano de la policía de Los Ángeles convertido en sicario.

—¿Realmente crees que encubrirían un asesinato?

—Son dos asesinatos, por lo menos. Y sí, lo creo, porque

Bonner está muerto. Por lo que respecta a Sanderson, es caso cerrado. Dar el siguiente paso e ir a por la gente que ordenó las muertes es peligroso, porque todo lo de Bonner saldrá a la luz y el departamento recibirá una patada en el culo una vez más.

—No lo pienses demasiado, Ballard.

Renée notó que volvía a dirigirse a ella por su apellido.

—No es pensar demasiado —dijo—. Es la realidad en la que vivimos.

—Puede ser —dijo él—. Pero va a ser la realidad del West Bureau, no la nuestra. Así que sigue el protocolo, Ballard. Entrega el caso a ese tipo y vuelve a trabajar en los Hombres de Medianoche.

—Recibido.

Lo dijo con un tono de resignación que indicaba que no volvería a decir esa palabra.

# 31

Ballard cruzó el patio central para usar la escalera, porque el ascensor del edificio era muy lento. Sin embargo, antes de llegar al primer escalón, oyó que la llamaban por su nombre. Se volvió y vio a un hombre saliendo por la puerta de su apartamento del primer piso. Se acercó a ella. Era el ciclista que había conocido el fin de semana, pero ya no recordaba su nombre.

—Hola —dijo ella.

—Qué locura la de hoy —dijo él—. ¿Está todo bien?

—Todo está bien ya.

—Me dijeron que un tipo entró y trató de matarte.

—Sí, pero es complicado, y la policía está investigando.

—Pero tú eres policía.

—Sí, pero no estoy investigando esto, así que realmente no puedo hablar de eso. —Comenzó a avanzar hacia la escalera.

—Aquí no estamos acostumbrados a este tipo de cosas —dijo el vecino.

Ballard se volvió.

—Eso está bien —dijo—. Yo tampoco.

—Bueno, sé que eres nueva —dijo el vecino—. Y espero que este tipo de cosas no sean normales. Siento que como presidente de la asociación de propietarios tengo que decirlo.

—Lo siento, ¿me recuerdas tu nombre?

—Nate. Nos conocimos en el…

—En el garaje, lo recuerdo. Bueno, Nate, no considero que sea normal que alguien tratara de matarme en mi cama. Pero debes saber que era un extraño y que fue un allanamiento, y estaba pensando que la próxima vez que tengáis una reunión de propietarios tal vez queráis revisar la seguridad. Entró aquí de alguna manera, y no me gustaría nada que la asociación de propietarios fuera responsable de algo. Eso podría ser costoso.

Nate palideció.

—Uh, desde luego —dijo—. Yo, eh, voy a convocar una reunión especial para revisar la seguridad del edificio.

—Bien —dijo Ballard—. Me gustaría que me informaras.

Esta vez se volvió y Nate no tuvo nada más que decir. Subió los escalones de dos en dos y se encontró con que los investigadores no habían cerrado con llave la puerta de su apartamento. La típica incompetencia de la policía de Los Ángeles. La cerró con llave después de entrar y se dirigió rápidamente a su dormitorio. El cajón de los trastos que había sacado de la mesita de noche esa tarde durante el forcejeo con Bonner seguía en el suelo. Vio el polvo para detectar huellas dactilares en el tirador. Rebuscando dentro, encontró el teléfono prepago que había enterrado entre los trastos. Lo abrió y vio que, o bien estaba apagado, o bien se había quedado sin batería.

Buscó a tientas el botón de encendido y apagado, pero no lo encontró. Mantuvo el pulgar presionado sobre el botón 0, pero no ocurrió nada. Luego probó con el 1, y la pantalla del teléfono por fin cobró vida. Una vez que arrancó por completo, empezó a buscar los números almacenados y las llamadas recientes. No había ninguno, pero la aplicación de mensajes de texto contenía un único mensaje. Era de las 16:30 de ese día y el prefijo era 818. Se limitaba a una sola palabra: Informa.

—Te tengo —susurró Ballard.

Se quedó mirando el teléfono durante unos instantes, considerando su siguiente movimiento. Sabía que tenía que ser cauta y conservadora. Si respondía mal al mensaje, la pista podría desaparecer como el humo de un cigarrillo en el viento. Si utilizaba el teléfono de alguna manera, para enviar mensajes de texto o llamar, podría estar manipulando pruebas. Decidió esperar y cerró el teléfono. Fue a la cocina y lo metió en una bolsa hermética. Sacó su propio teléfono y llamó a Bosch.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntó.

—Claro —dijo él—. ¿Cuándo?

—Ahora.

—Ven a buscarme.

—En camino. Y voy a necesitar un arma. Están procesando

la mía y la de reserva está en mi casillero.

—No hay problema.

A Ballard le gustó que Bosch respondiera sin ninguna pregunta ni vacilación.

—Bien, nos vemos ahora —dijo.

# 32

Después de salir del garaje, Ballard dio la vuelta a la manzana y encontró a un equipo la División de Investigaciones Científicas trabajando bajo unos focos portátiles en Hoover, detrás de su edificio. Había una grúa municipal posicionándose delante de un Chrysler 300 negro. Habían colocado una mesa bajo uno de los focos de la escena del crimen, y Ballard reconoció la cara del hombre con un portapapeles que escribía en lo que ella supuso que era un registro de pruebas. Se detuvo en la acera, se bajó y se acercó a las luces.

—Reno —dijo.

Este levantó la vista y recordó claramente a Ballard del aviso de la casa de Cindy Carpenter.

—Detective Ballard —dijo—. ¿Estás bien? Parece que te había tocado de cerca.

—Sí —dijo Ballard—. ¿También has trabajado en mi apartamento?

—Sí.

—Genial. ¿Y este es el coche del cabrón?

—Sí, vamos a llevarlo al almacén de huellas.

—¿Dónde encontraste la llave?

—En el neumático delantero izquierdo.

Ballard miró la mesa. Había tres bolsas de papel marrón cerradas con cinta adhesiva roja. Una tenía una pegatina que advertía a quien la manipulara de que la bolsa contenía un arma de fuego. Trató de ocultar su excitación y actuó como si ya estuviera enterada.

Señaló la bolsa.

—¿Esa es la P-22?

—Sí. También la hemos encontrado en el hueco de la rueda. No es un buen lugar para esconder un arma. Siempre es el primer o el segundo sitio donde buscamos. Y parece que era

policía, por lo que he oído.

—¿Munición?

—Solo lo que había en el arma.

—¿Remington?

—Sí.

—Vale, bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ballard volvió a su coche. Estaba segura de que el arma encontrada en el hueco de la rueda del coche de Bonner se había utilizado en los dos homicidios que ella había relacionado.

Se dirigió a la casa de Bosch, mirando la hora en el salpicadero. Pensó que podría recogerlo y estar en la casa de Hoyle a las once. Que fuera tan tarde los favorecería. A nadie le gusta que un policía llame a su puerta a esas horas de la noche.

Su teléfono sonó y vio que era Garrett Single quien llamaba.

—Hola, Garrett.

—Renée, hola. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Me alegro mucho de oírlo.

—Gracias por tu ayuda. Perdona si sonó como si te estuviera gritando.

—No, para nada. Pero, oye, pensé que deberías saber que algunos detectives de la DIC estuvieron aquí hablando conmigo sobre el tema.

—¿Te refieres a la DIUF?

—Eh, no sé, puede ser. Al otro lado del muro tenéis demasiadas siglas. Es una sopa de letras lo vuestro.

—¿Qué les dijiste?

—Solo que te ayudé a intentar salvar al tipo y que luego me hiciste una llamada por FaceTime.

Ballard se dio cuenta de que se había olvidado por completo de la llamada de FaceTime con Single para que él comprobara visualmente el punto de inserción de la traqueotomía de urgencia en la garganta de Bonner. Después de que el estrés y el torrente de adrenalina de la lucha a vida o muerte remitieran, tenía los recuerdos borrosos y había olvidado los

detalles. Ni siquiera había mencionado la llamada de FaceTime durante su propio interrogatorio con la DIUF. Le parecía comprensible ese lapsus: esa era la razón por la que le gustaba interrogar a una víctima de violencia varias veces a lo largo de varios días. Acababa de experimentar por sí misma la forma en que los detalles se recuerdan con el tiempo.

—Qué pena que no lo grabaras —dijo Ballard.

—Pues lo cierto es que lo hice —dijo Single—. Tengo una aplicación. Pensé que debía grabarlo por si necesitábamos volver a verlo.

—¿Se lo dijiste?

—Sí, querían la grabación.

—Les dejaste que se llevaran tu… Espera, estás en tu teléfono.

—Solo les mandé el vídeo. No iba a entregar mi teléfono.

—Genial, ¿puedes enviármelo? Quiero echarle un vistazo.

—Claro. ¿Todo lo demás está bien? Porque los tipos que vinieron aquí estaban haciendo muchas preguntas sobre ti.

—Que yo sepa, todo está bien. Fue limpio. Pero estoy todavía trabajando. Quiero decir, se supone que tengo que estar detrás de un escritorio hasta que salga el informe.

—Entonces debería dejarte.

—Hablemos mañana, ¿de acuerdo? Creo que las cosas se habrán calmado para entonces.

—Claro. Cuídate.

—Tú también.

Ballard colgó. Se sintió aliviada al saber que había una grabación de vídeo de al menos una parte del suceso que se estaba investigando. Sabía que lo que Single había registrado respaldaría la historia que ella había contado a la DIUF. Además, se alegró de que Single la hubiera llamado.

Una sonrisa se dibujó en su rostro en la oscuridad del coche mientras conducía.

# 33

Ballard tardó en llegar a la casa de Bosch, porque se pasó por comisaría para sacar uno de los coches sin identificar de la unidad antidroga, coger una radio y preparar un par de carpetas que pensaba usar como atrezo. Tras coger las llaves de un Mustang que se usaba en operaciones antidroga y que captaba audio y vídeo, se dirigió al aparcamiento trasero para buscar el vehículo. Se encontró con el teniente Rivera de pie junto al maletero abierto de su coche personal. Daba la impresión de que acababa de llegar al trabajo. Como suponía que Sanderson y el equipo de investigación no iban a lanzar una red amplia en relación con su investigación sobre Bonner, Ballard decidió ir ella misma a por Rivera.

Se le acercó mientras él sacaba su arma de la caja fuerte.

—Ballard, pensé que estabas libre esta noche —dijo.

—Lo estoy, pero estoy trabajando en un caso para el turno de día —repuso—. Necesito saber algo, teniente.

—Dispara.

—Anoche le pregunté por Christopher Bonner. Después lo llamó, ¿no?

Rivera ganó tiempo haciendo ademán de enfundar su arma y luego cerrar el maletero.

—Eh, puede que sí —dijo—. ¿Por qué?

Ballard supuso que Rivera probablemente había estado durmiendo todo el día y no sabía lo que había pasado.

—Porque ha entrado en mi apartamento y ha tratado de matarme hoy —dijo.

—¡Qué! —exclamó Rivera.

—De alguna manera supo que estaba tras él. Así que, gracias, teniente. Espero que no fuera usted quien le dio mi dirección.

—Espera un momento, Ballard. Yo no hice tal cosa. Lo único

que hice fue transmitir que alguien había preguntado por él, como haría cualquiera con un amigo. No me dijiste que lo estabas investigando. Dijiste que su nombre surgió en tu caso. Eso es todo y lo único que le dije. ¿Forzó la entrada? Joder, no tenía ni…

—Está muerto.

—¿Muerto?

—Sí, y debería esperar una visita de la DIUF.

Se alejó y lo dejó allí. Se sentía bien por haber averiguado la conexión, pero sabía que no cubría todas las lagunas. También creía que haberle soltado a Rivera lo de la DIUF era una amenaza vacía. No esperaba que Sanderson llevara su investigación mucho más allá de lo que ya lo había hecho.

Tardó cinco minutos en encontrar el coche de incógnito en el inmenso aparcamiento. Luego tuvo que poner gasolina en el surtidor del departamento, que estaba enfrente de la comisaría, en Wilcox Street. Finalmente, salió y se dirigió hacia la casa de Harry Bosch en las colinas.

Pasó otra hora antes de que se detuviera delante de la casa de Dennis Hoyle, con Bosch ya sentado a su lado y completamente informado de su plan.

—Allá vamos —dijo Ballard.

Se bajaron y se acercaron a la casa. Había una luz encendida sobre la puerta de la calle, pero la mayoría de las ventanas permanecían oscuras. Ballard pulsó el timbre y llamó a la puerta. Miró a su alrededor en busca de una cámara de seguridad doméstica, pero no vio ninguna.

Tras otra ronda de llamar a la puerta y al timbre, Hoyle finalmente respondió. Llevaba pantalones de deporte y una camiseta de manga larga con la silueta de un surfista. Sostenía un teléfono móvil en la mano.

—Ustedes dos —dijo—. ¿Qué demonios es esto? Es casi medianoche.

Estaba sorprendido, se le veía en el rostro, pero Ballard no tenía forma de discernir si era por la visita nocturna o por el hecho de que ella estuviera viva.

—Sabemos que es tarde, doctor Hoyle —dijo—. Pero pensamos que no querría que esto sucediera en pleno día, con

los vecinos mirando.

—¿Qué? ¿Me van a detener? ¿Por qué? ¡Estaba durmiendo!

Trabajando en la sesión nocturna, ella había escuchado más de una vez la incongruente protesta de estar durmiendo como una especie de salvaguarda contra una detención o un interrogatorio policial. Se llevó la mano a la espalda y por debajo de la chaqueta para sacar las esposas del cinturón. Luego dejó caer el brazo para que Hoyle las viera. Era un viejo truco que reforzaría la suposición de este de que estaba a punto de ser detenido.

—Tenemos que hablar con usted —dijo Ballard—. Podemos hacerlo aquí o en la comisaría de Hollywood. Usted elige.

—De acuerdo, aquí —dijo Hoyle—. Prefiero hablar aquí. —Se dio la vuelta y miró hacia su casa—. Pero mi familia está…

—Hablemos en el coche.

Él volvió a dudar.

—En el asiento delantero —dijo Ballard—. Mientras hablemos, no iremos a ninguna parte.

Como para tranquilizarlo, volvió a enganchar las esposas al cinturón.

—Mi compañero se va a quedar fuera, ¿vale? —añadió—. No hay mucho espacio en la parte de atrás. Así que solo vamos a hablar usted y yo. Mucha privacidad.

—Supongo —dijo Hoyle—. Me sigue pareciendo raro.

—Entonces, entremos, y trataremos de no despertar a nadie.

—No, no, en su coche está bien. Siempre y cuando no vayamos a ninguna parte.

—Puede salir cuando quiera.

—De acuerdo, entonces.

Bosch encabezó la procesión por el camino de piedra a través del césped impoluto hasta el vehículo de incógnito.

—¿Es su coche particular?

—Sí, así que me disculpo de antemano. Está un poco sucio por dentro.

Bosch abrió la puerta del lado del pasajero para Hoyle, que subió. Luego la cerró y miró a Ballard mientras ella rodeaba el coche hacia el lado del conductor. Asintió con la cabeza. El plan estaba en marcha.

—Quédate por delante —susurró ella.

Abrió la puerta del conductor y entró. A través del parabrisas, vio a Bosch apoyarse en el guardabarros delantero del lado del pasajero.

—Parece muy mayor para ser detective —dijo Hoyle.

—Es el detective vivo más viejo de Los Ángeles —dijo Ballard—. Pero no le diga que he dicho eso. Se enfadaría.

—No se preocupe. No voy a decir nada. ¿Por qué no tienen un coche de detective?

—En el que nos asignaron no funciona la calefacción. Así que cogimos el mío. ¿Tiene frío? Seguro que sí.

Ballard introdujo la llave en el contacto y la puso en modo Accesorios. Las luces del salpicadero se encendieron y ajustó la calefacción.

—Avíseme si quiere más calor.

—Estoy bien. Acabemos con esto. Mañana tengo que empezar temprano.

Ballard volvió a mirar a Bosch a través del parabrisas. Tenía los brazos cruzados y la cabeza gacha, la postura de un tipo cansado de esos interrogatorios rutinarios. Hoyle se volvió y miró por la ventanilla hacia la puerta de su casa, como si se recordara a sí mismo que tenía que volver a pasar por ella antes de que la presente situación terminara. Ballard aprovechó el momento para inclinarse hacia delante y meter la mano bajo el salpicadero para encender el sistema de audio y vídeo del coche. Este estaba equipado con tres cámaras y micrófonos ocultos para grabar compras de droga en operaciones encubiertas. Se captaría todo lo que se dijera o hiciera en el coche a partir de ese momento y se almacenaría en el chip de una grabadora situada en el maletero.

—De acuerdo, tengo que empezar leyéndole la advertencia de derechos estándar —dijo Ballard—. El departamento lo exige en todos los interrogatorios, aunque alguien no sea sospechoso, debido a las sentencias judiciales adversas que…

—Mire, no sé —dijo Hoyle—. Ha dicho que solo quería hablar, ¿y ahora me lee mis derechos? Eso no es…

—Bien, escuche, solo voy a leerle sus derechos y a preguntarle si los entiende. En ese momento, tendrá que

decidir si habla conmigo o no, y a partir de ahí ya veremos.

Él negó con la cabeza y puso la mano en el tirador de la puerta. Ballard sabía que estaba a punto de perderlo.

Pulsó el botón que bajaba su ventanilla. Llamó a Bosch, que se acercó rodeando el coche. Ella cogió la radio de la consola central y se la tendió.

—Es posible que necesitemos un coche para el transporte de custodia —dijo—. ¿Puedes ocuparte de eso?

—Entendido —dijo Bosch. Cogió la radio.

—Espere, espere —dijo Hoyle—. Joder, vale, léame mis derechos. Hablaré, acabemos con esto.

Ballard retiró la radio y Bosch asintió. Todo iba como ellos se habían imaginado.

Ballard subió la ventanilla y se dirigió a Hoyle. De memoria le dio la advertencia Miranda y él reconoció que entendía sus derechos y que estaba de acuerdo en hablar con ella.

—Vale —dijo ella—. Hablemos.

—Haga sus preguntas —dijo Hoyle.

—Después de que nos viera ayer en el funeral, ¿a quién llamó?

—¿Llamar? No llamé a nadie. Volví a casa.

—Le di mi tarjeta. Necesito saber a quién le hablo de mí.

—Le digo que no se lo dije a nadie.

Hoyle había levantado la voz lo suficiente como para que Bosch lo oyera. Este la miró por encima del hombro a través del parabrisas. Ella asintió ligeramente y él sacó su teléfono y empezó a hacer una llamada. Se apartó del guardabarros delantero y caminó mientras esperaba la conexión.

—¿A quién llama? —preguntó Hoyle.

—No lo sé —dijo Ballard—. Pero piense bien, doctor Hoyle.

Hizo una pausa y observó a Bosch, que se llevó el teléfono a la oreja durante unos instantes, lo bajó y terminó la llamada. Ballard miró el móvil que Hoyle tenía en la mano. La pantalla estaba oscura. Él no había enviado el mensaje de texto («Informa») a Bonner, al menos no desde ese teléfono. Ballard ahora se preguntaba quién habría sido.

—¿Pensar bien en qué? —dijo Hoyle.

—Este es uno de los momentos en los que la decisión que

tome afectará al resto de su vida —dijo ella.

Él se volvió hacia la puerta y cogió de nuevo el tirador.

—Ahora me está asustando. Voy a salir.

—Si se va, la próxima vez que me vea será cuando derribe su puerta con una orden judicial y lo saque de ahí a rastras delante de sus vecinos.

Hoyle se volvió hacia ella.

—¿Qué quiere? —gritó.

—Ya sabe lo que quiero. ¿A quién llamó después de que nos viéramos en el funeral?

—¡A nadie!

Ballard empezó a buscar en el asiento trasero del coche.

—Quiero que mire algo, doctor.

Sacó dos gruesas carpetas del suelo del asiento trasero y las puso sobre su regazo.

—Quiero que sepa que hemos estado investigándolo desde lo de Albert Lee y John William James.

—¿Por qué?

—Por todo. El factoraje, el fraude al seguro, la compañía que creó con sus amigos, los asesinatos…

—Dios mío, esto no puede estar pasando.

—Está pasando. Y por eso tiene que tomar una decisión aquí y ahora. Ayudar o entorpecer. Y si no me ayuda voy a por el siguiente socio. Y si él no me ayuda, a por el siguiente. Alguien acabará siendo inteligente o espabilando. Y entonces será demasiado tarde para los demás. Solo necesito poner a un implicado delante del jurado de acusación. Pensaba que iba a ser usted, pero no importa.

Hoyle se inclinó hacia delante y por un momento Ballard pensó que iba a vomitar en el suelo. Pero entonces se echó hacia atrás, con los ojos cerrados y la desolación grabada en el rostro.

—Todo esto es culpa de Jason —dijo—. Yo nunca debería…

—¿Jason Abbott? —preguntó Ballard.

—No, no voy a decir ni una palabra más hasta que me prometa que va a protegerme. ¡Me va a enviar a su hombre!

—Podemos protegerlo. Pero ahora mismo tiene que darme lo que necesito. ¿A quién le habló de mí después del funeral?

Esa es la primera pregunta.

—Está bien, está bien. Se lo dije a Jason. Le dije que la policía me había acorralado, y me gritó por haber ido al funeral.

—¿Sabe quién es Christopher Bonner?

—No, no lo sé.

—¿Quién encontraba a la gente a la que usted y los otros le prestaban dinero?

—Jason tenía a alguien. Nunca me involucré.

—Usted no sabía que él iba a…

—¡No! Nunca. No sabía nada de eso hasta que lo hizo. Y entonces fue demasiado tarde. Parecía culpable. Todos lo parecíamos.

—Así que simplemente le siguió la corriente.

—No tuve elección. ¿No lo ve? No quería que me mataran. Mire lo que le pasó a J. W.

—John William James.

—Sí. Le dijo que se acabó a Jason, y mire lo que le pasó.

—¿Y la esposa de él? ¿Formó parte de esto?

—No, no, no, ella no sabe nada.

—¿Cuántos hubo?

—¿Cuántos qué?

—Sabe lo que estoy preguntando. ¿Cuántas veces el factoraje llevó a que mataran a alguien?

Hoyle agachó la cabeza avergonzado y cerró los ojos.

—Si me miente una vez, no le ayudo —dijo Ballard.

—Fueron seis —dijo Hoyle—. No, siete. Javier Raffa era el séptimo.

—¿Contando a James?

—Sí. Sí.

Ballard miró a Bosch a través del parabrisas. Había estado observándolos, viendo a Hoyle sin oírlo hablar. Los dos investigadores cruzaron una mirada y ella asintió. Había conseguido lo que necesitaba. Hoyle estaba en vídeo.

—Ahora vuelva a entrar en casa, doctor —dijo—. No le cuente esto a nadie. Si lo hace, lo sabré y lo enterraré.

—De acuerdo —dijo Hoyle—. Pero ¿qué hago ahora?

—Solo tiene que esperar. Tendrá noticias de un detective

llamado Bettany. Ross Bettany. Él le dirá qué hacer.

—De acuerdo.

—Ya puede salir.

# 34

Bosch había traído un termo con café. Cuando Ballard pasó a recogerlo, salió con él y dos vasos reutilizables. Ella le había asegurado que no iban a hacer ninguna vigilancia, pero él le había dicho que nunca se sabía.

Harry siempre había sido una especie de gurú de los homicidios para Ballard, desde la noche en que lo sorprendió revisando archivos en la sala de detectives, mucho después de haberse retirado. No estaba segura de si era una cuestión de sabiduría o de experiencia, o si la segunda conllevaba lo primero, pero sabía que él nunca era solo un refuerzo. Era el hombre al que recurrir, y confiaba en él.

No llegaron a la casa de Jason Abbott hasta después de la una. Estaba a oscuras y no hubo respuesta a las repetidas llamadas a la puerta. Debatieron sobre si él sabría la que se le venía encima y habría huido. Pero eso no encajaba con los hechos conocidos. Tal vez se había enterado de que Bonner estaba muerto, pero incluso eso era improbable, ya que el hombre que se había suicidado en el apartamento de Ballard no llevaba ninguna identificación. Ella sabía quién era porque lo reconoció. Pero la oficina del forense no desvelaría su identidad hasta que se hubiera confirmado mediante huellas dactilares y otros medios.

Ballard creía que, a lo sumo, Abbott sabría que Bonner estaba desaparecido en acción. El sicario no había respondido al mensaje de texto ni le había informado de ninguna otra manera. Abbott podría haberse pasado por el barrio de Ballard y haber visto la actividad policial, pero, de nuevo, no parecía probable que tuviera suficiente información como para provocar su huida. Ella era la única que veía la imagen completa, y no la había compartido con nadie salvo con Bosch.

Decidieron quedarse un rato y esperar a que regresara

Abbott. Y ahí fue donde entró en juego el café del termo.

—¿Cómo sabías que íbamos a acabar aquí, quizá toda la noche? —preguntó Ballard.

—No lo sabía —dijo él—. Simplemente he venido preparado.

—Eres como el tipo de los libros de Wambaugh. El Original. No, el Oráculo. Lo llaman el Oráculo porque ya lo ha visto todo dos veces.

—Me gusta el Original.

—Harry Bosch, el Original. Bonito.

Bosch cogió el termo de la parte de atrás.

—¿Alguna vez has pensado en dejarlo? —preguntó Ballard.

—Supongo que cuando lo deje se acabará todo, ¿sabes? —Puso los dos vasos en el salpicadero y se dispuso a servir—. ¿Quieres un poco?

—Claro, pero puedes dormir si quieres. Estas son mis horas normales, así que estoy acostumbrada.

—Las horas oscuras te pertenecen.

—Ya lo creo.

Bosch le entregó una taza de café.

—Está caliente —advirtió.

—Gracias —dijo Ballard, aceptándolo—. Pero, de verdad, he dormido bien hasta que Bonner me ha despertado. Un vaso y tendré energía para toda la noche. Tú puedes dormir.

—Ya veremos. Te haré compañía al menos un rato. ¿Qué pasa con el coche? ¿No van a necesitarlo los de Narcóticos por la mañana?

—Si me hubieras preguntado eso hace un año, la respuesta habría sido…, bueno, ni siquiera lo habría cogido. Pero ahora, después de lo de George Floyd, el problema del coronavirus, la desfinanciación del departamento y todo lo demás…, nadie está haciendo un carajo. Ni siquiera lo pedí. Lo cogí sin más, porque no lo van a echar de menos.

—No sabía que todo iba tan mal.

—A la mayoría le da igual todo. La delincuencia ha subido, pero las detenciones han bajado. Y mucha gente está renunciando. Tengo que ser sincera, incluso estoy pensando en dejarlo, Harry. ¿Crees que te vendría bien una compañera?

Lo dijo riendo, pero en muchos sentidos hablaba en serio.

—Cuando quieras, siempre y cuando no necesites un sueldo regular. Te falta bastante para tener pensión, ¿no?

—Sí, pero al menos recuperaría el dinero que he puesto en el fondo hasta ahora. Supongo que también podría volver a dormir en la playa.

—Tendrías que conseguir otro perro.

Ballard sonrió y luego pensó en Pinto, al que iba a conocer pronto. Sin embargo, no sería un buen perro guardián.

—Aun así —dijo Bosch—, siempre es más fácil cambiar una organización desde dentro. Las protestas callejeras no funcionan.

—¿Crees que tengo madera de mando? —preguntó Ballard —. Hay que estar en la décima planta para cambiar las cosas.

—No necesariamente. Siempre pensé que, si peleas la buena batalla, se nota. Y entonces quizá el siguiente haga lo mismo. Lo correcto.

—Ya no creo que sea ese tipo de departamento.

Dio un sorbo a su café caliente y creyó reconocerlo de inmediato. Levantó el vaso a modo de brindis.

—¿De dónde lo sacas? —preguntó.

—Mi hija —dijo Bosch—. Siempre está probando cosas diferentes y luego me las pasa a mí. Este me lo apunté. Me gusta.

—A mí también. Maddie tiene buen gusto. Me dijiste que tiene novio, ¿no?

—Sí, se han ido a vivir juntos. En tu barrio, de hecho. Todavía no he estado allí. No me han invitado.

—¿Por dónde?

—Bajas por Franklin y tomas la primera a la izquierda después del puente Shakespeare en St. George. Allí arriba, junto al embalse.

—Pero has dicho que nunca has estado.

—Bueno, ya sabes, tenía que echar un vistazo. Digamos que nunca he estado dentro.

—Eres un padrazo. ¿Quién es el chico? ¿Estás preocupado?

—No, es un buen chico. Trabaja en la industria como constructor de decorados.

—Eso es un trabajo sindicado, ¿verdad?

—Sí. IATSE, Local 33. Le va bastante bien, y eso es todo lo que entra, porque ella está en la academia. El año pasado fue malo para él, pero ahora las cosas están remontando. Les ayudé un poco para que fueran tirando.

—Les alquilaste el apartamento, ¿no?

—Bueno, les di el primer empujón, sí.

—Eres un padrazo.

—Ya lo has dicho. Me siento más como un abuelo últimamente.

—Vamos. Aún tienes un montón de casos en los que trabajar, Harry.

—Sobre todo si acepto una compañera.

Ballard sonrió y se sumieron en un silencio cómodo. Pero entonces ella se sintió mal por fustigar al departamento cuando la hija de Harry se estaba formando para ingresar en él.

—Siento lo que he dicho antes sobre el departamento —se explicó—. Es solo un ciclo, y cuando Maddie salga de la academia formará parte del nuevo Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Eso espero —dijo él.

Volvieron a quedarse en silencio y al cabo de un rato ella oyó la respiración acompasada de Bosch. Lo miró. Había bajado la barbilla y se había dormido. Todavía sostenía su vaso vacío. Eso sí que era una habilidad.

Sacó su teléfono y revisó los mensajes de texto. Garrett Single le había enviado por correo electrónico la grabación de su llamada por FaceTime para comprobar si el tipo estaba bien intubado durante la traqueotomía de urgencia. Ballard bajó el volumen y empezó a verla, pero detuvo la reproducción cuando se dio cuenta de que no quería ver a Bonner.

A cambio, abrió el navegador y entró en el sitio web de Wags and Walks. Navegó hasta la página de Pinto, el perro que pronto iba a conocer. Había varias fotos de él tomadas en la protectora.

Un vídeo breve lo mostraba interactuando con sus cuidadores de acogida. Parecía atento y deseoso de agradar, pero también receloso y quizá marcado por experiencias

pasadas. Aun así, Ballard tenía un buen presentimiento con Pinto. Estaba deseando conocerlo y llevárselo a casa.

Cerró el vídeo cuando escuchó un sonidito. Al principio pensó que era el teléfono de Bosch, pero luego volvió a sonar y se dio cuenta de que venía del móvil de Bonner, que estaba en la bolsa hermética, en el bolsillo de su abrigo. La sacó y consiguió abrir el teléfono dentro del plástico. El mensaje decía:

¿Qué cojones pasa?

Ballard miró a Bosch. Seguía con la cabeza gacha, y dormido. Ella quería contestar e intentar quedar con la persona que le había enviado el mensaje a Bonner. Le vendría bien el consejo de Bosch (había cuestiones legales que considerar antes de responder), pero no quería despertarlo.

Al mirar el teléfono prepago, vio que la batería se estaba agotando y que el puerto de carga no parecía compatible con el cargador de iPhone. No iba a tardar en quedar inservible hasta que se cargara.

Por impulso, empezó a escribir un mensaje de respuesta en el prepago:

Complicaciones. Nos vemos en laboratorio.

Esperó y al cabo de un minuto el teléfono empezó a sonar con una llamada del número al que había enviado el mensaje. La rechazó y envió un nuevo mensaje:

No puedo hablar. En marcha.

Recibió una respuesta inmediata:

¿Qué complicaciones?

Ella escribió al momento:

Te cuento en Crown. ¿S o N?

Pasó más de un minuto antes de la respuesta:

¿Cuándo?

Sin pensárselo un segundo, Ballard tecleó:

Ahora. Deja abierto.

Esperó una respuesta, pero no hubo ninguna. Supuso que había reunión. Giró la llave del Mustang y miró a Bosch. El ruido del motor lo despertó. Abrió los ojos.

—En marcha —anunció Ballard—. He concertado una reunión en los Laboratorios Crown.

—¿Con quién? —dijo él.

—Todavía no lo sé.

# 35

La puerta de seguridad de los Laboratorios Crown estaba abierta, siguiendo sus instrucciones. Había un solo coche en el aparcamiento cuando llegaron Ballard y Bosch. Era un Tesla Model S con una placa personalizada que decía «2TH DOC». Ballard aparcó justo detrás para impedirle la salida.

—Vamos a ver si Hoyle nos decía la verdad —dijo.

Sacó la radio de su cargador y le pasó la matrícula al centro de comunicaciones. El coche estaba registrado como propiedad de una empresa llamada 2th-Doc LLC.

—Esa era una de las empresas a través de las cuales llegué a la propiedad del laboratorio —dijo Bosch—. Jason Abbott es el director general.

—Ahí lo tienes —dijo Ballard.

Salieron y se acercaron a la puerta con la caricatura del diente. Ballard se dio cuenta de que estaban bajo una ruta aérea hacia el aeropuerto de Burbank. No había vuelos a esa hora, pero el ligero olor a combustible de avión aún flotaba en el aire.

Se fijó en el tejado y reparó en las cámaras situadas en las esquinas delanteras del edificio y sobre la puerta. No iban a sorprender a nadie con su llegada.

La puerta no estaba cerrada con llave. La abrió y pasó primero, con Bosch detrás de ella. Accedieron a una pequeña zona de recepción vacía que parecía ser un lugar para recibir suministros de laboratorio, no personas. El silencio era total.

Ballard miró a Harry, quien señaló con la cabeza un pasillo oscuro detrás del mostrador de recepción. Ella sacó de la funda de su cinturón la pistola que le había prestado y la mantuvo a su lado mientras rodeaba el mostrador.

Las luces del techo del pasillo estaban apagadas, pero no vio ningún interruptor en la pared para encenderlas. Había varias

puertas abiertas que conducían a espacios oscuros y una entrada iluminada a la izquierda, cerca del final del pasillo. Ballard pasó lentamente por la primera puerta. Metió el brazo y tanteó la pared interior, donde pensó que podría haber un interruptor. Lo encontró y se encendieron las luces del techo, revelando que la sala era un gran laboratorio con varias mesas de trabajo y diversos equipos y suministros para fabricar implantes y coronas dentales.

Avanzó por el pasillo, cada vez más consciente de su precaria posición y de su exposición.

—¡Policía de Los Ángeles! —gritó—. Jason Abbott, déjese ver.

Se produjo un largo silencio seguido de lo que pareció un grito ahogado procedente del final del pasillo. Ballard empezó a moverse con rapidez hacia la puerta iluminada, empuñando la pistola con ambas manos en alto.

—¡Policía! —gritó—. ¡Entramos!

Se agachó al pasar el umbral. Oyó los pasos de Bosch detrás de ella.

Accedieron a un gran despacho que tenía una zona de asientos a la izquierda y un escritorio a la derecha. En medio había un hombre sentado en una silla. Estaba parcialmente amordazado con un trozo de tela blanca metido en la boca y sujetado con bridas de plástico que le pasaban alrededor de la cabeza y de la boca. También las habían usado para sujetarle las muñecas a los reposabrazos y los tobillos a las patas de la silla.

Ballard hizo un barrido apuntando con la pistola por toda la habitación para asegurarse de que no había nadie más. También miró a través de la puerta abierta de un pequeño cuarto de baño que estaba a la derecha, detrás del escritorio. Luego enfundó su arma y volvió al centro de la habitación.

—Harry, ¿tienes…?

—Voy.

Bosch se acercó, desplegando una navaja que había sacado de un bolsillo. Primero se ocupó de la mordaza, apartando la brida de la mandíbula del hombre para cortarla. A continuación, le sacó la tela de la boca y la dejó caer al suelo.

Ballard observó que se trataba de una toallita, probablemente cogida del cuarto de baño.

—Ah, gracias a Dios —dijo el hombre—. Pensé que él iba a volver antes.

Bosch pasó a las ataduras de las muñecas y los tobillos.

—¿Quién es usted? —preguntó Ballard—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Soy Jason Abbott —dijo el hombre—. Doctor Jason Abbott. Me han salvado.

Llevaba unos vaqueros azules y una camisa azul claro medio desabotonada con los faldones por fuera. Las bridas le habían dejado marcas en las mejillas. Tenía la tez rubicunda, los ojos azules y el pelo oscuro y rizado.

Cuando le soltaron las muñecas, empezó a frotárselas de inmediato para activar la circulación.

—¿Qué ha pasado? —repitió Ballard—. ¿Quién le ha hecho esto?

—Un hombre —dijo Abbott—. Se llama Christopher Bonner. Es expolicía. Me ató.

Después de agacharse para cortar las ataduras de los tobillos, Bosch se levantó y se apartó. Abbott se agachó y se frotó los tobillos, exagerando la acción, y luego se levantó inestablemente e intentó dar unos pasos. Enseguida extendió las manos y se apoyó en la parte delantera del escritorio.

—Se me han dormido los pies —dijo—. Llevo horas atado a esa silla.

—Doctor Abbott, siéntese aquí en el sofá —dijo Ballard—. Tiene que contarnos exactamente lo que ha pasado.

Lo sujetó por el brazo y lo ayudó a moverse con paso vacilante desde el escritorio hasta el sofá, donde se sentó.

—Bonner vino aquí y me ató —dijo.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó ella.

—Sobre las dos. Entró con una pistola y tuve que dejarlo atarme con esas cosas de plástico. No tuve elección.

—¿Dos de la mañana o de la tarde?

—De la tarde. Hace como doce horas. ¿Qué hora es?

—Son más de las cuatro.

—Joder. Llevo catorce horas en esa silla.

—¿Por qué lo ató?

—Porque iba a matarme, creo. Dijo que tenía que ir a hacer algo y creo que me quería vivo y sin coartada cuando lo hiciera. Luego iba a volver para hacer que pareciera que yo lo había hecho. Iba a matarme, quería que pareciera un suicidio o algo así, y que me culparan.

—¿Le dijo todo esto?

—Sé que suena a cuento, pero es verdad. No me lo dijo todo. Pero he estado sentado aquí durante catorce putas horas y lo he entendido. Quiero decir, ¿por qué si no iba a mantenerme aquí atado?

Ballard sabía que, cuanto más siguiera hablando Abbott, más inverosímil se volvería su historia y más se verían sus defectos.

—¿Qué era lo que tenía que ir a hacer? —preguntó ella.

—No lo sé —dijo Abbott—. Pero creo que iba a matar a alguien. Eso es lo que hace.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo. Me lo dijo de plano. Este tipo me ha tenido pillado durante años. Me ha estado chantajeando, amenazándome, obligándome a hacer cosas. Y no solo a mí. A todos nosotros.

—¿Quiénes son «todos nosotros», doctor Abbott?

—Mis socios. Tengo socios en el laboratorio, y Bonner poco a poco tomó el control. Quiero decir, era policía. Estábamos asustados. Hacíamos lo que nos decía.

Ballard tuvo que asumir que no sabía que Bonner estaba muerto. Pero tratar de echarle la culpa a él era probablemente la mejor estratagema que se le ocurrió cuando vio a Ballard y a Bosch gracias a las cámaras exteriores del laboratorio y dedujo que no había sido el expolicía quien le había enviado el mensaje de las «complicaciones».

—Entonces, ¿cree que esto era una especie de plan maestro por parte de Bonner? —preguntó.

—No lo sé —dijo Abbott—. Pregúntele a él. Si lo encuentra.

—¿O cree que fue algo improvisado?

—Ya he dicho que no lo sé.

—Porque me he dado cuenta de que las bridas con las que

estaba atado a la silla venían del laboratorio del final del pasillo. He visto algunas por el suelo.

—Sí, las habrá cogido allí antes de venir a por mí.

—¿Quién lo dejó entrar en el edificio?

—Yo. Hoy estaba cerrado, hemos alargado el puente. Estaba aquí solo, poniéndome al día con el trabajo, y él ha llamado a la puerta. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Lo dejé entrar.

Ballard se acercó al sofá.

—Déjeme ver sus muñecas —dijo.

—¿Qué? —exclamó Abbott—. ¿Me va a detener? ¿Por qué?

—Quiero ver sus muñecas —dijo Ballard con calma.

—Oh —respondió Abbott.

Extendió las manos, dejando al descubierto las muñecas por debajo de los puños de la camisa. No vio ningún signo de lesión ni ninguna marca, que sin duda habría quedado si Abbott hubiera estado atado durante tanto tiempo como decía. Ballard había vivido esa experiencia ella misma en una ocasión y sabía cómo debían estar sus muñecas.

—¿Cómo es que no me ha preguntado mi nombre? —preguntó Ballard.

—No lo sé —dijo Abbott—. Supongo que pensé que me lo diría en algún momento.

—Soy Ballard. Envió a Bonner a matarme.

Por un momento todo se detuvo y quedó en silencio mientras Abbott registraba sus palabras.

—Espere —dijo entonces—. ¿De qué está hablando? Yo no envié a nadie a ninguna parte.

—Vamos, doctor Abbott, todo esto de aquí, la toallita y las bridas, lo ha hecho usted —dijo Ballard—. No ha sido un mal intento para el tiempo que ha tenido, pero no está engañando a nadie…

—¿Está loca? Bonner me ató. Si intentó matarla, lo hizo por su cuenta. Y me iba a incriminar por eso. Ambos somos víctimas.

Ballard se imaginaba cómo lo había hecho Abbott. Primero la mordaza, dejándola lo suficientemente suelta para poder apretarla con los dientes. Ella había notado lo floja que estaba

cuando Bosch se acercó a cortarla.

Lo siguiente sería atarse los pies a las patas de la silla. A continuación, dejó un bucle suelto alrededor de uno de los brazos de la silla, y luego ató una muñeca al otro lado antes de pasar la mano libre por el bucle suelto y apretarlo con los dientes. Miró a Bosch para ver si estaba en la misma longitud de onda y él asintió ligeramente con la cabeza. Volvió a mirar al tipo.

—Podría sentarme en esa silla y atarme como usted en dos minutos —dijo—. Su historia es absurda, doctor Abbott.

—Se equivoca. Soy una víctima.

—¿Dónde está su teléfono?

—¿Mi teléfono?

—Sí, su móvil. ¿Dónde está?

Ballard notó en los ojos y en la reacción de Abbott que acababa de darse cuenta de que se le había escapado algo, había un fallo en su historia. Había dejado algo fuera del plan.

—Está ahí, en el escritorio —dijo.

Ballard miró y vio un iPhone encima.

—¿Y el prepago? —preguntó.

—¿Qué prepago? —dijo Abbott—. No hay ningún prepago.

Ballard miró a Bosch y asintió.

—Llama, Harry —dijo.

Este sacó su móvil y llamó al número que había enviado los mensajes de texto al prepago de Bonner.

—¿Qué está haciendo? —dijo Abbott—. ¿A quién llama?

Se oyó un zumbido en la habitación.

—Lo está llamando —dijo Ballard.

Siguió el sonido hasta el escritorio. El zumbido llegaba a intervalos. Ella comenzó a abrir los cajones, tratando de localizarlo. Cuando sacó el último, el zumbido se oyó más fuerte. Allí, junto a una caja de sobres y una pila de notas adhesivas, había un teléfono móvil negro igual que el que Ballard le había encontrado a Bonner.

—Se olvidó del teléfono, ¿verdad? —preguntó.

—No es mío —dijo Abbott—. ¡Bonner lo puso ahí!

Ballard no lo tocó, porque supuso que solo tenía las huellas de él. Y si no había, buscarían ADN. Cerró el cajón. Sería una

prueba fundamental, e iba a informar a Ross Bettany al respecto.

Volvió a rodear el escritorio y se dirigió al sofá.

—Levántese, doctor Abbott —le ordenó.

—¿Para qué? —exclamó él—. ¿Qué está pasando?

—Queda detenido por el asesinato de Javier Raffa —dijo Ballard—. Y eso es solo el comienzo.

Tercera parte

# La insurrección

# 36

Ballard llamó a un coche de la cercana División de North Hollywood para que transportara a Abbott a la cárcel de Van Nuys, donde fue fichado como sospechoso de asesinato. Después, dejó a Bosch en su casa y se dirigió a la comisaría de Hollywood, donde pasó las siguientes tres horas trabajando en el papeleo para respaldar la detención y preparando el paquete del caso tanto para la Oficina del Fiscal del Distrito como para Ross Bettany, que probablemente lo llevaría a un fiscal como siguiente paso después de la detención.

A las nueve estaba imprimiendo y colocando las páginas en una carpeta de tres anillas cuando Bettany apareció con su compañera, Denise Kirkwood.

—Es tu día de suerte —dijo Ballard.

—¿Cómo es eso? —preguntó él.

—Te he conseguido un implicado dispuesto a hablar para salvar el pellejo. Y he fichado a tu principal sospechoso hace unas cuatro horas.

—¿Que has hecho qué?

Ballard cerró primero las anillas y luego la carpeta, y se la acercó.

—Está todo aquí —dijo—. Léelo y llámame si tienes alguna pregunta. Llevo toda la noche, así que me voy. Buena suerte, pero no creo que la necesites. Está todo aquí.

Ballard dejó a Bettany con la boca abierta y a Kirkwood con una sonrisa cómplice en la cara. Volvió a su coche y condujo hacia el oeste hasta llegar a un corredor industrial que discurría junto a la autovía 405. Con el zumbido de la autovía de fondo, se sentó en un banco en un parque canino vallado con Pinto, el cruce de chihuahua rescatado que había reservado. El perro, de color marrón y blanco, pesaba cuatro kilos y tenía el hocico largo de un terrier y una mirada

esperanzada en sus ojos ámbar. A Ballard le dieron media hora para decidirse, pero tardó menos de diez minutos.

El animal venía con un transportín metálico, una bolsa de dos kilos de pienso seco y una correa con un dispensador de bolsitas biodegradables para recoger las cacas. Se lo llevó a la playa de Channel Road, en la desembocadura del cañón de Santa Mónica, donde se sentó con las piernas cruzadas sobre una manta y lo dejó correr sin correa.

Ahí, la playa era la más profunda de la costa del condado y estaba casi desierta. El cielo estaba despejado y soplaba una brisa bastante fría procedente del Pacífico, tan fuerte que la manta se llenó de arena. Ballard divisaba la isla de Catalina y la silueta de los cargueros que salían del puerto, detrás de Palos Verde.

El perro había pasado cinco semanas en una perrera. A ella le encantaba verlo corretear de un lado a otro por la arena. Instintivamente, el animal sabía que no debía alejarse de ella. La miraba cada pocos segundos y parecía darse cuenta de que lo había salvado de un futuro sombrío.

Cuando se cansó por fin, se subió a su regazo para dormir. Ella lo acarició y le dijo que todo iba a salir bien.

Seguía ahí cuando Ballard recibió la llamada que había estado esperando desde que dejó a Bettany y a Kirkwood con el expediente del caso. Era el teniente Robinson-Reynolds, que la llamaba para informarla de que había sido suspendida por insubordinación hasta nuevo aviso. El teniente fue formal y utilizó un tono monocorde, pero luego pasó a un modo extraoficial y expresó su decepción con ella en términos de lo que sus acciones significaban para él.

—Me has hecho quedar mal, Ballard —dijo—. Me has avergonzado trabajando en esto toda la noche, ¿y tengo que enterarme por el mando del West Bureau? Espero que te echen del departamento por esto. Y yo estaré aquí, dispuesto a ayudarles.

El teniente colgó antes de escuchar su respuesta.

—Intentaron matarme —dijo ella a la nada.

Dejó el teléfono sobre la manta y miró hacia el mar azul oscuro. La insubordinación era motivo de despido. Estar

suspendida hasta nuevo aviso significaba que el departamento tenía veinte días para readmitirla o llevarla a una audiencia de la Junta de Derechos, que era esencialmente un juicio cuyo veredicto de culpabilidad podía dar lugar al despido.

A Ballard no le preocupaba todo eso. Se imaginó que las cosas iban a acabar así en el momento en que escondió el teléfono prepago de Bonner en su cajón de los trastos. Fue entonces cuando traspasó los límites de lo que se consideraba trabajo policial.

Cogió el teléfono y llamó a la única persona a la que creía que le importaba todo eso.

—Harry —dijo—, estoy fuera. Suspendida.

—Mierda —dijo él—. Supongo que sabíamos que esto iba a pasar. ¿Es muy malo? ¿CIO?

La CIO, o conducta impropia de un oficial, era una falta menor que la insubordinación. Era un pensamiento esperanzador por parte de Bosch.

—No. Insubordinación. Mi teniente dice que van a intentar despedirme. Y él va a ayudar.

—Qué cabrón.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Probablemente pasar un par de días en la playa. Hacer surf, jugar con mi perro, reflexionar…

—¿Tienes un perro nuevo?

—Me lo acaban de entregar. Nos llevamos muy bien.

—¿Quieres un nuevo trabajo además de tu nuevo perro?

—¿Quieres decir contigo? Claro.

—No es un gran plan B, pero pasarías fácilmente la prueba de antecedentes.

Ballard sonrió.

—Gracias, Harry. Vamos a ver cómo van las cosas.

—Estoy aquí si me necesitas.

—Lo sé.

Colgó y dejó el teléfono. Miró hacia el mar, donde el viento levantaba espuma blanca de las olas que traía la marea.

# 37

El martes por la noche, Ballard apagó el teléfono, se puso un chándal y durmió durante diez horas en el sofá del salón. Todavía no estaba preparada para volver al dormitorio, donde casi la habían matado. Se despertó el miércoles dolorida, con el cuerpo magullado por el forcejeo con Bonner y por el apoyo desigual que le proporcionaba el sofá. Pinto estaba acurrucado y dormido a sus pies.

Renée encendió su teléfono. Aunque estaba suspendida, no había sido eliminada del sistema de alerta de todo el departamento. Vio que había recibido un mensaje de texto en el que se anunciaba que todas las divisiones y unidades del departamento volvían a estar en alerta táctica tras los disturbios civiles en Washington D. C., y las protestas que se esperaban a escala local. Eso significaba que todo el departamento se movilizaría en turnos de doce horas para sacar más agentes a las calles. Por designación previa, Ballard estaba en el turno B, trabajando de seis de la tarde a seis de la mañana según el plan de respuesta.

Cogió el mando de la televisión y puso la CNN. La pantalla se llenó inmediatamente de imágenes de gente, hordas, asaltando el Capitolio de Estados Unidos. Zapeó y vio que estaba en todas las cadenas y canales de noticias por cable. Los comentaristas lo llamaban insurrección, un intento de detener la certificación de las elecciones presidenciales de dos meses antes. Ballard observó en silencio atónita durante una hora sin moverse del sofá antes de enviar finalmente un mensaje de texto al teniente Robinson-Reynolds.

Supongo que todavía estoy en el banquillo.

No tuvo que esperar mucho para recibir una respuesta:

Pensó en responder con un comentario sarcástico sobre su propia acusación de insurrección dentro del departamento, pero lo dejó pasar. Se levantó, se puso los zapatos y sacó a Pinto a dar su primer paseo por el barrio. Subió hasta Los Feliz Boulevard y volvió. Las calles estaban casi desiertas. El perro se mantuvo cerca, sin tirar de la correa. Lola siempre tiraba de la correa con fuerza, embistiendo hacia delante con sus treinta kilos. Echaba de menos eso.

Después de llegar a casa y darle algo de la comida de Wags and Walks, Ballard volvió al sofá. Durante las dos horas siguientes, con el mando a distancia en la mano, cambió de canal y vio las inquietantes imágenes de una anarquía total, tratando de comprender cómo las divisiones en el país habían crecido hasta el punto de que hubiera gente que sintiera la necesidad de asaltar el Capitolio e intentar cambiar los resultados de unas elecciones en las que habían votado ciento sesenta millones de personas.

Cansada de mirar y de pensar en lo que estaba viendo, preparó una bolsa con dos barritas energéticas para ella y algo más de comida para el perro. En el garaje, colocó su tabla de surf de remo y la mini en la baca del Defender. Estaba a punto de subirse cuando una voz llegó desde atrás.

—¿Vas a surfear?

Se dio la vuelta. Era el vecino. Nate el del 13.

—¿Qué? —preguntó Ballard.

—¿Vas a surfear? —dijo Nate—. El país se está desmoronando, hay protestas por todas partes y tú te vas a hacer surf. Eres policía, ¿no deberías estar…, no sé…, haciendo algo?

—El departamento tiene turnos de doce horas —explicó Ballard—. Si todo el mundo fuera a trabajar ahora, no habría nadie para trabajar por la noche.

—Ah, vale.

—¿Y tú qué estás haciendo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué coño estás haciendo, Nate? Nos odiáis. Odiáis a los polis hasta que cae la mierda y entonces nos necesitáis. ¿Por

qué no sales y haces algo?

Ballard se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. Las frustraciones de todo lo ocurrido en su trabajo y en su vida acababan de salir como un disparo contra la persona equivocada.

—Te pagan para proteger y servir —dijo Nate—. A mí no.

—Sí, vale —dijo Ballard—. Da igual.

—¿Llevas un perro ahí? —Señaló por la ventanilla a Pinto.

—Sí, es mi perro —dijo ella.

—Necesitas la aprobación de la asociación de propietarios —dijo Nate.

—He leído las normas. Puedo tener un perro de menos de diez kilos. Y no pesa ni siquiera la mitad.

—De todos modos, necesitas la aprobación.

—Bueno, tú eres el presidente, ¿no? ¿Me estás diciendo que no apruebas que tenga un perro en un apartamento en el que un hombre fue capaz de burlar la seguridad del edificio para forzar la entrada y asaltarme?

—No. Solo digo que hay reglas. Tienes que presentar una solicitud y luego obtener la aprobación.

—Claro. Lo haré, Nate.

Lo dejó allí y se subió al Defender. Pinto saltó inmediatamente a su regazo y le lamió la barbilla.

—No pasa nada —dijo Ballard—. Tú te quedas aquí conmigo.

Una hora más tarde, estaba remando hacia el oeste, con el perrito en la punta de la tabla, de pie, alerta, pero temblando. Era una experiencia nueva para él.

El sol y el aire salado causaron un efecto profundo en los músculos de Ballard y aliviaron la tensión y el dolor. Fue un buen entrenamiento. Noventa minutos: cuarenta y cinco hacia Malibú y cuarenta y cinco de vuelta. Estaba agotada cuando se metió en la tienda que había montado en la arena y se echó una siesta, con Pinto durmiendo en la manta, a sus pies.

No regresó a casa hasta el anochecer. Se había dejado allí el teléfono a propósito y descubrió que había acumulado varios mensajes a lo largo del día. El primero era de Harry Bosch, preguntando cómo le iba y mencionando que creía haberlo

visto todo, pero que nunca había imaginado ver el Capitolio asaltado por sus propios ciudadanos.

El segundo mensaje era una notificación formal para comunicarle que se había programado una vista de la Junta de Derechos para que ella compareciera al cabo de dos semanas en el Edificio de Administración de la Policía. Lo guardó. Sabía que necesitaría que la acompañara un representante del sindicato para defenderse. Ya haría esa llamada más tarde. Pero el siguiente mensaje era del sindicato, de un agente llamado Jim Lawson que decía que también habían recibido la notificación de la audiencia de la Junta de Derechos y que estaban preparados para defenderla. Ballard también guardó ese mensaje y pasó al siguiente, recibido a las 14:15. Era de Ross Bettany: «Sí, eh, Ballard, soy Ross Bettany. Devuélveme la llamada. Tengo algo que hablar contigo. Gracias».

El último mensaje llegó dos horas más tarde y era de Bettany de nuevo, pero su voz era un poco más intensa: «Aquí Bettany. Realmente necesito que me llames. El Hoyle este y su abogado dicen que solo va a hablar contigo, solo confía en ti. Así que debemos pensar en algo. Obviamente, tenemos que empezar a hablar con el tipo. Hemos de presentar cargos contra Abbott mañana por la mañana o el caso se va al cuerno. Llámame. Gracias».

Después de detener y fichar a un sospechoso, el fiscal disponía de cuarenta y ocho horas para presentar cargos y acusarlo, o bien desestimar el caso. El hecho de que Hoyle tuviera abogado también añadía una complicación. Ballard supuso que Bettany había llevado lo que ella le había dado a la fiscalía y que el fiscal encargado de presentar cargos había querido más, como que Hoyle prestara una declaración formal y voluntaria en lugar de la grabación subrepticia que ella había efectuado en el coche.

Bettany había dejado su número de teléfono móvil en ambos mensajes. Pensó que devolverle la llamada podría violar las órdenes de no realizar ningún trabajo policial durante su suspensión, pero llamó de todos modos.

—Sabes que estoy suspendida, ¿verdad?

—Lo sé, Ballard, pero me has dejado un marrón.

—Mentira, te di un paquete completo listo para entregárselo al fiscal.

—Sí, lo hice, pero me dijeron que no.

—¿Quién era el ayudante del fiscal?

—Un tipo llamado Donovan. Se cree un puto Lee Bailey.

—¿Qué hay de malo en lo que te di?

—Que grabaste a Hoyle sin su conocimiento. Ya tiene un abogado de primera, un tal Dan Daly, y nos está acusando de inducción. Así que Donovan mira la cinta y algo no le cuadra. En primer lugar, ¿con quién estabas hablando cuando bajaste la ventanilla y dijiste que podrías necesitar transportar a Hoyle?

Ballard se quedó paralizada un momento. Se dio cuenta de que había bajado la ventanilla y hablado con Bosch mientras grababa. Formaba parte de la actuación, pero había sido un error.

—¿Ballard? —preguntó Bettany.

—Fue Bosch, el tipo que trabajó en el caso original. El asesinato de Albert Lee.

—¿No está retirado?

—Sí, está retirado, pero acudí a él por el caso, porque el expediente ya no existe. Necesitaba que me hablara de esa investigación y estábamos juntos cuando ocurrió lo de Hoyle.

Hubo un silencio mientras Bettany digería esa explicación incompleta.

—Bueno, eso no tiene buena pinta, pero ese no es el problema —dijo finalmente—. El problema es que le dijiste a Bosch que podrías necesitar un transporte, y Donovan dice que eso es una táctica amenazante y coercitiva que podría hacer que la prueba de la cinta se descartara. Me dijo que volviera a hablar con Hoyle, pero él dice que solo va a hablar contigo. Y eso es un poco raro, porque tú le engañaste, pero él solo confía en ti. En eso estamos.

Ballard se quedó en silencio mientras consideraba ese cambio de fortuna. Un error que había cometido jugaba de repente a su favor.

—Tienen que reincorporarme si quieren que hable con él —dijo.

—De eso se trata, sí —dijo Bettany—. Mientras tanto, Donovan está trabajando en un acuerdo de inmunidad cualificada con Daly.

—¿Le has hablado a alguien de esto?

—Mi teniente lo sabe, y ha estado hablando con el tuyo, supongo. Alguien de Hollywood.

Ballard casi sonrió al pensar en el atasco en el que se encontraba Robinson-Reynolds, que había redoblado su suspensión aquella mañana con su escueta respuesta a su mensaje y que de pronto la necesitaba de nuevo en el trabajo para salvar un caso de asesinato múltiple.

—¿Dónde está Hoyle? —preguntó.

—Está en su casa, supongo —dijo Bettany—. O donde sea que Daly lo tenga escondido.

—Vale. Voy a llamar a mi teniente y te llamo.

—Date prisa, Ballard, ¿de acuerdo? No queremos soltar al Abbott este. En mi opinión, tiene fondos y conexiones para desaparecer.

Colgó e inmediatamente llamó a Robinson-Reynolds a su móvil. Él no se molestó en saludar, y Ballard tampoco lo esperaba.

—Ballard, ¿has hablado con Bettany?

—Acabo de hacerlo.

—Bueno, parece que te caíste en la mierda por lo de tus payasadas de la otra noche y que te has levantado oliendo a rosas.

—Claro. ¿Estoy reincorporada o qué? Tenemos que coger a Hoyle esta noche. Nuestras cuarenta y ocho horas con Jason Abbott acaban por la mañana.

—Estoy trabajando en eso, preparando el interrogatorio para esta noche. Estarás reincorporada cuando llegues a la sala.

—¿Es una reincorporación permanente o temporal?

—Ya veremos, Ballard. No será mi decisión.

—Gracias, teniente.

Lo dijo con alegre sarcasmo. Colgó y luego volvió a llamar a Bettany.

—Está en marcha —dijo—. Prepáralo para esta noche y

luego llámame.

—Recibido —dijo Bettany.

# 38

El nuevo interrogatorio de Dennis Hoyle tuvo lugar a las ocho de la tarde en la sala de detectives de la División de Van Nuys. Bettany, Kirkwood y Donovan estuvieron presentes y prepararon a Ballard en relación con los puntos clave de los que necesitaban dejar constancia. Hoyle estaba acompañado por su abogado, Daniel Daly, que revisó el acuerdo de inmunidad que firmó su cliente. A Hoyle le estaba saliendo barato: aceptaba declararse culpable de conspiración para cometer fraude a cambio de su testimonio contra Abbott y posiblemente otros. Se arriesgaría ante un juez en cuanto a la sentencia. El acuerdo se basaba en su honestidad y en su afirmación de que nunca había participado en la planificación ni tenía conocimiento previo de los asesinatos de personas que habían aceptado préstamos del consorcio. Sobre el papel era un caramelito, pero Donovan y sus superiores habían tomado la decisión. El plan tácito probablemente incluía intentar romper el acuerdo pillándolo en una mentira. Y aparte de eso, siempre podría informarse al juez encargado de dictar sentencia del alcance de los delitos en los que Hoyle se había involucrado con sus secuaces y elevar al máximo la condena por declararse culpable de conspiración.

Ballard pidió a Bettany y a los demás que se quedaran fuera de la sala y vieran el interrogatorio en una pantalla. Como Hoyle afirmó que solo hablaría con ella, no quería que pensara que formaba equipo con Bettany. Entró en la pequeña sala gris y se sentó frente a Hoyle y su abogado. Puso su teléfono en el muslo: una concesión a Donovan que le permitiría enviarle algún mensaje si no le gustaba lo que veía en la pantalla.

—En primer lugar, tengo que dejar claros los límites legales de esta conversación —dijo Ballard—. Tiene que entender que, si me miente directamente o por omisión, el trato se cancela y

será procesado por conspiración para cometer un asesinato.

Hoyle abrió la boca para responder, pero Daly extendió el brazo como un padre que impide a un niño cruzar la calle sin mirar.

—Lo entiende —dijo Daly—. Eso está en el acuerdo.

—Aun así, quiero escucharlo de él —dijo Ballard.

—Lo entiendo —dijo Hoyle—. Vamos a terminar con esto.

—Sé que no está en el acuerdo, pero también quiero algo más —dijo Ballard.

—¿Qué? —dijo Daly.

—Quiero que renuncie a todos los derechos de propiedad sobre el terreno que era de Javier Raffa —dijo ella.

—Olvídelo —repuso Daly.

—Entonces puede olvidarse de este acuerdo —contestó—. No voy a dejar que se vaya de rositas y que luego le quite ese terreno a la familia del hombre al que él y los cerdos de sus colegas mataron.

Inmediatamente vibró su teléfono, y miró el mensaje de Donovan:

¿Qué coño haces?

Ballard volvió a levantar la vista y miró a Hoyle a los ojos, esperando que su mirada severa lo hiciera someterse.

Esta vez fue Hoyle quien extendió el brazo para detener a su abogado.

—Está bien —dijo—. Estoy de acuerdo.

—No tiene que hacerlo —intervino Daly—. Ya hemos negociado el acuerdo, y eso no…

—He dicho que está bien —repitió Hoyle—. Quiero hacerlo.

Ballard asintió.

—La fiscalía del distrito preparará una enmienda al acuerdo —dijo.

Hizo una pausa para ver si Daly tenía algo más que decir. No lo hizo.

—Bien, empecemos —dijo Ballard.

Y así fue. La historia de Hoyle no cambió mucho desde la primera vez que se la contó a Ballard. Esta vez, sin embargo, ella hizo preguntas destinadas a obtener más información

sobre los orígenes del consorcio de factoraje y determinar si desde el principio el plan era acabar asesinando a aquellos a los que prestaban el dinero. Sabía que, tarde o temprano, los abogados de Abbott y de cualquier otro detenido en la investigación estudiarían la transcripción de ese interrogatorio en busca de cualquier grieta por la que pudiera colarse una duda razonable en el caso.

El interrogatorio terminó cerca de la medianoche y entonces Bettany y Kirkwood se llevaron a Hoyle para ficharlo y ponerlo en libertad con el cargo de conspiración. Entretanto, Donovan presentó los cargos formales contra Abbott con una detención sin fianza hasta su comparecencia. La cifra se discutiría entonces con toda seguridad.

Poco después de concluir el interrogatorio y ver cómo se llevaban a Hoyle, Ballard recibió un mensaje de Robinson-Reynolds. No malgastó palabras:

Vuelves al banquillo.

No se molestó en contestar. Se fue a casa sin que nadie le diera las gracias. Había convertido lo que debía parecer un accidente fortuito de Nochevieja en un caso creíble de asesinato múltiple, pero, como se había pasado al menos un pie de la raya, debían apartarla e incluso esconderla si era posible de los abogados de la defensa.

Había dejado a Pinto en su transportín y tuvo que despertarlo al llegar a casa. Le enganchó la correa al collar y lo sacó a pasear. Era una noche clara y fresca. Las luces de las casas de Franklin Hills brillaban y ella caminó en esa dirección, sin cruzarse con nadie. Incluso el puente Shakespeare estaba desierto y las casas de abajo, a oscuras. Después de que el perro hiciera sus necesidades, ella las metió en una bolsa y dio media vuelta.

Las noticias de última hora de la televisión por cable eran un refrito de los acontecimientos del día en Washington. Lo último era que un policía había sucumbido a las heridas sufridas mientras defendía el Capitolio. Todos los agentes iban a trabajar cada día pensando que podría ser el último. Pero Ballard dudaba de que aquel hubiera imaginado alguna vez

que daría su vida cumpliendo con su deber de la forma en que lo hizo. Se fue a dormir con oscuros pensamientos sobre el país, su ciudad y el futuro.

Debido a su trabajo, Ballard estaba acostumbrada a dormir durante el día y no cambiaba su horario en sus días libres. En consecuencia, dormía poco y se revolvía cada vez que cualquier ruido penetraba en su letargo. Pinto, que aún se estaba acostumbrando a su nuevo hogar y a su entorno, también dormía a ratos, moviéndose en su jaula cada hora aproximadamente.

Un mensaje de texto despertó definitivamente a Ballard a las 6:20, no porque lo hubiera oído, sino porque iluminó la pantalla de su teléfono. Era de Cindy Carpenter:

> Cómo se atreve. Se supone que debe proteger y servir. No hace ninguna de las dos cosas. ¿Cómo duerme por la noche?

Ballard no tenía ni idea de a qué se refería, pero, fuera lo que fuese, las palabras la estremecieron.

Quiso llamar inmediatamente, pero se contuvo, porque no creía que fuera a contestar. Se preguntó si el mensaje tendría algo que ver con el malestar residual de Cindy por el hecho de que ella hubiera contactado con su exmarido.

Pero entonces llegó otro mensaje aún más inquietante. Este era de Bosch:

> Tienes que mirar el periódico. Hay una filtración en alguna parte.

Ballard cogió rápidamente el portátil y fue a la página web de *Los Angeles Times*. Harry era de la vieja escuela: recibía el diario en papel. Ella estaba suscrita a la versión en línea. Encontró el artículo en un lugar destacado de la página de entrada.

POLICÍA SE LA JUGÓ EN LA INVESTIGACIÓN DE VIOLACIONES EN SERIE:
MÁS VÍCTIMAS ACABARON SIENDO AGREDIDAS

por Alexis Stanishewski,
de la redacción del *Times*

Después de que dos hombres entraran en una casa de Hollywood y violaran a una mujer, el Departamento de Policía de Los Ángeles lanzó una investigación a gran escala.

Sin embargo, el responsable de la investigación decidió mantenerla en secreto con la esperanza de identificar y capturar al singular equipo de violadores. No se lanzó ninguna advertencia a la ciudadanía y al menos dos mujeres más fueron agredidas en las cinco semanas siguientes.

El caso, según las fuentes, es un ejemplo de las opciones a las que se enfrentan los investigadores al perseguir a criminales en serie. La rutina de un sospechoso puede llevar a su captura, pero suscitar la atención pública sobre una serie de crímenes puede hacer que cambien los patrones identificables, haciendo que resulte más difícil detener a los culpables.

En este caso, tres mujeres fueron agredidas sexualmente y torturadas por hombres que irrumpieron en su casa en plena noche, lo que llevó a los investigadores a bautizarlos como los Hombres de Medianoche. El miércoles, agentes de la Unidad de Relaciones con los Medios permanecieron mudos sobre el caso, mientras que el teniente Derek Robinson-Reynolds, supervisor de los detectives de la División de Hollywood, se negó a explicar o defender su decisión de mantener la investigación en secreto. El *Times* ha presentado una solicitud formal de informes policiales relacionados con los crímenes.

Una de las víctimas dijo sentirse molesta y enfadada al saber que la policía conocía a los violadores antes de que fuera agredida en Nochebuena. Su nombre no se menciona debido a la política del ***Times*** de no identificar a las víctimas de delitos sexuales.

«Siento que, si hubiera sabido que estos tipos estaban ahí fuera, podría haber tomado precauciones y no haber sido una víctima —dijo la mujer entre lágrimas—. Siento que primero fui violada por estos hombres y luego de nuevo por el departamento de policía.»

La víctima describió unas angustiosas cuatro horas que comenzaron cuando dos hombres con pasamontañas la despertaron en su cama, le vendaron los ojos y se turnaron para violarla. La víctima dijo que creía que iban a matarla cuando terminara el brutal ataque.

«Fue horrible —declaró—. Sigo reviviéndolo. Es lo peor que

me ha pasado.»

Ahora se pregunta si su calvario podría haberse evitado si el departamento de policía hubiera informado de los Hombres de Medianoche.

«Tal vez habrían parado o tal vez habrían pasado a otra cosa si hubieran sabido que la policía estaba tras ellos», dijo la víctima.

Todd Pennington, sociólogo de la Universidad del Sur de California especializado en delincuencia, declaró al *Times* que el caso de los Hombres de Medianoche pone de manifiesto las difíciles decisiones a las que se enfrentan las fuerzas del orden.

«No hay una buena respuesta —dijo—. Si mantienes la investigación en secreto, tienes muchas más posibilidades de realizar una detención. Pero, si te quedas callado y no haces esa detención con rapidez, la ciudadanía sigue estando en peligro. Estás condenado tanto si lo haces como si no lo haces. En este caso, la decisión fue contraproducente y hubo más víctimas.»

Pennington dijo que los criminales en serie rara vez dejan de actuar a menos que la policía los detenga.

«Hay que entender que, incluso si la policía hubiera hecho pública su investigación, es poco probable que estos dos hombres hubieran dejado de cometer sus crímenes —manifestó —. En cambio, habrían cambiado sus pautas. Pero lo más probable es que hubiera habido más víctimas. Y ese es el dilema al que nos enfrentamos a la hora de decidir si lo hacemos público. Es una situación sin solución para la policía.»

Ballard se había ido poniendo colorada a medida que leía el artículo. A los dos párrafos, sabía que el departamento probablemente la identificaría como la fuente anónima de la historia, ya que el único villano nombrado era el hombre que había solicitado su suspensión. También sabía que eso no iba a ser el final. El *Times* era el periódico de referencia y, como tal, daba ejemplo a la mayoría de los medios de comunicación de la ciudad. No cabía duda de que todos los informativos locales se harían eco de la noticia, y el departamento volvería a estar bajo la lupa.

Leyó el artículo de nuevo y esta vez se animó con lo que no revelaba. No mencionaba que todas las violaciones se habían producido en días festivos ni el patrón de manipulación del

alumbrado público. La fuente de la noticia había tenido cuidado con la información que se iba a hacer pública sobre el caso.

Ballard estaba segura de saber quién era la fuente. Cogió el teléfono y llamó a Lisa Moore. Con cada tono se enfadaba más, de modo que cuando la llamada saltó al buzón de voz estaba preparada para disparar a doble cañón.

—Lisa, sé que has sido tú. Probablemente me culparán a mí, pero sé que has sido tú. Has puesto en peligro toda una investigación solo para fastidiar a Robinson-Reynolds por pasarte a las noches. Y sé que sabías que me culparían a mí. Así que vete a la mierda, Lisa.

Colgó, lamentando casi inmediatamente el mensaje que había dejado.

# 39

La historia se difundió durante dos días en las noticias de la televisión, la radio e internet, en gran parte alimentada por una rueda de prensa convocada apresuradamente en el Edificio de Administración de la Policía, en la cual un portavoz oficial del departamento restó importancia a la noticia del *Times*, argumentando que las conexiones probatorias entre las violaciones eran tenues, si bien el hecho de que cada violación implicara a dos autores parecía conectar los casos. Por suerte para el departamento, la insurrección del Capitolio acaparó las horas de emisión y el espacio de los periódicos, y la historia desapareció con la resaca de la noticia más grande. Ballard no volvió a saber nada de Robinson-Reynolds, aunque su silencio parecía confirmar que creía que ella era la fuente de la filtración. Tampoco volvió a tener noticias de Lisa Moore, ni siquiera para negar la acusación de su mensaje.

Otra historia que no tuvo ninguna repercusión fue la detención de un respetado dentista en una conspiración de asesinato. Ballard se había convertido en una persona ajena al caso, pero dedujo de una llamada a Ross Bettany que la investigación avanzaba con lentitud. Mientras que la detención de Jason Abbott se había dado a conocer a los medios de comunicación, la implicación de Dennis Hoyle como testigo colaborador y la del expolicía Christopher Bonner como asesino a sueldo se habían logrado mantener en secreto. Ella sabía que el secreto no se mantendría para siempre, y menos cuando empezaran las vistas judiciales, pero el departamento siempre había actuado según la política tácita de distanciar los golpes a su reputación lo más posible.

El sábado, Ballard recibió una llamada de Garrett Single, que le preguntó si ella y su nuevo perro querían ir de excursión. Ella le había enviado antes una foto de Pinto. Single

le propuso Elysian Park porque había mucha sombra en el camino. Ballard no había ido a caminar por allí desde que era cadete en la cercana academia de policía. Pensó que Pinto podría disfrutarlo, y, como había señalado Single, el sendero era apto para perros y probablemente estaría menos concurrido que otros lugares de excursión populares. Aceptó reunirse allí, ya que él venía de su casa, en Acton, que estaba al otro lado de las montañas de San Gabriel. Ballard sabía que era una población donde vivían muchos bomberos, porque solo iban al centro una vez a la semana: trabajaban tres días seguidos y dormían en el parque de bomberos, y luego tenían cuatro días libres. Un par de viajes de dos horas a la semana no eran un gran problema.

El lunes por la mañana, Ballard se despertó en Acton, tras haber pasado las últimas treinta y seis horas con Single. Su casa estaba encajada en la escarpada ladera de Antelope Valley, donde, según le había advertido él, los coyotes y los linces vagaban libremente. Preparó café mientras Garrett se duchaba y salió a una terraza trasera que daba a un jardín en el que, según él le había contado, había estado trabajando durante meses. Llevaba una manta del sofá envuelta alrededor de los hombros. Pasar tiempo con Single había estado bien, pero se había sentido incómoda y frustrada todo el tiempo. La habían apartado de todo. El caso Raffa había pasado a la fase de acusación, así que eso no la molestaba tanto como el hecho de estar completamente excluida de la investigación de los Hombres de Medianoche. Lo que redoblaba la frustración era el hecho de que había sido vilipendiada por Cindy Carpenter y no había sabido nada de Lisa Moore sobre cómo se estaba llevando el caso. Eso la dejó con poca confianza en que alguien estuviera cerca de identificar y detener a la pareja de violadores.

Estaba paseando entre los arbustos y repasando mentalmente los hechos del caso cuando oyó que Single se le acercaba por detrás. La rodeó con un brazo y utilizó el otro para apartarle el pelo de la nuca. La besó ahí.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

—¿El qué? —preguntó ella.

—La vista. Quiero decir, observa todo esto.

Ballard ni siquiera se había fijado. No había mirado más allá de sus pensamientos sobre el caso.

—Es bonito —dijo—. Inhóspito.

—Sí —dijo Single—. Por eso me gusta.

—No, te gusta por el valor inmobiliario y el amplio espacio abierto. Los policías y los bomberos siempre quieren espacio.

—Es verdad. Pero tengo que ser sincero. Me gustan las crestas afiladas de aquí.

—Entonces yo tengo que ser sincera. Está demasiado lejos del agua.

—¿Qué quieres decir? Tenemos el río Santa Clara justo al otro lado de esa colina.

—Ya… Me refiero al océano. El Pacífico. Que yo sepa, no se puede hacer surf en el río Santa Clara, ni siquiera cuando no está seco.

—Pero es un buen contrapunto, montañas y océano, ¿no? El desierto y la playa tienen al menos una cosa en común.

—¿La arena?

—Lo has adivinado.

Single se rio, y, cuando dejó de hacerlo, Ballard oyó su teléfono zumbando en la encimera de la cocina, en el interior. Era la primera vez en treinta y seis horas, y había pensado que estaba fuera de cobertura, pero ahí estaba: una llamada.

—A ver si me da tiempo a cogerlo —dijo.

—Venga ya —dijo Single—. Estamos hablando del futuro.

Ballard se apresuró a entrar, pero el zumbido del teléfono se apagó antes de que lo alcanzara. Vio que el número correspondía a un servicio municipal, pero no lo reconoció. Dudó en llamar a ciegas. Podía tratarse de la vista en la Junta de Derechos. Todavía no sabía si se celebraría como estaba previsto después de que le hubieran retirado la suspensión para readmitirla. Esperó y pronto apareció en pantalla un aviso de que tenía un mensaje de voz. Lo reprodujo de mala gana.

«Detective Ballard, soy Carl Schaeffer, del Departamento de Alumbrado Público. He visto todo el alboroto en las noticias sobre los llamados Hombres de Medianoche y supongo que ese es su caso y que ha saltado la liebre. Pero, por si acaso todavía

importa, quería que supiera que hoy hemos recibido una llamada de mantenimiento por una farola en Hancock Park y aquí me tiene si quiere conocer los detalles.»

Ballard lo llamó inmediatamente.

—Detective, ¿cómo está?

—Estoy bien, señor Schaeffer. He recibido su mensaje. ¿Ha enviado a alguien a reparar la luz?

—No, todavía no. Pensé en consultar con usted primero.

—¿Quién llamó?

—Un tipo que conocemos de por allí, lo llamamos el alcalde de Windsor Square. No está en su calle, pero la gente de allí sabe que es la persona a la que hay que acudir para el alumbrado público y otras cosas del barrio. Nos ha llamado esta mañana. Ahora mismo, de hecho. Justo antes de que la llamara.

—¿Puedo saber su nombre?

—John Welborne.

Schaeffer también le dio a Ballard el número de teléfono desde el que el hombre había llamado para iniciar la solicitud de mantenimiento.

—¿Tenía yo razón respecto a que los Hombres de Medianoche eran el motivo por el que vino aquí por lo de las farolas?

—¿Qué le hace decir eso? ¿Había algo en el periódico sobre las farolas?

—No que yo haya visto. Simplemente sumé dos y dos. El periódico decía que tres mujeres diferentes fueron atacadas, y usted me preguntó por tres farolas distintas.

—Señor Schaeffer, Carl, creo que podría haber sido un detective inteligente, pero, por favor, no hable con nadie de esto. No está totalmente confirmado y podría perjudicar la investigación si se hace público.

—Lo entiendo perfectamente, detective. No se lo he contado a nadie y desde luego no lo voy a hacer. Pero gracias por el cumplido. Ya pensé en ser policía en su día.

Single entró y vio su expresión seria. Abrió los brazos como para preguntar si había algo que pudiera hacer. Ballard negó con la cabeza y continuó con la llamada.

—¿Puede darme la dirección de la farola de la que hablamos, señor Schaeffer? —preguntó.

—Claro que sí —dijo él—. Déjeme buscarla aquí.

Leyó una dirección en North Citrus Avenue.

—Entre Melrose y Beverly —añadió servicialmente.

Ballard le dio las gracias y colgó. Miró a Single.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Seguro? No vuelvo a entrar hasta mañana. Pensaba que tal vez podríamos llevar al perro y…

—Tengo que hacerlo. Este es mi caso.

—Pensaba que ya no tenías ningún caso.

Ballard no contestó. Volvió al dormitorio para recoger sus cosas y sacar a Pinto de su transportín, donde estaba durmiendo. Había estado usando ropa de la bolsa de surf que guardaba en el coche, mientras que a Pinto le habían dado comida enlatada de un minimercado que había en lo que se suponía que era el centro de Acton. Su estancia con Single había comenzado como una simple barbacoa casera en el patio trasero del sanitario. Él había revelado en Elysian Park que se enorgullecía de sus dotes con ella y Ballard lo había puesto a prueba.

Después de pasear a Pinto por la zona de matorrales que rodeaba la casa de Single, cargó sus cosas y el perro en el Defender y se dispuso a salir.

Con la puerta abierta, él le dio un beso de despedida.

—¿Sabes?, esto podría funcionar —dijo—. Tú te quedas con tu casa en la ciudad y haces surf cuando yo esté de turno. Tres días en el agua, cuatro en la montaña.

—Así que crees que porque haces un gran sándwich de pollo a la barbacoa la chica va a desmayarse en tus brazos, ¿eh?

—Bueno, también hago un gran *brisket*, por si te da por volver a la carne roja.

—Puede que sucumba la próxima vez.

—¿Entonces habrá una próxima vez?

—Mucho va a depender de ese *brisket*.

Ballard lo apartó con delicadeza y se subió al Defender.

—Ten cuidado —dijo Single.

—Tú también —respondió ella.

De camino al sur de la ciudad, esperó a pasar el valle de Santa Clarita y a tener buena cobertura antes de llamar al número que le habían dado de John Welborne. La llamada la conectó con el *Larchmont Chronicle*, el periódico de la comunidad que servía a Hancock Park y sus barrios circundantes, del que, según averiguó, Welborne era director, editor y reportero. El hecho de que él fuera periodista hizo que la llamada resultara un poco complicada. Ella necesitaba sacarle información, pero no quería que esta acabara en su periódico.

—Señor Welborne, soy la detective Ballard de la policía de Los Ángeles. ¿Puedo hablar con usted unos minutos?

—Sí, por supuesto. ¿Es sobre el artículo?

—¿Qué artículo?

—Publicamos un artículo el jueves sobre la recaudación de fondos para el oficial de la División de Wilshire que perdió a su esposa por la covid.

—Ah, no, no se trata de eso. Soy de la División de Hollywood. Necesito hablar con usted extraoficialmente sobre algo no relacionado con el periódico. No quiero que aparezca publicado, al menos todavía. Esto es una conversación extraoficial. ¿De acuerdo?

—No hay problema, detective Ballard. Nuestra publicación es mensual, y de todos modos faltan un par de semanas para la fecha de entrega.

—Bien. Gracias. Quiero preguntarle por su llamada de esta mañana al Departamento de Alumbrado Público. Dejó un mensaje diciendo que había una farola apagada en la Avenida North Citrus.

—Sí, dejé un mensaje, pero, detective, no sugerí que se hubiera cometido ningún delito.

—Por supuesto que no. Pero puede tener alguna conexión con un caso que estamos investigando. Por eso nos han alertado y esa es también la parte que quiero mantener confidencial.

—Lo entiendo.

—¿Puede decirme quién le dijo lo de la luz apagada?

—Fue una buena amiga de Martha, mi esposa. Se llama

Hannah Stovall. Sabía que podía llamarme y que yo avisaría a las autoridades competentes. La mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe el Departamento de Alumbrado Público. Pero saben que tengo contactos. Acuden a mí.

—¿Y ella lo llamó?

—En realidad, no, envió un mensaje de correo electrónico a mi mujer, pidiéndole consejo. Yo me hice cargo.

—Entiendo. ¿Puede decirme lo que sabe de Hannah Stovall? Por ejemplo, ¿qué edad cree que tiene?

—Eh, yo diría que alrededor de los treinta. Es joven.

—¿Está casada, vive sola, tiene compañeros de piso…?

—No está casada y estoy bastante seguro de que vive sola.

—¿Y sabe a qué se dedica?

—Sí, es ingeniera. Trabaja para el Departamento de Transporte. No estoy seguro de lo que hace, pero podría preguntarle a Martha. Da la impresión de que quiere ver si encaja en algún tipo de perfil.

—Señor Welborne, en realidad no puedo compartir con usted de qué se trata la investigación en este momento.

—Lo entiendo, pero por supuesto estoy ansioso por saber qué está pasando con nuestra amiga. ¿Está en peligro? ¿Puede decírmelo?

—He…

—Espere, ¿se trata de los Hombres de Medianoche? Está en la misma zona general de al menos dos de los ataques.

—Señor Welborne, necesito que deje de hacerme preguntas. Solo quiero asegurarle que su amiga no está en peligro y que tomaremos todas las precauciones posibles para que siga siendo así.

Ballard intentó cambiar de tema.

—Ahora, ¿sabe dónde está la farola en relación con su casa? ¿Está muy cerca?

—Por lo que tengo entendido, está justo delante. Por eso se dio cuenta de que estaba encendida una noche y apagada la siguiente.

—Bien, ¿y puede darme un número de teléfono de Hannah Stovall?

—De momento no, pero puedo conseguirlo. ¿La llamo a este

número en unos minutos? Necesito hablar con mi esposa.

—Sí, estoy en esta línea. Pero, señor Welborne, por favor, no le diga a su esposa de qué se trata, y le ruego que ni usted ni su esposa llamen a Hannah por esto. Necesito mantener su línea libre para poder hablar yo misma con ella.

—Por supuesto, solo le diré que el número es necesario para la orden de mantenimiento del alumbrado público.

—Gracias.

—Esté atenta, detective. Me pondré en contacto con usted.

# 40

Ballard no llamó a Hannah Stovall hasta que tuvo un plan que pudiera compartir con ella con seguridad. Mientras planeaba una estrategia, siguió conduciendo hasta la ciudad en silencio, con la excepción de una breve llamada a Harry Bosch. Sabía que, si no había nadie más que la apoyara, siempre estaría él. Le pidió que se mantuviera a la espera sin decirle por qué, y él no puso ninguna objeción. Simplemente le dijo que estaría listo y esperando para lo que fuera, que la respaldaba.

Ballard llegó a Hollywood poco después de la una del mediodía, tomó Melrose hasta North Citrus Avenue y giró hacia el sur para ver la farola de la dirección que le había dado Carl Schaeffer. No redujo la velocidad al pasar. Se limitó a inspeccionar y seguir avanzando. Citrus se hallaba en las afueras de lo que podría considerarse Hancock Park. Estaba en el lado oeste de Highland, y las casas allí eran pequeñas viviendas unifamiliares de la posguerra con garajes para un solo coche. Poco a poco, en el barrio se iba infiltrando la reurbanización, que llegó en forma de cubos de dos plantas construidos hasta el límite del terreno y luego amurallados y cerrados. Al lado de las casas de una sola planta de estilo español que originalmente poblaban el barrio, la reurbanización parecía estéril, sin alma.

Mientras conducía, Ballard se fijó en los vehículos aparcados en la calle en busca de señales de que alguien estuviera vigilando, pero no vio nada que indicara que los Hombres de Medianoche estuvieran controlando a su siguiente víctima. En Beverly, giró a la derecha, hizo un cambio de sentido cuando tuvo la oportunidad y volvió a Citrus. Subió la calle de nuevo por donde había venido. Esta vez, cuando pasó por delante de la farola en cuestión, miró la placa situada en la parte inferior del poste para comprobar si había alguna señal de

manipulación. No vio nada, pero tampoco lo esperaba.

De vuelta a Melrose, giró a la derecha y aparcó justo delante de la Osteria Mozza. El popular restaurante estaba cerrado debido al coronavirus, y no había ningún problema para aparcar. Se puso la mascarilla, salió y abrió el maletero. Sacó a Pinto de su transportín y le puso la correa. A continuación, paseó al perro de vuelta a Citrus. Durante el recorrido, John Welborne la llamó y le proporcionó el número de teléfono de Hannah Stovall, así como la información adicional de que lo más probable era que estuviera en casa en ese momento, porque estaba teletrabajando durante la pandemia.

Ballard dobló hacia el sur por Citrus y empezó a recorrer la calle por el lado oeste, lo que la llevaría junto a la farola. Se lo tomó con calma, dejando que el perro estableciera el paso mientras olfateaba y marcaba su camino. El único posible elemento delator, si los Hombres de Medianoche estaban observando, fue alejar a Pinto de la farola en cuestión para que no la marcara y destruyera pruebas.

Examinó subrepticiamente la casa donde vivía Hannah Stovall. No había ningún coche en la entrada y el garaje estaba cerrado. Observó que este estaba adosado y seguramente daba acceso al interior de la casa, al igual que en la vivienda de Cindy Carpenter.

Siguió caminando y a la altura de Oakwood cruzó Citrus y volvió a girar hacia el norte, caminando por el otro lado de la calle como cualquier dueña que quiere dar a su mascota césped nuevo donde olfatear y marcar.

Miró el reloj del salpicadero cuando volvió al Defender. Eran las dos y media y posiblemente un poco temprano para empezar su plan. También tenía que pensar en Pinto.

Había una guardería para perros en Santa Monica Boulevard, cerca de la comisaría de Hollywood. La había utilizado en alguna ocasión con Lola y sabía que era un sitio limpio y acogedor y que no estaba demasiado lleno. Lo mejor de todo era que podría utilizar su teléfono para acceder a la cámara de la denominada sala de juegos y comprobar cómo estaba Pinto.

Tardó una hora en llegar a Dog House, abrir una nueva

cuenta y alojar a Pinto para que pasara la noche. A Ballard se le partió el alma al darse cuenta de que el perro podría pensar que lo rechazaban y lo devolvían a un refugio. Lo abrazó y prometió volver al día siguiente, tranquilizándose más a sí misma que al animal.

Su plaza de aparcamiento frente a Mozza seguía libre y volvió a ocuparla poco antes de las cuatro, ajustando los retrovisores para poder detectar cualquier vehículo que saliera de North Citrus Avenue detrás de ella. Entonces hizo la primera llamada a Hannah Stovall y puso en marcha la estrategia que había formulado.

La llamada fue atendida de inmediato.

—Hola, estoy buscando a Hannah Stovall.

—Soy yo. ¿Quién es?

—Llamo por el aviso de una farola que está apagada en su calle.

—Ah, sí. Justo delante de mi casa.

—¿Y cuánto tiempo calcula que lleva apagada?

—Solo desde ayer. Sé que estuvo funcionando el sábado porque brilla por encima de las persianas de mi dormitorio. Es como una luz nocturna para mí. Anoche me di cuenta de que estaba apagada y esta mañana le envié un correo electrónico a Martha Welborne. Parece que ha atraído mucha atención para ser una simple farola. ¿Qué está pasando?

—Me llamo Renée Ballard. Soy detective del Departamento de Policía de Los Ángeles. No quiero asustarla, señora Stovall, pero creo que alguien puede estar planeando entrar en su casa.

No se le había ocurrido ninguna forma más suave de decirlo, pero, como esperaba, Stovall reaccionó con extrema alarma.

—Dios mío, ¿quién?

—No lo sé, pero…

—Entonces, ¿cómo lo sabe? ¿Simplemente llama a la gente y le da un susto de muerte? Esto no tiene sentido. ¿Cómo sé que es policía? Detective o lo que diga que es.

Ballard había previsto tener que demostrar quién era a esa mujer.

—¿Este número es un teléfono móvil? —preguntó.

—Sí —dijo Stovall—. ¿Por qué quiere saber eso?

—Porque voy a colgar y le voy a enviar un mensaje con fotos de mi identificación policial y mi placa. Luego la llamaré y le explicaré lo que está ocurriendo con más detalle. ¿De acuerdo, señora Stovall?

—Sí, envíe el mensaje. Sea lo que sea, quiero que se acabe.

—Yo también, señora Stovall. Voy a colgar ahora y vuelvo a llamar en breve.

Ballard terminó la llamada, sacó fotos de su placa y de su identificación policial y se las envió. Esperó un poco para darle tiempo a que las examinara y llamó de nuevo.

—Hola.

—Hannah, ¿puedo llamarla Hannah?

—Sí, claro, solo dígame qué pasa.

—De acuerdo, pero no voy a endulzar esto, porque necesito su ayuda. Hay dos hombres que tienen como objetivo a mujeres de la zona de Hollywood. Invaden sus casas en medio de la noche y las agreden. Creemos que sabotean las farolas que hay cerca de la casa de la víctima una o dos noches antes del ataque.

Hubo un largo silencio solo interrumpido por sus respiraciones.

—Hannah, ¿está bien?

Nada.

—¿Hannah?

Finalmente, la mujer recuperó la voz.

—¿Son los Hombres de Medianoche?

—Sí, Hannah.

—Entonces, ¿por qué no están aquí ahora? ¿Por qué estoy sola?

—Porque podrían estar observándola. Si montamos un espectáculo, perdemos la oportunidad de capturarlos y terminar con esto.

—¿Me está usando como cebo? ¡Ay, Dios mío!

—No, Hannah. No es un cebo. Tenemos un plan para mantenerla a salvo. También por eso la estoy llamando en lugar de presentarme allí. Hay un plan. Quiero contárselo, pero necesito que esté tranquila. No hay razón para el pánico. No

vienen durante el día. Ellos…

—Ha dicho que podrían estar vigilando.

—Pero no van a entrar de día. Es demasiado peligroso para ellos, y el hecho de que su farola esté apagada demuestra que vienen de noche. ¿Lo entiende?

No hubo respuesta.

—Hannah, ¿lo entiende?

—Sí. ¿Qué quiere que haga?

—Bien, Hannah. Mantenga la calma. En una hora esto habrá terminado y estará a salvo.

—¿Lo promete?

—Sí, lo prometo. Ahora, le voy a decir lo que quiero que haga. Tiene su coche en el garaje, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué tipo de vehículo es? ¿De qué color?

—Es un Audi A6. Plateado.

—Bien, ¿y dónde hace la compra?

—No entiendo, ¿por qué me pregunta esto?

—Tenga paciencia, Hannah. ¿Dónde compra?

—Normalmente en el Pavilions de Vine. En Melrose con Vine.

Ballard no conocía ese centro comercial, pero inmediatamente calculó que se trataba de un lugar diferente a los supermercados frecuentados por las otras tres víctimas de los Hombres de Medianoche.

—¿Hay una cafetería dentro?

—Hay un Starbucks.

—Bien, lo que quiero que haga es que coja el coche y se vaya al Pavilions. Si tiene bolsas reutilizables, lleve una de ellas como si fuera a hacer una compra pequeña. Pero primero vaya al Starbucks. Nos encontraremos allí.

—¿Tengo que salir de aquí?

—Va a ser más seguro que no esté ahí esta noche, Hannah. Quiero que salga sin que nada parezca extraño. Solo va a ir al centro comercial a comprar un café y algo de cena. ¿De acuerdo?

—Supongo. ¿Luego qué?

—Me reuniré con usted allí, hablaremos un poco más y

luego la pondré en manos de otro detective, que se asegurará de que esté vigilada y segura hasta que esto termine.

—¿Cuándo debo irme?

—En cuanto pueda. Vaya hasta Melrose, gire a la derecha y diríjase al centro comercial. Pasará por delante de mí y yo sabré si la están siguiendo. Entonces me encontraré con usted en el Starbucks. ¿Puede hacerlo, Hannah?

—Sí. Le he dicho que sí.

—Bien. Meta en la bolsa reutilizable un cepillo de dientes y cualquier cosa que pueda necesitar para pasar la noche. Pero no demasiadas, para no llamar la atención.

—Bueno, necesito mi ordenador. Tengo que trabajar mañana.

—Vale, su ordenador está bien. Haga que parezca que lleva más bolsas dentro de la que lleva.

—Entendido.

—¿Y una mascarilla? ¿De qué color tiene?

—Negra.

—Negra está bien, póngasela.

Ballard sabía que tendría que ponerse su mascarilla de la policía de Los Ángeles del revés.

—Bien, otra cosa, Hannah.

Miró lo que llevaba puesto. Como había venido directamente de Acton, iba vestida de manera informal, con unos vaqueros y una camisa blanca que le había prestado Single.

—¿Tiene unos vaqueros y una blusa blanca que pueda ponerse? —preguntó.

—Eh, tengo vaqueros —dijo Stovall—. Sé que todo el mundo tiene una blusa blanca. Pero yo no.

Ballard miró por encima del hombro hacia el asiento trasero, donde tenía varias chaquetas y otras prendas.

—¿Y una sudadera con capucha? —preguntó—. ¿Tiene una sudadera con capucha roja o gris?

—Sí, gris —dijo Stovall—. La tengo aquí mismo. ¿Por qué pregunta por mi ropa?

—Porque voy a ocupar su lugar. Póngase la sudadera gris cuando venga al Starbucks.

—De acuerdo.

—¿Lleva el pelo largo? ¿Corto? ¿De qué color?

—Dios mío… Tengo el pelo corto y castaño.

—¿Tiene alguna gorra?

—Tengo una de los Dodgers.

—Perfecto. Póngasela, y mándeme un mensaje o llámeme a este número antes de salir. Así estaré lista.

—Le enviaré un mensaje.

Las dos mujeres colgaron. A Ballard le preocupaba que Hannah hiciera algo que llamara la atención de cualquiera que la tuviera bajo vigilancia. Pero ya era demasiado tarde para preocuparse por eso.

Era el momento de pedir refuerzos. Se sentía demasiado alienada de su propio departamento como para entrar a pedir ayuda. Ya estaba trabajando sin red y probablemente proporcionando más material para su próxima vista ante la Junta de Derechos. Haciendo balance de su situación, observó que su jefe era el que intentaba despedirla, mientras que su compañera en el caso de los Hombres de Medianoche había sido de todo menos una compañera. Lisa Moore había demostrado ser poco fiable, perezosa y vengativa.

A Ballard no le cabía duda de a quién tenía que llamar.

Él contestó de inmediato.

—Bien, Harry —dijo—. Ahora es cuando te necesito.

# 41

El mensaje de Hannah Stovall llegó veinte minutos después. Ballard le contestó con el emoticono de un pulgar hacia arriba y esperó con la mirada puesta en el espejo retrovisor. Pasaron unos minutos antes de que viera el Audi plateado salir de North Citrus Avenue y girar a la derecha en Melrose. Miró el coche mientras pasaba y vislumbró a la conductora con una gorra azul de los Dodgers.

Volvió a mirar el retrovisor lateral y esperó y observó. Dejó pasar dos minutos. No salió de Citrus ningún coche que pudiera estar siguiendo al Audi. Ballard arrancó y aceleró por Melrose en un intento de darle alcance, pero un semáforo en Cahuenga se lo impidió. Cuando finalmente entró en el aparcamiento de Pavilions, tuvo que recorrer dos pasillos antes de ver el coche. Entonces vio a una mujer con una gorra de los Dodgers que entraba en el supermercado con una bolsa de la compra reutilizable que parecía cargada de pertenencias.

Ballard aparcó y se dirigió rápidamente a la entrada de la tienda. Los protocolos covid dictaban que una de las puertas era la de entrada, y la de salida estaba al otro lado de la fachada. Encontró la franquicia de Starbucks nada más entrar. Había una cola de cuatro personas, y la mujer con la bolsa de la compra pesada era la última. Examinó al resto de las personas de la cola, no vio nada sospechoso y se incorporó.

—Hannah —susurró—, soy Renée.

Stovall se volvió para mirarla, y Ballard mostró discretamente su placa y la guardó.

—Bien, ¿y ahora qué? —dijo Stovall.

—Vamos a tomar un café —contestó Ballard—. Y a hablar.

—¿De qué hay que hablar? Me ha dado un susto de muerte.

—Lo siento. Pero ahora estará completamente a salvo. Vamos a esperar hasta que estemos sentadas para hablar del

plan.

Pronto estuvieron en una mesa al lado del mostrador del Starbucks.

—Bien, tengo otro investigador en camino —explicó Ballard —. La llevará a un hotel donde podrá registrarse y pasar la noche. Él estará de guardia todo el tiempo. Y con suerte todo esto habrá terminado por la mañana.

—¿Por qué me eligieron estos hombres? Nunca he hecho daño a nadie.

—Los hemos rastreado a través de sus patrones, pero aún no conocemos todas las respuestas. Eso solo significa que lo descubriremos cuando los atrapemos. Y gracias a que usted ha estado atenta en su barrio y se ha fijado en la farola, ahora estamos en la mejor posición para hacerlo.

—Era difícil no verlo. Como he dicho, brilla en mi ventana por la noche.

—Bueno, hemos tenido mucha suerte de que se haya dado cuenta. Así que, mientras esperamos a mi colega, ¿puedo preguntarle por algunas de sus rutinas?

Ballard empezó a repasar las preguntas de la encuesta entregada a las demás víctimas de los Hombres de Medianoche. Se sabía la mayoría de ellas de memoria y no necesitaba una copia del cuestionario. Pronto quedó claro que Stovall era aún más atípica que Cindy Carpenter, en el Dell. Aunque vivía razonablemente cerca de las dos primeras víctimas, sus mundos no parecían cruzarse en ningún sitio, aparte de que coincidían en que les gustaban ciertos restaurantes locales. Por la pandemia, la mujer estaba trabajando desde casa y rara vez salía, excepto para comprar. Ni siquiera pedía comida para llevar en los restaurantes, sino que optaba por la entrega a domicilio. Esta modalidad había sido un tema de interés al principio de la investigación, porque las dos primeras víctimas la utilizaban de vez en cuando. Pero las investigadoras se enteraron de que usaban servicios diferentes, y al revisar sus transacciones determinaron que nunca habían sido atendidas por el mismo conductor.

Fue al llegar a su vida personal cuando Ballard descubrió una conexión entre Stovall y las otras víctimas. Esta nunca

había estado casada, pero había mantenido una relación de larga duración que había terminado mal. Su pareja había sido despedida de su trabajo, y las tensiones aumentaron cuando ella tuvo que trabajar desde casa, como tanta otra gente.

—Yo estaba todo el día con Zoom y llamadas, y eso le recordaba lo que había perdido —explicó—. Empezó a estar resentido conmigo porque yo no había perdido mi trabajo y porque era la que aportaba el dinero. Discutíamos a todas horas y pronto la casa se nos quedó pequeña. Como es mía, le pedí que se fuera. Fue horrible. Y hablar de ello también es horrible.

—Lo siento —dijo Ballard.

—Solo deseo que esto termine.

—Va a superarlo. Se lo prometo.

Miró a su alrededor buscando a Bosch, pero no lo vio. También buscó a cualquier hombre que pudiera estar observándolos. No vio a nadie que le llamara la atención.

—¿Cómo se llama su ex? —preguntó.

—¿En serio? —dijo Stovall—. ¿Por qué necesita saberlo?

—Necesito toda la información que pueda conseguir. Eso no significa que todo encaje ni que sea importante.

—Bueno, no me siento cómoda dando el nombre de mi exnovio. Por fin estoy en un punto en el que podemos enviarnos mensajes de texto sin recurrir a insultarnos. Y lo jodería totalmente si usted fuera a llamar a su puerta para asegurarse de que no es uno de los Hombres de Medianoche. Le puedo asegurar que no lo es. Ni siquiera está en la ciudad ahora mismo.

—¿Dónde está?

—En Cancún, creo. En algún lugar de México.

—¿Cómo lo sabe?

—Me envió un mensaje de texto diciendo que se iba a México. Supongo que a Cancún, porque fuimos allí una vez y le encantó.

—¿Así que no estaba preocupado por la covid ni por ir a otro país?

—Se lo pregunté. Yo ni siquiera sabía que se podía volar a México en este momento. Le dije que era mejor que no trajera

el coronavirus a la empresa.

—¿Quiere decir que trabajan juntos?

—Bueno, lo hicimos hasta que llegó la pandemia. Entonces lo despidieron a él y a mí me mantuvieron. Eso provocó algunas peleas serias.

—¿Él la agredió físicamente?

—No, no, no quise decir eso. Solo algunas peleas verbales. Nunca llegamos a las manos.

—¿Pero ahora vuelve a trabajar con usted?

—El departamento lo contrató de nuevo, sí. Técnicamente, trabajamos en la misma empresa, pero yo soy diseñadora y trabajo desde casa. Gilbert es ingeniero de campo y tiene que ir. Por eso le dije que mejor no trajera el coronavirus.

—¿Intentaba darle celos diciéndole que se iba a México?

—No, no lo creo. No encontraba su bañador y solo preguntaba si lo había dejado en la casa.

—¿No le pareció raro que se tomara unas vacaciones después de volver del cese?

—Sí, un poco. Me sorprendió. Pero me dijo que era solo un fin de semana largo. Una cosa improvisada, porque unos amigos iban a ir y alguien tenía una casa allí. Realmente no hice preguntas. Busqué su bañador, luego le envié un mensaje de texto diciendo que no lo tenía, y eso fue todo.

Ballard volvió a mirar a su alrededor, preguntándose por qué tardaba tanto Bosch. Pero él estaba allí, de pie al lado del mostrador de recogida, esperando a que lo invitaran a la conversación. Ella le hizo un gesto para que se acercara y lo presentó. Él apartó una silla de otra mesa y se sentó.

—Bien, ya estamos todos aquí —dijo Ballard—. Hannah, esto es lo que queremos hacer. Quiero ocupar su lugar esta noche, y usted se va a quedar en un bonito hotel con Harry cuidándola. Voy a tomar prestada su gorra y su coche, y volveré a su casa. Si están mirando, pensarán que es usted quien vuelve. Luego me quedaré dentro esperando y lista por si hacen algún movimiento. Pediré refuerzos cuando los necesite.

—¿Puedo dar mi opinión? —preguntó Stovall.

—Por supuesto. Necesito su permiso para hacer esto. ¿Hay algún problema?

—Bueno, para empezar, ellos son dos, ¿verdad? Y usted es solo una.

Bosch asintió. Había expresado la misma preocupación cuando habían hablado por teléfono.

—Bueno, como he dicho, pediré refuerzos si los necesito —dijo Ballard—. Y sabemos por los otros casos que uno siempre entra por su cuenta, inmoviliza a la víctima y luego deja entrar al otro. Así que solo tengo que preocuparme por ellos de uno en uno, y eso me gusta.

—De acuerdo, supongo. Los policías son ustedes.

—Voy a coger unas cuantas cosas para que parezca que estaba haciendo la compra y luego me voy a ir. Solo necesito las llaves de su coche y de su casa. Usted y Harry esperarán diez minutos para estar seguros y luego pueden irse también.

—De acuerdo.

—¿Tiene alguna rutina nocturna que deba conocer?

—En realidad no, creo que no.

—¿Y qué hay de la ducha? ¿Prefiere las mañanas o las noches?

—Las mañanas, claramente.

—Bien. ¿Algo más?

—No se me ocurre nada.

—¿Suele tener la televisión encendida?

—Veo las noticias. La CNN, Trevor Noah, eso es todo.

—Vale. Voy a coger unas cuantas cosas para meterlas en la bolsa y luego me iré.

Ballard se acercó a la puerta, cogió una cesta de una pila y se dirigió a la sección de fruta y verdura, donde empezó a seleccionar manzanas y naranjas por si necesitaba sustento durante la vigilancia que tenía por delante. Al cabo de un momento, Bosch estaba a su lado.

—Para que conste, no me gusta nada esto —dijo.

Ballard miró más allá de él para asegurarse de que Stovall seguía en su sitio en la mesa del Starbucks.

—Te estás preocupando demasiado, Harry —dijo—. Voy a pedir refuerzos en cuanto oiga algo. Estarán ahí en dos minutos.

—Si es que van. Estás haciendo esto de manera

completamente extraoficial y los mandos no sabrán qué demonios estás haciendo si llamas para pedir ayuda.

—Tengo que hacerlo de esta manera, porque estoy fuera. Y no voy a entregar esto a alguien que en el fondo ni siquiera se preocupa por el caso ni sus víctimas. Alguien que prefiere utilizar el caso para vengarse en vez de para resolverlo.

—Ella no es la única a la que puedes recurrir y lo sabes. Lo que pasa es que quieres hacer esto por tu cuenta, y te da igual el nivel de peligro al que te enfrentas.

—Creo que eso es una exageración, Harry.

—No lo es, pero sé que no vas a cambiar de opinión. Así que quiero que me llames cada hora en punto, ¿entendido?

—Sí.

—Bien.

Ballard puso un boniato en la cesta y decidió que tenía suficiente para pasar la noche si era necesario.

—Voy a pagar y me iré a su casa.

—De acuerdo. Recuerda, cada hora en punto.

—Entendido. Y si pasas tiempo con ella, pregunta por su exnovio.

—¿Qué pasa con él?

—No sé, algo no me gusta. Tengo la misma sensación que con el ex de Carpenter. El de Hannah se fue de fin de semana largo a México después de que prescindieran de sus servicios durante la mayor parte del año pasado. Muy oportuno, me parece a mí.

—Sí, lo es.

—Bueno, tengo que irme. —Se volvió hacia las cajas y dio unos pasos, pero retrocedió—. Oye, Harry, ¿recuerdas la otra noche cuando bromeamos acerca de que yo fuera detective privada y trabajara contigo?

—Sí, claro.

—¿Y si no era una broma?

—Eh…, bueno, por mí estaría bien.

Ballard asintió.

—De acuerdo —dijo.

# 42

En su trayecto de vuelta a la casa de North Citrus Avenue, Ballard tuvo que llamar a Hannah Stovall con más preguntas. Sabía que se arriesgaba a socavar la confianza que había depositado en ella, pero tenía que reconocer, al menos para sí misma, que el plan evolucionaba minuto a minuto a medida que le iban surgiendo diversos interrogantes e iba teniendo que tomar decisiones.

Stovall estaba en el coche de Bosch cuando atendió la llamada.

—Hannah, ¿cómo abro el garaje? No veo ningún mando a distancia.

—Está programado en el coche. Hay un botón en la parte de abajo del retrovisor. En realidad, hay tres botones, pero tiene que pulsar el primero.

—Vale, lo tengo. Y me olvidé de preguntar si hay alarma.

—Sí, pero nunca la uso. Demasiados avisos falsos. Y, además, no hay ninguna en la puerta del garaje a la cocina, porque ya está dentro de la casa.

—¿Y sería raro que usted diera un paseo por la noche? Por si me da por salir a conocer el terreno.

—Debería haberlo mencionado. Suelo dar un paseo cuando termino el trabajo. Para despejar la cabeza. Solo camino un par de manzanas por el barrio.

—De acuerdo.

Ballard se quedó pensando en cómo iba a manejar eso. La hora del paseo era ya mismo.

—¿Detective?

—Sí, eh, todo bien. ¿Qué se pone cuando sale a caminar?

—Bueno, no me cambio ni nada, así que lo que lleve puesto.

—Vale, bien. ¿Y una gorra?

—De vez en cuando me la pongo.

—Vale, bien.

—Me avisará si pasa algo, ¿verdad?

—Por supuesto. Será la primera en saberlo.

Tres minutos después, Ballard metió el Audi en el sendero de entrada de la casa de Stovall y pulsó el botón para abrir el garaje. Se llevó el teléfono a la oreja izquierda, como si estuviera atendiendo una llamada para que su cara quedara parcialmente oculta de cualquiera que pudiera estar observándola. Eran casi las seis y el sol casi se había puesto. El día se deslizaba hacia las horas oscuras.

Ballard entró en el garaje, volvió a pulsar el botón y esperó a que la puerta se cerrara para salir del coche.

Utilizó una llave del llavero que le había dado Stovall para abrir la puerta del garaje a la cocina. Entró, pulsó el interruptor de la pared para encender las luces y luego se quedó quieta en la cocina, escuchando. Solo oyó el zumbido de la nevera. Puso la bolsa de productos del Pavilions en la encimera, sacó las manzanas y las naranjas y las colocó en un estante del frigorífico, y dejó el boniato en la encimera. A continuación, se agachó hasta el dobladillo de los vaqueros y sacó la pistola de Bosch de la cartuchera del tobillo.

Se movió lentamente por la casa, revisando cada habitación. La cocina tenía una entrada en arco que daba a un comedor y una segunda que daba a un pasillo que conducía a la parte posterior de la casa. Atravesó el comedor y entró en el salón. Había una chimenea con un televisor de pantalla plana montado encima. Ballard se aseguró de que la puerta de la calle estuviera cerrada.

A continuación, recorrió el pasillo y comprobó que había una habitación de invitados; otro dormitorio, que se había convertido en un despacho durante la pandemia o antes de ella, y un cuarto de baño. Su última parada fue en el dormitorio principal, que contaba con un vestidor y un gran baño. La estancia ocupaba toda la parte trasera de la casa, y había una puerta en el baño. Estaba cerrada con doble llave, pero Ballard la abrió para ver el patio antes de que oscureciera demasiado. Stovall había creado una zona con asientos en una plataforma de madera junto a esa puerta. Había un cenicero

sobre una mesa que habría que vaciar.

El resto del patio estaba rodeado por una valla de tablones que incluía un cercado para los contenedores de basura y de reciclaje municipales. Había una puerta de madera cerrada que conducía a un callejón de servicio trasero.

Ballard se metió la pistola en el pantalón, en la parte baja de la espalda, y se puso la capucha por encima. Salió al callejón y miró hacia el norte y hacia el sur, pero no vio ningún vehículo ni nada que despertara sospechas ni preocupación. Su teléfono sonó y vio que era Bosch el que llamaba.

—Estamos alojados en el W, dos habitaciones, una al lado de la otra. Nos quedamos aquí y pedimos al servicio de habitaciones.

—Bien. Yo estoy en la casa.

—Sigue sin gustarme esto, que estés allí sola. Debería estar contigo, no aquí.

—Voy a estar bien. Estoy a punto de llamar a Hollywood y ponerlos en espera.

—Sabes que no les va a gustar esto.

—Pero no van a tener otra opción.

Hubo una pausa mientras Bosch pensaba antes de responder.

—¿Por qué haces esto, Renée? Es una locura. No parecía que tuvieras un plan sólido. ¿Por qué no se lo das y que se ocupen ellos?

—Harry, no sabes cómo es el departamento ahora. No podría confiar en que no lo arruinen.

—Bueno, acuérdate de llamarme a mí también.

—Lo sé, cada hora en punto. Tendrás noticias mías.

Ballard desconectó y se quedó en el callejón durante unos instantes considerando un plan. La casa de Stovall estaba a solo dos viviendas del cruce de Oakwood. Se dio cuenta de que podía salir por la puerta de la calle, seguir su paseo haciéndose pasar por ella, volver a la casa por el callejón con mucha rapidez, y luego quedarse dentro esperando y preparada por si los Hombres de Medianoche hacían algún movimiento.

Volvió al patio, dejando la puerta del cercado de la basura

sin cerrar. Entró en la casa por la puerta de la terraza para fumadores y también la dejó abierta.

En el vestidor encontró una pequeña colección de sombreros. Quería algo que le ocultara el rostro mejor que la gorra de los Dodgers. Encontró un sombrero de tela de ala ancha y flexible que probablemente utilizaba para hacer jardinería u otras tareas en el exterior. Tenía el pelo un poco más oscuro y largo que Stovall, así que se lo recogió en una coleta antes de ponerse el sombrero. También era más delgada que ella. Buscó entre las perchas y encontró una cazadora voluminosa, aunque aceptable, para un paseo una tarde de invierno. Se quitó la sudadera con capucha, se puso la cazadora y ya estaba lista para salir.

Cuando se dio la vuelta, Ballard vio un pestillo en el interior de la puerta del armario. La cerró, corrió el pestillo y comprobó la seguridad de la puerta. Esta quedó bien cerrada y se dio cuenta de que Stovall había convertido el armario en una habitación de seguridad. Una decisión inteligente.

Miró dentro del armario y encontró un rúter en un estante, así como una mochila con un kit de supervivencia. Stovall se había preparado bien y era bueno saber que contaba con ese espacio para retirarse en caso de necesidad.

Antes de salir, Ballard recorrió la casa una vez más para decidir qué luces encender. No podría encender nada una vez que volviera a colarse en el interior, ya que eso podría alertar a cualquiera que la estuviera observando de que estaba en la casa. Dejó la luz del vestidor de la habitación principal, así como las de la cocina y una del salón.

En la puerta de entrada, se tapó la nariz con la mascarilla para camuflarse más, se puso unos auriculares y salió de la casa. Cerró la puerta y guardó el llavero que le había dejado Stovall en el bolsillo de la cazadora.

Caminó por un sendero de piedras hasta la acera. Miró a ambos lados para decidir qué camino tomar. Escudriñó los coches de la calle, pero estaba demasiado oscuro para ver el interior de ninguno de ellos. Los Hombres de Medianoche podrían estar vigilando y esperando, y ella no lo sabría. Sacó el teléfono e inclinó la cara hacia la pantalla, como si estuviera

eligiendo música, pero siguió escudriñando la calle, mirando justo debajo de la línea del ala del sombrero. Luego guardó el móvil, miró la farola que estaba apagada, como si se fijara en eso por primera vez, y giró hacia el sur, hacia Oakwood.

Ballard caminó a paso ligero hasta el cruce y giró a la derecha. En cuanto llegó al callejón, volvió a girar a la derecha y aceleró el paso. Atravesar el cercado de la basura y llegar al patio le llevó menos de tres minutos desde que cerró la puerta principal. Dudaba de que hubiera habido tiempo para una intrusión, pero sacó la pistola de debajo de la cazadora y entró en la casa por la puerta de la terraza. Con el arma preparada, se movió por las habitaciones, con cuidado de no acercarse a las ventanas para evitar revelar que ya había regresado.

El garaje fue el último lugar que revisó, rodeando completamente el Audi y mirando dentro y debajo de él. No encontró ninguna señal de intrusión.

De vuelta al interior, inspeccionó la casa una vez más, buscando el mejor lugar para esperar y estar preparada. Se decidió por el despacho, porque era la habitación más céntrica y también ofrecía dos opciones para esconderse en caso de que entraran. Había un armario con una puerta corredera que tenía un gran espacio sin utilizar. Y a lo largo de la pared, a la izquierda de la puerta, había un archivador de cuatro cajones que ofrecía un escondite que no se veía desde la entrada.

Ballard se sentó en la silla del escritorio. Dejó la pistola sobre la mesa y sacó su teléfono. Llamó a Lisa Moore, aunque no esperaba que la atendiera después del mensaje que le había dejado el jueves anterior. Saltó el buzón de voz y Ballard colgó. Entonces escribió un mensaje de texto:

> Lisa, llámame si quieres participar en acabar con los HdM. Estoy sentada en la casa de la próxima víctima. ¿Trabajas esta noche?

Envió el mensaje, satisfecha de haber dado a Moore la oportunidad de participar en su propio caso. A continuación, llamó al teléfono de la oficina de Neumayer, porque no tenía su móvil. Y surgió el primer fallo en su precipitado plan. Saltó el buzón de voz: «Soy el detective Neumayer. Voy a estar fuera de la ciudad hasta el 19 de enero y responderé a su llamada

entonces. Si se trata de una emergencia, marque el 911. Si se trata de un caso en curso, por favor, llame a la línea directa de la oficina de detectives y pregunte por la detective Moore o el detective Clarke. Gracias».

Ballard sabía que debía llamar a Robinson-Reynolds o, como mínimo, a Ronin Clarke, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Decidió esperar a ver si recibía una llamada de Lisa Moore.

Empezó a pesarle su planificación precipitada e incompleta. Pensó en llamar a Bosch y aceptar su oferta de estar allí como apoyo. Pero sabía que no podía dejar a Hannah Stovall sin vigilancia, por improbable que pareciera que los Hombres de Medianoche conocieran su ubicación actual. Intentó examinar sus motivos para moverse tan rápidamente con un plan tan incompleto. Sabía que todo se debía a su creciente desilusión con el trabajo, el departamento y la gente que la rodeaba. Pero no con Bosch. Él era la constante. Y más firme que todo el departamento.

Intentó alejar los pensamientos sombríos abriendo el vídeo de la sala de juegos de Dog House para ver cómo estaba Pinto. La imagen en la pantalla era granulada y pequeña, pero logró verlo tumbado bajo un banco, observando a los otros perros, posiblemente demasiado tímido para participar. Rápidamente había llegado a un punto en el que quería al perrito, y se preguntaba por qué alguien lo habría maltratado y abandonado.

De alguna manera, en medio de la corriente cruzada de pensamientos, tomó una decisión. Tal vez fue todo por ese momento, un momento que llevaba mucho tiempo viendo venir.

Cerró el vídeo y redactó un breve mensaje de correo electrónico para el teniente Robinson-Reynolds. Lo releyó dos veces antes de pulsar el botón de envío.

Inmediatamente, la inundó una sensación de alivio y certeza. Había tomado la decisión correcta. No había vuelta atrás.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una llamada del número de móvil de Lisa Moore.

—¿Qué coño estás haciendo, Renée?

—¿Qué estoy haciendo? Vamos a ver. Tengo una pista sólida y la estoy siguiendo. Sé que puede sonar poco ortodoxo, pero…

—Estás suspendida. Estás en el banquillo.

—¿Crees que los Hombres de Medianoche están en el banquillo? ¿Crees que los has asustado? Tu pequeño movimiento de la semana pasada para molestar al teniente solo les hizo cambiar las cosas, Lisa. Todavía están ahí fuera, y sé adónde van. Vienen hacia mí.

—¿Dónde estás?

—Mira, mantente a la espera. Te llamaré cuando te necesite.

—Renée, escúchame. Algo no va bien. Se te ha nublado el juicio. Estés donde estés, necesitas refuerzos y un plan. Le estás dando al departamento todo lo que necesita para deshacerse de ti con una jugada como esta. ¿No lo ves?

—Es demasiado tarde. Me he deshecho yo de ellos.

—¿De qué estás hablando?

—Acabo de renunciar. Le he enviado mi renuncia al teniente.

—No puedes hacer eso, Renée. Eres demasiado buena policía.

—Ya lo he hecho.

—Entonces, ¿qué estás haciendo ahora? Sal de ahí y pide refuerzos. Te estás poniendo en peligro. Tú…

—Siempre he estado en peligro. Pero ya no soy policía. Eso significa que no hay reglas. Te llamaré cuando te necesite. Si te necesito.

—No lo entiendo. ¿Qué estás…?

Ballard colgó. E inmediatamente sintió que la euforia y la seguridad de su decisión comenzaban a desaparecer.

—Mierda —dijo.

Se levantó y deslizó su teléfono en el bolsillo trasero. Cogió la pistola y la mantuvo al costado. Se dirigió a la puerta porque había decidido hacer otro barrido de la casa para memorizar la distribución por si tenía que maniobrar en la oscuridad.

Acababa de entrar en el pasillo cuando la casa empezó a sacudirse. No era un terremoto, solo una pequeña vibración.

Un temblor. Se dio cuenta de que alguien estaba abriendo la puerta del garaje.

# 43

Ballard retrocedió con rapidez hasta el despacho a oscuras. Al principio se quedó en el umbral y esperó. El pasillo ofrecía una visión sin obstrucciones del salón y de la puerta de la calle. La cocina estaba detrás de una entrada en arco y a través de ella veía el borde de la puerta del garaje. Se concentró en ese punto, con la pistola todavía sujeta con el brazo junto al costado.

Pronto comenzó de nuevo el temblor del suelo y supo que la puerta del garaje se estaba cerrando. Al cabo de unos instantes, vio que el pomo de la puerta de la cocina empezaba a girar. Se abrió hacia dentro y por un momento le impidió ver quién entraba.

Luego la puerta se cerró y un hombre con un mono azul oscuro se quedó allí como había hecho ella antes, escuchando los posibles sonidos de la casa. Ballard retrocedió más hacia las sombras del despacho, pero mantuvo un ojo en el hombre. No respiró.

El tipo llevaba guantes sintéticos negros y un pasamontañas verde que se había enrollado por encima de la cara porque no esperaba encontrarse a nadie. Se lo bajaría cuando Hannah Stovall volviera de su paseo. Llevaba una riñonera encima del mono, con la bolsa por delante. Las cejas y las patillas revelaban que era pelirrojo.

—Vale, estoy dentro —dijo—. ¿Alguna señal de ella?

Ballard se quedó helada. El hombre estaba hablando con alguien. Entonces vio el auricular blanco en la oreja derecha. Inalámbrico. Con una conexión Bluetooth a un teléfono que llevaba en un brazalete de los que usan los corredores en la parte superior del brazo derecho.

Ella no había previsto que estuvieran en constante comunicación. Otro fallo en un plan muy defectuoso.

—Vale —dijo el hombre—. Voy a echar un vistazo. Avísame cuando la veas.

El tipo salió de la franja de visión que Ballard tenía de la cocina. Oyó que la nevera se abría y luego se cerraba. A continuación, pasos en el suelo de madera, y comprendió que el hombre había entrado en el salón. También oyó un ruido que no logró identificar. Era un palmoteo a intervalos. Volvió a oír la voz, pero esta vez estaba más lejos.

—La zorra casi no tiene comida en la puta nevera.

El intruso cruzó el salón por delante del pasillo y Ballard vio que estaba lanzando y recogiendo una de las manzanas que ella había puesto en la nevera; el palmoteo. Tenía que pensar. Si el pelirrojo estaba en comunicación constante con su compañero, ella tenía que encontrar la manera de neutralizarlo sin que el otro se diera cuenta y, posiblemente, huyera.

Los quería a los dos.

Las pisadas se hicieron más audibles y Ballard supo que el hombre se dirigía al pasillo. Ella se movió rápida y silenciosamente al lado oculto del archivador y se deslizó por la pared hasta quedar en cuclillas. Sujetaba la pistola con ambas manos entre las rodillas.

Los pasos se detuvieron y las luces del techo se encendieron. Entonces el hombre volvió a hablar.

—Tiene aquí un despacho. Monitores dobles. Tío, lo tiene bien montado… Puede que me lleve uno de estos para mi equipo.

Las luces se apagaron y los pasos continuaron por el pasillo. Ballard escuchó al hombre informar de lo que había visto en el cuarto de baño, en la habitación de invitados y luego en la estancia principal. Era evidente que su *modus operandi* había cambiado, posiblemente debido a la exposición en los medios de comunicación, o por el horario en el que Stovall estaba en casa. En todo caso, la irrupción se había producido mucho antes que en los tres casos anteriores. Sabía que lo más probable era que no esperaran varias horas escondidos, hasta que Stovall se fuera a dormir. Ballard creía que el plan consistía en moverse con rapidez, incapacitarla y controlarla, y luego traer al segundo hombre. La habitación principal

probablemente estaba descartada como escondite, ya que sería allí adonde iría Stovall después de su paseo. Quedaban el dormitorio de invitados, el despacho y el cuarto de baño del pasillo. Ballard creyó que el despacho era la mejor opción. El escritorio estaba colocado contra una pared y el armario estaba justo enfrente, lo que significaba que, si Stovall se sentara a su escritorio, estaría de espaldas a la puerta del armario. El pelirrojo podría sorprenderla desde atrás, si es que ella se ponía a trabajar después de regresar a casa.

Esperó ensayando en su mente los movimientos que haría cuando él volviera a la oficina. Uno si la veía y otro si pasaba por delante de ella sin darse cuenta en su intención de revisar el armario.

—Colega, tiene una habitación segura en el puto armario. El tío no nos habló de eso.

Hubo un silencio mientras Ballard consideraba lo que significaba esa segunda frase.

—Vale, vale, estoy buscando. Has dicho que aún no había rastro de ella.

Silencio.

—Muy bien.

Las palabras casi la hicieron estremecer. Se oyeron muy cerca. El pelirrojo estaba volviendo a la oficina.

—Creo que el mejor sitio es el despacho.

Mientras lo decía, entró y las luces del techo volvieron a encenderse. Pasó junto al archivador sin reparar en Ballard y se dirigió directamente al armario. Ella no dudó. Saltó desde su posición en cuclillas y se lanzó hacia su espalda. El hombre estaba abriendo la puerta del armario cuando ella se acercó a su oreja derecha y le quitó el auricular. Al mismo tiempo, levantó la pistola con la mano izquierda y le puso la boca del cañón en la base del cráneo. Sujetando el auricular con fuerza en la palma de la mano, susurró:

—Si quieres vivir, no digas ni una puta palabra.

Se guardó el auricular en el bolsillo, agarró al hombre por la parte posterior del cuello del mono y tiró de él hacia atrás, manteniendo el arma contra él todo el tiempo.

—De rodillas —susurró de nuevo.

El tipo obedeció y mantuvo las manos a la altura de los hombros para demostrar que acataba la orden. Ballard le sacó el teléfono del brazalete. La pantalla mostraba una conexión de llamada con alguien identificado como Stewart. Puso el altavoz.

—¿… ha pasado? Eh, ¿estás ahí?

Ballard pulsó el botón de silenciar la llamada y luego acercó el teléfono a la cara del hombre.

—Ahora, voy a volver a poner el altavoz y vas a decirle que todo está bien y que solo has tropezado con una caja en el armario. ¿Entendido? Si dices algo más, será lo último que digas.

—¿Quién eres? ¿Policía?

Ballard amartilló la pistola. El distintivo clic transmitió el mensaje.

—Vale, vale. Se lo diré, se lo diré.

—Vamos.

Ballard reactivó el sonido del teléfono y se lo acercó a la boca al hombre.

—Lo siento, tío, me he tropezado. Hay cajas y mierdas aquí.

—¿Estás bien, Bri?

—Sí, me he dado un viaje en la rodilla, pero todo va de fábula.

—¿Estás seguro?

Ballard desactivó el altavoz.

—Dile que estás seguro —le ordenó—. Y dile que siga vigilando si llega la mujer. Vamos.

Volvió a activar el altavoz.

—Sí, seguro. Avísame cuando la veas.

—De acuerdo, tío.

Ballard lo silenció otra vez y lo dejó sobre el escritorio.

—Bien, no te muevas.

Sosteniendo el arma pegada a la cabeza del intruso con una mano, buscó con la otra la hebilla de la riñonera, pero no la encontró.

—Vale, baja una mano y quítate la riñonera.

El hombre usó la mano derecha. Ella oyó un chasquido y el hombre volvió a subir la mano, sujetando la riñonera por la

correa.

—Tírala al suelo.

El tipo obedeció. Ballard usó entonces su mano libre para cachearlo y buscar en los bolsillos del mono. No encontró nada.

—Bien, quiero que te pongas boca abajo en el suelo. Ahora.

Una vez más, el hombre obedeció, aunque no sin protestar.

—¿Quién coño eres tú? —dijo mientras se tiraba al suelo.

—Túmbate y no hables a menos que te lo pida. ¿Entiendes?

El pelirrojo no dijo nada. Ballard le hundió más el cañón de la pistola en la nuca.

—Eh, ¿lo entiendes?

—Sí, tranquila, lo entiendo.

El tipo se tumbó y ella mantuvo el arma en su cuello en todo momento; luego le puso una rodilla en la espalda.

Se dio cuenta de que las esposas estaban en el coche, donde las había puesto mientras estaba fuera de servicio y se dirigía a ver a Garrett. Un fallo más en su plan.

Se acercó a la riñonera que el pelirrojo acababa de tirar al suelo.

—Vamos a ver qué tienes aquí —dijo.

La puso sobre su espalda y abrió la cremallera. Contenía un rollo de cinta adhesiva, una navaja y una venda ya preparada con cinta adhesiva y que estaba destinada a tapar los ojos a Hannah Stovall. Había una tira de preservativos y un mando a distancia de garaje.

—Parece que tienes un kit completo de violación aquí, ¿eh, Bri? —dijo—. ¿Puedo llamarte Bri, como tu colega?

Él, tirado en el suelo, no respondió.

—No te importa que use un poco de tu cinta, ¿no? —preguntó Ballard.

De nuevo no hubo respuesta.

—Lo tomaré como que no te importa —añadió.

Después de dejar la pistola en la espalda del hombre, le juntó las manos y le pasó la cinta alrededor de las muñecas, desenrollándola a medida que avanzaba. Notó que él intentaba mantenerlas separadas.

—Deja de resistirte —le ordenó.

—No me resisto —gritó él contra el suelo—. No puedo juntarlas.

Ballard abrió la hoja de la navaja y cortó la cinta. Luego cogió la pistola y se levantó. Dejó el rollo y la navaja en el escritorio, se agachó y le arrancó bruscamente el pasamontañas de la parte superior de la cabeza, haciendo que su cara rebotara contra el suelo y liberando su melena roja.

—¡Maldita sea! Me has cortado el labio.

—Ese es el menor de tus problemas.

Ballard se agachó y cogió el mando del garaje. Se dio cuenta de que era un mando programable como el que le había dado el propietario de su apartamento. Este le había dicho que una vez al año la asociación de propietarios cambiaba el código como medida de seguridad y que él le proporcionaría la nueva combinación para que la instalara. Entonces entendió cómo entraban los Hombres de Medianoche en la casa de sus víctimas.

—¿Quién te ha dado el código del garaje? —preguntó.

No obtuvo respuesta.

—No pasa nada. Lo averiguaremos.

Se apartó de él, haciéndose a un lado.

—Gira la cabeza, enséñame la cara.

El hombre lo hizo y ella vio un poquito de sangre en los labios. Parecía joven, no más de veinticinco años.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—No te voy a decir mi nombre. Si quieres detenerme, hazlo. He forzado la entrada, vaya drama. Fíchame y ya veremos qué pasa.

—Malas noticias, chico. No soy policía y no estoy aquí para ficharte.

—Mentira. Se nota que eres policía.

Ballard se agachó y sacó el revólver para que lo viera.

—Los policías tienen esposas y no llevan un revólver pequeño como este. Pero cuando acabemos contigo y con tu compañero vas a desear que te fichemos.

—Sí, ¿tú y quién más? No veo a nadie más aquí.

—Lo descubrirás muy pronto.

Ballard quería envolverle los tobillos con cinta americana

para evitar que se levantase, pero también quería que siguiera hablando. Todavía no había reconocido nada, pero sentía que, cuanto más hablara, más posibilidades habría de que se le escapara algo útil o importante.

—Háblame de las fotos.

—¿Qué fotos?

—Y los vídeos. Sabemos que tú y tu amigo documentáis las violaciones. ¿Para qué? ¿Para vosotros mismos o para alguien más?

—No sé de qué coño hablas. ¿Qué violaciones? He entrado a robar, nada más.

—¿Y quién estaba al teléfono contigo?

—El conductor de la fuga.

El hombre se movió para apoyar la mejilla derecha en el suelo y mirar a Ballard. Ella respondió sacando su teléfono e inclinándose para hacerle una foto. Él inmediatamente giró la cabeza para volver a estar boca abajo.

—Esto va a salir en internet. Todo el mundo va a saber quién eres y lo que has hecho.

—Vete a la mierda.

—¿Cómo elegiste a las mujeres?

—Quiero un abogado.

—Mira, Brian, parece que no entiendes que no estás en manos de la policía o, digamos, del sistema de justicia tradicional. Tenías razón a medias. Fui policía, pero ya no lo soy. Lo dejé porque el sistema no funciona. No hace lo que debería hacer para proteger a los inocentes de monstruos como tú. Ahora estás bajo la custodia de un sistema de justicia diferente. Vas a decirnos todo lo que queremos saber y vas a responder por lo que has hecho.

—Tía, estás como una puta cabra.

—¿A qué te referías cuando decías que «el tío» no te había hablado de la habitación segura?

—No sé de qué estás hablando. Yo no he dicho eso.

—¿Quién te habló de Hannah Stovall?

—¿Y esa quién es?

—¿Quién te dio el código del garaje?

—Nadie. Quiero un abogado. Ya.

—Ningún abogado puede ayudarte ahora. Aquí no hay leyes.

El teléfono de Ballard empezó a zumbar. Lo sacó y miró la pantalla. Era Harry Bosch. La hora que aparecía en la pantalla le indicaba que llevaba diez minutos de retraso en su control horario. Aceptó la llamada y habló primero.

—Tengo a uno de ellos —dijo.

—¿Cómo que tienes a uno de ellos? —preguntó él.

—Lo que oyes. En cuanto tengamos al otro, te llamaré para que nos recojas.

Bosch se quedó en silencio al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Lo estoy interrogando ahora —dijo Ballard—. Lo estoy intentando. Si no quiere hablar, podemos hacerlo a tu manera.

—Voy para allá.

—Está bien. Podemos hacerlo así también.

—Sé que estás jugando con él. ¿Quieres que llame a las tropas?

—No, todavía no. Todo va bien.

—Bueno, voy para allá. De verdad.

Ballard colgó y dejó el teléfono sobre el escritorio. Cogió el móvil del intruso y lo encontró protegido por contraseña. Pero estaba configurado para mostrar la vista previa de los mensajes, y había parte de uno de ellos en la pantalla:

hablado con el tío; la habitación segura se hizo después de que

Se cortaba ahí.

—Tienes un mensaje, Bri —dijo.

—Necesitas una orden para mirar en mi teléfono —dijo Brian.

Ballard soltó una risa falsa.

—Tienes razón… Si fuera policía. El caso es que el mensaje es de tu compañero. Dice que lo ha corroborado con el tío y que la habitación segura del armario se hizo después de algo. ¿De qué? ¿Después de que Hannah lo echara a la calle? ¿Después de que le dijera que se largara de su vida?

—¿Quién cojones sois? —preguntó Brian.

El timbre de su voz había cambiado. Había perdido la

confianza y la superioridad. Ella lo miró.

—Lo vas a descubrir muy pronto —dijo—. Y será mucho más fácil para ti si respondes a mis preguntas. ¿Quién te habló de Hannah Stovall?

—Mira, solo llévame a la policía, ¿vale? —dijo—. Entrégame.

—No creo que…

Se oyó un repentino sonido de choque procedente de la parte delantera de la casa.

Ballard se sobresaltó y luego retrocedió hacia el pasillo, levantando su arma. Al asomarse, vio la puerta de la casa abierta de par en par, con la jamba astillada a la altura de la cerradura. Pero no había rastro de nadie a la vista. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el hombre que estaba en el suelo le había dado un código a su compañero: «de fábula». A ella le había parecido una expresión pasada de moda cuando él la dijo, pero no había encajado en su cerebro que era un código.

—¡Aquí atrás! —gritó Brian—. ¡Aquí atrás!

Ballard se volvió hacia el despacho y vio que el pelirrojo estaba moviendo las muñecas hacia arriba y hacia abajo, una contra otra, tratando de estirar la cinta con la que lo había atado.

—¡No te muevas, joder! —gritó ella.

El hombre no le hizo caso y siguió agitando las muñecas como si fueran los pistones de un motor.

—¡Quieto!

Ella levantó su pistola y le apuntó. Con la cara en el suelo, él la miró y se limitó a sonreír.

En su visión periférica, Ballard vio movimiento a su izquierda. Se volvió y vio a otro hombre con mono azul y pasamontañas que entraba desde la puerta de la cocina. Este se lanzó hacia a ella sin dudarlo. Ballard reorientó su pistola hacia la izquierda, pero el tipo se le echó encima con demasiada rapidez y le golpeó con el hombro justo en el momento en que disparó el arma.

El disparo quedó amortiguado entre ambos cuerpos mientras caían al suelo del pasillo. El enmascarado se quitó de

encima de ella, cruzando los brazos delante del pecho y gimiendo. Ballard vio una marca de quemadura y la herida de entrada de la bala que ella le había disparado en el pecho.

—¡Stewart!

El grito llegó desde el despacho. Sintió que el suelo sobre el que estaba de espaldas temblaba cuando el pelirrojo salió corriendo al pasillo. Ballard vio que había cogido el cuchillo del escritorio y lo sostenía en una mano aún esposada con cinta adhesiva. Bri vio que su compañero se retorcía en el suelo y luego dirigió su mirada de odio hacia ella.

—Lo has…

Ballard disparó un tiro desde el suelo. La bala entró por debajo de la mandíbula del pelirrojo y su trayectoria subió hasta el cerebro. Cayó como una marioneta, muerto incluso antes de tocar el suelo.

# 44

La sala de interrogatorios estaba abarrotada. Había mucho aliento a café, y al menos uno de los hombres que estaban frente a Ballard era fumador. Fue una de las pocas veces en el último año en que se alegró de llevar mascarilla. Estaba sentada a una pequeña mesa de acero de espaldas a la pared. A su lado se encontraba Linda Boswell, su abogada de la Liga de Protección de la Policía. Los tres hombres que tenía enfrente estaban sentados de espaldas a la puerta. Era como si tuviera que pasar por encima de ellos para salir. Y sentados codo con codo ocupaban todo el espacio de pared a pared. No había forma de esquivarlos. Tenía que atravesarlos.

Dos de ellos eran de la División de Investigación del Uso de la Fuerza. El capitán Sanderson, jefe de la unidad, estaba sentado delante, y en el centro, a la izquierda del otro, estaba David Dupree. Este era delgado, y Ballard lo identificó como el fumador. Supuso que si no llevara mascarilla vería una boca llena de dientes amarillos.

El tercer hombre era Ronin Clarke, que representaba al operativo formado para detener a los Hombres de Medianoche, ya que Neumayer estaba de vacaciones y Lisa Moore estaba enzarzada con el teniente Robinson-Reynolds. La investigación había sido designada como un operativo a raíz del frenesí mediático que estalló tras la filtración de información al *Times*. Los tres detectives normalmente asignados a la brigada de Delitos contra Personas también habían sido asignados al operativo.

Había tres grabadoras digitales diferentes sobre la mesa, listas para registrar el interrogatorio. Sanderson le había leído a Ballard la advertencia Lybarger, que, aprobada por los tribunales, la obligaba a responder preguntas sobre los disparos de Citrus Avenue únicamente con fines de investigación

administrativa. Si las acciones de Ballard daban lugar a un proceso penal, nada de lo que dijera en ese interrogatorio podría utilizarse en su contra en un tribunal. Ballard había informado minuciosamente a su abogada sobre lo ocurrido en la casa de Hannah Stovall y lo que había ocasionado los dos disparos.

Boswell iba a intentar atajar las cosas de raíz.

—Permítanme que empiece diciendo que la señora Ballard no va a responder a ninguna pregunta de Investigación de la Fuerza —dijo—. Va a…

—¿Se acoge a la quinta enmienda? —preguntó Sanderson—. Si hace eso, pierde su trabajo.

—Eso es lo que iba a decirle si no me hubiera interrumpido. La señora Ballard, que no la detective Ballard, ya no trabaja para la policía de Los Ángeles, y, por lo tanto, la DIUF no tiene nada que hacer respecto a lo ocurrido en Citrus Avenue.

—¿De qué demonios está hablando? —dijo Sanderson.

—Hoy mismo, antes del incidente, la señora Ballard envió su dimisión en un mensaje de correo electrónico a su supervisor inmediato —explicó Boswell—. Si lo comprueba con el teniente Robinson-Reynolds, podrá confirmar que se envió ese mensaje de correo y la hora. Eso significa que Ballard ya no era agente de policía en el momento de disparar a los dos intrusos de la casa de Citrus. Era una simple ciudadana que actuó en defensa propia cuando dos hombres armados irrumpieron en la casa en la que ella estaba legalmente autorizada a estar.

—Esto es una chorrada —dijo Sanderson.

Miró a Dupree y señaló con la cabeza hacia la puerta. Este se levantó y abandonó la sala, muy probablemente para buscar a Robinson-Reynolds, a quien Ballard había visto en su despacho cuando la llevaban a la oficina de detectives de Hollywood para interrogarla.

—No, estos son los hechos, capitán —dijo Boswell—. La señora Ballard puede mostrarle su versión del correo electrónico si lo desea. Mientras tanto, está más que dispuesta a contarle al detective Clarke lo que pasó y cómo podría justificarse una investigación de seguimiento.

—Esto es alguna clase de truco y no vamos a jugar —dijo Sanderson—. O responde a las preguntas o vamos a la fiscalía.

Boswell se burló.

—Puede hacerlo, por supuesto —dijo—. Pero ¿con qué va a ir al fiscal? Es fácil establecer a través de la dueña que ella dio permiso a Ballard para estar en su domicilio. Le dio voluntariamente las llaves de su casa y de su coche. Las pruebas físicas de la escena muestran claramente un allanamiento y que Ballard, temiendo por su seguridad, disparó a dos intrusos que pronto serán oficialmente identificados como los violadores en serie conocidos como los Hombres de Medianoche. Así que, veamos, ¿va a pedir al fiscal electo del distrito que procese, por cualquier motivo, a la mujer que mató a estos dos violadores después de que entraran en la casa donde ella estaba sola? Bueno, lo único que puedo decirle es que buena suerte con eso, capitán.

Los ojos de Clarke delataron que intentaba reprimir una sonrisa bajo su mascarilla. Entonces se abrió la puerta de la sala y volvió a entrar Dupree. Cerró la puerta, pero permaneció de pie. Sanderson lo miró y él asintió. Había confirmado el mensaje de correo electrónico de renuncia a Robinson-Reynolds.

Sanderson se levantó.

—Este interrogatorio ha terminado —afirmó.

Cogió su grabadora, la apagó y siguió a Dupree al exterior de la sala. Clarke no se movió, y daba la impresión de que aún se esforzaba por mantener la cara seria.

—Queda usted, detective Clarke —dijo Boswell.

—Me gustaría hablar con Renée —repuso—. Pero necesito…

La puerta se abrió de golpe y Clarke se calló en seco. Entró el teniente Robinson-Reynolds. Se quedó mirando a Ballard mientras hablaba con Clarke.

—¿La habéis avisado? —preguntó.

—Se le ha leído la Lybarger, pero no la Miranda, si se refiere a eso —dijo Clarke—. Pero está dispuesta a hablar y dice que hay un seguimiento que…

—No, no vamos a hablar —dijo Robinson-Reynolds—. Esto ha terminado. Por ahora. Fuera.

Clarke se levantó, cogió su grabadora y abandonó la sala. El teniente siguió mirando fijamente a Ballard.

—Apaga eso —dijo.

Ballard empezó a coger la última grabadora.

—No —dijo Boswell—. No creo que sea un….

—Apágala —repitió él—. Y usted puede irse. Tengo algo que decir a Ballard que no va a salir de esta sala.

La abogada se volvió hacia Ballard.

—Si quieres que me quede, me quedo —dijo.

—No pasa nada, quiero escucharlo —dijo Ballard.

—Estaré en la puerta.

—Gracias.

Boswell se levantó y salió de la habitación. Ballard apagó la grabadora.

—Ballard —dijo Robinson-Reynolds—, me cuesta creer que hayas preparado esto para matar a esos dos imbéciles. Pero, si descubro que lo hiciste, iré a por ti.

Ella le sostuvo la mirada un buen rato antes de responder.

—Y se equivocaría…, igual que se equivoca con lo de que yo hice la filtración al *Times* —repuso—. Y a hombres como esos dos les sale barato. Preferiría que se pudrieran en la cárcel el resto de su vida antes de que se libraran así.

—Bueno, ya veremos qué pasa con ellos —dijo—. Y ya sé quién lo filtró al *Times*.

—¿Quién?

No contestó. Dejó la puerta abierta al salir.

—También ha sido un placer trabajar con usted —dijo Ballard a la sala vacía.

Se guardó la grabadora en el bolsillo y salió también ella. Boswell la esperaba en la sala de la brigada. Ballard vio a Lisa Moore y a Ronin Clarke en Delitos contra Personas junto con los demás asignados al operativo. Todo el equipo se había reunido para encargarse de la investigación de los dos hombres a los que Ballard había disparado. Si Robinson-Reynolds había descubierto que Moore era la persona que había hecho la filtración al *Times*, al parecer aún no había hecho nada al respecto.

—¿Ha dicho algo que debería saber? —preguntó Boswell.

—Nada que valga la pena repetir —dijo Ballard—. Gracias por lo que has hecho. Les has dado una buena.

—Llevo cuatro años enfrentándome a Sanderson. Es pura fanfarronería. Lo único que me intimida es su aliento, y gracias a Dios que llevaba mascarilla.

Ballard no pudo contener una sonrisa, aunque la ocultara su propia mascarilla.

—Así que él era el fumador —dijo Ballard—. Pensé que era Dupree.

—No, Sanderson —dijo Boswell—. Bueno, ahora, las malas noticias. Ya no puedo representarte porque ya no eres policía.

—Vale, entiendo.

—Puedo recomendarte un buen abogado en el exterior si lo necesitas.

—Gracias.

—Aunque no te hará falta, porque no creo que haya ninguna duda sobre tus acciones. Son la definición misma de defensa propia. Y dejando a un lado por un momento que soy abogada, has sido tú la que les ha dado una buena, Renée.

—Las cosas no salieron como las había planeado.

—¿Necesitas que te lleve a algún sitio?

—No, creo que tengo a alguien esperando fuera.

—Vale. Es un placer trabajar contigo.

Chocaron los puños y Boswell se dirigió a la salida principal. Ella se acercó a Agresiones Sexuales. Lisa Moore no levantó la cabeza, aunque Ballard sabía que la había visto acercarse. Clarke, que se había quitado la mascarilla, utilizó el pulgar y el índice para simular que disparaba una pistola, sopló en el cañón y se enfundó el arma como un vaquero del antiguo Oeste.

—¿Ya habéis identificado a esos dos? —preguntó Ballard.

—Estamos en ello —dijo Clarke—. Pero el teniente nos ha dado órdenes. No podemos hablar contigo.

Ballard asintió.

—Ya, claro —dijo.

Salió de la sala de la brigada, supuso que por última vez, y se encaminó a la salida principal, pasando junto al despacho del teniente. Robinson-Reynolds estaba detrás de su escritorio,

sin mascarilla, hablando por el teléfono fijo. Ella le sostuvo la mirada mientras pasaba. No dijo nada.

Bosch esperaba delante de la comisaría, apoyado en el lateral de su viejo Cherokee.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Por ahora —dijo Ballard—. Pero esto no ha terminado.

# 45

El miércoles por la mañana, Ballard y Bosch estaban en la terminal internacional del aeropuerto de Los Ángeles, esperando la llegada del vuelo 3598 de Aeroméxico procedente de Cancún. Él iba de traje y sostenía un papel que ella había impreso con el nombre de Gilbert Denning. Estaban de pie frente a la salida de equipajes y aduanas, donde los conductores profesionales esperaban a sus clientes. El vuelo había aterrizado treinta y cinco minutos antes, pero aún no había rastro de Denning. Ballard tenía en el teléfono una foto suya que le había enviado Hannah Stovall. Sin embargo, con el requisito de la mascarilla, era difícil reconocer media cara con la foto.

El aeropuerto estaba casi vacío. Los pocos viajeros que había entraban por las puertas de apertura automática en oleadas: un grupo de personas tirando de sus maletas o empujando carros de equipaje, seguido de minutos de tráfico nulo. Los conductores y las familias que esperaban a sus seres queridos seguían mirando las seis puertas.

Ballard empezaba a preguntarse si, de alguna manera, se les había escurrido Denning, si había pasado por delante de ellos o si había tomado una lanzadera hacia otra terminal. Pero entonces un hombre con una gorra de los Dodgers, gafas de sol y una mochila colgada al hombro por todo equipaje se puso delante de Bosch y señaló el cartel que llevaba.

—Eh, soy yo, pero no he contratado conductor. Mi coche está en el aparcamiento.

Ballard se acercó rápidamente y habló.

—¿Señor Denning? Tenemos que hablar con usted sobre su exnovia.

—¿Qué?

—Hannah Stovall. Necesitamos hablar con usted sobre ella.

¿Puede acompañarnos, por favor?

—No, no voy a ir a ninguna parte hasta que me digan qué está pasando. ¿Está bien Hannah?

—Estamos aquí para ayudarle, señor. ¿Podría, por favor…?

—¿De qué están hablando? No necesito ninguna ayuda. ¿Son policías? Muéstrenme su placa, muéstrenme alguna identificación.

—No somos policías. Estamos tratando de evitar que esto llegue a la policía. No creo que quiera eso, señor Denning.

—¿Impedir que el qué llegue a la policía?

—Su implicación en enviar a dos hombres a la casa de Hannah para que la golpearan y agredieran sexualmente.

—¿Qué? Eso es una locura. No se acerquen a mí.

Dio un paso atrás para esquivar a Bosch por la izquierda. Este se movió para cerrarle el paso.

—Esta es su única oportunidad de arreglar esto —dijo—. Si se aleja, es un asunto policial. Se lo garantizo.

Denning lo apartó y se dirigió hacia la puerta de salida de la terminal. Bosch se volvió para observarlo. Ballard empezó a salir tras él, pero Bosch la agarró del brazo.

—Espera —le dijo.

Vieron que el tipo franqueaba las puertas de cristal y se dirigía al paso de peatones que llevaba al aparcamiento. Había varias personas esperando a que el semáforo cambiara para cruzar.

—Va a mirar hacia atrás —dijo Bosch.

Efectivamente, Denning miró hacia atrás para ver si todavía estaban allí. Rápidamente, volvió a mirar hacia delante y el tráfico se detuvo cuando la luz del semáforo empezó a parpadear. La gente comenzó a moverse hacia el aparcamiento. Denning pisó el paso de peatones y dio tres pasos, pero luego se dio la vuelta. Cruzó las puertas con decisión, volvió a entrar en la terminal y se acercó a Ballard y Bosch.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Que vengas con nosotros —dijo ella—. Para hablar.

—No tengo dinero. Y la gente de sanidad que estaba en la puerta me ha dicho que debo estar en cuarentena durante diez días.

—Puedes estar en cuarentena todo el tiempo que quieras después de que hablemos. Si no, estoy seguro de que encontrarán una celda para ti en la cárcel del condado.

Denning se estaba poniendo pálido por momentos. Cedió.

—Vale, vale, vamos.

Salieron juntos de la terminal.

En el aparcamiento, condujeron a Denning al asiento trasero del Defender de Ballard. Diez minutos más tarde, habían salido del aeropuerto y estaban circulando por Century Boulevard.

—¿Adónde vamos? —preguntó Denning—. Mi coche está ahí atrás.

—No está lejos —dijo ella—. Te llevaremos de vuelta.

Unas manzanas más adelante, Ballard giró a la izquierda en el aparcamiento del Hotel Marriott.

—Ya no quiero saber nada de esto —dijo Denning—. Llevadme de vuelta. Quiero hablar con un abogado.

Ballard se detuvo en una plaza de aparcamiento frente al hotel.

—Si quieres volver ahora, puedes irte —dijo—. Pero todo cambia si te vas. Tu trabajo, tu casa, tu vida…

Lo miró por el espejo retrovisor.

—En todo caso, es hora de salir —dijo ella.

Denning abrió la puerta, salió y se colgó la mochila al hombro.

Bosch y Ballard lo miraron desde el coche, como si esperaran su decisión. Denning extendió los brazos.

—Me quedo —dijo—. ¿Podemos ir a donde sea que vamos?

Ballard y Bosch se bajaron y empezaron a caminar hacia la entrada del hotel. Denning los siguió.

Habían reservado una habitación en el sexto piso. No sabían cuánto iba a tardar Denning en vomitar, y a Bosch le gustaba que solo hubiera una salida, que podía bloquear fácilmente. La llamaban «suite ejecutiva» y tenía una pared que separaba la zona del dormitorio de una pequeña sala de estar compuesta por un sofá, un sillón y un escritorio.

—Siéntate en el sofá —dijo Ballard.

Denning obedeció. Ella ocupó el sillón y Bosch apartó la silla del escritorio y la giró de manera que quedara frente a

Denning, pero también bloqueando su camino hacia la puerta.

—Puedo daros seis mil, es todo lo que tengo ahorrado —dijo Denning.

—¿Y qué quieres de nosotros a cambio? —preguntó Ballard.

—No lo sé —repuso él—. ¿Por qué estoy aquí? Habéis dicho que sería un asunto policial si no hablábamos. No sé de qué se trata, pero no quiero involucrar a la policía.

Ballard esperó a ver si se incriminaba más. Pero dejó de hablar.

—No queremos dinero —dijo Ballard—. Queremos información.

—¿Qué información?

—¿Sabes lo que pasó en la casa de Hannah Stovall hace dos noches?

—Sí, lo vi por internet en México. Dos tipos irrumpieron y ella les disparó.

Ballard asintió como para indicarle que lo confirmaba. Era fácil entender por qué Denning había llegado a una conclusión errónea. En las noticias que salieron después del incidente del lunes por la noche, la policía de Los Ángeles no nombró a la mujer que había matado a los Hombres de Medianoche, citando una política de no identificar a las víctimas reales o previstas de agresión sexual. Estaba claro que, si Ballard no se hubiera impuesto en esos momentos en el pasillo, se habría convertido en la última víctima de los Hombres de Medianoche. El departamento había ocultado su identidad para evitar los enredos y las preguntas que surgirían si se conocían su nombre y su antigua afiliación.

A Ballard no le interesaba desengañar a Denning. Quería que pensara que cualquier conexión con él podría haber muerto con los Hombres de Medianoche.

—Sabemos que les diste la distribución de la casa y la combinación para el mando del garaje —dijo.

—No puedes probar eso —repuso él.

—No tenemos que hacerlo. No somos la policía. Pero sabemos que eso es lo que pasó y estamos dispuestos a callarnos a cambio de la información que necesitamos.

—¿Qué información? —dijo Denning—. Y si no sois la

policía, ¿por qué hacéis esto?

—Queremos saber cómo contactaste con los Hombres de Medianoche —dijo Ballard—. Porque hay otros como tú y queremos contactar con ellos.

—Mira, ni siquiera se llamaban así —dijo Denning—. La prensa les puso ese nombre. Todo el asunto estalló en las noticias la semana pasada y quise detenerlos, pero fue demasiado tarde. No dijeron nada más. Pero hay una cosa que puedo probar. Intenté pararlo. Y si hay otros, no los conozco. ¿Puedo irme ya? —Se levantó.

—No —dijo Bosch—. Vuelve a sentarte.

Denning permaneció de pie y lo miró, probablemente tomándole la medida a aquel hombre que le doblaba la edad. Sin embargo, algo en su mirada penetrante lo asustó y se sentó.

—Tienes que empezar por el principio —dijo Ballard—. Antes de intentar detenerlos, ¿cómo contactaste con ellos?

Denning negó con la cabeza, como si deseara poder rehacer el pasado.

—Eran solo dos tipos de internet —dijo—. Empezamos a hablar y una cosa llevó a la otra. Hannah realmente me jodió… Y yo… No importa. A la mierda.

—Estos dos tipos, ¿en qué lugar de internet los conociste? —preguntó Ballard.

—No lo sé. Estuve navegando por ahí… Hay un montón de sitios. Foros. Eres anónimo, ¿sabes? Así que puedes decir lo que sientes. Solo tienes que ponerlo ahí, y algunas personas responden y te dicen cosas. Te hablan de otros sitios a los que ir. Te dan contraseñas. Ocurre sin más. Hay muchas cosas si las buscas. Bueno, es un sitio donde todo el mundo ha estado en tu lugar. Jodido por culpa de una mujer. Es como que te metes en la madriguera del conejo.

—La madriguera del conejo… ¿Estás hablando de la *dark web?*

—Sí, claro. Todo el mundo es anónimo, todo es anónimo. Estos tipos, los llamados Hombres de Medianoche, tenían un sitio y yo obtuve la contraseña. Y luego… se acabó.

—¿Cómo accediste a la *dark web?*

—Fácil. Primero conseguí una VPN y luego pasé por Tor.

Ballard sabía que Bosch estaba probablemente fuera de juego cuando se trataba de la *dark web,* pero, a través de casos y boletines del FBI, ella tenía un conocimiento rudimentario de cómo funcionaban las redes privadas virtuales y los navegadores de la *dark web,* como Tor.

—Entonces, ¿cómo encontraste específicamente a los Hombres de Medianoche?

—Publicaron en un foro y dijeron, bueno, que estaban en la zona de Los Ángeles, y que estaban dispuestos a… hacer cosas… para igualar el marcador, se podría decir.

Denning miró hacia un lado, demasiado humillado por sus acciones como para sostenerle la mirada.

—Mírame —dijo Ballard—. ¿Así es como lo llamaron? ¿«Igualar el marcador»?

Él volvió la cara hacia ella, pero no levantó la mirada.

—No… Creo que el título era «Dale una lección a esa zorra» —dijo—. Sí, y yo… escribí una entrada sobre mi situación y luego me dieron un sitio y una contraseña para que echara un vistazo, y así fue surgiendo todo.

—¿Cómo se llamaba el sitio?

—No tenía nombre. Muchas cosas no tienen nombre. Era un número.

—¿Tienes un portátil en esa bolsa?

—Eh, sí.

—Quiero que nos lo enseñes. Llévanos a ese sitio.

—Eh, no, no vamos a hacer eso. Es muy chungo y yo…

Se detuvo cuando Bosch se levantó y se acercó al sofá. Ballard se dio cuenta de que algo en su comportamiento inquietaba a Denning. Harry tenía los puños cerrados y las cicatrices de los nudillos blancas. Denning se echó hacia atrás en el sofá mientras Bosch agarraba bruscamente su mochila y empezaba a abrir compartimentos hasta que encontró el portátil. Se acercó al escritorio, dejó el ordenador encima y acercó otra vez la silla.

—Enséñanos el puto sitio —ordenó.

—De acuerdo —dijo Denning—. Tranquilo.

Se acercó al escritorio y se sentó. Abrió el portátil en la mesa. Ballard se levantó y se puso detrás de él para ver la

pantalla. Observó mientras Denning se conectaba a la internet del hotel.

—Algunos lugares tienen bloqueos para la *dark web* —dijo —. No te dejan usar Tor.

—Ya veremos —dijo Ballard—. Sigue adelante.

No había bloqueos, y Denning entró en su red privada y utilizó el navegador Tor para acceder al sitio montado por los Hombres de Medianoche. El número que tecleó fue 4-2-2-1-2. Ella lo memorizó. Luego él añadió una contraseña numérica, que también memorizó.

—¿Qué significan los números? —preguntó.

—Números asignados a letras —dijo Denning—. A-1, B-2, y así sucesivamente. Es D-U-L, «dale una lección». Pero no lo descubrí hasta más tarde.

Lo dijo en un tono que sugería que nunca se habría aventurado a entrar en el sitio si hubiera sabido que eso era lo que significaban los números. Puede que se estuviera convenciendo a sí mismo de ello, pero Ballard dudaba que alguien más lo creyera.

—Y creo que la contraseña es…

—«Zorra». Sí, ya me lo imaginaba.

El sitio era un espectáculo dantesco. Contenía decenas de fotos y vídeos de mujeres violadas y humilladas. Nunca se veía a los que cometían las atrocidades, aunque era evidente que se trataba de los Hombres de Medianoche, porque las acciones coincidían con los informes de las víctimas en los casos conocidos por Ballard. Pero había más de tres víctimas en el sitio web. Al parecer, los casos no se habían conectado o las víctimas no los habían denunciado, probablemente por miedo a sus atacantes o al sistema en el que se verían envueltas.

Cada uno de los archivos digitales estaba etiquetado con un nombre. Cuando Ballard vio uno llamado «Cindy1», le ordenó a Denning que lo abriera. Inmediatamente reconoció a Cindy Carpenter, aunque con los ojos vendados con cinta, en una horrible foto de su asalto.

—Ya basta —dijo.

Como Denning tardó en apagar la pantalla, Bosch se acercó y cerró de golpe el ordenador. Denning apartó los dedos en el

último momento.

—¡Joder! —gritó.

—Vuelve a sentarte en el sofá —le ordenó Bosch.

Él lo hizo, levantando las manos como si no quisiera problemas.

Ballard tuvo que serenarse un momento. Quería alejarse de esa habitación y de ese hombre, pero se las arregló para plantear sus últimas preguntas.

—¿Qué querían? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Denning.

—¿Querían dinero a cambio? ¿Les has pagado?

—No, no querían nada. Les gustaba hacerlo, supongo. Odiaban a todas las mujeres. Hay gente así.

Lo dijo de una manera concebida para transmitir que él era diferente a ellos. Odiaba a una mujer hasta el punto de mandar a dos violadores a por ella. Pero no las odiaba a todas, como ellos.

Eso hizo que ella sintiera aún más repulsión. Necesitaba irse. Miró a Bosch y asintió con la cabeza. Ya sabían todo lo que necesitaban saber.

—Vamos —dijo Bosch.

Él y Ballard se levantaron. Denning los miró desde el sofá.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí —dijo ella.

Bosch recogió el portátil del escritorio y se lo lanzó a Denning, más con intención de golpearlo que de devolvérselo.

—Tranquilo —protestó el tipo.

Lo volvió a meter con cuidado en el compartimento acolchado de su mochila y se levantó.

—Ahora vamos a por mi coche, ¿no?

—Puedes ir andando —dijo Ballard—. No quiero estar cerca de ti.

—Espera, dij…

Bosch se interpuso dándole un puñetazo en el estómago a Denning que contradecía su edad. Este soltó la mochila, que acabó el suelo, y cayó de espaldas en el sofá, jadeando.

Ballard se dirigió a la puerta mientras Harry se entretenía un momento para ver si Denning se levantaba. Pero estaba

claro que iba a tardar un rato.

Bosch siguió a Ballard al pasillo. La alcanzó a medio camino de los ascensores.

—Esa última parte no estaba en el guion —dijo ella.

—Sí —repuso él—. Lo siento.

—No lo sientas. Yo no lo siento en absoluto.

# 46

Bosch condujo porque Ballard se lo pidió. Por muy oscuros que fueran sus pensamientos, no quería distraerse. Él le devolvió su minigrabadora, que había llevado en el bolsillo del pecho de su chaqueta. Ballard comprobó el sonido de la grabación y era bueno. Tenían a Denning. A continuación, inició una nueva grabación y repitió los números del sitio y la contraseña que Denning le había proporcionado. Luego se apoyó en la puerta del pasajero y pensó en lo que había visto en aquel ordenador. Al cabo de un rato, sacó su teléfono. Esa mañana había dejado a Pinto en la perrera. Abrió la cámara de la perrera y lo vio en su lugar habitual, bajo el banco. Alerta y observando a los demás. Guardó el teléfono, ya más preparada para sus oscuros pensamientos.

—Bueno… —dijo finalmente Bosch—. ¿En qué estás pensando?

—En que tenemos asientos de primera fila en un mundo bastante jodido —dijo ella.

—El abismo. Pero no hay que dejarse abatir por eso, compañera. Estar en primera fila significa que puedes intentar hacer algo al respecto.

—¿Incluso sin placa?

—Incluso sin placa.

Estaban en la autopista 405 hacia el norte y se acercaban al cruce de la 10. Bosch apartó la mano izquierda del volante y giró la muñeca.

—¿Qué? —preguntó Ballard.

—Le di desde un mal ángulo —respondió.

—Bueno —dijo Ballard—. Espero que le hayas hecho un Houdini. —Había leído en alguna parte que Houdini murió por un golpe en la tripa.

Bosch volvió a poner la mano en el volante.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —preguntó.

—Sigo pensando que el FBI es la mejor opción —dijo ella—. Ellos tienen capacidad para ocuparse de toda la encriptación y el enmascaramiento. Mucho mejor que la policía de Los Ángeles.

—Realmente no he entendido nada de eso de la *dark web* —dijo Bosch—. A decir verdad, ni siquiera sé cómo funciona.

Ballard sonrió y lo miró.

—No tienes por qué saberlo —dijo—. Para eso ya me tienes a mí.

Bosch asintió.

—Bueno, ¿qué tal si me haces un resumen? —preguntó.

—En la *dark web,* nada está indexado —comenzó Ballard—. No hay Google ni nada parecido. Hay que conocer el destino, y entonces una cosa puede llevar a otra. Eso es lo que ocurrió con Denning. Encontró gente afín y totalmente retorcida, y eso lo llevó finalmente a los Hombres de Medianoche.

—Entendido.

—El problema es que la *dark web* ofrece anonimato. Dijo que tiene una VPN. Eso es una red privada virtual que enmascara la identificación de su ordenador cuando está merodeando por sitios web. También utiliza Tor como navegador. Es como el punto com de la *dark web* y encripta sus movimientos y los hace rebotar por todo el mundo para evitar que los rastreen. Así que es anónimo en la *dark web,* no puede ser rastreado. Supuestamente.

—¿Supuestamente?

—El FBI está conectado con la NSA y toda esa sopa de letras de agencias federales. Están a la vanguardia en esto. Están haciendo cosas de las que la opinión pública no tiene ni idea. Por eso te digo que acudamos a ellos. Les daré el sitio donde están todas esas cosas horribles y la contraseña que les permitirá entrar. Eso es todo lo que necesitan. Ellos se ocuparán a partir de ahí. Podrán identificar a las tres víctimas conocidas. La última que vimos fue mi caso, Cindy Carpenter. Y calé a su ex en cuanto hablé con él. Tiene que caer por esto. Apretarán a Denning para que sea testigo, pero no va a librarse. Me aseguraré de eso. Si lo dejan libre, conozco un

periodista del *Times* al que le encantaría esta historia.

Bosch asintió.

—Tienen que caer todos —dijo.

—Caerán —dijo Ballard—. El FBI se callará, pero luego el martillo caerá sobre todos a la vez. Un gran juicio final para cabrones. Y si no ocurre así, entonces hacemos una llamada para que actúen.

Bosch volvió a asentir.

—¿Cuándo deberíamos ir al FBI? —preguntó.

—¿Qué tal ahora mismo? —propuso ella.

Bosch puso el intermitente y comenzó a cambiar de carril para tomar la 10 hacia el este. Se dirigían al centro de la ciudad.

# Epílogo

Ballard subía por Finley con Pinto cuando vio el todoterreno negro aparcado en doble fila frente a su edificio. Había salido a dar un paseo con el perro para que se ocupara de sus asuntos antes de irse a surfear a Trancas Point. Iba a tardar más de una hora en llegar. El informe meteorológico daba oleaje del oeste y vientos del norte, condiciones perfectas para Trancas. No había estado allí desde antes de la pandemia y estaba deseando meterse en el océano y coger unas cuantas olas. Iba a ir sola, excepto por el perro. Garrett Single estaba de guardia.

A medida que se acercaba, oyó que el todoterreno se ponía al ralentí y, por la matrícula, supo que se trataba de un coche municipal y no de una de esas limusinas que esperaban en el aeropuerto. Un hombre corpulento y vestido con traje esperaba junto a la puerta del lado del pasajero a que este volviera. Ballard se quitó los auriculares y paró la música de su teléfono. Marvin Gaye cantaba *What's Going On*.

Cuando llegó a la puerta de seguridad, vio a un hombre de pelo canoso y con el uniforme de policía completo, con cuatro estrellas en el cuello de la camisa. Era el jefe de policía, y al oír el tintineo del collar del perro se volvió y la vio acercarse.

—¿Detective Ballard? —preguntó.

—Sí, soy yo —dijo ella—, pero ya no soy detective.

—De eso quería hablarle. ¿Nos hemos visto antes?

—No, no en persona. Pero sé quién es usted, jefe.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

—No creo que nadie pueda oírnos aquí.

Lo había dejado claro: no lo estaba invitando a entrar.

—Entonces, aquí está bien —dijo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Ballard.

—Bueno, me han informado de su trabajo en algunos de los casos que han sido noticia recientemente. Su trabajo no

acreditado, debería decir. Tanto antes como después de que entregara su placa.

—¿Y?

El jefe de policía metió la mano en el bolsillo y sacó una placa. Ballard reconoció el número. Era la que había llevado hasta dos semanas antes.

—Quiero que la recupere —dijo.

—¿Quiere que vuelva?

—Eso es. El departamento tiene que cambiar. Y tiene que hacerlo desde dentro. ¿Cómo podemos lograrlo si las buenas personas que pueden lograrlo deciden irse?

—No creo que el departamento quiera a alguien como yo. Y dudo que el departamento quiera cambiar.

—No importa lo que quiera el departamento, detective Ballard. Si una organización no cambia, muere. Y por eso quiero que vuelva. Necesito que ayude a provocar el cambio.

—¿Cuál sería mi trabajo?

—El que usted quiera.

Ballard asintió. Pensó en Bosch y en cuando le dijo que el cambio tenía que venir de dentro. Un millón de personas protestando en la calle no era suficiente. Y pensó en la asociación que ambos habían planeado.

—¿Puedo pensarlo, jefe? —dijo.

—Claro, piénselo —dijo él—. Pero no tarde demasiado. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Levantó la placa.

—Me la quedaré hasta que tenga noticias suyas —añadió.

—Sí, señor —dijo Ballard.

El jefe se dirigió de nuevo al coche, y el chófer le sostuvo la puerta. El todoterreno negro arrancó por Finley, y Ballard lo vio partir.

Luego se fue a hacer surf.

# Agradecimientos

Muchas gracias al equipo de Ballard y Bosch, una alineación de estrellas de editores, lectores, asesores e investigadores que ayudaron al autor de manera inconmensurable con esta novela. Entre ellos están Asya Muchnick, Bill Massey, Emad Akhtar, Pamela Marshall, Betsy Uhrig, Jane Davis, Heather Rizzo, Dennis Wojciechowski, Henrik Bastin, John Houghton, Terrill Lee Lankford y Linda Connelly. La mesa redonda de detectives incluye a Mitzi Roberts, la inspiración para Ballard, así como a Rick Jackson, David Lambkin y Tim Marcia, todos ellos inspiradores. Muchas gracias a todas las personas que han echado una mano al autor.

Título original: *The Dark Hours*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Copyright © 2021 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-728-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.